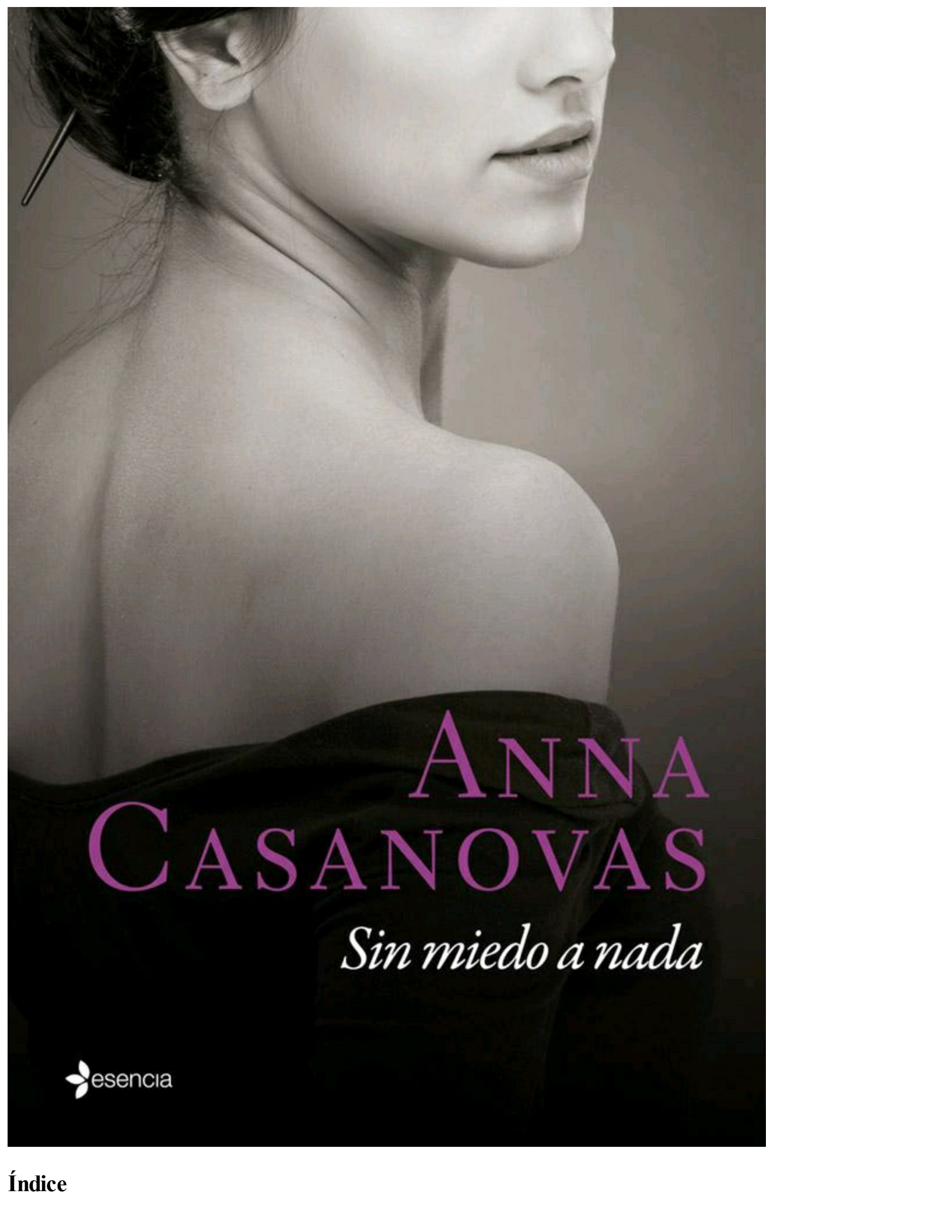
A black and white photograph of a woman's profile and shoulder. She is looking to the right. Her hair is pulled back, and a thin hairpin is visible. The lighting is soft, highlighting the contours of her face and neck. The background is a plain, light color.


ANNA
CASANOVAS

Sin miedo a nada



ANNA
CASANOVAS

Sin miedo a nada

 esencia

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Una pequeña explicación sobre la nueva novela](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

Para Marc, Ágata y Olivia

Agradecimientos

Quiero darle las gracias a Esther por alentarme a dar siempre un paso más como escritora y al resto del equipo de Esencia y Zafiro dentro del Grupo Planeta. Detrás de una novela se esconde un gran grupo de personas que a menudo tienen que sufrir por mis errores y que pocas veces reciben el reconocimiento que se merecen.

También quiero dar las gracias a todas las personas que alguna vez se han pasado por mi página web, o por Facebook o por mi recientemente descubierto Twitter para decirme que les ha gustado una de mis novelas.

Sois el motivo de que siga pasándome horas y horas delante del ordenador en busca de la palabra exacta.

Una pequeña explicación sobre la nueva novela

A lo largo de este último año, me han sucedido muchas cosas, unas buenas y otras no tanto, que han afectado profundamente mi vida personal y, por consiguiente, mi vida profesional. No quiero aburrirte con los detalles, sólo

quiero explicarte por qué la novela que tienes ahora en la mano, bien en papel o bien en formato electrónico, no es la última entrega de la serie de los hermanos Martí, sino la primera de una nueva.

La familia Martí forma parte de mí y sentí que tenía que tomarme un respiro antes de escribir la última; además, la historia de Martina y Leo es complicada y se merece el tiempo y las páginas necesarias para contarla.

Te prometo que la terminaré pronto y que no tardarás en poder leerla.

Sin miedo a nada es una novela compleja, con unos protagonistas que no esperas. Empecé a escribirla hace tiempo y he ido avanzando poco a poco, definiendo las emociones de Alejandro y de Miranda para que los conozcas desde el principio y te arrastren con ellos a su historia de amor.

Los dos han sobrevivido al pasado a su manera, a toda costa, y cuando se encuentran no saben qué hacer con los sentimientos que les despierta el otro. Sus vidas no parecen encajar, un futuro juntos parece completamente imposible, entonces, ¿por qué intentarlo? ¿Por qué arriesgarse a que les hagan daño?

Dejaré que os lo explique Alejandro con una frase: «Te siento en mis pulmones cuando respiro, en mis labios cuando te beso, en mis sueños cuando me duermo, te siento en mi alma y no quiero perderte.»

¿Quieres saber cuándo la dice? ¿Por qué? ¿Qué pasa después?... Pasa la página y empieza. Te aseguro que *Sin miedo a nada* se quedará dentro de ti durante mucho tiempo, quizá incluso para siempre.

1

El frío de esa noche era probablemente lo único que acompañaba a

Alejandro. La calle, una de las más transitadas de la ciudad durante el día, estaba prácticamente desierta y los únicos testigos del accidente fueron los árboles y las luces de Navidad, todavía a medio colgar.

Los neumáticos del Porsche chirriaron al subirse a la acera y Alejandro creyó ver estrellas alrededor del vehículo, aunque probablemente eran las chispas que saltaban del metal, que él veía con efecto astral por culpa del alcohol y las drogas que saturaban su organismo. Pero seguía estando consciente. Demasiado consciente. Nada parecía mitigar la angustia y la rabia que sentía y que probablemente olvidaría al día siguiente. O negaría.

«No, esta vez, no», pensó, al oír cómo el morro del vehículo se estrellaba contra el escaparate de una lujosa tienda de ropa.

Esa vez no se despertaría resacoso y con una, o varias, desconocidas en la cama. Esa vez no podría seguir fingiendo.

La luna del Porsche aguantó el impacto y el airbag se disparó de inmediato para proteger el torso y la cabeza del conductor.

¿Se maldijo Alejandro al notar que seguía teniendo todas las vértebras pegadas al cuerpo?

El ruido fue ensordecedor y abrumador al mismo tiempo. Los cristales del escaparate caían formando una extraña danza alrededor de la carrocería negra del carísimo coche que Alejandro apenas había conducido en un par de ocasiones. Probablemente, si sumaba todos los minutos que había pasado detrás de aquel volante, no llegaban a cinco horas, y prefería olvidar lo que había sucedido durante el último trayecto.

El último antes del accidente, evidentemente.

Le zumbaban los oídos y el humo hacía que le escocieran los ojos.

Notaba algo pegajoso resbalándole por la frente y supuso que era su propia sangre. Intentó enarcar una ceja, pero el dolor fue como si le atravesaran el cráneo con un clavo. Sonrió.

Podía sentir los dedos de la mano derecha tocando el cuero negro de la silla, moviéndolos al ritmo de... ¿la sierra eléctrica de los bomberos?

Era un tic, algo que hacía sin darse cuenta: seguía la cadencia de un sonido e intentaba convertirlo en una melodía tamborileando con los dedos. Los de la mano izquierda no podía moverlos. Lo intentó y sintió un dolor insoportable; apretó los dientes y notó el distintivo sabor a hierro de la sangre.

El dolor le subió por la muñeca y estalló en su antebrazo. Se le nubló la mente y pensó que por fin iba a perder la conciencia.

Un cable eléctrico se desplomó encima del capó y lo obligó a abrir levemente los ojos. Había humo por todas partes y un par de maniquís en llamas en el suelo. Los ojos de esos muñecos, completamente blancos, desprendían más vida de la que sentía Alejandro en su interior. Y se estaban fundiendo sin que nadie los mirase.

El airbag le oprimía el torso y lo aprisionaba contra el asiento. Olía a una sustancia química extraña y no podía respirar. La bilis iba subiéndole por el esófago y estaba empapado de sudor a pesar del frío que lo calaba hasta los huesos.

La sierra de los bomberos abrió el techo del Porsche como si fuese

una lata de sardinas y siguió deslizándose por el lateral izquierdo del destrozado vehículo, justo por detrás de la espalda de Alejandro. La máquina infernal se detuvo de repente y el ruido cesó un segundo.

—¡Un médico!

«No hace falta.» El corazón de Alejandro estaba al borde del infarto.

Lo mejor sería que se detuviese de una vez por...

—¡Un médico! —repitió el desconocido en voz más alta, tras quitarse el casco—. Y vosotros dos —señaló a otros dos bomberos—, venid a ayudarme.

Alejandro no oyó ninguna respuesta, pero notó que alguien le tocaba las vértebras del cuello.

—No están rotas —dictaminó una segunda voz—, pero tiene que sacarlo de aquí de inmediato, capitán.

—¿Y qué cree que estamos intentando hacer ? Apártese para que podamos terminar con nuestro trabajo —le ordenó—. ¡Ya habéis oído al doctor, chicos! Terminad de serrar el coche, este cretino ha tenido mucha suerte.

«Sí, mucha suerte.»

La sierra volvió a ponerse en marcha y las chispas volaron de nuevo a su alrededor. El tiempo dejó de importarle, lo único que quería era dormir y el ruido que estaban haciendo aquellos horribles bomberos se lo impedía.

Arrancaron la puerta y ésta chocó con estruendo contra el suelo.

—¡Doctor, traiga la camilla!

—Sujétenlo con cuidado —indicó el único que parecía dispuesto a

plantarle cara al jefe de los bomberos—. Le está sangrando la cabeza y

todavía tengo que examinarlo, y... ¡Joder!

«¿Qué pasa?»

—Usted no tiene hijas adolescentes, ¿verdad, capitán?

—¿A qué viene esto ahora?

—¡Joder, capitán! —exclamó un bombero.

—¡Mierda! —dijo otro.

—Creía que les había dejado claro que en mi cuartel no se decían

tacos. Vayan de inmediato a ayudar al médico con el herido, ya hablaremos

luego de esto.

—¿De verdad no sabe quién es, capitán?

—¿Quién es quién? —preguntó el hombre, exasperado.

—El conductor.

—¿Aparte de un imbécil que ha estrellado un coche que vale casi

tanto como mi casa contra un escaparate en mitad de la noche?

—Es Alejandro Cruz.

—Como si es el rey de Roma —se exasperó el capitán—, sáquenlo del

coche de una vez. El incendio está controlado, pero todavía nos queda

mucho por hacer. Ha tenido suerte de que no pasara nadie por aquí cuando

ha decidido aparcar en Chanel.

Los dos jóvenes bomberos habían empezado a sacar a Alejandro,

mientras uno de ellos respondía a las preguntas de su superior. Él tenía la

sensación de estar flotando en el aire, de alejarse despacio de aquel lugar y

de aquella conversación que ya no le interesaba.

El capitán de los bomberos no sabía quién era Alejandro Cruz.

Él tampoco.

Se atragantó y escupió sangre. Las convulsiones lo sacudieron, mientras los bomberos lo tumbaban en la camilla. Alguien le arrancó la camisa, o lo que quedaba de ella. Notó una aguja clavándosele en un brazo.

Una sensación que reconocía a la perfección.

El vacío. El corazón golpeándole las costillas para intentar reventarlas y salir de allí de una vez. Los pulmones asfixiándose con ellos mismos.

Las entrañas retorciéndose en su interior y peleándose unas con otras. La bilis saturándole el esófago.

Su cuerpo entero libraba una batalla que a él le era completamente indiferente.

Y se dispuso a rendirse.

Ya nadie podía hacer nada para impedirle seguir adelante.

Se lo impidieron.

O le salvaron la vida, Alejandro todavía no había tomado una decisión al respecto. Un horrible dolor de cabeza fue lo que lo despertó y lo obligó a abrir los ojos tres días más tarde.

¿Dónde estaba?

Abrió primero un párpado, pero volvió a cerrarlo de inmediato. Por aquella maldita ventana blanca entraba demasiado sol.

¿Desde cuándo tenía una ventana blanca? ¿Y de dónde diablos habían salido aquellas cortinas beige?

Abrió de nuevo ese único ojo y notó que le tiraba la ceja. Levantó la

mano derecha para tocársela y se encontró con el tacto de una venda.

—Te quedará una cicatriz.

Volvió la cabeza de golpe hacia el propietario de esa voz y se encontró con su hermano Miguel mirándolo como si se estuviese planteando seriamente la posibilidad de matarlo con sus propias manos.

—Y tendrás suerte si no acabas en la cárcel —añadió.

—Joder —farfulló Alejandro, cuando las primera imágenes empezaron a dibujarse en su mente.

El Porsche, el accidente, los cristales rotos, los bomberos.

—Sí, joder, Jandro. —Miguel se levantó del sofá donde había estado sentado y se puso la cazadora de cuero que descansaba en el respaldo—.

Los de la discográfica quieren demandarte —explicó, poniéndose bien el cuello—. Y yo... —Suspiró exasperado.

—Tú, ¿qué? No me vengas con sermones, Miguel.

—Héctor, Christian y yo les hemos convencido de que no lo hagan — siguió, sin responder a la pregunta anterior y acercándose a la cama—, y Lola te ha contratado al bufete más caro del país para que negocie con la fiscalía.

—¿La fiscalía? —Enarcó las cejas y apretó los labios al notar de nuevo los puntos tirándole de la cicatriz.

—Sí, la fiscalía. Me parece que has superado el récord de alcoholemia de algún otro tarado, por no hablar de las drogas que también encontraron en tu sangre al hacerte las pruebas para operarte. Pon la tele o conéctate a Internet, te pondrás al día de los detalles. Quieren acusarte de no sé cuántos

delitos. Y pueden hacerlo, Jandro. Gracias.

—Oh, vamos, cómo si tú no hicieras lo mismo.

Miguel entrecerró los ojos y los fijó en los de su hermano. Se llevaban apenas un año y las diferencias físicas entre los dos eran extremas, porque su madre los había tenido con dos hombres distintos, los dos igual de inexistentes, por eso Alejandro y Miguel Cruz llevaban el apellido materno. Y ése era uno más de los motivos por los que estaban tan unidos.

—No voy a permitir que lo eches todo a perder —sentenció Miguel—.

Ahora no.

Alejandro le sostuvo la mirada e intentó recordar cuándo había sido la última vez que había discutido con su hermano. Aquel día en medio de la grabación del último disco.

—Tenemos seis meses de descanso —continuó Miguel antes de que Alejandro pudiese reaccionar.

No sabía si la lentitud se debía a los tranquilizantes que sin duda corrían por sus venas o a la frialdad que desprendía la mirada de su hermano.

—Yo me voy a Londres. No sé qué piensan hacer Héctor y Christian, pero no cuentes con que vengan a verte.

Se dio media vuelta y volvió a acercarse al sofá para coger el pequeño ordenador portátil que había estado haciéndole compañía durante las horas de vigilia.

—¿Cuándo volverás? —fue la única pregunta que consiguió formular Alejandro.

—No lo sé. Ya te llamaré.

Se encaminó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte.

—Acepta el trato que te ofrezca la fiscalía. Los milagros que puede conseguir Lola tienen un límite. Acéptalo, Jandro, o yo mismo te echaré del grupo.

Cerró en silencio, pero aquella despedida fue más rotunda que cualquier portazo.

Alejandro cerró de nuevo los ojos y tragó saliva varias veces en un intento de serenarse. Estaba tan furioso con Miguel que durante unos segundos se olvidó de todo lo demás, incluso de que estaba en un maldito hospital.

Volvió a levantar la mano derecha y se palpó la cabeza en busca de más heridas. Suspiró aliviado al comprobar que la de la ceja era la única.

Abrió los ojos de nuevo y se inspeccionó el resto del cuerpo.

Mierda.

La mano.

¿Cómo era posible que hasta entonces no se hubiese dado cuenta de que no podía moverla? ¿O de que tenía los dedos enyesados y encerrados en lo que parecía una jaula de clavos? Un instrumento de tortura de la Inquisición española.

¿Se había roto todos los dedos? ¿La muñeca? ¿El antebrazo?

Joder, ¿por qué no había nadie allí explicándoselo? Se merecía una explicación.

Inspeccionó la habitación con ojos frenéticos, como si con la fuerza

de esa mirada pudiese hacer aparecer a un médico con todas las respuestas que necesitaba.

Vio la televisión de plasma y el sofisticado mando a distancia que delataban que seguramente estaba en una de las clínicas privadas más caras y selectas de Barcelona.

Pero todo eso no le servía de nada. Alejandro no tenía ninguna duda de que su hermano tenía razón y si ponía el televisor encontraría mil y un programas hablando de él; no tenía humor para soportarlo. No solía tenerlo normalmente y menos vestido con una patética bata de hospital, sin afeitarse, con sangre en el pelo, con la boca sabiéndole a rata muerta y con la mano, lo único que necesitaba para vivir, destrozada.

Movió la mano derecha —al menos seguía teniendo una de las dos en buen estado— y encontró la perilla para llamar a la centralita de las enfermeras. La rodeó con los dedos y se dijo que tenía miedo de llamar y de que apareciese una y le dijese que nunca recuperaría el uso de la mano izquierda.

No apretó. Iba a apretar.

Tenía que apretar.

Tenía que saberlo.

Oyó que la puerta se abría y soltó el cable blanco para adoptar su habitual actitud de indiferencia. Fuera quien fuese el visitante, no iba a verlo asustado.

—Veo que te has dignado despertarte.

Lola.

—Tienes muy mal aspecto —la saludó Alejandro.

—Gracias, tú también, capullo —le contestó ella con una sonrisa—.

Llevo casi dos días sin dormir por culpa de un idiota. Uno de mis representados tuvo la genial idea de conducir borracho y colocado y estrellar un Porsche nuevito contra el escaparate de Chanel.

—Parece un tío simpático.

—Yo también lo creía, pero no, es un imbécil. —Lola se sentó en una butaca blanca que había al lado de la cama y fulminó a Alejandro con la mirada—. ¿En qué diablos estabas pensando?

—Miguel ya me ha soltado el sermón —dijo él—, puedes ahorrártelo.

—¿Sabes qué?, tienes razón —replicó Lola, sorprendiéndolo—. No voy a sermonearte, ni a decirte que podrías haberte matado. Lo sabes perfectamente. Voy a decirte que los de la discográfica están buscando algún resquicio en el contrato para poder echarte del grupo. Tienes suerte de tener a la mejor agente del mundo —añadió, refiriéndose a sí misma.

—Y la más cara.

—Puedes dejar de pagarme, si quieres —lo amenazó ella.

—No, de momento me parece bien —se apresuró a afirmar Alejandro.

No tenía ninguna duda de que Lola lo dejaría sin pensarlo dos veces.

—Me alegro.

Lola volvió a sonreír. Era impresionante el miedo que conseguía infundir con aquella sonrisa, a pesar de que apenas media metro y medio y probablemente todavía no había cumplido los treinta. Nadie sabía exactamente cuántos años tenía en realidad.

—Tu hermano se va a Londres esta misma tarde —continuó ella—,

Héctor ha vuelto a ponerse en plan místico y se irá a no sé qué isla, y

Christian —resopló—, Christian ha desaparecido, pero cuando dé con él, te aseguro que me va a oír.

—¿Christian ha desaparecido?

—Más o menos —contestó misteriosa—. En fin, imbécil, que me has tenido para ti solo estos días y he conseguido convencer al fiscal de que no te meta en la cárcel.

—¿Y qué tengo que hacer a cambio, una donación a alguna fundación, un concierto benéfico?

Alejandro odiaba esa clase de actos, pero podía soportarlo si con ello se salvaba de ir a la cárcel. Además, cuanto antes se lo quitase de encima, antes podría irse él también de vacaciones.

—Oh, no, esta vez no te saldrá tan barato.

El tono de voz de Lola lo puso en alerta. Su representante siempre era seria y cortante, imponente, pero ahora había algo más: una advertencia.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Estrellaste un Porsche recién comprado en el escaparate de una de las tiendas más caras de Barcelona. —Le estaba hablando como si fuese idiota y subrayando cada frase con un movimiento del dedo—. Ibas

borracho y colocado. Otra vez. Ah, no, no me vengas con excusas, Jandro

—lo detuvo, antes de que pudiese decir nada—. Chanel quería denunciarte, pero con una cantidad más que generosa que ha salido de tu bolsillo, los he convencido de que no valía la pena perder meses en un juicio.

—Joder, Lola, ¿cuánto?

—Mucho. Cállate y sigue escuchando. El fiscal no quería dinero, quería dar ejemplo contigo, enseñar a los jóvenes que las drogas y el alcohol perjudican la salud y que todo el mundo es igual ante la justicia.

—Memeces.

—Cállate, Jandro.

—Lo siento. Sigue.

—La verdad es que estuve tentada de dejar que te metiese en la cárcel, pero entonces pensé que el resto del grupo no se lo merece. Y yo tampoco. Todos hemos trabajado mucho para llegar hasta aquí.

Lola había estado con ellos desde el principio. Si a Alejandro no le fallaba la memoria, en los últimos cinco años, sólo había desaparecido de sus vidas durante unos meses, tres años atrás, unos meses de los que se negaba a hablar.

—Así que le dije al fiscal que tenía toda la razón.

—¿¡Que has hecho qué!? ¡No tenías derecho a negociar con mi vida mientras estaba inconsciente!

—¿Y quién iba a hacerlo? ¿Miguel? No sé qué diablos os pasó en el estudio de grabación, pero después de que el médico nos asegurase que ibas a salir de ésta, tu hermano no quiso saber nada más de ti. Me sorprende que haya esperado a que te despertases, estaba segura de que se iría a Londres sin despedirse.

Alejandro no quería hablar de esa discusión con Lola. A pesar de los insultos, la consideraba una de sus mejores amigas y sabía que para Miguel

también lo era; no quería meterla en medio de los dos.

Probablemente ése era uno de los pensamientos no egoístas que tenía en la vida.

—Dime qué clase de pacto infernal has acordado con el fiscal y vete a buscar a Christian. —Alejandro recuperó su actitud defensiva de siempre—. Tal vez él no estrellará un coche contra un edificio, pero es mucho más peligroso que yo. Ahora que lo pienso —dijo de repente, al recordar una imagen de la fiesta anterior al accidente—, os vi discutir en el hotel.

—Fue una tontería —afirmó Lola, pero él creyó ver algo detrás de su fría máscara. O tal vez fueron los medicamentos—. Preocúpate por ti y presta atención. La semana que viene te darán el alta.

—¿Qué día es hoy?

Ella enarcó una ceja, molesta por la interrupción, pero debió de parecerle lógica y se limitó a enfurruñarse.

—Viernes. La semana que viene te darán el alta e ingresarás voluntariamente en la clínica Dresler.

—¿Voluntariamente? —Ahora la ceja la enarcó Alejandro, la que no tenía cosida.

—Sí, Jandro, voluntariamente, aunque tenga que llevarte tirándote de ese pelo negro que tanto les gusta a tus fans. Habrá sólo dos periodistas acreditados para tomar fotos. Yo demandaré al resto. Tendrás que quedarte en la clínica un mes y someterte a su programa de desintoxicación.

—Espera un momento —dijo entre dientes—. Yo no tengo ninguna adicción. ¡No la tengo! —reiteró, al ver cómo lo miraba.

—Pues te pasas el mes haciendo reposo y siguiéndoles el juego. No me importa, Jandro, pero si pones un pie fuera de esa clínica antes de que te den el alta, el fiscal retirará el trato y te llevará a juicio. Y la discográfica encontrará la manera de echarte del grupo. O tu hermano.

—No quiero pasarme un mes en una clínica de desintoxicación.

—Yo no quería pasarme estos últimos días encerrada en este hospital o dejando que ese estúpido fiscal me humillase, pero mira, he tenido que hacerlo. Y te juro que el lunes vas a entrar allí como me llamo Lola.

—Está bien. No te sulfures.

—Eres increíble, si no fuera porque sé que no estás bien, te daría una patada ahora mismo.

Alejandro tragó saliva y apartó la vista un segundo para ocultar, en vano, que el comentario de su agente lo había descolocado.

—El único problema que tengo es la mano izquierda —sentenció furioso—, y todavía nadie se ha dignado explicármelo.

—Te rompiste todos los huesos posibles; si los bomberos no hubiesen llegado tan rápido, probablemente la habrías perdido del todo. Estuvieron no sé cuántas horas operándote, mientras se te paraba el corazón. Así que tuvieron que inducirte un coma.

Alejandro palideció al oír eso.

—Tengo entendido que el cirujano que te operó la mano es casi un dios. Dice que tendrás que hacer rehabilitación, pero que es muy probable que recuperes entre el ochenta y el noventa por ciento de la movilidad.

Él necesitaba el cien. Era guitarrista, joder, no cantante, como

Christian.

—Por ese motivo convencí al fiscal de que nos dejase ingresarte en la clínica, tienen un gran equipo de fisioterapeutas.

—Puedo hacer rehabilitación cuando vuelva a casa.

—Si quieres volver a tocar —pronunció la frase que Alejandro más temía—, empezarás a hacer rehabilitación el lunes en esa maldita clínica y además harás todas las sesiones de terapia que te pidan. Me importa una mierda que tengas que confesarte delante de veinte personas, o si te ponen a pintar o a hacer gimnasia. Lo haces y punto. El fiscal quiere un informe diario y te juro que está impaciente porque vuelvas a cagarla, Jandro, así que no le des motivos.

—Ya te he dicho que está bien. Iré a la clínica.

—Cuando te den el alta, tendrás que someterte también a análisis sorpresa por parte de la discográfica. Al menos durante un tiempo. El resto del grupo se tomará el mes que tú estarás en la clínica de vacaciones y después tenéis que volver al estudio y empezar a trabajar en el nuevo disco.

—Joder, Lola, no pienso someterme a ningún análisis. Diles que quiten esa cláusula del maldito trato.

—No, esa cláusula la puse yo —afirmó ella, mirándolo a los ojos.

—Te has vuelto loca —masculló Alejandro—. Completamente loca.

—Piensa lo que quieras. —Se levantó de la butaca—. Llevas meses descontrolado. El accidente ha sido la gota que ha colmado el famoso vaso. Si querías llamar la atención, lo has conseguido. Felicidades. Miguel no quiere saber nada más de ti. Héctor se ha largado y Christian ha

desaparecido. Y yo estoy muy cansada. Así que piénsalo bien. —Se agachó y le dio un beso en la frente—. Ingresa en esa clínica.

Lola se apartó y se dirigió hacia la puerta igual de abatida y decepcionada que lo había hecho antes Miguel. Alejandro no pensaba permitir que sus amigos, las únicas personas a las que consideraba familia, lo juzgasen y condenasen de ese modo. Y menos cuando ellos eran culpables de cosas peores.

Pero al parecer todos habían tomado la misma decisión e iban a abandonarlo. Pues por él podían irse todos al mismísimo infierno.

Flexionó los dedos de la mano derecha un par de veces y buscó el mando del televisor. Lo puso en marcha sin fijarse en el canal.

Y fingió que no oía a Lola decirle que lo llamaría dentro de un mes.

Genial. Lo iba a dejar allí tirado, cuando se suponía que cobraba una cantidad indecente de dinero para cuidar de él y del resto del grupo;

Miguel se había ido sin concretar si lo llamaría o si iría a verlo algún día, y

Héctor y Christian no habían aparecido ni iban a aparecer.

Estaba solo.

Mejor, mucho mejor.

2

Odio dormirme los lunes. En realidad, odio dormirme cualquier día de la semana; tener que ducharme y vestirme a toda prisa, coger el bolso y rezar para que el móvil y el neceser con los potingues para maquillarme estén dentro, y pasar sigilosamente por delante de la puerta del segundo primera, para que la señora Márquez no salga a saludarme.

Todas esas cosas pueden sucederme cada día de la semana, pero el lunes, oh, el lunes es todavía peor. El lunes la mujer de la perfumería de la esquina friega a primera hora de la mañana, lo que significa que no puedo correr por la calle, a no ser que quiera partirme la crisma.

Siempre me he preguntado por qué tiene que fregar a esas horas; y lo hace todos los lunes, aunque haya llovido la noche anterior.

Y de todos los días de mi vida, hoy es probablemente el peor para haberme dormido.

Son las nueve y dos minutos, quince más tarde de lo que es habitual en mí. Consigo esquivar la fregona de la mujer de la perfumería con éxito, el quiosco ya está abierto y la gente desfila hacia la entrada del metro como un ejército de hormigas.

Debería unirme a ellos, he hecho una previsión de los gastos del mes hasta el último céntimo, pero miro el reloj y paro un taxi. Ya encontraré el modo de compensarlo, siempre lo hago.

Aprovecho el trayecto para maquillarme. Corrector de ojeras, rímel, colorete y un poco de brillo de labios. Nada extravagante, nada fuera de lo común. Sólo quiero tener buen aspecto, después de pasarme tantos años durmiendo un par de horas por la noche, ahora me molesta sobremanera que la gente me diga que tengo mala cara.

¿Mala cara? Quizá, pero ¿por qué hay energúmenos que sienten la necesidad de decírtelo?

El taxista tiene el buen tino de conducir con prudencia y de no decirme nada y los semáforos de la ciudad deciden colaborar conmigo y

ponerse verdes a nuestro paso. Llego a la puerta de la clínica justo a tiempo.

—Llegas tarde —me dice Tina al verme.

—No llego tarde. Todavía no son las nueve y media —me defiende, acercándose a ella.

Nadie lo diría por el modo en que me está mirando, pero Tina es mi mejor amiga.

—Tú siempre llegas a las nueve —me replica—. Ya iba a llamar a la policía y a los hospitales de la zona.

—Muy graciosa. Me he dormido.

—¿Tú? Pero si creía que te bastaba con cerrar los ojos dos minutos...

—Déjalo, Clementina —le digo, mirándola fijamente.

—Como quieras, Mindy —responde ella.

—No me llames así, no me gusta.

—Lo sé, pero has empezado tú —me recuerda ella con razón.

Creo que Tina y yo nos hicimos amigas en la universidad, cuando vimos que las dos éramos las únicas que teníamos nombres sacados de otra época. En el caso de Tina tenía explicación, su madre era francesa y, al parecer, tenía una tía abuela a la que adoraba y que se llamaba Clementina, o Clementine, para ser más exactos.

Mi nombre no tiene detrás una historia tan bonita, aunque, a diferencia de mis hermanos, al menos lo eligió mi madre antes de largarse. Sí, al parecer eso que llaman instinto maternal no lo siente todo el mundo y a ella le faltaba por completo, aunque eso no le impidió tener relaciones

sexuales sin protección, como atestigua el hecho de que yo tenga tres hermanos.

Mi madre, Miranda, me puso su mismo nombre —nada original— y después me rebautizó con el estúpido diminutivo de Mindy. Se largó de casa cuando yo tenía dieciocho años, Jack diez y los mellizos dos. Nuestro padre aguantó cinco años más.

Hasta que Jack cumplió quince y encontró su primer trabajo y los mellizos, que se llaman Diana y David, fueron al colegio. Supongo que no puedo quejarme, al menos Jack (sí, mi hermano se llama igual que mi padre) me avisó. Pero en ese hermano ahora prefiero no pensar. Esa historia la dejo para más tarde.

—Ahora que lo pienso, ¿qué estás haciendo aquí? —le pregunto a Tina—. Tú no trabajas aquí.

—Por fin te has dado cuenta. Iba camino del periódico y he decidido pararme a saludarte. Casi me da un infarto cuando la recepcionista me ha dicho que no habías llegado.

—Es una enfermera, te matará si oye que la llamas recepcionista.

—Por suerte no puede oírme —dice Tina con una sonrisa.

Estamos ante la entrada de la clínica. La clínica Dresler es una de las mejores del país, de esas que tienen una reputación imaculada y clientes, perdón, pacientes que aparecen en las revistas del corazón y en la lista Forbes. Una clínica de desintoxicación a lo Betty Ford, pero en Barcelona y con mucha más clase, más anonimato y mucho, muchísimo, más cara.

Claro que si una persona se ha gastado una fortuna en convertirse en

adicto a algo, bien puede gastársela también en dejar de serlo.

No pretendo ser frívola, yo sé mejor que nadie que las drogas son un problema real y que debe tratarse con seriedad, pero los actores, cantantes o «hijos de» que suelen visitar la clínica en la que trabajo son casos completamente distintos. Al menos en su mayoría.

—¿Por qué te has dormido? —me pregunta Tina, mirándome a los ojos—. No me digas que echas de menos a los mellizos. No es la primera vez que estás sola.

—No, qué va —le digo, aunque no sé si estoy mintiendo—. Diana y David me llamaron ayer antes de acostarse, se lo están pasando en grande en casa de la abuela.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¡Ah, ya lo sé! Estás nerviosa porque hoy vas a tener a un paciente muy importante. —Levanta las cejas varias veces, como en los dibujos animados.

—Todos mis pacientes son importantes —replico al instante—. ¡Por eso estás aquí! —exclamo de repente, haciéndome la ofendida—. Ya sabes que no puedo hablar de mi trabajo.

—Eh, no me insultes. No estoy buscando ninguna exclusiva, lo sabes perfectamente. No lo he hecho antes y no empezaré a hacerlo ahora. He venido a verte porque te llamé hace un par de días y todavía espero que me devuelvas la llamada.

Me sonrojo al sentirme culpable.

—Lo siento. Tienes razón. Estaba dormida y no oí el teléfono y hasta ayer estuve ayudando a David y a Diana a hacer el equipaje. Iba a llamarte

hoy.

—Claro —me dice Tina sin creerme.

—En serio —insisto—. Y siento haber insinuado que estabas aquí por interés...

—No lo has insinuado, lo has dicho claramente.

—Es que ayer el doctor Barrios nos tuvo una hora encerrados en su despacho, recordándonos que no podemos hablar con nadie acerca de nuestros pacientes.

—Oh, vamos, todo el mundo sabe que Alejandro Cruz va a estar aquí ingresado durante un mes. La prensa «autorizada» va a fotografiar cómo entra dentro de una hora.

—No puedo confirmarlo ni negarlo —digo yo, recurriendo a mi cara más profesional.

—Ya, fingiré que te creo. ¿Nos vemos mañana para cenar?

—Claro.

—Genial. Será mejor que me vaya —me dice Tina, mirando la calle

—. Y tú deberías entrar antes de que tu paciente estrella de hoy se queje porque has llegado tarde.

—Yo no paso consulta hasta las doce, el doctor Barrios es quien recibe siempre a los pacientes más especiales. Pero sí, debería entrar. Ya casi son las nueve y media.

—Y tú nunca llegas tarde.

—Nunca.

—Miranda, si esta noche no puedes dormir, llámame. ¿De acuerdo?

—me dice Tina, mirándome de nuevo a los ojos y sin el tono desenfadado que ha marcado nuestra conversación hasta ahora—. Es normal que echés de menos a tus hermanos.

Cierro los puños y me clavo las uñas en las palmas. No me gusta sentirme vulnerable y no me gusta que nadie se dé cuenta. Ni siquiera Tina.

—Estoy bien. Esta noche dormiré como un tronco. Diana y David están con la abuela y Jack hace años que no aparece. Lo tengo todo controlado.

Tina me da un beso en la mejilla y se aleja de mí por la acera, aunque creo que la oigo mascullar en voz baja: «Eso me temo».

¿Por qué?

Da igual. Ahora no tengo tiempo. Me coloco bien el bolso y entro en la clínica, a pesar de lo que le he dicho a Tina, sí que estoy nerviosa por la llegada de Alejandro Cruz. Y ella lo sabe, porque también sabe que una de las canciones de su grupo tiene un significado especial para mí.

Se lo dije años atrás, una de las pocas noches que salimos y que bebí más de la cuenta. Recuerdo que, a la mañana siguiente, Tina me regaló una revista llena de fotos de Alejandro Cruz y se burló de mí durante horas porque, al parecer, en algún momento de la noche también le había confesado que me parecía el hombre más atractivo del mundo.

Tardé meses en conseguir que dejase de tomarme el pelo con Jandro Cruz. Tiré la revista. Un gesto absurdo, pues el rostro del famoso guitarrista aparecía constantemente en distintas publicaciones y en canales de la tele, pero a mí me pareció muy simbólico.

Esa canción seguía siendo de mis preferidas, seguro que era de las que más se repetían en mi iPod, pero Jandro Cruz ya no me parecía atractivo.

Oh, sin duda lo era, se lo había considerado varias veces uno de los hombres vivos más atractivos del mundo. Pero a juzgar por sus apariciones públicas, cuando no actuaba era un auténtico cretino.

No sé cuándo me di cuenta de ello por primera vez, pero sí recuerdo que un día pensé que Jandro Cruz estaba vacío por dentro y me asusté.

Aquella mirada suya sólo la había visto en otra persona antes: en mí, y me puse furiosa.

—Buenos días, doctora Porter.

—Buenos días —contesté, dejando así de pensar en lo absurdo que era que un famoso de tres al cuarto me generase esos sentimientos.

Seguro que sólo se debía a que esa época había sido muy dura para mí.

—El doctor Barrios ha convocado una reunión a las diez. Le he dejado una carpeta en su escritorio.

—Gracias, Isabel, estás muy guapa hoy.

—¿Yo? Gracias —farfulla.

Le sonrío y cruzo el vestíbulo en dirección a la escalera. Los distintos compañeros que van apareciendo en los pasillos van muy arreglados. A estas alturas ya deberíamos estar acostumbrados a la llegada de famosos a la clínica, pero es evidente que Jandro Cruz pertenece a una categoría especial.

Faltan veinte minutos para las diez. Acelero el paso, quiero leer los documentos del doctor Barrios antes de la reunión.

El doctor Barrios es el director de la clínica Dresler y sin él yo no estaría aquí. Es estricto, frío y distante, tiene aterrorizados a todos los internos y reputación de ser un auténtico cretino, pero si no hubiese aparecido en mi vida esa noche, hace unos años, ésta sería muy distinta.

Echo los hombros hacia atrás y muevo la cabeza de un lado a otro para quitarme de encima los malos recuerdos. Cuelgo el bolso y la chaqueta e, instintivamente, me paso una mano por el pelo; mi recogido sigue intacto en la nuca, el bastoncillo largo y negro me sujeta los mechones de pelo justo donde quiero.

Mi mesa queda justo al lado de la ventana y el viernes me fui sin echar la cortina. El sol ilumina ahora la madera y el polvo que flota en el aire parece estar lleno de hadas diminutas. El jarrón que tengo en un extremo está vacío, pero hoy, más tarde, pasearé por el jardín y cogeré algunas flores.

Aparto la silla y me siento para leer más tranquila. Dentro de la carpeta encuentro unos documentos provenientes de un juzgado de Barcelona y una nota de Barrios. Al parecer, nuestro nuevo paciente estrella ha venido a parar a la clínica a consecuencia de un pacto con la fiscalía y con el juez para evitar ir a la cárcel.

Veo las fotos de un Porsche negro destrozado en medio de lo que parece un escaparate y recuerdo haber leído la noticia del accidente.

Es un milagro que el conductor no perdiese la vida.

El acuerdo está firmado por el fiscal y por una mujer; bajo la firma de ella pone «representante legal de Alejandro Cruz». El acuerdo ocupa varios

folios y está lleno de condiciones, veo unas cuantas subrayadas en fluorescente.

«Aportar análisis diarios que incluyan las pruebas de alcoholemia y toxicología.»

«Informe semanal firmado por médico titular sobre la recuperación de la mano izquierda.»

«Seguimiento de las sesiones de desintoxicación firmado por médico titular.»

La lista sigue y sigue y lo primero que me viene a la cabeza es si él, Alejandro Cruz, sabe que ha aceptado cumplir estas condiciones.

La nota del doctor Barrios, un pósit adhesivo, dice: «Ocúpate tú, Miranda». Está pegada a una hoja oficial de la clínica en la que el doctor Tomás Barrios, director de la clínica Dresler, como he mencionado, le comunica a la fiscalía que la doctora Miranda Porter será la encargada de supervisar la rehabilitación completa del señor Alejandro Cruz. Grapado, se encuentra mi currículum oficial, en el que se dice que soy mucho más que una nutricionista.

Descuelgo el teléfono al instante.

Barrios contesta tras el primer timbrazo.

—No pienso hacerlo.

—No puedes negarte.

—Yo soy la nutricionista de la clínica, esos informes tendría que firmarlos el doctor Andrés o la doctora Golini. O tú.

—Vas a ocuparte tú, Miranda —decreta—. Eres la única que no va a

quedarse impresionada por el señor roquero. Además, el fiscal me pidió que eligiese a mi mejor médico. Y eso he hecho.

—Tomás.

—Miranda.

Lo oigo suspirar exasperado.

—Tengo mucho trabajo, no puedo hacer de niñera. —Intento otra táctica.

—No te he pedido que lo hagas.

—No me has pedido nada, me lo has comunicado.

Tomás se ríe y sé que no voy a poder salir de ésta.

—Tienes razón. Vas a supervisar la rehabilitación del señor Cruz porque eres la única que no vas a seguirle el juego. Cuelga de una vez y ve a la sala de reuniones, tengo que hablar con vosotros.

Me cuelga y sé que tiene una sonrisa de oreja a oreja.

Leo el documento de la fiscalía y me pregunto de nuevo hasta qué punto está de acuerdo Jandro Cruz con todo eso. Su firma no figura por ninguna parte. No hay nada peor que tratar a un famoso que cree ser el regalo que Dios nos ha hecho al resto de los mortales, pero si además no está dispuesto a desintoxicarse y viene a la clínica por obligación, será insoportable.

Cojo las fotografías del accidente y los informes del médico que lo atendió de urgencia. Las fotos me dejan helada: el airbag del coche se ve salpicado de sangre y la puerta del vehículo está en el suelo, a unos metros lejos del resto.

¿Qué diablos le pasó para perder el control del coche de esa manera?

En el informe de la policía y de los bomberos no se menciona ningún otro coche ni nada que justifique tal alunizaje.

Dejo las fotografías boca abajo porque no quiero seguir mirándolas.

Reconozco el nombre del médico que acudió al accidente, es uno de los mejores de la ciudad.

El conductor sufrió una parada cardíaca antes de poder ser trasladado al hospital, pero consiguieron reanimarlo a tiempo —el informe detalla el protocolo seguido—; una vez llegó al centro, fue operado de urgencia de un desgarró en el estómago y de la mano izquierda. Las radiografías adjuntas evidencian que prácticamente es un milagro que siga teniendo esa extremidad.

Los análisis demuestran que el paciente triplicaba el límite de alcohol permitido y que en su sangre se mezclaban distintos estupefacientes y cocaína. Sin embargo, en el resto de los análisis, los que realizaron con más profundidad durante el ingreso del señor Cruz, no se encontró nada que demostrase un consumo constante y diario de ninguna droga.

En esos mismos análisis veo que Jandro Cruz tiene ¿anemia? Y que está bajo de varias vitaminas. Si no lo estuviese viendo con mis propios ojos, no me lo creería.

Esos análisis parecen los de una adolescente al borde de la anorexia y no los de un hombre que mide más de metro ochenta y que pesa noventa kilos.

¿Qué hace? ¿Alimentarse a base de cervezas y cigarrillos?

Guardo todos los documentos en la misma carpeta que me ha

preparado el doctor Barrios y miro el reloj. Las diez.

Me levanto y antes de salir del despacho me miro de nuevo en el espejo. Todo sigue en su sitio.

La sala de reuniones es preciosa. Siempre me ha resultado fascinante.

Es una sala diáfana, completamente acristalada, que parece flotar encima de uno de los patios interiores del edificio. Las copas de los naranjos acarician las ventanas y las ocultan de las miradas de los pacientes y de sus acompañantes cuando éstos pasean por los jardines.

En el centro hay una mesa ovalada y en un extremo, junto a la puerta, un cuadro con un paisaje de los canales de Venecia. Si no me falla la memoria, creo que el doctor Barrios me explicó que ese cuadro pertenecía a los propietarios del edificio donde se encuentra la clínica Dresler. Al parecer, lo vendieron junto con las piedras.

No sé por qué recuerdo esa historia, supongo que es porque siempre me ha costado entender a la gente a la que le resulta tan fácil el abandono.

—Hola, Miranda.

—Hola, Elena —saludo a la doctora Goloti con la misma sonrisa que me ofrece ella.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, gracias —le contesto. No somos amigas, sencillamente las dos somos educadas—. ¿Y el tuyo?

—También bien.

El doctor Barrios entra acompañado por cuatro médicos más de la

clínica y por su inseparable ayudante, la enfermera Ruiz. Cuando empecé a trabajar aquí, no podía evitar compararla con la enfermera loca de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, pero Sonia es muy dulce y ahora me parece horrible haber hecho esa comparación, aunque en realidad se parecen mucho físicamente.

La clínica de esa película habría sido un lugar mejor sin la enfermera Ratched, pero la clínica Dresler necesita a Sonia Ruiz para sobrevivir.

Por fin veo entrar a una de las personas que siempre consiguen arrancarme una sonrisa: Pablo Durán, el fisioterapeuta jefe de la clínica.

—Hola, preciosa, ¿sabes a qué viene esta reunión? Creía que Barrios ya nos había soltado el sermón acerca de lo bien que tenemos que tratar a su alteza real el guitarrista.

—Buenos días a todos —nos saluda el doctor Barrios—, ¿qué les parece si nos sentamos y les cuento el motivo de esta reunión?

Nos movemos y ocupamos la mesa de la sala. Barrios espera a que nos aposentemos y, en silencio y desde la presidencia retoma la palabra.

—Como les conté el otro día, el señor Cruz llegará a nuestras instalaciones dentro de media hora. No es nuestro único paciente, sino uno más; su rehabilitación seguirá los procedimientos habituales. Sin excepción.

Nota que lo miramos confusos. Eso era lo mismo que nos dijo la semana pasada y nos está sentando igual de mal. Debe de darse cuenta, porque suspira y se pasa una mano por la barba blanca.

—Los he convocado aquí —prosigue—, porque el consejo de la

clínica me ha *pedido* —por el tono de esa palabra nos queda claro que no ha sido ninguna petición— que les recuerde que todos ustedes han firmado un acuerdo de confidencialidad y que no pueden hablar de nada que esté relacionado con su trabajo fuera de las instalaciones de la clínica. El que lo haga será despedido de inmediato. —Levanta las manos—. Les aseguro que les he dicho a los del consejo dónde pueden meterse sus amenazas. Sé que no me he equivocado con ustedes. Y ahora, salgan de aquí y vayan a trabajar, yo tengo que ir a recibir al señor Cruz.

Nos ponemos en pie y esperamos a que Barrios abandone la sala acompañado de su enfermera. Nos vamos dispersando en grupos, tras mirarnos unos a otros sorprendidos.

Barrios es muy exigente y a menudo resulta imposible tratar con él, pero es obvio que se ha jugado el cuello por su equipo.

—Siempre que hace estas cosas me cae bien durante una semana — me dice Pablo—. Será mejor que empiece con las sesiones del día, así luego podré visitar a nuestro nuevo paciente y comenzar a preparar sus ejercicios de rehabilitación.

—Sí, yo también.

—¿Nos vemos a la hora del almuerzo?

—Claro.

Pablo se mete las manos en los bolsillos y me da la espalda para dirigirse hacia la escalera que conduce a uno de los gimnasios de la clínica. Yo me acerco a la ventana que da a la calle y me quedo mirando cómo un coche negro se acerca y se detiene en la entrada. Viene seguido de otros

dos, uno rojo y otro blanco, que se detienen también y de los que bajan un par de chicos armados con móviles y cámaras de vídeo.

Del coche negro sale un chófer uniformado. Se dirige solemnemente a la puerta de atrás y la abre. Lo primero que aparece es una bota negra muy gastada, luego otra.

Alejandro Cruz se pone en pie. Va sin afeitarse y lleva la mano izquierda en cabestrillo. Su atuendo es todo negro, gafas de sol incluidas. Y está completamente solo.

Y a juzgar por su mueca de satisfacción, le importa un pimiento.

3

Alejandro Cruz recibió el alta del hospital dos días antes de que tuviese que ingresar en la clínica de rehabilitación, un viernes por la tarde, y estuvo tentado de decirle al chófer del coche que Lola le había alquilado que lo llevase al aeropuerto.

Nadie se enteraría a tiempo. Llevaba encima el pasaporte y las tarjetas de crédito; les había dicho a los de la discográfica que mandasen a alguien a su piso a buscarle eso y algo de ropa. Le había costado, pero al final había dado con un asistente o ayudante de no sé qué y lo había aterrorizado por teléfono hasta conseguir que le prometiese que mandarían a alguien para ayudarlo con el alta.

Lola, aparte de alquilar aquel coche, con un chófer que parecía un guardaespaldas, no había vuelto a asomar por el hospital y tampoco se había dignado devolverle ninguna de sus cincuenta —o sesenta— llamadas. Miguel no había aparecido y tampoco había llamado. Y Héctor y

Christian ni siquiera se habían molestado en preguntar si seguía con vida.

Y esos cuatro eran las únicas personas que lo conocían.

Alejandro firmó los autógrafos de rigor a los médicos y al personal de la planta en la que había estado ingresado e intentó no fulminar con la mirada a la ayudante del fiscal, que apareció el viernes para entregarle, junto con el alta, el maldito pliego con las condiciones del pacto que Lola había firmado sin preguntarle antes.

Algún día, de alguna manera, se lo haría pagar.

El chófer/guardaespaldas fue a buscarlo y esperó paciente en el pasillo a que Alejandro saliese de su habitación. Cuando lo vio, se puso en pie y se acercó para cogerle la bolsa.

—Me alegro de verlo, señor Cruz. La señorita Velasco me contrató para que me ocupe de usted hasta el lunes.

—La señorita Velasco puede irse al infierno. Cogeré un taxi y el lunes iré a la maldita clínica solo. Déjeme en paz y váyase de aquí.

El hombre se limitó a enarcar una ceja y sujetarle la puerta para que pudiese salir más cómodamente.

—Me temo que eso no va a ser posible, señor Cruz.

Alejandro refunfuñó y sopesó cuáles eran sus alternativas allí, en medio del pasillo del hospital; no tenía ninguna. Lo único que podía hacer era asentir y dejar que aquel armario lo acompañase hasta el coche.

Seguro que durante el trayecto se le ocurriría algo. Dinero. Sí, le ofrecería dinero, el doble o el triple de lo que le estuviese pagando Lola, a cambio de que lo llevase al aeropuerto. O a un hotel.

A cualquier parte excepto a su apartamento.

Entraron en el ascensor y bajaron en silencio hasta el aparcamiento.

Alejandro estaba apoyado en la parte posterior del cubículo de metal y el guardaespaldas se plantó delante de él, ¿para ocultarlo de las miradas curiosas o para evitar que escapase?

Alejandro suspiró cansado. Durante aquella semana se había levantado varias veces de la cama para pasear por el dormitorio e incluso por la planta, pero el sobreesfuerzo de esa mañana — ducharse, vestirse— le estaba pasando factura. Además, los primeros dos días después de despertar del coma inducido había podido dormir, pero ya llevaba varias noches sin pegar ojo.

No había ido a visitarlo nadie, excepto aquel pobre esclavo de la discográfica que fue a llevarle la maleta con sus cosas.

Nadie.

Alejandro sabía que el hospital tenía las visitas restringidas, pero a su familia y a sus amigos los habrían dejado entrar.

«No tienes familia. Ni amigos.»

El ascensor se detuvo en el aparcamiento y el chófer sujetó la puerta con una mano antes de volverse hacia Alejandro. Eran los dos únicos ocupantes que quedaban.

—¿Se encuentra bien, señor Cruz?

—¿Cómo te llamas?

—Bruno Casas, señor. ¿Quiere que volvamos arriba?

—No, no hace falta —afirmó él, tras negar con la cabeza—. Sácame

de aquí de una vez.

—Por supuesto, señor.

Alejandro se tocó los dedos de la mano izquierda y se asustó de nuevo al comprobar que no podía sentirlos.

¿Y si no lograba recuperar la movilidad?

Desvió la vista hacia la bolsa que sujetaba Bruno y la detuvo en la carpeta que sobresalía por un extremo y que contenía las radiografías y los informes médicos que se había pasado noches leyendo sin llegar a entender. Se suponía que era un milagro. Seguía teniendo todos los músculos, huesos y cartílagos necesarios para tocar.

«Ahora sólo tienes que desearlo.»

Bruno le abrió la puerta de un Mercedes negro y mientras Alejandro se sentaba, colocó la bolsa en el maletero. Acto seguido, le cerró la puerta y se puso tras el volante.

El coche se deslizó con suavidad y precisión por las curvas del aparcamiento del hospital. En el interior reinaba un silencio no del todo confortable, pero tampoco incómodo, aunque se rompió en cuanto llegaron al exterior y los asaltaron los gritos de los fans que llevaban días plantados frente al hospital.

Alejandro sabía que no podían ver el interior del coche, igual que sabía que les daba igual. Leyó por encima algunas de las pancartas y se dijo que no le hacía falta que su hermano o sus amigos fuesen a verlo.

La policía tenía una patrulla en la calle siguiente y pararon unos segundos la circulación para que el vehículo de Alejandro pudiese

incorporarse al tráfico. Después de eso, el Mercedes se convirtió en un coche más circulando por la ciudad.

No tardaron demasiado en llegar al edificio donde se había comprado un lujoso apartamento al firmar su segundo contrato multimillonario.

Igual que el Porsche negro con el que había sufrido el accidente,

Alejandro apenas había estado entre esas cuatro paredes. Siempre que el grupo visitaba España, viajaban de ciudad en ciudad y no tenía tiempo de instalarse en Barcelona; por otra parte, un hotel resultaba mucho más práctico y confortable.

A pesar de ello, el dúplex estaba completamente amueblado y, aunque en ese momento era incapaz de recordar ningún detalle, disponía de todos los lujos imaginables.

Le había pagado una fortuna a una decoradora para que se encargase de ello.

El Mercedes se detuvo frente al edificio y giró suavemente hacia la entrada del parking de los propietarios. Lola había sido muy diligente y Bruno disponía ya de todos los mandos y autorizaciones necesarias para moverse por allí como si estuviese en su casa.

Alejandro cerró los ojos un par de segundos y se dejó llevar.

—Ya hemos llegado, señor Cruz.

—Llámame Jandro —le dijo, sin levantar la cabeza del respaldo—.

Me apetece ir a tomar algo. Llévame aquí.

Metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y sacó una tarjeta.

—Me temo que no puedo hacerlo, señor —respondió Bruno sin

cogerla—. Me está esperando otro cliente.

Alejandro abrió los ojos y enarcó incrédulo una ceja.

—Creía que yo era tú único cliente.

—No, señor. Lamento haberlo confundido —contestó el chófer sin siquiera esforzarse por mentir—. Vendré a buscarlo el lunes.

—¿No vas a pasar a vigilarme mañana? —lo provocó él, caminando furioso hacia el ascensor.

—No, señor.

Alejandro ignoró su respuesta y apretó el botón de su piso, convencido de que Lola le habría dado un dinero al portero de su edificio a cambio de que la avisase si él se iba.

«Y no se ha molestado en llamarme para preguntarme si estoy bien.»

Llevaba la bolsa colgada del hombro derecho y seguía fingiendo no ver su mano izquierda.

Entraría en aquel maldito dúplex y se tumbaría en la cama. Aunque no recordaba la última vez que había dormido en ella, era imposible que fuese más incómoda que la del hospital.

Al día siguiente por la mañana, cuando despertarse, prepararía una bolsa y se largaría de allí.

Abrió la puerta y desconectó la alarma. Al menos el esbirro de la discográfica había sido capaz de volver a ponerla.

Dejó caer la bolsa al suelo, sin importarle lo más mínimo adónde iba a parar, seguro que tenía contratado algún servicio de limpieza que se ocuparía de eso al día siguiente, o cualquier otro día.

Fue a la cocina, encendió la luz y tardó varios minutos en encontrar un vaso; abrir armarios y cajones con una sola mano no era tan fácil como parecía, aunque probablemente la causa principal de su torpeza fuera el mal humor y el agudo dolor de cabeza que le estaba atravesando las sienas.

Con el vaso por fin depositado en la sofisticada mesa blanca de la cocina, volvió a pelearse con los armarios en busca de algo de beber. Sólo encontró agua y zumo de piña.

Definitivamente, iba a matar a Lola y a sus supuestos amigos cuando los viese. Si volvía a verlos, añadió para sí. Todos sabían que odiaba el zumo de piña.

Cogió un botellín de agua y prácticamente arrancó el tapón con los dientes. Bebió un trago y se sacó del bolsillo de la cazadora los dos botes de pastillas que le habían dado en el hospital. Dejó uno junto al vaso y el otro lo abrió también con los dientes. Engulló la pastilla que le tocaba, una que le habían dicho que se tomase sólo si tenía mucho dolor (él interpretó ese «sólo» como un «cuando»). Bebió un poco más de agua y salió de la cocina.

Apagó la luz con el codo y se planteó muy seriamente coger el móvil y llamar a uno de sus habituales compañeros de fiesta. Él no los llamaba amigos. No lo eran. Siempre se refería a ellos como «gente». «He quedado con gente», decía cuando le preguntaban.

Alejandro tenía a gente en las ciudades más importantes de Europa y probablemente de Estados Unidos. Podía marcar una serie de números de teléfono y en menos de media hora estaría en la fiesta más sofisticada que

estuviese celebrándose esa noche, con una copa en la mano y un club de fans adulándolo, dispuestos a hacer lo que él pidiese.

Tenía el móvil en la mano. Vio que le temblaba.

—¡Mierda!

Lanzó el aparato al suelo y fue a acostarse. Estaba cansado y la medicación seguía aturdiéndolo. Caminó hasta el dormitorio y encendió la luz. Se quitó la cazadora y la lanzó furioso contra la pared más alejada. La prenda cayó al suelo impasible, ajena a la rabia de su dueño. Se quitó la camiseta de un modo mucho menos dramático por culpa de la escayola del brazo izquierdo.

Le habría gustado desnudarse de pie, dejar claro, a pesar de que nadie podía verlo (y al parecer a nadie le importaba) que estaba muy enfadado, pero tuvo que sentarse en la cama para quitarse los zapatos. Unas deportivas, ahora raídas, que se compraron los cuatro, Miguel, Héctor, Christian y él en su primera gira. Al día siguiente se desharía de ellas para siempre.

Se desabrochó el cinturón y se quitó los vaqueros, dejándolos del revés y hechos un gurrño en el suelo.

Se echó en la cama con las piernas colgándole por un extremo y respiró hondo varias veces para recuperar el aliento. Cuando creyó haberlo conseguido, se incorporó ligeramente y se retrepó hasta notar que con la nuca tocaba las almohadas. Entonces se dejó caer y se quedó inmóvil varios minutos.

Ahora que había decidido no salir del apartamento, los párpados le

pesaban como si fuesen de plomo. Debió de quedarse dormido, porque sin querer apoyó el peso en el brazo izquierdo y gritó de dolor.

Abrió los ojos y se sentó en la cama. Se mordió el labio y apretó los dientes con fuerza hasta que la punzada empezó a retroceder. Sudó tanto durante esos segundos que el pelo se le pegó a la frente y la nuca, y se le erizó la piel con un escalofrío.

Desvió la vista en busca de algo que lo distrajese, cualquier cosa, y, por desgracia, la encontró.

Una foto de ellos cuatro en el concierto que dieron en el instituto.

Cogió el marco con la mano derecha. Ni siquiera recordaba que tuviera esa foto, a pesar de que sabía perfectamente quién y cuándo se la había hecho.

Hacía años que no la veía. Esa fotografía no había aparecido nunca en ninguno de los cientos de reportajes que les habían hecho a lo largo de los años. Probablemente sólo existieran cuatro copias, las de ellos, aunque tal vez Lola también tuviese una.

Estaban los cuatro en el escenario de aquel ridículo gimnasio.

Christian sujetaba el micro con torpeza, la misma con la que Alejandro blandía la guitarra, Miguel estaba detrás del teclado, sumamente concentrado, y Héctor le estaba dando una paliza a la batería.

Habían cambiado muchas cosas desde entonces, demasiadas probablemente, aunque en aquel instante Alejandro sólo se fijó en las más evidentes. Christian seguía siendo el cantante principal del grupo, pero cada vez eran más las canciones en las que Miguel y él lo acompañaban. Su

hermano todavía tocaba el teclado, pero había incorporado el bajo, igual que Alejandro. Y Héctor parecía tener un talento innato para cualquier instrumento, aunque el muy cretino se empeñaba en seguir sólo con la batería, al menos en público.

El aspecto de los cuatro había cambiado drásticamente, al fin y al cabo, habían transcurrido casi quince años de esa fotografía. Más allá de los músculos que habían desarrollado, de la altura o del peso que habían ganado, lo que Alejandro no podía ignorar era lo distinta que tenían la mirada. Entonces estaba llena de ilusión y en esos momentos... Ahora no quería pensar en ello.

Miró el fondo de la fotografía y la sábana en la que habían pintarrajeado el nombre del grupo con un spray de pintura negra lo hizo sonreír. Sí, habían tenido que discutir mucho con su primer agente (un imbécil al que Lola por fortuna sustituyó casi de inmediato) para mantenerlo. Y también con la discográfica.

Alejandro todavía se acordaba de la mueca de resignación que hizo el directivo de turno cuando los cinco —ellos cuatro con Lola ya al frente— le aseguraron rotundamente que si intentaban cambiarles el nombre no firmarían y se irían a otra parte.

Sí, el nombre los definía a la perfección: MALDITOS BASTARDOS.

Con los años, el diseño, gracias a Dios, se había sofisticado hasta convertirse en una especie de logotipo. Una marca, lo llamaban los ambiciosos directivos de marketing. Aparecía en todas las portadas de los álbumes, era el distintivo de su canal de YouTube, de Vimeo, de su cuenta

de Facebook, Twitter y cualquier otra red social que existiese o tuviese intención de existir: MB.

El nombre del que se habían sentido tan orgullosos a los dieciocho años, porque creían que los definía como rebeldes, se había visto reducido a dos letras: MB.

En la radio, en los programas de música o de cotilleos, ya nadie pronunciaba su nombre entero. De hecho, los cuatro componentes del grupo habían bromeado en más de una ocasión diciendo que probablemente tenían fans que ni siquiera sabían qué significaban las siglas MB.

Pero él sí.

Dejó el marco encima de la mesilla y volvió a preguntarse cómo diablos había ido a parar allí aquella maldita fotografía. Buscaría el teléfono de la carísima decoradora y se lo preguntaría. Si no le fallaba la memoria, y en esos temas no solía fallarle, era una mujer muy atractiva que se le había insinuado sin disimulo. En aquel entonces no le siguió el juego porque no tenía tiempo, pero si la mujer estaba libre al día siguiente, podían quedar y pasar un rato agradable.

Tumbó la fotografía boca abajo y apagó la luz.

El sábado, Alejandro se despertó hecho una mierda, a pesar de que cuando abrió los ojos eran ya más de las doce. No recordaba la última vez que había pasado solo tantas horas en la cama. Se sentía como si le hubiesen dado una paliza y, al terminar, sus asaltantes hubiesen decidido jugar al fútbol con su cabeza.

Se sentó en la cama con los pies colgando y, a tientas, abrió el cajón

de la mesilla de noche. Si su hermano, Lola, o alguno de sus esbirros habían metido allí las manos, se las cortaría cuando los viera. Palpó y comprobó que eso no habían sabido encontrarlo.

Sacó la cajita de metal y la abrió. No recordaba bien por qué había decidido dejarla allí la última vez que estuvo en ese apartamento, pero se alegró mucho de haberlo hecho. Con movimientos sorprendentemente ágiles, sacudió una de las bolsitas de plástico y se preparó una raya a oscuras. La operación terminó en menos de un minuto, y Alejandro se tumbó aliviado y con la respiración relajada.

Volvió a despertarse tres horas más tarde y, mucho más descansado que la vez anterior, salió de la cama y fue al cuarto de baño. Se duchó, sin importarle demasiado si mojaba o no el yeso durante el proceso, y al terminar se sintió un poco como el de siempre.

Se puso unos vaqueros y una camiseta negra y no se molestó en peinarse ni afeitarse. Descalzo, caminó hasta la cocina y al recordar lo desprovista que estaba, soltó una maldición. ¿Acaso esperaban que fuese a comprar? Volvió al dormitorio y, de la cazadora, que tuvo que recoger del suelo, sacó el paquete de cigarrillos y un mechero.

Se dirigió luego al salón y antes de sentarse en el sofá descolgó el teléfono que lo conectaría con el portero del edificio.

—Buenas tardes, señor Cruz, es un...

—Necesito café —dijo, interrumpiendo el amable saludo de aquel desconocido.

Había elegido aquel lujoso edificio porque disponía de unos servicios

centrales comparables a los de un hotel.

—Por supuesto, señor. Me encargaré de que se lo suban, ¿algo más?

—Algo de comer —añadió, al oír cómo le rugía el estómago.

—Si me lo permite, señor, las sugerencias de nuestra cocina para el día de hoy son excelentes. Tenemos...

—Tráigame lo que quiera.

Colgó. Tanta amabilidad le estaba disparando el nivel de azúcar en la sangre.

Encendió un cigarrillo y luego otro. Y otro. Y otro.

Descolgó de nuevo el teléfono.

—Y dos paquetes de tabaco.

Media hora más tarde, un chico con un uniforme immaculado le subió una bandeja con una ensalada César, un entrecot poco hecho, una mousse de chocolate, una botella de agua y dos paquetes de tabaco. El joven botones colocó la comida en la mesa del salón y desapareció sin atreverse a mirarlo a los ojos y sin poder disimular que le temblaban las manos.

Alejandro no se inmutó y tampoco intentó tranquilizarlo ni darle las gracias. Él tenía problemas mucho más graves que calmar a un chico que se ponía nervioso al ver a un cantante famoso.

Cuando se quedó a solas, cogió uno de los paquetes de tabaco y fumó un cigarrillo allí mismo, de pie. El olor del humo y el sabor de la nicotina eran probablemente lo más reconfortante que había sentido en los últimos días.

Aplastó la colilla en la bandeja que el chico había dejado encima de la

mesa y miró la comida. Odiaba las ensaladas, pero el entrecot no tenía mala pinta. Se acercó y, al ver el afilado cuchillo de sierra que descansaba al lado del plato, recordó que sólo tenía una mano.

—Mierda —masculló.

El chico ya se había ido y Alejandro no iba a llamar al portero del edificio para pedirle que subiera a cortarle la carne. Comería la mousse y se bebería el café.

—¿Dónde está el café? —preguntó en voz alta, sabiendo que nadie iba a contestarle—. Genial.

Bebió un poco de agua y salió al balcón. No volvió a entrar hasta varias horas más tarde, cuando se le acabaron los cigarrillos. La comida seguía encima de la mesa, así que fue directo a su dormitorio por la cazadora, con la intención de salir de una vez de aquel maldito apartamento y no volver hasta... No sabía cuándo volvería.

Cogió la cazadora de cuero negro y se peleó con la manga izquierda hasta ponérsela. Más o menos. Cruzó el pasillo y, al llegar a la puerta, se detuvo al tropezar con la bolsa que había traído del hospital.

El sobre que contenía los resultados de las pruebas médicas que le habían hecho después del accidente se había abierto y su contenido estaba esparcido por el suelo. Los folios donde se detallaban todas y cada una de las cláusulas del acuerdo con el fiscal estaban grapados a un lado.

Alejandro todavía no se lo había leído con detenimiento, porque cada vez que empezaba se ponía tan furioso que tenía que parar. Junto al pliego había un par de radiografías de su mano izquierda.

Una hoja que no recordaba haber visto antes llamó su atención y se agachó para cogerla. Se quedó de cuclillas y leyó las primeras líneas. Era la hoja de ingreso a urgencias. No sabía cómo había ido a parar allí; probablemente alguien del hospital la había adjuntado sin querer con el alta y con los informes médicos.

Alejandro reconocía la caligrafía de su hermano Miguel, sus trazos furiosos y confusos. Sus ojos fueron directamente a una de las últimas preguntas del formulario, una en la que se pedía autorización para mantener al paciente con vida artificialmente en caso de que se produjese la muerte cerebral. O algo igual de horrible.

Alejandro y Miguel estaban solos en el mundo. Sólo se tenían el uno al otro. En una de las pocas conversaciones que habían tenido respecto a esos temas, justo después de que Miguel se comprase su moto número diez y la condujese por casi toda Argentina sin ninguna precaución, los dos dijeron que si les sucedía algo, el otro no alargaría el drama. Se dieron incluso un incómodo abrazo al terminar y Alejandro recordaba perfectamente que había bromeado acerca de que si Miguel se rompía la crisma en el desierto, más le valía asegurarse de no volver.

Miguel había firmado esa casilla.

Arrugó el papel, furioso, y lo lanzó contra la pared justo antes de quedar sentado en el suelo.

Su estúpido y traidor hermano había firmado un jodido papel en que decía que si le hubiese pasado algo irremediable en aquella maldita mesa de quirófano, lo habrían mantenido vivo a la fuerza.

¿Por qué?

¿Por qué había firmado eso y después lo había dejado tirado en ese hospital? ¿Por qué no lo había llamado en todos esos días?

No debería importarle. Después de todo lo que había sucedido, no tendría que importarle.

Pero le importaba y por eso se levantó, se quitó la cazadora y fue a la cocina a por un maldito zumo de piña.

4

Cuando el lunes Bruno fue a buscar a Alejandro al apartamento, el chófer/guardaespaldas/espía de Lola no consiguió disimular a tiempo su expresión de sorpresa al encontrarlo listo y dispuesto a partir rumbo a la clínica. Realizaron el trayecto en el mismo silencio que el viernes, aunque Alejandro tenía la extraña sensación de que habían pasado mucho más de dos días desde entonces. Él no sabía dónde estaba exactamente la famosa clínica Dresler, pero suponía que no iban a tardar demasiado en llegar.

El domingo había conseguido leer todas las cláusulas del acuerdo entre Lola y la fiscalía. Lola prácticamente lo había encerrado en una guardería para mayores y les había dado permiso para que le hicieran análisis tantas veces como quisieran.

Sin embargo, ahora que se había obligado a leer la documentación, Alejandro podía ver perfectamente que ese fiscal lo odiaba, a él o a lo que representaba. No hacía falta ser un experto para detectar la sed de sangre de la fiscalía.

Lola había negociado muy bien; en vez de un mes en una prestigiosa

(y confortable) clínica de rehabilitación, Alejandro podría haber terminado en la cárcel durante varios años. Claro que no tenía la más mínima intención de darle las gracias, ni de decirle que había hecho un buen trabajo. De momento.

El Mercedes negro no tardó en avanzar acompañado de dos coches más, uno blanco y otro rojo. Alejandro recordó que Lola le había dicho que había autorizado a dos medios de comunicación para que fotografiasen su entrada en la clínica; lo que significaba que no podía pedirle a Bruno que se los quitase de encima. Y que cuando llegase a su destino, tendría que sonreír para las cámaras. Nunca mejor dicho.

El vehículo siguió avanzando hasta que llegó a una verja de metal de la que partía un estrecho camino de grava que conducía al lateral de un palacete restaurado. Alejandro miró por la ventana y vio que detrás de ese edificio antiguo había otro mucho más moderno.

La verja estaba cerrada y había un vigilante de seguridad frente a ella.

El hombre se acercó al ver que el Mercedes aminoraba la marcha y saludó educadamente al chófer mientras Alejandro tenía la mente en blanco, cautivado por la arquitectura modernista.

—¿Señor Cruz, está bien?

Alejandro sacudió la cabeza y al ver el rostro de Bruno supuso que aquélla no era la primera vez que intentaba llamar su atención.

—Sí, perfectamente.

El conductor no pareció creérselo, pero dejó de mirarlo por el retrovisor y desvió la vista de nuevo hacia adelante.

—Vendré a buscarlo dentro de un mes. Si me necesitase antes, en la clínica tienen mis teléfonos.

—No hace falta, llamaré a un taxi.

En realidad, no tenía intención de quedarse allí un mes entero, ni una semana, pero no hacía falta que su niñera lo supiese.

—Vendré a buscarlo —insistió el chófer antes de echar el freno de mano y detener el Mercedes en la entrada principal.

El ruido del motor dejó de oírse y los ensordecedores latidos del corazón de Alejandro resonaron en el interior de su mente. La espalda se le cubrió de una fina capa de sudor frío y flexionó los dedos de la mano derecha.

Su hermano no había llamado durante el fin de semana. Una pequeña parte de él había creído que era imposible que Miguel no lo hiciese para preguntarle cómo estaba, para burlarse de él y desearle suerte en la clínica. Pero se había equivocado: no había llamado.

Y Alejandro sospechaba que la ausencia de esa llamada se debía a que Miguel estaba convencido de que no iría a la clínica. De que volvería a tomar la decisión equivocada.

Después de leer el acuerdo con la fiscalía, Alejandro se pasó el resto del domingo diciéndose que él no tenía ninguna adicción; sí, bebía whisky a diario, pero podía dejarlo cuando quisiera. Y nunca se comportaba como un borracho, no se había tropezado nunca en mitad de una actuación y tampoco se había desplomado en medio del escenario. El alcohol lo relajaba y lo ayudaba a tocar bien. Mejor.

Y las drogas sólo las utilizaba cuando tenían que presentar algún álbum e ir de fiesta en fiesta. Para él eran una herramienta más; Alejandro las comparaba a las púas para tocar la guitarra.

Si tenía que ser ingenioso, atrevido, provocador, simpático, esnifaba una raya y solucionado. Lo tenía controlado. No tenía ningún problema en no tomar nada mientras estuviese en aquella clínica, total, sólo iba a estar un par de días (cada vez que lo pensaba eran menos). Él era un hombre adulto y no podían retenerlo allí a la fuerza; se iría a Canadá unos días, o tal vez a Chile. Seguro que Lola encontraría la manera de solucionar el tema con la fiscalía, un par de conciertos benéficos, o quizá incluso podrían cantar en la boda de la ayudante del fiscal, cualquier tontería. El accidente y la clínica de rehabilitación pasarían a ser una anécdota más, otro misterio en torno a la leyenda de MB.

Respiró hondo y se pasó la mano derecha por el pelo. Sacó las gafas de sol del bolsillo de la cazadora —no soportaba que le fotografiasen los ojos, o, mejor dicho, no soportaba ver fotografías de sus ojos— y se las puso. Oyó los pasos del chófer por la grava y el clic de la puerta al abrirse. Salió del vehículo convertido en Jandro Cruz.

Las cámaras dispararon sin piedad, pero no le hicieron ninguna pregunta hasta que llegó a su lado un hombre con barba blanca y rostro solemne.

—Bienvenido a la clínica Dresler. —Le tendió la mano—. Soy el doctor Barrios, el director.

—Gracias, doctor.

Alejandro se la estrechó y ambos sonrieron mirando hacia adelante.

No era la primera vez que los dos hacían ese paripé.

Los periodistas le preguntaron entonces cómo se encontraba y cómo pensaba afrontar ese mes en la clínica. Alejandro les contestó sin decirles nada y dedujo que Lola había autorizado aquella minientrevista con la condición de que no le preguntasen por el accidente directamente, ni por las circunstancias que lo rodeaban.

Tras ese breve intercambio, volvieron a subirse a sus vehículos y desaparecieron detrás de la verja, que se cerró firmemente después de que salieran los dos coches.

—Si es tan amable de venir conmigo, señor Cruz, lo acompañaré a su dormitorio.

—Claro, acabemos con esto cuanto antes.

—Me temo que justo ahora estamos empezando.

—Lo que usted diga.

Alejandro tuvo la impresión de que Barrios sonreía, pero no podía estar seguro, porque el director de la clínica caminaba unos pasos por delante de él e iba acompañado de una enfermera que se había limitado a estrecharle la mano y a cogerle la maleta.

Entraron en un vestíbulo que bien podía haber sido el de un balneario de lujo y allí Alejandro recibió la primera sonrisa y mirada de complicidad.

Menos mal. Empezaba a preocuparse. Jandro Cruz seguía causando el mismo efecto que siempre.

Había trabajado muy duro para lograrlo y ahora cultivaba descaradamente la imagen de héroe torturado y oscuro; el pelo negro, ni corto ni largo, sólo un tatuaje en el omóplato izquierdo, los hombros musculosos, los brazos fuertes, los abdominales marcados, la ropa negra. Las gafas. La barba mal afeitada. Nada era casual. Al principio le había parecido exagerado; ahora no se imaginaba de otro modo. No podía. Levantó una ceja y la comisura izquierda para sonreírle a la recepcionista y hacer así otra conquista. Podía resultarle útil. Subieron en ascensor hasta la segunda planta, donde Barrios lo acompañó a un dormitorio con una cama blanca, una mesilla, un escritorio con su silla correspondiente y un cuarto de baño propio. No había televisión.

—Tampoco dispone de conexión a Internet —le explicó el médico, adivinando sus pensamientos—. Y tengo que pedirle que me entregue su teléfono móvil y su ordenador personal o tablet, si los ha traído.

—¿Por qué? —Jandro enarcó una ceja.

—Para que no interfiera con el tratamiento. Son normas de la clínica. Tendió la mano con la palma hacia arriba y esperó.

Alejandro se sintió como cuando era pequeño y lo reñían en el colegio. Apretó los dientes para reprimir los recuerdos. Odiaba volver a esa época, aunque fuese con el pensamiento.

—Espero una llamada de mi hermano —contestó, resistiéndose a entregarle el móvil.

No tenía ordenador, prefería anotar las letras o las partituras en un

cuaderno, y no se había comprado ninguno de esos tablets que parecían convertir en zombis a quienes los tocaban.

Él recurría a otras «técnicas» para aislarse del resto del mundo.

—Cuando llame se lo comunicaremos y podrá telefonar desde una de las salas de visitas —le explicó el doctor Barrios sin apartar la mano ni la mirada de la de Alejandro.

—No sabía que esto era una cárcel.

—No lo es, de la cárcel no podría salir cuando quisiera.

—¿Está diciendo que puedo irme de aquí cuando quiera? —le preguntó sarcástico.

—Por supuesto, señor Cruz, pero estoy seguro de que sabe que, si se va, tendrá que afrontar las consecuencias. Deme el móvil, no le hace falta.

Alejandro se quedó mirando al otro hombre, convencido de que lo estaba retando. ¿Quería provocarlo? ¿Ver si era un adicto que perdía los nervios cuando algo no salía como él quería? Pues iba a llevarse una sorpresa.

Sonrió, aquella sonrisa lenta que esbozaba siempre que iba a tocar una de sus canciones, la misma que se instalaba en su rostro antes de echar un polvo salvaje. Se quitó las gafas, las guardó en el bolsillo de la cazadora y sacó el móvil.

—Tenga.

—Gracias, señor Cruz. —El doctor Barrios se lo metió en un bolsillo de la bata, ignorando el duelo que acababan de mantener—. Si quiere, puede instalarse. Dentro de una hora vendrá a buscarlo alguien para

acompañarlo a su primera revisión de hoy.

—Creía que les habían mandado todos los análisis del hospital.

—Así es. Vendrán a buscarlo dentro de una hora, yo volveré a reunirme con usted esta noche, así podrá preguntarme cualquier duda que tenga respecto al centro o a su tratamiento. ¿De acuerdo?

—Claro —afirmó Jandro, ausente, tal vez podría irse esa misma tarde.

—¿Estará todavía aquí esta noche? —la pregunta sorprendió a Alejandro, pero gracias a los años que llevaba ocultando sus reacciones, consiguió disimular—. Pasaré a las nueve.

El doctor Barrios se dio media vuelta y él pensó que era el médico más raro que había visto en mucho tiempo. De momento ni lo había adulado y tampoco le había soltado un rollo místico sobre el bien y el mal o su supuesta —e inexistente— adicción a las drogas y al alcohol.

Exceptuando esa tontería del móvil, lo había tratado con respeto, así que tal vez podía quedarse hasta las nueve, aunque sólo fuera para despedirse de él en persona.

La enfermera había dejado la maleta en el sofá del dormitorio, mientras el doctor Barrios y Alejandro mantenían su breve y críptica conversación. Durante medio segundo, se planteó abrirla y colgar la ropa, pero se dijo que no era necesario, porque esa misma noche, o al día siguiente por la mañana, se iría de allí.

Una hora. Barrios había dicho que alguien iría a buscarlo al cabo de una hora para llevarlo a su primera, ¿qué palabra había utilizado?, ah, sí, «revisión». A su primera revisión.

Se quitó la cazadora (empezaba a tener práctica) y se tumbó en la cama con las botas puestas y cruzando los tobillos. Apoyó el brazo izquierdo lentamente encima de su torso y el derecho lo dejó caer a un lado. Vio que en la mesilla de noche había un libro con el nombre de la clínica. Probablemente allí encontraría publicidad sobre el centro, los médicos que trabajaban en él y los innovadores métodos que utilizaban para sacarle el dinero a sus pacientes, pero le dio pereza cogerlo, así que cerró los ojos y esperó.

—No ponga las botas en la cama.

Alejandro tardó unos instantes en reaccionar. Se había quedado dormido.

—Perdón —farfulló confuso, mientras parpadeaba.

—La doctora Porter le está esperando, señor Cruz.

Con los pies ahora en el suelo, él sacudió la cabeza y se pasó la mano derecha por el pelo. Delante tenía a la misma enfermera que antes lo había acompañado junto con el doctor Barrios. ¿Cómo había dicho que se llamaba?

—Soy la enfermera Ruiz, pero puede llamarme Sonia —dijo ella, como si le hubiese leído el pensamiento—. Si es tan amable de seguirme, lo acompañaré a la consulta de la doctora.

¿Aquella mujer lo había reñido porque se había tumbado en la cama con las botas puestas o lo había soñado? Tenía un aspecto muy serio e imponía mucho respeto, pero esa clase de comentario no parecía encajar con ella. Sin embargo, allí no había nadie más.

«Lo habré soñado.»

Lo mejor sería dar por zanjado el tema, tampoco podía preguntárselo.

Recorrieron un pasillo y subieron una escalera. Sonia no le había dedicado ni una sola sonrisa y lo había mirado como si fuese un don nadie.

En realidad, para esa mujer era un don nadie.

Alejandro estaba convencido de que a Sonia habían tenido que explicarle quién era él y que le daba completamente igual. Tal vez tendría que sentirse ofendido, pero en cambio se sentía aliviado. Esa mujer no sabía nada de él, así que tampoco esperaba nada. Seguramente terminaría no soportándolo por méritos propios.

—La doctora... ¿Porter me ha dicho que se llama?

—Sí, Miranda Porter.

—¿Cuál es su especialidad?

—Es la nutricionista de la clínica.

Alejandro arqueó las cejas sorprendido.

—¿Nutricionista? —Sorbió por la nariz de un modo nada digno—.

¿Mi primera consulta es con una nutricionista?

Sonia detectó perfectamente su tono irrespetuoso y se detuvo frente a una elegante puerta de roble.

—Sí —contestó, con mirada astuta—. Ya hemos llegado. —Dio unos golpecitos en la puerta y la abrió tras recibir permiso para entrar—. Buenos días, doctora. —Se volvió entonces hacia Alejandro y añadió—: Que tenga suerte, señor Cruz. Lo veré más tarde.

Él la miró confuso y entró en la consulta. ¿Por qué le había deseado

suerte?

Oyó el ruido de la puerta al cerrarse y fue entonces cuando miró hacia adelante. Estaba tan convencido de que se encontraría con una mujer de aspecto similar al de la enfermera Ruiz, una mujer adusta, de unos cincuenta años y con cara de amargada, que no estaba nada preparado para lo que vio.

La doctora, ¿Porter, Potter?, como mucho llegaba a los treinta y tenía el pelo más negro que había visto nunca, su tez pálida contrastaba con la melena, que llevaba recogida en la nuca. Era alta, o lo parecía allí sentada, y delgada, pero la suya era una delgadez que no era fruto del régimen, sino de algún deporte, pensó Alejandro.

—Buenos días, señor Cruz. ¿Por qué no se sienta?

Y tenía la voz más ronca y extraña que Alejandro había oído en mucho tiempo. Una voz que no encajaba con el resto de su aspecto, igual que sucedía con su cara. La voz de la doctora le había hecho pensar en la de las actrices de cine negro, esas voces torturadas por el humo y el whisky, que inducían a los hombres a cometer locuras.

Y su cara, esa mujer poseía las facciones más incoherentes del mundo: la nariz grande y recta, firme, los ojos redondos, parecía que se los hubiese robado a una lechuga, y de un color sumamente extraño, ¿gris? Y unos labios que intentaba apretar y contener para que no delatasen el volumen que en realidad tenían.

A Alejandro no le gustó lo más mínimo. De hecho, podía afirmar que no tenía ninguno de los atributos que a él solían gustarle en una mujer. Sin

embargo, mentiría si dijese que no había reaccionado al verla; no había sentido atracción, ni lujuria, ni deseo, ni nada tan absurdo. Había sentido curiosidad y él sabía perfectamente que eso era mucho más peligroso que todo lo anterior.

Se acercó a la silla que ella le había señalado y se sentó con las piernas estiradas hacia adelante. Echó entonces la espalda hacia atrás y levantó una ceja para estudiarla con la mirada.

A ella él tampoco le gustaba y, a diferencia de la enfermera Ruiz, su desdén no aligeró a Alejandro, sino que lo puso furioso y a la defensiva.

—¿Por qué tengo que ver a una nutricionista?

—¿No cree que le haga falta?

Levantó un lápiz de encima de la mesa y lo acercó a un papel.

Alejandro pensó que iba a anotar algo, pero se detuvo antes.

—No. Además, creía que me habían encerrado aquí por mi supuesta adicción a las drogas y al alcohol.

—En eso tiene razón —lo sorprendió ella—, no creo que sea un adicto, pero va camino de serlo —añadió, antes de que él pudiese abrir la boca.

—A ver si lo he entendido, cree que tengo un problema con la comida, pero no con las drogas.

—Todavía.

—Mire, doctora —la miró a los ojos y recurrió a su mirada más letal y seductora—, le aseguro que si no tengo un problema con el alcohol y las drogas, mucho menos lo tengo con la comida. Como todo lo que quiero y

cuando quiero.

Se lamió el labio inferior y esperó a que ella empezara a derretirse.

La mujer abrió la carpeta que tenía delante y sacó un papel que lanzó hacia él por encima de la mesa.

—Mire, señor Cruz —titubeó un poco y Alejandro tuvo la sensación de que había dudado sobre cómo llamarlo—, usted comerá lo que quiera cuando quiera —repitió sus palabras sin inmutarse—, pero no es lo que le conviene. Ni lo que necesita.

Él no se dejó amedrentar y alargó una mano para coger los papeles sin apartar la mirada de la de ella.

—¿Qué es esto?

—Sus análisis de sangre. Tiene anemia, está tan desnutrido que es un milagro que sobreviviera a ese accidente. Voy a ponerle un régimen.

—Y una mierda.

—Si no se recupera de la anemia, no se le soldarán correctamente los huesos de la mano y no podrá volver a tocar.

La muy zorra sabía que iba a hacerle daño diciendo eso y se lo había dicho como si nada.

—Sé comer y como lo que me da la gana, y nunca he ido a vomitar a escondidas a ninguna parte. Mi cuerpo es mi templo y todas esas chorradas —masculló furioso.

—¿Comer se le da tan bien como drogarse? Oh, sí, ya sé que le he reconocido que no es un adicto, pero algo me dice que no lo es porque todavía no ha decidido serlo.

—No tengo por qué soportar esto, doctora. He venido aquí voluntariamente y estoy dispuesto a seguirles el juego hasta cierto punto, pero si me falta al respeto o vuelve a insultarme, me iré.

—No le he faltado al respeto, señor Cruz. —Se mantuvo firme—. Le he dicho que voy a ponerle un régimen y usted ha reaccionado como una estrella malcriada. Y lamento si le he ofendido al mencionar lo de su relación con las drogas, pero el primer paso para solucionar su problema es reconocer que existe.

—No me diga que usted también es la psicóloga, porque si lo es, me voy ahora mismo.

El modo en que lo miraba lo estaba desquiciando; tenía la espalda empapada de sudor y sentía el estómago encogido.

—No, no soy la psicóloga. El psiquiatra es el doctor Andrés y todo su equipo.

—Menos mal. —No disimuló lo más mínimo lo aliviado que estaba ante tal información.

—El servicio de cocina de la clínica es excelente —prosiguió ella, intentando retomar la distancia y la profesionalidad—, si contesta a mis preguntas, me aseguraré de prepararle unos menús que encajen con sus gustos y poco a poco iremos trabajando sus hábitos alimenticios. Es muy importante que mantenga una relación saludable con la comida.

—Doctora —la interrumpió sarcástico—, yo no mantengo una relación con nadie, ni siquiera con la comida.

Ella enarcó una ceja y le sostuvo la mirada.

—Si quiere recuperarse y volver a ser el de antes, es vital que colabore con nosotros. —Hizo una pausa y tomó aire—. Todos estamos dispuestos a poner de nuestra parte para ayudarlo.

—El único modo en que usted podría ayudarme, es tumbándose en ese sofá —señaló el pequeño sofá que había en una esquina de la consulta— y dejando que le eche un polvo. No pienso cambiar, me gusta cómo soy, así que pueden ahorrarse sus rollos místicos. A mí no me van esas cosas.

Ella desvió un segundo la vista hacia el sofá y apretó el lápiz con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos y la madera crujió levemente bajo sus dedos. ¿Estaba asustada? ¿Excitada? ¿Iba a echarlo de allí a patadas?

—Sólo ha venido aquí para no ir a la cárcel —dedujo en voz alta—.

Nos va a hacer perder el tiempo. Va a reírse de nosotros.

—Veo que lo ha entendido.

Soltó el lápiz y se cogió las manos. Irguió la espalda y retomó la palabra pasados unos largos segundos.

—Llamaré a la enfermera Ruiz para que venga a buscarlo; tiene su primera sesión de terapia con el doctor Andrés dentro de diez minutos y después se reunirá con el jefe de los fisioterapeutas. Yo volveré a verlo mañana.

Alejandro la miró perplejo. ¿Ya estaba? ¿No iba a insultarlo? Joder, si le había dicho que quería follársela allí mismo. Cierto, lo había dicho para provocarla, pero, al parecer, a cierta parte de su anatomía empezaba a hacerle gracia la idea. Se alegró de ver que seguía funcionando —desde el

accidente no había sentido el más mínimo deseo—, pero le molestó

comprobarlo precisamente entonces.

La llegada de la enfermera Ruiz impidió, afortunadamente, que

siguiese con esa línea de pensamiento.

—Gracias por venir, Sonia, el señor Cruz y yo ya hemos terminado.

Gracias por su tiempo, señor Cruz; Sonia lo acompañará a la consulta del doctor Andrés.

Bajó la cabeza y se puso a escribir en un cuaderno como si él y la

enfermera Ruiz ya no estuviesen allí.

Alejandro se levantó de la silla y dudó unos segundos frente al

escritorio. ¿En serio se estaba planteando la posibilidad de disculparse?

¿Por qué tenía ganas de gritarle y de exigirle que lo mirase a la cara? Lo

bueno de aquel estado de confusión era que su incipiente erección había

desaparecido por completo. Menos mal, ahora sólo le faltaría sentirse

atraído por esa clase de mujeres.

Se dio media vuelta y caminó hacia la puerta, donde lo estaba

esperando pacientemente la enfermera Ruiz.

—Adiós, doctora. —Sonia se despidió de la mujer.

Alejandro no.

Llevaban menos de un minuto en el pasillo cuando la voz de la

enfermera lo pilló desprevenido.

—Tendrá sesiones a solas con el doctor Andrés tres veces por semana

y dos con el resto del grupo. Si el doctor no me llama antes, vendré a

buscarlo dentro de una hora.

Volvían a estar frente a una puerta, esperando a que les dieran permiso para entrar.

—¿Esta vez no va a desearme suerte? —le preguntó Alejandro, antes de cruzar el umbral de la consulta del psiquiatra.

—Con el doctor no le hace falta.

¿Fue una sonrisa lo que apareció en sus labios antes de cerrar la puerta?

5

Tengo que tomar aire varias veces cuando lo veo plantado en la entrada de la consulta, al lado de Sonia. Por suerte para mí, está despistado y no se ha dado cuenta. No quiero ni imaginarme cómo habría reaccionado un hombre tan engreído como Alejandro Cruz si me hubiese visto tan nerviosa —y atontada— mirándolo.

Lo primero que me impacta es verlo sin gafas. Tiene ojeras y unos ojos muy expresivos que domina a la perfección hasta dejarlos vacíos de cualquier emoción. Son de color oscuro y aunque durante un breve segundo me parecen inundados de dolor, éste desaparece en seguida y se quedan fríos y carentes de vida durante el resto de la entrevista.

La peor entrevista de toda mi carrera. Probablemente la menos profesional de la historia de la medicina.

¿Qué me ha pasado?

Se suponía que el señor Cruz iba a venir a mi consulta y que yo iba a explicarle que tenía anemia y que, por tanto, iba a tener que seguir un régimen alimenticio y hacer ciertos ejercicios, junto con los de

rehabilitación de la mano izquierda.

Me estremezco al recordar esa mano. Él la lleva sin demasiado cuidado en un cabestrillo, pero de vez en cuando se pasa los dedos de la mano derecha por encima de los de la izquierda. Probablemente no sea consciente de ello, pero cada vez que lo hace aprieta los labios y en esos ojos vacíos se refleja rabia. No nota su tacto. No tiene sensibilidad en la mano herida.

No me resulta nada difícil deducirlo. Ahora ejerzo de nutricionista en esta clínica, pero no siempre ha sido así y, al parecer, mi mente no ha olvidado lo que aprendió en el pasado. A pesar de lo mucho que yo me he esforzado por lograrlo.

Alejandro Cruz es tal como pensaba, tal como lo veía en las revistas.

Una parte de mí había deseado que fuera una pose, un papel, pero lejos de las cámaras y de los focos es incluso peor.

La insinuación, bueno, de insinuación ha tenido poco, relativa al sofá, me ha puesto furiosa.

No es el primero en hacer un comentario de este tipo. Los pacientes de la clínica son ricos y malcriados, y adictos a distintas sustancias, lo que por desgracia equivale a decir que creen tener derecho a ser maleducados y a exigir que cualquiera, hombre o mujer, se rinda a sus «encantos» y se acueste con ellos.

Sonrío.

Al final, siempre que abandonan la clínica terminan pidiendo disculpas a todo el personal ante el cual se han insinuado y, al hacerlo, han

insultado.

No sé si el señor Cruz hará lo mismo. Lo dudo mucho en realidad. No parece ser de la clase de hombre que reconoce sus errores y sabe hacerles frente.

En cualquier caso, no deja de ser un paciente, recalcitrante, eso sí, al que tengo que ayudar a rehabilitarse. Pero antes tiene que recuperar peso y ganar las fuerzas que seguro que ha perdido (aunque él no lo sepa).

Vuelvo a coger la carpeta que contiene sus análisis y los observo de nuevo con detenimiento.

Sólo tengo un mes para solucionar lo que probablemente él lleva años estropeando, así que tiene que empezar esta misma noche.

Descuelgo el teléfono al mismo tiempo que pongo en marcha el ordenador.

—Cocina del infierno, dígame.

—Vaya, veo que no empiezas muy bien la semana —saludo a Alma, la cocinera encargada de la cocina, y de mucho más, en la clínica.

—¿Miranda? No me digas que llamas para cambiarme los menús de hoy. Te los pedí el viernes y te dije por activa y por pasiva que el lunes tenía...

—No, no te llamo por eso —la interrumpo, antes de que su humor empeore—. Supongo que te has enterado de que tenemos superpaciente nuevo.

—¿El tío bueno? Me han llegado rumores. ¿Crees que podría obligarlo a venir en bañador al comedor?

Carraspeo. Alma tiene cincuenta y nueve años, lo sé porque celebramos su cumpleaños el otro día, la libido de una veinteañera y la moderación de un albañil. Seguro que cuando vea al señor Cruz le silbará o le guiñará un ojo.

—No creo.

—¡Lástima! —se ríe. El comentario jocoso al menos ha servido para que se relaje un poco—. ¿Qué quieres, Miranda?

—Cambiar la cena del señor Cruz.

—¿Del tío bueno? Creía que estaba aquí porque le gustaba demasiado pasárselo bien y no porque tuviese problemas con la comida. Por lo que leí el otro día en una revista, ese hombre no pasa precisamente hambre.

—¡Alma!

—Ah, bueno —suspira—, ¿qué clase de menú necesita el señor? No me digas que es vegano o una de esas cosas raras.

—¡Alma!

—No nos oye nadie, no hace falta que seas tan políticamente correcta todo el rato.

—El señor Cruz no es vegano. Tiene anemia.

«Y malos modales.»

—¿Le preparo un entrecot?

Tengo el sí en los labios cuando recuerdo que Alejandro Cruz sólo ha accedido a ingresar en la clínica a cambio de no ir a la cárcel y que no tiene ninguna intención de colaborar.

—No. —Silencio—. Acaba de llegar y prefiero empezar con una cena

más neutra, así tendré más margen para preparar los menús del resto de la semana. Prepárale espinacas y acelgas, y de postre un zumo de naranja.

—¿Neutra? —Alma suelta una carcajada—. A no ser que el tío bueno sea un conejo, no creo que le guste ese menú. ¿Qué diablos te ha hecho? La última vez que castigaste a alguien así fue a esa actriz de pacotilla que acusó a una de las enfermeras de haberle robado unos pendientes.

—Tendría que haberlos buscado mejor antes de acusar a Raquel.

Estuvo a punto de perder el trabajo. Y no la castigué. —«Sí que lo hice»—.

Le tocaba comer verdura.

—¿Y al tío bueno también?

—Al señor Cruz no le irá mal.

—Lo que tú digas, Miranda. ¿Cuándo nos concederás el honor de visitarnos? Tu presencia siempre es muy bien recibida en la cocina del infierno.

—Tal vez pueda quedarme mañana, o pasado, los mellizos están fuera.

A veces me quedo a comer en la clínica y así adelanto trabajo y hablo con alguien que ha superado la pubertad.

—Fantástico, te guardaré acelgas.

Me río.

—¡Ya era hora! —exclama ella—. Mándame el resto de los menús lo antes posible, ¿de acuerdo?

—Claro. Gracias, Alma.

—De nada, te dejo, tengo que ir a apagar un incendio.

Cuelga y, durante unos segundos, me quedo preguntándome si la última frase me la ha dicho en sentido real o figurado. Con ella nunca se sabe.

No he elegido el menú de Alejandro Cruz pensando en castigarlo; las acelgas y las espinacas van muy bien, y el zumo de naranja ayuda a que las propiedades del hierro se asienten mejor en la sangre. Le habría cambiado el menú aunque hubiese sido encantador conmigo.

El timbre del teléfono me impide seguir dándole vueltas al tema y después de colgar ya ni me acuerdo. Los lunes siempre tengo mucho trabajo, en especial si no me ha tocado guardia durante el fin de semana.

Mi antecesor en el cargo no hacía guardias, supongo que ése fue uno de los motivos por los que lo invitaron a marcharse, pero a mí, si puedo dejar a los mellizos con Laura, su canguro, no me importa. Al contrario.

Durante esas horas siempre puedo adelantar trabajo.

Echaré de menos a Diana y a David; es la primera vez que pasaremos tanto tiempo sin vernos... exceptuando los meses en que no estuve en su vida. Ni en la mía, en realidad.

Noto un sudor frío, ¿qué me pasa hoy? Llevo años sin pensar en eso, es un capítulo cerrado y olvidado, y esta mañana mi mente ya se ha metido ahí dos veces.

Niego con la cabeza, probablemente Tina tiene razón; pasar un mes sin mis hermanos mellizos me preocupa, y me asusta, más de lo que estoy dispuesta a reconocer. Incluso ante mí misma.

Cojo la primera carpeta del montón que tengo encima del escritorio;

una paciente que ingresó en la clínica con problemas de bulimia. Está casi lista para que le dé el alta; si sigue evolucionando como hasta ahora, confío en que podrá volver a casa a finales de esta semana. Es una mujer muy agradable, y muy lista, ella misma se dio cuenta de que tenía un problema y buscó ayuda.

Separo esa carpeta, la dejo a un lado, cojo cinco más y, tras repasar los historiales, me pongo en pie y me dispongo a hacer mi primera ronda. Todavía es temprano, los pacientes que iré a visitar no tienen que hacer rehabilitación y no les toca terapia hasta la tarde, con lo que podré charlar con ellos tranquilamente antes de la hora de comer.

La gran mayoría de las personas que conozco no se dan cuenta, pero cuando hablan con alguien que sufre un trastorno nervioso o alimenticio, o que tiene alguna adicción o algún problema psicológico, lo tratan de un modo distinto. Y si estás al otro lado de esa conversación, si eres la persona que ha pasado de ser tal a ser el enfermo, el adicto, o el loco, lo único que quieres es desaparecer y perderte de nuevo dentro de ti mismo.

Por eso cada mañana voy a hablar con mis pacientes, pero no para preguntarles cómo están, ni para explicarles en qué consistirá su tratamiento durante la jornada, sino para charlar con ellos sobre el libro que están leyendo, o la música que están escuchando, o el nuevo color de pintaúñas que les ha regalado su hija en su última visita.

Después de mi ronda, comeré con Pablo y por la tarde pasaré consulta y acabaré de preparar los menús que me faltan para el resto de la semana.

Decidida, y mucho más tranquila ahora que lo tengo todo bien

planificado, salgo del despacho y subo silbando al piso de arriba.

Y la canción que silbo no es de los MB.

Un par de horas más tarde, estoy plantada en la entrada de la clínica, esperando a Pablo. Hoy hemos decidido que comeremos en una cafetería que hay cerca y donde sirven un pastel de chocolate que está de infarto.

Pablo, para variar, llega tarde.

—Siento el retraso, preciosa —me dice, dándome un beso en la mejilla.

—No hace falta que me hagas la pelota.

Él sonrío, con esa sonrisa que sabe que le conseguirá lo que quiera, y me ofrece el brazo.

—Vamos, seguro que cuando hayas tomado tu dosis diaria de chocolate estarás más simpática.

Me tenso un poco, pero logro disimularlo.

—No todos tenemos la suerte de tener tu metabolismo. Sólo comes comida basura y dulces y nunca engordas. No sé cómo Carmen no te odia.

Carmen es la prometida de Pablo, van a casarse dentro de unos meses.

Cinco, si no me falla la memoria.

—Oh, Carmen sí me odia, pero tengo mis métodos para hacerme perdonar. —Levanta malicioso las dos cejas.

—No me cabe la menor duda.

—Este fin de semana hemos ido a ver un par de iglesias. Según ella, tenemos que reservar una cuanto antes.

—No sé, yo no tengo experiencia en esos temas. Y no quiero tenerla.

—Yo tampoco.

Me detengo en medio de la acera y lo miro preocupada.

—¿Qué pasa? —Pablo me mira, a su vez, confuso y yo enarco una ceja (según mis hermanos doy miedo cuando lo hago)—. ¿¡Qué!?

—¿Cómo puedes decir que no quieres casarte con Carmen? Esa mujer es una santa, nunca encontrarás a otra como ella.

—Yo no he dicho eso. Y tienes razón, Carmen es una santa. —Me coge del brazo y tira de mí calle abajo—. Lo que quería decir es que yo nunca me había imaginado casándome por la iglesia, pero si ella tiene ilusión por hacerlo... —Se encoge de hombros.

—Ah, vaya, lo siento. Te he malinterpretado.

—No te preocupes, ya le diré a Carmen que la has defendido. ¿No se supone que tendrías que defenderme a mí? Eres mi amiga, a ella te la presenté yo hace unos años.

—Cuando te haga falta que te defienda, te defenderé. —Le sonrío y entramos en la cafetería—. Tengo hambre.

—Seguro que no has desayunado. Es increíble que seas nutricionista.

Si tus pacientes se enterasen de que te saltas el desayuno, la comida más importante del día, se amotinarían en tu contra.

—Por eso no pienso decírselo. Y tú tampoco. Además, no me lo salto siempre.

Pedimos la comida y yo me reservo un poco de apetito para los postres. Si estuviese sola, tal vez me atrevería a pedir sólo el pastel de chocolate, pero si lo hago, Pablo no me dejará olvidarlo.

La camarera no tarda en aparecer con mi plato de pasta con verduras y con el filete de Pablo. La comida de esa cafetería suele ser muy buena y durante unos segundos los dos disfrutamos de lo que hemos pedido.

Pablo me pregunta por mis hermanos mellizos; no los conoce personalmente, pero le he hablado tanto de ellos que es como si los conociera. Tal vez algún día tendría que presentárselos, a él y a Carmen.

No me gusta mezclar mi vida personal con el trabajo, sé lo complicado y doloroso que puede resultar, pero quizá ya va siendo hora de que baje alguna de las barreras.

—Pareces preocupada, ¿sucede algo?

La pregunta de Pablo me lleva a mirarlo de nuevo y, como siempre, me digo a mí misma que es un hombre muy guapo. Alto, de pelo castaño con mechas rubias y siempre con una barba de dos días. Podría dejar en ridículo al mismísimo Ewan McGregor.

Recuerdo que cuando lo conocí tuve miedo de ponerme a babear delante de él, y cuando además vi que era simpático y educado, tuve más miedo aún. Sin embargo, en esa época de mi vida yo no estaba para empezar ninguna relación con nadie, ni siquiera para un rollo de una noche, y además había decidido no mezclar nunca más lo profesional con lo personal, así que me quité a Pablo de la cabeza.

Por otra parte, él nunca insinuó que yo le gustase, sí me dijo un par de piropos, pero Pablo piropea a todas las mujeres que se cruzan en su camino. O a casi todas. Unos años más tarde conoció a Carmen y ahora van a casarse.

—No, nada —le contesto—, supongo que no he dormido bien. Echo de menos a los mellizos.

—¿Quieres salir con Carmen y conmigo esta noche?

—No, gracias. —Le sonrío—. He quedado con Tina.

—¿Tu amiga periodista?

—Sí, la misma.

—¿Nunca intenta sonsacarte información sobre nuestros pacientes vip?

—No, aunque siempre bromea al respecto y me toma el pelo todo lo que puede.

—Me lo imagino.

La camarera nos ha retirado los platos vacíos y nos trae dos raciones de pastel de chocolate. Normalmente comparto los postres, pero ese pastel lo quiero todo para mí, así que antes he amenazado a Pablo con cortarle una mano si se atrevía a cogerme un trozo y al final ha decidido, sabiamente, pedirse una ración también para él.

—¿Lo has visto ya?

—¿A quién? —pregunto, saboreando la textura cremosa del chocolate negro.

—A Alejandro Cruz.

—Sí.

—¿Y? Normalmente, cuando conoces a un paciente nuevo te pasas horas hablando de él y de todo lo que piensas hacer para ayudarlo.

Cojo un trozo más de pastel y me concentro en masticarlo.

—Me ha parecido un engreído y un maleducado. ¿Sabes que me ha dicho que si quiero ayudarlo me tumbe en el sofá de la consulta y le eche un polvo?

La carcajada de Pablo es tal que los comensales de las mesas de al lado se vuelven a mirarnos.

—¿En serio?

Asiento.

—¿Y cómo vas a vengarte?

—De ninguna manera, es un paciente, Pablo. —Lo miro escandalizada.

—Lo que tú digas.

—¿Y tú, lo has conocido?

Él se termina su pastel antes de contestarme.

—Sí, justo antes de salir a almorzar. Es un milagro que no perdiese la mano en el accidente.

—Sí, he visto las radiografías del hospital.

Ahora me siento un poco culpable por lo que he dicho antes. Sólo un poco.

—Los clavos tienen que dolerle mucho y no puedo recetarle calmantes, entorpecerían y retrasarían la desintoxicación.

—¿Has hablado con él del tema?

—No, sólo hemos hablado de la rehabilitación de la mano, ya sabes que los temas emocionales —dice esa última palabra como si fuese peligrosa— no son lo mío.

—¿Crees que recuperará la movilidad?

—Todavía no lo sé —contesta, pensativo y preocupado. A pesar de su aspecto de tío duro, he conocido a muy pocos profesionales de la medicina que se preocupen tanto por sus pacientes como Pablo—. ¿Nos vamos? —
Saca la cartera y deja un billete en la bandeja donde nos han traído la cuenta.

—Claro. —Yo también dejo mi parte y volvemos a la clínica hablando de una serie de la tele.

6

Llevaba una mañana de mierda.

Salir del apartamento le había costado más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Ese apartamento que nunca había sido su hogar y en el que apenas había estado se había convertido en su refugio durante el fin de semana.

Durante el trayecto a la clínica, se había imaginado ordenándole al chófer que lo llevase al aeropuerto, pero no había sido capaz. Y no porque se sintiese culpable o porque creyese que tenía que rehabilitarse de su inexistente adicción al alcohol o a las drogas, sino porque el corazón le latía tan de prisa que le habría resultado imposible hablar.

Los periodistas que Lola había autorizado para que fotografiasen su llegada a la clínica habían sido bastante delicados y discretos y Alejandro supuso que tendría que agradecersele a su agente. Sin embargo, no pensaba hacerlo.

El director de la clínica, el doctor Barrios, lo había recibido con

amabilidad y, sorprendentemente, no le había hecho la pelota ni tampoco había sido sarcástico con él. Alejandro no estaba acostumbrado a que alguien lo tratase con objetividad, y le gustó.

Después de mostrarle su dormitorio, una habitación insulsa, sin televisión y sin conexión a Internet, aunque con una cama amplia y un baño completo, una enfermera de aire militar fue a buscarlo para acompañarlo a su primera consulta.

Con la nutricionista.

Lo que le faltaba, pensó Alejandro mientras caminaba por el pasillo, que además le tocasen las narices con la comida.

Sí, últimamente había adelgazado, pero sudaba muchísimo en los conciertos y tanto él como el resto del grupo viajaban constantemente. Si pudiese tomarse unas jodidas vacaciones tal vez se recuperaría.

Entró en el despacho en cuestión y, cuando vio a la doctora, sonrió para sus adentros. Era una chica joven y seguro que ya estaba medio enamorada de él.

Menudo fiasco.

No recordaba la última vez que una mujer lo había mirado con tanto desprecio. Pues bien, decidió Alejandro, al salir furioso de la consulta, esa doctora podía meterse su desprecio y su régimen donde le cupiese. Él no iba a inmutarse. Y tampoco pensaba volver a reunirse con ella. Según el pacto de la fiscalía, tenía que someterse a un tratamiento de desintoxicación y seguir las sesiones de rehabilitación. Nada más.

La visita que tuvo después tampoco sirvió para mejorarle el día.

El fisioterapeuta que lo atendió y que había insistido en que lo llamase Pablo parecía ser un gran profesional. Infundía respeto. Y eso fue lo que más asustó a Alejandro.

Si lo hubiese atendido un idiota que le hubiese hecho la pelota o le hubiese soltado un rollo sobre terapias alternativas, se habría reído o se habría enfadado todavía más, pero la seriedad y la frialdad de Pablo lo aterrorizó, porque lo obligó a enfrentarse a muchos de sus miedos.

El miedo de no poder volver a tocar.

El miedo de no poder volver a actuar.

El miedo de no poder seguir siendo Jandro Cruz.

Pablo le dijo también esa horrible frase: «Es un milagro que no perdieses la mano en el accidente».

Alejandro no sabía si era un milagro o un castigo.

Dicha esa frase —Alejandro se estaba planteando la posibilidad de estamparla en una camiseta, para ver si así dejaban de repetírsela—, Pablo le enseñó la radiografía de la mano y le explicó cómo se había roto los huesos exactamente y los inacabables y dolorosos ejercicios de rehabilitación que tendría que hacer a diario.

Y no sólo durante el mes que estuviese allí, sino probablemente durante el resto de su vida.

También le explicó que le dolería y que, dado que estaba sometiéndose a un proceso de desintoxicación, no iba a poder tomar calmantes. O al menos no demasiado fuertes.

Al parecer, darle un calmante fuerte a alguien que se está

desintoxicando es como darle una calada a alguien que quiere dejar de fumar.

Alejandro se planteó la posibilidad de explicarle al fisioterapeuta que él no tenía ninguna adicción, pero lo descartó por dos motivos: primero, no creía que fuera a creerlo; y segundo, no quería mencionar a aquella nutricionista como prueba.

Hasta el momento, ella había sido la única que le había creído y eso lo incomodaba y confundía a partes iguales.

Pablo le enseñó dónde realizarían a diario las sesiones de rehabilitación, un gimnasio perfectamente equipado, que se encontraba en la última planta de la clínica, y le dijo que podía utilizarlo siempre que quisiera. Dentro de unos límites razonables, por supuesto.

Tras la prolongada visita con el fisioterapeuta, éste fue con él al comedor y allí lo dejó de nuevo en manos de la enfermera Ruiz, que lo acompañó a una mesa y le explicó que ese mediodía comería el menú normal, pues la cocinera todavía no había recibido órdenes específicas sobre su dieta.

«Y no va a recibirlas, porque le he dejado claro a esa doctora que no pienso hacer régimen.»

Alejandro comió y habría preferido hacerlo en silencio y en soledad, pero un hombre de unos cincuenta años, un ejecutivo que había decidido sustituir el café por el vodka, se sentó a su lado y empezó a contarle la historia de su vida.

Joder, ¿ese hombre siempre había sido así o ese rollo de la terapia lo

había convertido en una cotorra? Terminó de comer casi atragantándose con la comida, para ver si así se iba de allí lo antes posible. Luego, cuando fue por un café, vio que no había.

Genial.

Lo que faltaba.

No había café.

Tenía que largarse de aquella clínica de inmediato.

Se levantó y se fue sin despedirse del ejecutivo, que no se lo tomó a mal. La verdad es que el hombre lo miró con lástima, como entendiendo perfectamente lo que le estaba pasando y sabiendo que iba a cambiar.

Alejandro no lo soportó.

Subió a su dormitorio decidido a guardar las pocas cosas que había sacado de la maleta y abandonar la clínica Dresler cuanto antes. De hecho, pensó mientras esquivaba a una enfermera por la escalera, podía irse sin equipaje.

Giró sobre sus talones y chocó con el doctor Barrios.

—Vaya, señor Cruz, ¿adónde va con tanta prisa?

Alejandro abrió y cerró nervioso los dedos de la mano derecha y sintió que la espalda le quedaba empapada de sudor.

A pesar de que llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo, era mucho más alto que Barrios y podía apartarlo de su camino sin ningún problema.

O podía quitárselo de encima con algún comentario maleducado. Eran su especialidad.

Oyó las risas de dos personas más subiendo la escalera, un hombre y

una mujer. Medio segundo más tarde, los identificó: Pablo y la doctora que le había dicho que tenía anemia, como si fuese una adolescente. ¿Y ahora iba a comportarse como uno delante de ella?

Si se iba de allí hecho una furia, sin ni siquiera recoger sus cosas, aquella estúpida doctora seguro que creería que tenía razón respecto a él.

«Y la tiene.»

¿Qué diablos le pasaba? Aflojó los dedos y respiró hondo, a él nunca le importaba lo que pensara nadie y mucho menos una mujer a la que acababa de conocer y que ni siquiera le parecía atractiva.

Podía irse de allí y estar con dos mujeres despanpanantes, una botella de whisky y un par de pastillas azules en menos de una hora y olvidarse de todo aquello.

Las risas se estaban acercando, el doctor Barrios lo miraba.

Alejandro subió un escalón, decidido a ir a por su equipaje, pero al hacerlo se golpeó la mano izquierda con la barandilla tan fuerte que se mordió el labio inferior para contener el dolor; notó el sabor de la sangre.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor Cruz? —insistió Barrios, ajeno a la batalla que él estaba librando en su interior.

—Llámeme Jandro.

¿De verdad había dicho eso? ¿Por qué?

—Está bien, Jandro. —El médico se miró el reloj—. La sesión de terapia conjunta con el doctor Andrés empieza dentro de cinco minutos.

Creo que le irá bien asistir a unas cuantas sesiones de grupo antes de hacer una individual, dentro de unos días —le explicó—. La sala está de camino

a mi despacho, ¿me permite que lo acompañe?

Las voces de la doctora y de Pablo sonaban unos pocos peldaños más abajo y Alejandro no quería que ninguno de los dos lo viese en ese estado.

No sabía por qué, pero se le encogía el estómago sólo con pensarlo.

—De acuerdo, doctor.

—Perfecto, Jandro. —El doctor Barrios le sonrió—. Ya verá cómo lo ayudará mucho escuchar las historias de otros pacientes.

Él se limitó a asentir y dejó que el hombre lo acompañase hasta el siguiente rellano y lo guiase por un pasillo repleto de cuadros. Los miró y fingió que estaba en un museo.

—A mí también me da esa sensación.

Mierda, al parecer lo había dicho en voz alta.

—Me sorprende que haya tantos.

—Sí, los propietarios de la casa eran muy aficionados al arte. Sus herederos no tanto y cuando vendieron la finca vendieron también los cuadros. ¿Es usted aficionado a la pintura?

—No especialmente.

—Bueno, quizá termine aficionándose durante su estancia. Ya hemos llegado.

Se detuvieron frente a una puerta y el doctor Barrios cogió el picaporte.

—Tal vez sería mejor que volviese a mi habitación —dijo Alejandro, esquivando la mirada del médico y dirigiéndola hacia el pasillo.

—No estará ocupado hasta más tarde. —Barrios abrió la puerta—. Su

primera sesión de rehabilitación no empieza hasta dentro de dos horas y no tiene nada que perder, ¿no cree?

Sin saber cómo, y sorprendiéndose a sí mismo, Alejandro entró en la estancia y se sentó en una incómoda silla de madera, al fondo de la sala.

Siempre se había imaginado esas sesiones de terapia de grupo como esas reuniones de Alcohólicos Anónimos que aparecían en las series de la tele, con la gente poniéndose en pie y contando historias lamentables con trasfondo bíblico y con bandeja de galletas rancias incluida.

La realidad no terminaba de encajar con la ficción, pero de todos modos, Alejandro no se veía participando en una de ellas.

Jamás.

El grupo estaba formado por seis pacientes que parecían sentirse muy cómodos los unos con los otros. El doctor Andrés, un hombre algo más joven que el doctor Barrios, se levantó de la butaca que ocupaba para darle la bienvenida, sin insistir en que formase parte del grupo.

Los pacientes, cuatro mujeres y dos hombres, lo saludaron sin más, aunque a Alejandro no le cupo la menor duda de que sabían quién era.

El doctor Andrés ejercía de moderador, daba la palabra y hacía preguntas de vez en cuando, sin intervenir más allá o hacer juicios de valor.

Los participantes se animaban y se escuchaban con interés. Al principio, Alejandro no prestó demasiada atención, incluso cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared; sin embargo, no consiguió dormirse. Las historias de esas personas, y el hecho de que fuesen capaces de contarlas,

consiguieron atraparlo.

Separó las rodillas y apoyó los antebrazos en los muslos. El yeso del brazo izquierdo se le clavó en el músculo y le llevó varios intentos dar con la postura adecuada.

Todos llevaban unas cuantas semanas de desintoxicación y hablaban del miedo que tenían de recaer cuando saliesen de allí, de las pesadillas que los asaltaban algunas noches, o de lo felices que se habían sentido durante la última visita o la última llamada de sus familiares.

Alejandro tenía la sensación, la certeza, de que no encajaba en ese grupo. Él no tenía nada que ver con ellos. No temía defraudar a nadie porque nadie se preocupaba lo más mínimo por él. Era liberador.

Aunque había algo en los ojos de esa gente que no recordaba haber experimentado en mucho tiempo: esperanza. Y eso lo hizo sentirse incómodo.

Muy incómodo.

Fueron saliendo uno a uno de la sala, pero Alejandro siguió sentado en la silla de madera hasta que el doctor Andrés terminó de anotar unas cosas en su cuaderno y se acercó a él.

—Me alegro de que se haya quedado, señor Cruz.

—Llámeme Jandro.

—Mañana volvemos a reunirnos. Los pacientes de este grupo recibirán el alta la semana que viene o la próxima y creo que puede resultarle muy positivo oír sus historias.

—No me malinterprete, doctor, pero no creo que venga —respondió

él, poniéndose en pie—. Esto no va conmigo.

El doctor Andrés se tensó y abrió la puerta.

—Tiene que someterse a cierto número de sesiones de terapia, individuales y en grupo.

—Sé perfectamente lo que tengo o no tengo que hacer.

—Comprendo —asintió el médico—. Lo veré dentro de dos días en nuestra primera sesión privada. Le espero a las nueve de la mañana. No llegue tarde.

Alejandro enarcó una ceja y estuvo tentado de decirle que podía esperarlo sentado, pero se limitó a sonreírle y a mandarlo a la mierda mentalmente.

Por suerte, la enfermera Ruiz apareció justo en ese instante, para recordarle que al cabo de media hora lo esperaban en el gimnasio.

Empezaba a tener la sensación de que estaba en un internado.

En otras circunstancias, probablemente le habría dicho a la enfermera que no necesitaba niñera y le habría dado plantón, pero aprovechó la excusa para alejarse del doctor Andrés.

De nuevo, tuvo la sensación de que Ruiz intentaba reprimir una sonrisa, pero esta vez él no se contuvo y se lo preguntó:

—¿Se está riendo de mí?

—No, por supuesto que no, señor Cruz.

—Sí, se está riendo —insistió—, y si piensa seguir haciéndolo, debería llamarme Jandro.

—Como usted quiera.

—El doctor Andrés es un imbécil.

Ella no dijo nada, pero tampoco lo corrigió.

—Dicen que quien calla otorga —señaló Alejandro.

—Yo no dicho nada.

—Oh, vamos, no ha hecho falta.

—Debería cambiarse, ponerse ropa de deporte.

—Pablo me ha dicho que hoy sólo empezaríamos con la mano.

—Hágame caso. Cámbiese —le dijo en tono marcial.

—¿Me ayuda a desnudarme?

—Ni lo sueñe. Y si no quiere quedarse sin agua caliente o sin ropa limpia, no vuelva a decir una tontería como ésa.

—No tiene sentido del humor.

Alejandro entró en su habitación y, en cuanto se cerró la puerta, la enfermera Ruiz sonrió. Él no la vio, por supuesto, pero lo presintió y le hizo gracia.

Esa mujer tan peculiar le recordaba a alguien de su pasado, otra mujer con mucho carácter, que les había echado más de una bronca a su hermano y a él de pequeños. Y no tan pequeños.

El recuerdo lo zarandó de repente y notó que se le aceleraba el corazón. Volvió la cabeza a izquierda y derecha y de repente comprendió que estaba buscando el mueble bar.

Le temblaron las piernas y se sentó en la cama. No, él no era un borracho. Él no necesitaba el alcohol para atontarse.

Se pasó la mano derecha por el pelo y se levantó, furioso consigo mismo. Todo era culpa del rollo sensiblero de aquella dichosa terapia en grupo. Toda aquella gente se había pasado el rato hablando de sus familias y de sus seres queridos, del daño que les habían hecho con sus adicciones, de lo difícil que les estaba resultando volver a ganarse su confianza.

Lo habían hecho sentirse solo.

Abandonado.

Abrió la maleta y estuvo a punto de romperla. Vació todo el contenido encima de la cama y esparció la ropa y el resto de los objetos por el

colchón. Era la maleta que había llevado en su último viaje, tal vez tuviese por allí algo que lo ayudase a relajarse. Sólo necesitaba eso, relajarse un poco.

—¿Está usted bien, Jandro? —fue la pregunta que acompañó a unos golpecitos en la puerta.

¡La enfermera Ruiz lo estaba esperando! Pero ¿qué diablos era aquella clínica? ¿Un jodido internado nazi?

Mierda.

En la maleta no había nada. El último maldito ayudante que los acompañó durante la gira hizo un buen trabajo «deshaciendo» el equipaje.

—Voy a entrar.

—¡No! En seguida salgo —se apresuró a decir él—. No encontraba mis pantalones de deporte —improvisó, sujetando la prenda en la mano.

La puerta siguió cerrada, así que Alejandro supuso que había resultado lo bastante convincente. Sólo le hubiese faltado que la enfermera Ruiz lo viese allí, mirando como un loco aquel desorden.

Se desprendió del jersey como pudo y se quedó con la camiseta negra que llevaba debajo. Las botas eran muy viejas y se las quitó empujando con los talones contra el suelo. Los vaqueros tampoco fueron un problema y, sin preocuparse por doblarlos bien, los lanzó sobre la cama.

El pantalón de deporte, también negro, era uno de los que solía ponerse para componer o para salir a correr. Los tenía a docenas, idénticos, y había metido unos cuantos en la maleta al preparar el equipaje.

Por último, cogió las zapatillas de correr y se las puso sin desabrochar

los cordones. No podía atárselos con una sola mano y preferiría ir descalzo antes que pedirle a aquella mujer que lo ayudase. Ya lo trataba como si fuese un inútil, no quería darle más munición.

Cogió una sudadera con cremallera y abrió la puerta.

—Vamos, seguro que ya le están esperando.

Si Ruiz vio el desorden de la habitación antes de que él cerrase la puerta, no dijo nada, aunque lo miró con cara de pocos amigos durante todo el camino hasta el gimnasio.

Evidentemente, y para desgracia de Alejandro, la enfermera Ruiz tenía razón y cuando llegaron al gimnasio se encontraron con Pablo y otro fisioterapeuta esperándolo. La mirada de «Se lo he dicho» de ella lo hizo sonrojar, o lo habría hecho si él no tuviese tanta práctica en controlar esa clase de reacciones.

Pablo y el otro fisioterapeuta, un chico más joven que se presentó como Roque, entraron con Alejandro en el gimnasio. Pablo le explicó que hasta que no le quitasen el yeso y algunos de los clavos, algo que no sucedería hasta al cabo de una semana, lo único que podían y necesitaban hacer era fortalecer los músculos del brazo y de la espalda, para que así su cuerpo estuviese listo para aguantar las horas de dura rehabilitación que le esperaban.

A él le pareció una estupidez. Durante los conciertos, podía pasarse tres horas tocando y corriendo de un lado a otro del escenario sin parar. Y después salir de fiesta y acostarse con quien quisiera. Varias veces.

Corría a diario y sus marcados abdominales no habían aparecido por

arte de magia. Y aquellos dos hombres le estaban hablando de hacer unos meros movimientos musculares.

Cuanto más horas pasaba en aquella clínica más absurdo le parecía haber ido. Lo mejor sería seguirles el juego y, al día siguiente, antes de que empezase el día, se marcharía de allí e iría al aeropuerto.

Lola ya se encargaría de solucionar las cosas con el fiscal. En aquellos momentos, incluso la cárcel le parecía preferible a ese lugar.

Pablo lo dejó a solas con Roque y le dijo que volvería a verlo al día siguiente. Iluso.

Alejandro permitió que el joven fisioterapeuta le manoseara el brazo y repitió sin ganas los ejercicios que le indicó. A pesar de su más que evidente reticencia, notó que los músculos de la espalda empezaban a tirarle y que el sudor le resbalaba por la frente.

No lo reconoció en voz alta, ni tampoco para sí mismo, pero aquellos ejercicios lo hicieron sufrir mucho más de lo que había creído en un principio.

Despacio, Roque introdujo unos movimientos más relajantes y terminó haciéndole un masaje en los hombros con una especie de aceite aromático.

—Ahora le iría bien ducharse —le dijo.

—¿Eh?

—Ducharse, con agua caliente —repitió el joven.

—Claro —farfulló Alejandro, todavía un poco flotando, gracias a aquel breve masaje. Lo único que le había gustado de todo el día.

Abandonaron juntos el gimnasio.

Roque recogió la toalla con la que se había limpiado y una cesta en la que llevaba un cuaderno, unas vendas y unos botes de aceites y pomadas.

Alejandro recuperó su sudadera.

El fisioterapeuta lo despidió ante la puerta de su habitación y él entró decidido a ducharse, pero la cama lo atrajo como un imán y, sin ser consciente de sus propios movimientos, se tumbó en ella y se quedó dormido.

Se despertó unas horas más tarde, cuando la enfermera Ruiz tuvo el detalle de aporrear su puerta. Otra vez.

—El comedor no va a esperarlo, Jandro. Tiene que ir a cenar.

—No tengo hambre.

—Si no sale dentro de un par de minutos, mandaré a alguien a buscarlo.

Su tono dejaba claro que no se trataba de una simple amenaza, así que

Alejandro se incorporó y se dijo que era imposible que tuviese agujetas por aquellos absurdos ejercicios, pero las tenía.

Le habría gustado ducharse, pues olía a pino y había sudado, pero la maldita mujer no hablaba en broma y seguro que no dudaría en entrar a buscarlo al cuarto de baño.

Se pasó de nuevo la mano por el pelo para evitar salir con aspecto de recién levantado y aspiró hondo. No estaba tan mal. Había olido peor.

Además, estaba en un hospital, no en un hotel de lujo.

La puerta se abrió de golpe.

—Es usted muy impaciente —le dijo Alejandro a la enfermera, al ver que ésta lo miraba con los ojos entrecerrados.

—La cena se sirve a una hora concreta, igual que el resto de las comidas. Esto no es un hotel.

—No hace falta que me lo recuerde —masculló él por lo bajo.

—Vamos, lo acompañaré.

Alejandro se puso en pie y enarcó una ceja para dejarle claro lo que pensaba de su generoso ofrecimiento.

Llegaron al comedor —adonde habría podido ir solo perfectamente— y la mujer no se fue hasta asegurarse de que estaba sentado a una mesa.

Alejandro miró a su alrededor y vio que los pacientes que estaban allí cenaban relajados. El hombre que tenía más cerca estaba comiendo un pollo al horno que no tenía mal aspecto.

Entonces a él le sirvieron un plato de espinacas con acelgas.

—¿Qué es esto?

La mujer con bata blanca que le había llevado la comida se detuvo a su lado.

—Su cena. Órdenes de la doctora Porter.

7

Miranda se fue de la clínica un poco antes de lo habitual, pero más tarde de su hora salida. Aunque su horario era de nueve de la mañana a seis de la tarde, a excepción de cuando estaba de guardia, nunca se marchaba antes de las ocho.

Sus hermanos mellizos tenían actividades extraescolares hasta esa

hora y ella no tenía ningún motivo para volver antes a casa.

Pero ese día salió a las siete.

Esa mañana, con su amiga Tina habían quedado para cenar juntas al día siguiente y Miranda, por extraño que pareciese, tenía ganas de cenar un día sola en casa.

En realidad, quería ver si era capaz.

La idea había empezado a forjarse en su mente justo después de comer con Pablo y le había resultado imposible quitársela de la cabeza. No sólo eso, sino que además había ido adquiriendo forma a lo largo de la tarde.

Sí, saldría de la clínica y se pararía a comprar flores, una botella de vino y los ingredientes para preparar aquel plato de pasta que tanto le gustaba (uno que llevaba salmón y que sus hermanos odiaban).

Las consultas de la tarde habían ido bastante bien, nada comparable al fiasco de esa mañana con Jandro Cruz, gracias a Dios.

Cuando el reloj del ordenador señaló las siete, archivó las carpetas y se levantó para irse.

A la enfermera que estaba en recepción casi se le desencajó la mandíbula al verla salir, pero se recompuso a tiempo de sonreírle. A Miranda todavía la sorprendía lo amable que era todo el equipo de la clínica, sus compañeros, con ella.

«Tal vez no lo serían si supieran toda la verdad.»

Negó con la cabeza y aceleró el paso para dejar atrás los malos recuerdos y las dudas. Había tenido un buen día —más o menos— y se prepararía una cena estupenda para celebrarlo.

Compró las flores, el vino y el salmón, e incluso saludó a la mujer de la perfumería antes de entrar en el portal de su edificio. Eligió subir por la escalera en lugar de en el ascensor y lo hizo oliendo las gardenias.

Al principio todo fue bien. Entró en su apartamento y la fuerza de la costumbre la llevó directamente al dormitorio de David y Diana, que seguía hecho un desastre. Las camisetas que al final no habían resultado seleccionadas para ir a casa de la abuela durante esas semanas estaban en el suelo, un par de zapatillas de deporte colgaban del respaldo de la silla del escritorio donde hacían los deberes. Había diademas y horquillas de Diana por todas partes.

Miranda sonrió y se acercó a la fotografía de ellos tres que había encima de la mesilla de noche. Estaban sentados en el suelo del comedor, frente a las cajas de cartón donde guardaban los destartados adornos de Navidad. Ella tenía el brazo levantado en una postura muy extraña, para sujetar la cámara y poder disparar. Nunca había conseguido dominar el programa automático y había decidido optar por el «*gadgeto* brazo».

Dejó la habitación desordenada, porque así se sentía más acompañada. Era su casa y podía hacer lo que le diese la gana, pensó.

Fue a la cocina y, tras dejar la bolsa de la comida en la encimera, buscó un jarrón para las flores. Encontró un bote de cristal que probablemente antes había contenido salsa de tomate y le echó agua. Ella nunca había comprado un jarrón. Hasta hacía relativamente poco, jamás se le habría pasado por la cabeza entrar algo así en su casa y no habría podido justificarse el gasto. Ahora era distinto.

Satisfecha con el resultado, acercó la nariz a las flores para olerlas de nuevo y colocó el ramo en la mesa de la cocina, donde siempre comía con sus hermanos. Se volvió hacia los fogones y sacó una sartén y una olla para hervir agua.

Cocinar siempre le había gustado. Los movimientos minuciosos y a veces repetitivos, la paciencia que requerían ciertas partes del proceso, el resultado final relativamente inmediato. Cogió el salmón y un cuchillo y empezó a cortarlo en dados pequeños.

Sonó el móvil y, del sobresalto, se cortó.

—Mierda —masculló, llevándose el dedo a los labios.

Corrió en busca del bolso, preocupada por sus hermanos o por si era una llamada de la clínica. Por suerte, gracias a la correa que colgaba del teléfono no tardó en encontrarlo.

Número oculto.

Descolgó con el corazón en un puño.

—¿Diga?

—¿Miranda Porter?

—Sí, soy yo —consiguió decir, a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—La llamo de la comisaría de Gracia, soy el agente Muñoz, es en relación con Jack Porter.

Se le paró el corazón durante un segundo y sintió náuseas.

Precisamente ese día tenía que reaparecer. ¿Qué habría hecho esta vez?

¿Lo habían arrestado? ¿Estaba muerto?

El agente no había dicho cuál era el motivo de su llamada, sólo que tenía que ver con Jack.

—¿Señorita Porter?

—Sí, disculpe. —Sujetó el teléfono con fuerza.

¿Y si no era su hermano? ¿Y si era su padre? Ambos llevaban años sin aparecer. El primero seguía preocupándola, al segundo no quería volver a verlo.

—Hemos arrestado a su hermano.

Suspiró tan aliviada que el policía se interrumpió, sin duda sorprendido por su reacción.

—Hemos arrestado a su hermano —repitió el hombre—. No está en demasiado buen estado.

Dicho de otra manera, no respondía a las preguntas que le hacían y era incapaz de prestarles atención.

—Hace años que no veo a Jack, la última vez que lo vi le dije que si no dejaba las drogas no podía volver a casa —le explicó, resignada y dolida—. Eligió irse.

—Lo entiendo. —El policía tenía la voz pausada—. He encontrado su expediente y he visto que ésta no es la primera vez que lo detenemos y que usted figuraba como persona de contacto cuando era menor.

—Sí, Jack empezó muy joven.

—He pensado que le gustaría saber que con este arresto, y teniendo en cuenta su edad y la cantidad de droga que llevaba encima, será juzgado por un delito mayor y probablemente irá a la cárcel.

Una lágrima le resbaló por la mejilla y se puso furiosa consigo misma y con su hermano.

—Gracias por la llamada, agente, pero hace años que le dije a Jack que si elegía el camino de la droga lo echaría de nuestras vidas.

—Por supuesto. De todos modos, si cambia de opinión, no dude en llamarme. Hay personas que consiguen superarlo, lo único que necesitan es una segunda oportunidad.

—Ése no es el caso de mi hermano, créame. Gracias por su interés, pero ahora, si me disculpa, tengo que colgar.

No esperó a que el hombre respondiese y desconectó el teléfono.

Una segunda oportunidad.

Miranda miró el agua que estaba hirviendo en la cocina y el salmón cortado encima de la madera. Corrió al baño y vomitó.

Las arcadas la sacudieron con violencia. Vomitó hasta que no quedó ni rastro del delicioso pastel que había comido ese mediodía con Pablo, y lo único que sintió fue el horrible sabor de la bilis y del miedo.

Se levantó del suelo y se acercó al espejo. Abrió el grifo y se echó agua helada en la cara. El recogido había aguantado, sin embargo, un mechón había escapado del férreo control del resto de la melena y se le había pegado a la mejilla. Se lo apartó y se lo colocó detrás de la oreja.

Estaba temblando.

Maldito fuera Jack.

Maldito fuera ese policía por hacerla sentirse culpable.

Maldita fuera ella por haber dudado durante un segundo.

Con el agua todavía resbalándole por el cuello, se metió en su dormitorio y empezó a desnudarse. Dejó los zapatos de tacón en el suelo y se quitó las medias y la falda con el mismo movimiento. Se desabrochó la camisa y tiró furiosa de las mangas, luego se quedó observándose los brazos en el espejo del tocador.

Ella era la prueba viviente de que existían las segundas oportunidades, pero que había que ganárselas. Las segundas oportunidades para la gente como ella dolían. Y mucho.

Se soltó el pelo y caminó hacia el tocador. Hacía meses que no le hacía falta recurrir a su ritual. Quizá incluso un año, pero los movimientos estaban grabados en su mente, en su cuerpo, en sus sentidos. Puso en marcha el iPod y buscó la canción.

Los versos que la habían salvado del abismo.

Ella sabía que habían hecho falta muchas más cosas para eso y que la primera y más importante había sido ella misma, su fuerza de voluntad y sus ganas de vivir, y sus hermanos mellizos. Y también su abuela... pero esa canción servía para recordarle lo que había sucedido.

Las notas empezaron a sonar y la opresión que sentía en el pecho se aflojó un poco.

Abrió el armario y sacó unos pantalones negros holgados, una camiseta blanca y una sudadera gris con capucha. Se vistió y buscó unos calcetines y las zapatillas de deporte. La letra seguía avanzando, las notas de la guitarra la arañaban por dentro y la impulsaban hacia adelante. Se ató las zapatillas y se puso en pie para recogerse el pelo en una cola de caballo.

La canción terminó y Miranda cogió el iPod y los cascos para volver a escucharla en el camino. Entró en la cocina, apagó el fuego y guardó el salmón en la nevera. Tuvo la tentación de tirar las flores, notó un hormigueo en los dedos de las ganas que tenía de coger el ramo y arrojarlo a la basura. Era como si se burlase de ella por haberse atrevido a ser feliz y quería vengarse de él.

Una voz en su mente le dijo, sin embargo, que eso no tenía sentido, que si echaba a esas flores de su casa sería como si Jack y su pasado volviesen a entrar.

Y eso sí que no podía permitirlo.

Cogió las llaves y el móvil y se lo guardó todo en el bolsillo derecho.

En el izquierdo llevaba la música, tiró de la cinta de los auriculares y se los puso en las orejas. Con movimientos precisos, hizo girar la rueda hasta dar con su canción y programó las teclas para que sonase una y otra vez.

El familiar solo de guitarra volvió a repetirse y Miranda se puso la capucha.

Cerró la puerta de golpe y bajó la escalera corriendo.

Correría hasta cansarse y, cuando oscureciera, iría a la clínica y se encerraría en el gimnasio hasta que le doliesen todos los músculos del cuerpo.

Tal vez así conseguiría resistir la tentación de ir a ver a su hermano pequeño, o encontraría el modo de huir de sus recuerdos.

Sin miedo a nada

Canción incluida en el segundo álbum de Malditos Bastardos. MB

Un vacío me quema por dentro,

no sé qué hacer para salir de él.

Siento que no puedo...

Me devora.

Me destruye.

Y de repente encuentro una razón para
enfrentarme a él.

Una razón para vivir e incluso morir.

Una razón.

Y esa razón eres tú.

Y yo.

Sin miedo a nada puedo con todo.

Sin miedo a nada puedo perder o ganar.

Sin miedo a nada porque te tengo a ti.

Sin miedo a nada porque me tengo a mí.

No volveré a dejarme vencer.

No volveré a sentirme derrotado.

No volveré a perderme.

Sin miedo a nada puedo con todo.

Sin miedo a nada puedo perder o ganar.

Sin miedo a nada porque te tengo a ti.

Sin miedo a nada porque me tengo a mí.

Miranda cruzó las calles de la ciudad escuchando esa canción una y
otra vez, notando que las notas se deslizaban por sus venas y le

proporcionaban el bienestar de siempre. Hubo una época, cuatro años atrás, en que esa canción fue lo que más la ayudó a no recaer.

Aceleró el paso al recordar todas las veces que se había sentido tentada de volver atrás, de rendirse. Y en todas y cada una de ellas se puso esa canción y se pasó horas escuchándola.

Nunca se lo había contado a nadie. Su amiga Tina sabía que esa canción le gustaba mucho, pero desconocía lo que significaba para ella. Ese secreto ni siquiera lo sabía Barrios, el médico que la había ayudado, obligado, a ver que tenía un problema y quien había estado a su lado durante el doloroso y horrible proceso de desintoxicación.

Y su adicción a las pastillas no había sido lo peor de todo.

Corrió más rápido y las gotas de sudor le resbalaron por la frente y la espalda. Llegó a la clínica y subió los escalones de dos en dos.

Miró el reloj del vestíbulo y vio que eran casi las diez de la noche.

¿Tanto tiempo había estado corriendo?

Saludó en dirección a la recepción sin detenerse y siguió hacia el gimnasio.

Abrió la puerta y se quitó la capucha. Se pasó el antebrazo por la frente y caminó decidida hacia la cinta de correr. Seguiría corriendo un rato y tal vez después haría pesas o nadaría en la piscina (siempre guardaba una bolsa en su consulta con un bañador y una muda limpia).

Tenía calor, el corazón le latía tan de prisa que amenazaba con salirse del pecho y le temblaban las piernas del sobreesfuerzo.

Se desabrochó la cremallera, dejó el teléfono en el suelo, cerca de

donde estaba, por si llamaban sus hermanos, y sujetó el iPod con una mano mientras se quitaba la sudadera con la otra.

Alguien tiró de la prenda para ayudarla.

Miranda se volvió sobresaltada.

De todas las personas que habrían podido estar esa noche en ese gimnasio tenía que encontrarse precisamente con el hombre cuya voz llevaba horas escuchando y aferrándose a ella para no perder la cordura y retener su fuerza de voluntad: Alejandro Cruz.

Él la miró a los ojos y le quitó la sudadera.

8

Después de negarse a comer las espinacas con acelgas, Alejandro abandonó el comedor de la clínica Dresler maldiciendo a la doctora Porter por lo bajo. Esa zorra vengativa lo obligaba a comer como un conejo para castigarlo por el comentario que le había hecho en la consulta.

Lo estaba tratando como si fuera un niño pequeño.

Y nada ponía más furioso a Alejandro que lo trataran como a un malcriado.

¿Quién se había creído esa doctora petulante que era para dictar lo que podía o no podía comer?

¡Él no tenía un problema con la comida! Si le hubiesen servido aquel pollo se lo habría comido.

«Tal vez.»

Daba igual, lo importante era el concepto, se repitió Alejandro, mientras subía la escalera hacia su dormitorio. Esa doctora engreída lo

había tratado como si fuese un niño al que podía castigar sin más y no como un hombre adulto que sí, había metido la pata, pero nada más.

Al contrario de lo que creía todo el mundo (incluso él a veces), Alejandro Cruz no era sólo una cara y un cuerpo bonitos, al que se le daba bien tocar un par de acordes. Antes de que existiese Malditos Bastardos había soñado con ir a la universidad y estudiar literatura. Pero entonces su vida y la de su hermano se convirtió en un infierno y la música fue lo único que los salvó.

Era irónico que, en su caso, eso mismo hubiese estado a punto de matarlo.

Entró furioso en su dormitorio y cogió la maleta del suelo. Empezó a lanzar dentro las camisetas y el resto de la ropa, sin preocuparse por doblarla.

La cena había sido la gota que colmaba el vaso. Sólo llevaba un día en la clínica y no se sentía para nada «desintoxicado», de hecho, todo lo contrario. No recordaba haber tenido tantas ganas de beber o de colocarse en mucho tiempo.

Y se lo había ganado. Vaya si se lo había ganado.

Cerró la maleta y se la sujetó en la mano derecha. Se iría de allí vestido como estaba, con la ropa de deporte, sudado y oliendo a pino. Le importaba una mierda. Cogió la cazadora de encima de la mesa y, sin ponérsela, salió del dormitorio.

Se detuvo en el pasillo, a escasos metros del rellano de la escalera, al oír que alguien subía corriendo.

Era la doctora Porter. Llevaba ropa de deporte y una sudadera con capucha ocultándole el rostro, pero la reconoció de todos modos. Ella no lo vio y siguió subiendo sin aminorar la marcha, hacia el piso de arriba; a juzgar por su atuendo, probablemente se dirigiría al gimnasio.

Alejandro bajó un par de peldaños. Entonces, maldita fuera, algo lo impulsó a volverse y mirar hacia atrás.

Vio que la doctora seguía subiendo la escalera y su respiración entrecortada resonaba por el hueco de la misma.

Mierda.

Alejandro reconocía a la perfección esa manera de correr.

Él corría así cuando quería huir de sí mismo.

—Mierda, mierda, mierda —masculló en voz baja—. No lo hagas,

Alejandro —se dijo, furioso.

«¿Y por qué no?»

«Porque tú no te metes en estas cosas. Porque lo único que quieres es irte de aquí y volver a ser el de siempre. Porque esta clínica de desintoxicación es un absurdo.»

Giró sobre sus talones y deshizo el camino. Abrió la puerta de su dormitorio y lanzó encima de la cama la maleta y la cazadora y, acto seguido, volvió al pasillo para dirigirse hacia el gimnasio.

Ella no lo oyó al entrar. Estaba tan concentrada y tenía la respiración tan acelerada que no habría oído ni una alarma de incendios. Alejandro dudó de nuevo, tal vez lo mejor fuera que se marchase de allí antes de que lo viera, pero no podía dejar de observar los movimientos tensos y

estudiados de la mujer.

Lo tenía todo perfectamente medido y controlado.

O eso creía Alejandro, hasta que la vio temblar al quitarse la capucha.

Y sin pensarlo ni dudarle un segundo se acercó a ella. Vio que sujetaba un iPod y creyó ver la portada de uno de sus álbumes, pero no pudo estar seguro, porque su pulgar se lo tapaba. Con la mano izquierda empezó a quitarse la sudadera, pero se le quedó enganchada en la espalda y Alejandro le cogió la manga.

La verdad era que no fue consciente de que iba a hacerlo hasta que notó el tacto del algodón bajo los dedos.

Entonces ella se volvió y lo miró confusa.

No, lo miró asustada, se corrigió Alejandro.

¿Por qué? ¿Porque la había sorprendido o por algún otro motivo?

Esa mirada, fuera lo que fuese, desapareció al instante y la doctora

Porter lo miró como hacía mucho tiempo que no lo miraba nadie, como si lo conociera, y Alejandro no supo qué hacer con eso.

Tiró de la sudadera y la sujetó en la mano derecha mientras ella se quitaba los auriculares.

—No quería asustarla, creía que me había oído entrar —mintió para justificar su presencia.

Era evidente que ella llevaba horas corriendo, porque tenía la camiseta sudada y el pecho le subía y bajaba todavía a mucha velocidad.

—No, no le había oído. Creía que estaba sola.

Dejó el aparato de música junto al móvil y se acercó a él con la mano

levantada para recoger la chaqueta. Alejandro se la dio y se preguntó qué podía hacer ahora con la mano.

—¿No puede dormir? —le preguntó la doctora, mientras colgaba la sudadera en una de las perchas que había en la pared del gimnasio.

—No me trates de usted.

«¿Qué estás haciendo, Alejandro?»

—Es mi paciente y son normas de la clínica.

—Ahora no estamos en tu consulta —señaló él, insistiendo en el tuteo, aunque ella no le había dado permiso— y he tenido muy mal día como para seguir con estas estupideces.

Pensó que iba a reñirlo o a recordarle que seguían siendo paciente y médico, pero ella lo sorprendió riéndose suavemente.

—Yo también. De acuerdo, Alejandro, pero cuando salgamos de aquí, todo vuelve a la normalidad.

Él sonrió y notó una sensación extraña al oír que lo llamaba por su nombre completo. Nadie lo utilizaba, él siempre se presentaba como Jandro. En los inicios de MB, los de la discográfica habían dicho que Alejandro sonaba demasiado serio, demasiado profundo, y se lo cambiaron por Jandro, como si de un guitarrista de un grupo de rock se esperase superficialidad.

Sólo Miguel lo llamaba Alejandro y ahora...

¡Mierda!

—Eh, doctora, me he olvidado de tu nombre —confesó sin más, porque no había manera de arreglarlo ni de disimularlo. Podría haber

esperado hasta el día siguiente, supuso, podría haber pasado todo el rato que estuviesen allí llamándola «doctora», pero la verdad era que quería saberlo.

Ella enarcó una ceja y se acercó a una de las cintas de correr para ponerla en marcha.

—Vaya y eso que en las revistas dicen que eres un seductor —se burló—, aunque, claro, supongo que no debería extrañarme que no te acuerdes del mío. —Le dio a los botones y se subió a la cinta—. Me llamo Miranda.

Alejandro pensó en disculparse, pero algo dentro de él le dijo que no serviría de nada y lo dejó estar. También se planteó la posibilidad de decirle alguna frase bonita, una de esas frases de seductor que le habían hecho ganar la fama de la que Miranda hablaba, pero no fue capaz.

Habría podido decirle: «Ahora ya no me olvidaré. Estaba tan distraído con tus ojos que no me fijé en tu nombre».

Pero no lo hizo. No podía dejar de pensar en el modo en que la había visto correr.

—¿Siempre vienes a este gimnasio? —fue la tontería que le preguntó.

—A veces —contestó ella sin mirarlo. Tenía la vista fija al frente, como si hubiese una meta al final de la cinta—. Los empleados de la clínica podemos utilizar las instalaciones, siempre que no coincida con la rehabilitación de los pacientes—. ¿Cómo ha ido tu primera sesión con Pablo?

—Bien, supongo. —Se encogió de hombros.

—Pablo es el mejor, su equipo y él son fantásticos, aunque tengo

entendido que no tienen piedad y que desconocen el significado de la palabra «agujetas».

Alejandro sonrió y se acercó a la cinta que había al lado de la de Miranda. Ya que estaba allí, bien podía hacer un poco de ejercicio. La puso en marcha y se subió. Eligió una velocidad media, porque no quería perder el equilibrio con el brazo en cabestrillo y quedar en ridículo delante de ella.

El modo en que reaccionaba ante esa chica lo confundía. Esa mañana había afirmado que no lo atraía lo más mínimo, que no era su tipo. Y no lo era. Solían gustarle las mujeres mucho más voluptuosas y de mirada cínica. Preferiblemente, las elegía mayores que él y a poder ser que quisieran utilizarlo para hacerse famosas o para publicitar su último programa o película, así no se sentía culpable por estar haciendo exactamente lo mismo.

El otro tipo de mujeres con las que se acostaba eran las que no eran famosas ni querían serlo, pero querían presumir de haberse acostado con Jandro Cruz.

Nunca perdía el tiempo hablando con ellas, no era lo que querían ninguno de los dos, y siempre se iba cuando las sábanas todavía estaban calientes.

No tenía amigas, pero tampoco amigos, exceptuando a los miembros de la banda.

«Estuve a punto de morir y todavía no me han llamado.»

Entonces, si físicamente Miranda no era su tipo, ¿por qué no podía

dejar de mirarla? ¿Por qué le parecía tan fascinante el modo en que ese único mechón de pelo se le había escapado de la cola y se le pegaba a la mejilla? ¿O por qué se moría de ganas de preguntarle si de verdad había estado escuchando una de sus canciones?

Y no era sólo eso. Alejandro no había vuelto a excitarse como por la mañana en su consulta, al menos en ese sentido su cuerpo seguía siendo de fiar, pero sí que habían empezado a sudarle las manos y a notar una especie de nudo en el estómago.

¿Era el síndrome de abstinencia, o sencillamente que tenía hambre?

—La sesión de fisioterapia no ha ido mal. Y no tengo agujetas. —

Tardó en contestarle, pero al menos recordó qué era lo que le había preguntado—. Sin embargo, la cena ha sido muy decepcionante. —La miró de reojo y vio que tuvo la decencia de sonrojarse—. He visto pasar varios platos de pollo, dos de pescado, tres de pasta e incluso un filete, pero a mí me han servido acelgas con espinacas.

—Van muy bien para la anemia —se defendió Miranda, acelerando la marcha.

—Supongo, pero ya te he dicho que no tengo ningún problema con la comida, sencillamente he tenido unos meses algo estresantes y debo de haber adelgazado.

Ella detuvo la máquina un segundo y, tras secarse el sudor de la frente, lo miró.

—Creía que habías dicho que aquí no éramos médico y paciente —lo desafió—, porque si te he entendido mal, lo mejor será que me vaya y que

hablemos mañana del tema en mi consulta.

¿Por qué no podía hacer uno de sus comentarios sarcásticos? ¿Por qué se le encogió el estómago al ver que aquella mujer era muy capaz de irse de allí y dejarlo plantado?

Alejandro también detuvo la cinta y se volvió hacia Miranda. Los ojos de ésta se clavaron en los suyos en cuanto quedaron frente a frente.

—No, no me has entendido mal. No te vayas.

No iba a añadir «por favor».

Ella asintió y volvió a poner su cinta en marcha. Alejandro hizo lo mismo y, al coger aire para empezar a correr, consiguió disimular un suspiro de alivio.

—¿Has ido a la terapia en grupo? —le preguntó Miranda tras varios minutos.

—Sí, con el doctor Andrés.

—¿Y?

—Es un imbécil.

Ella casi se tropezó.

—Lo es —insistió Alejandro con una sonrisa.

—La terapia es importante, aunque reconozco que los métodos del doctor Andrés tal vez no sean los más adecuados para tu caso.

Él supuso que no podía hablar mal de un colega suyo e incluso la admiró un poquito por ello.

—Creía que aquí no éramos médico y paciente —la retó sin embargo.

—Tienes razón —tecleó unos botones y aminoró la marcha de la cinta

—, te lo preguntaba como amiga.

—Amiga, ¿eh? De acuerdo, ¿por qué no? —añadió casi para sí mismo.

Miranda detuvo por completo la cinta y se bajó. Caminó hasta un banco de madera y levantó la pierna derecha para hacer unos estiramientos.

Después repitió la operación con la izquierda.

Alzó la mirada y vio el reloj de pared.

—¡Son casi las doce! —Descolgó la sudadera y se la puso lo más rápido que pudo—. Tendrías que estar durmiendo.

—Tú también.

Alejandro detuvo su cinta y se bajó a su vez. Le había ido bien correr un rato.

—¿Por qué has venido al gimnasio? —le preguntó entonces Miranda

—. Antes no has llegado a contestarme.

—¿Cuándo?

—Cuando te he preguntado si no podías dormir.

Se agachó para recoger el móvil y el iPod con los auriculares.

—No, no podía dormir —mintió.

No quería decirle que la había visto subir corriendo la escalera y que se había sentido obligado a seguirla. Y tampoco quería que supiese que esa noche había estado a punto de escaparse furtivamente de la clínica.

—Bueno, seguro que ahora sí podrás —le dijo con una sonrisa—. A mí correr me ayuda a vaciar la mente y me deja lo bastante cansada como para que no pueda pensar en nada excepto en dormir.

¿Por qué sentía la necesidad de vaciar su mente? ¿Lo bastante

cansada?

¿Por qué cada frase que salía de la boca de Miranda Porter le generaba una pregunta?

—Sí, supongo que ahora me dormiré.

Ella se cerró la cremallera de la sudadera y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, Alejandro.

Él tuvo que tragar saliva un par de veces para ser capaz de contestar.

—Buenas noches.

Se quedó sentado en el banco de madera que Miranda había utilizado para hacer estiramientos y, casi sin darse cuenta, notó que con los dedos de la mano derecha tamborileaba en el asiento a un ritmo concreto. ¿Una nueva melodía?

Imposible.

Hacía meses que era incapaz de componer. Las últimas canciones las había sacado de viejos cuadernos, aunque nadie se dio cuenta. Excepto Miguel. Y por eso discutieron en aquel estudio de grabación. ¿Tanto daño le habían hecho sus palabras a su hermano que ahora se negaba a llamarlo, a preguntarle cómo estaba?

Cerró el puño para contener las ganas que tenía de golpear algo. No se acordaba de qué le había dicho exactamente a Miguel, ni tampoco de lo que éste le había dicho a él.

Acababan de volver de Nueva York y los cuatro, Miguel, Héctor, Christian y él decidieron instalarse en Londres para empezar a trabajar en su nuevo álbum. Los estudios de grabación se peleaban entre ellos para que

fueran a grabar en sus instalaciones y, aunque era divertido, al final

Christian decidió construir uno en su casa. Él era así.

Habían quedado a primera hora de la tarde para trabajar en la letra y

los acordes de las primeras canciones y se suponía que Alejandro iba a

llevar una partitura. Pero la noche anterior a la reunión, salió y al día

siguiente se presentó en casa de Christian colocado. Ni siquiera recordaba

exactamente dónde había pasado la noche, sólo sabía que no había vuelto al

hotel a cambiarse y que, evidentemente, no había compuesto nada nuevo.

Pero él lo tenía todo controlado y, tras decirle a la chica

despampanante que lo había acompañado hasta allí que lo esperase (tenía

toda la intención de echarle un polvo en el jacuzzi de su habitación), se

acercó a su hermano y le entregó una de las composiciones que había

hecho al principio de su carrera y que había descartado.

Alejandro no recordaba demasiado lo que había sucedido tras el

primer puñetazo de Miguel. La verdad era que, después de oír cómo su

hermano lo llamaba estúpido e inconsciente un par de veces, se montó en

el lujoso coche de su acompañante y se fue directo al hotel para tirársela y

seguir bebiendo.

La mañana siguiente al altercado, su hermano lo llamó para

preguntarle dónde estaba y si quería que pasase a buscarlo. Alejandro

aceptó la rama de olivo y no volvieron a hablar del tema.

Pero a pesar de la tregua, Miguel lo miraba de otro modo desde

entonces y esa mirada empeoró drásticamente tras el accidente de

Barcelona.

Las suaves notas de una nueva melodía sonaron en el fondo de su mente. ¿Precisamente ahora le venía la inspiración?

Miró el reloj y vio que había pasado media hora allí sentado. Se levantó y le crujieron los huesos (algo que negaría ante cualquiera). Salió del gimnasio y bajó a su dormitorio.

A esa hora seguro que no le costaría nada salir sin que lo vieran, coger un taxi e ir al hotel de lujo más cercano, pedir una habitación, vaciar el minibar y llamar a una chica para que le hiciese un masaje.

Sin embargo, cuando se detuvo frente a su cama, apartó la maleta y la cazadora y se tumbó en ella.

Cerró los ojos y soñó con una chica de melena negra que corría delante de él y a la que no alcanzaba nunca.

Miranda volvió andando a su casa. Era un barrio tranquilo y nunca le había dado miedo caminar sola de noche. Se puso los auriculares y buscó de nuevo la canción *Sin miedo a nada*. Ahora le sonaba distinta. Antes, cuando la había escuchado mientras corría y de camino a la clínica, no había tenido ningún problema en no relacionar esa voz con Alejandro. Por absurdo que pareciese, apenas se le había pasado por la cabeza que aquella canción, aquella voz y aquellas notas de guitarra salían de los labios y de los dedos del engreído que había estado esa mañana en su consulta.

Pero el hombre con el que había estado en el gimnasio... ése era completamente distinto.

Ése sí parecía capaz de componer y de cantar una melodía tan desgarradora como *Sin miedo a nada*. El hombre de la consulta, no.

Y Miranda supo sin lugar a dudas, que no podría volver a escuchar esa canción sin ver el rostro de Alejandro cuando le había quitado la sudadera, o cuando le había pedido que no se fuera.

A Jandro Cruz, el guitarrista famoso y presumido que le había dicho que se tumbase en el sofá de la consulta para echarle un polvo, no tenía ningún problema para ignorarlo, pero Alejandro, sin apellido, parecía un hombre interesante, complejo, al que le había sucedido algo horrible, de lo que todavía no estaba dispuesto a hablar.

Tal vez por eso había sentido aquella conexión casi inmediata con él.

Ella sabía lo que era querer ocultarse algo a uno mismo tanto como a los demás.

La voz que salía de los auriculares repitió la estrofa final y a Miranda se le puso la piel de gallina. Quizá estaba viendo algo que no existía en realidad, quizá lo único que había sentido hacia Alejandro era atracción física. Ella llevaba mucho tiempo sin estar con nadie, años, y él era un sex-symbol.

Al fin y al cabo era humana, algo que había constatado por su tendencia a cometer errores.

—No, esta mañana él era igual de guapo —razonó consigo misma en voz alta, cuando terminó la canción— y no he sentido nada especial.

«Pues será que estás cansada.»

Apagó el iPod porque decidió que no podía, literalmente, escuchar nada más. Buscó las llaves y abrió el portal. No cogió el ascensor porque hacía mucho ruido y no quería molestar a los vecinos, y porque subir a pie

le iría bien.

De nuevo en su apartamento, se dio una ducha rápida y se puso el pijama y, antes de acostarse, fue a la cocina a oler las flores.

Le había gustado encontrarse a Alejandro Cruz en el gimnasio, pero por agradables e interesantes (no sabía cómo definir las) que hubiesen sido aquel par de horas, ella nunca podría sentirse atraída por un hombre como él.

Simbolizaba el mundo del que ella intentaba escapar.

9

Alejandro se despertó muy temprano por culpa de la luz que se colaba por su ventana. La noche anterior estaba tan cansado que no atinó a correr las cortinas. No estaba acostumbrado a prestar atención a esa clase de detalles; hacía años que tenía a personas que se encargaban de esas cosas.

Le dolía la espalda y los muslos de haber estado corriendo en la cinta con Miranda, pero no era una sensación del todo desagradable y de repente intentó acordarse de la última vez que no había bebido, o esnifado, antes de dar un concierto.

Aturdido porque se le presentase tal duda, y por la respuesta inmediata que apareció en su mente: —«hace años»—, Alejandro salió de la cama y fue a ducharse. Se tapó lo mejor que pudo el yeso del brazo izquierdo y se quedó bajo el chorro de agua caliente, sintiendo que le quitaba años, y no un día, de suciedad.

Cuando salió de la ducha se planteó la posibilidad de afeitarse, pero la descartó. Allí nadie parecía fijarse demasiado en su aspecto físico y a él

siempre le había gustado llevar un poco de barba. Se pasó la mano por el mentón y pensó que ya se afeitaría al día siguiente. O al otro.

Se puso unos calzoncillos y, a la hora de elegir la ropa, intentó recordar si ese día también tenía que hacer rehabilitación.

«Un momento. —Una voz en su mente lo detuvo—. ¿Cuándo has decidido quedarte?»

Alejandro ignoró el sarcasmo de su voz interior y se dispuso a vestirse. Tenía pocas alternativas, así que optó por unos vaqueros y una camiseta. Ya se cambiaría después del almuerzo si era necesario. Se puso las botas y abrió la puerta.

—Vaya, Jandro —lo saludó la enfermera Ruiz—, y yo que creía que iba a encontrarlo durmiendo.

—¿Quería verme en la cama? —la provocó con un guiño.

—No diga tonterías. Si baja al comedor, podrá elegir dónde sentarse.

—¿Hoy no me acompaña?

—No, creo que ya se sabe el camino. —La enfermera se apartó de la puerta para que él pudiese salir de la habitación—. Además, hoy no creo que vaya a escaparse.

Él se quedó tan perplejo que cuando consiguió reaccionar, la mujer ya estaba en mitad del pasillo.

Bajó silbando por la escalera, la misma melodía de la noche anterior, pero que no conseguía retener. Al principio de componer una canción siempre le pasaba igual, las notas iban y venían en su mente hasta que llegaba el momento en que decidían quedarse.

O al menos eso había sucedido años atrás. Ahora hacía mucho que no componía y por ese motivo intentó no hacerse ilusiones.

Entró en el comedor y se sentó a una mesa cerca de la ventana, para ver el jardín. Era un claustro antiguo rodeado de naranjos.

—Buenos días, señor Cruz —lo saludó un enfermero al que no había visto hasta entonces—. Permita que le deje aquí su desayuno.

El joven colocó delante de él un zumo de naranja recién exprimido, un bol repleto de cereales de un horrible color marrón (sin azúcar y sin miel y de un aspecto nada comercial) y un vaso de leche de soja, que reconoció también por el color.

—¿Y el café?

El chico lo miró perplejo y consultó una libreta diminuta que llevaba en el bolsillo de la bata.

—No, señor, su régimen no incluye café.

¿¡Que su régimen no incluía café!?

Alejandro apretó los dientes y asintió. Contó hasta diez para contenerse y no arrancarle la cabeza a aquel enfermero, que aprovechó para escabullirse.

¿Se suponía que tenía que enfrentarse a aquella panda de lunáticos y de tarados sólo con un zumo de naranja? Porque aquellos cereales que seguro que sabían a arena no pensaba comérselos.

Y él que la noche anterior había creído que Miranda podía ser su amiga. La muy zorra se había reído de él en su cara.

Se bebió el zumo y se levantó de la mesa tan rápido que estuvo a

punto de tirar la silla al suelo, pero la sujetó a tiempo. Salió del comedor con un humor de mil diablos y subió decidido la escalera que conducía a la consulta de la doctora Porter. Miranda.

Abrió sin llamar y la puerta golpeó la pared.

—¿Se puede saber a qué estás jugando!?

Miranda, que acababa de llegar y estaba colgando el bolso en el perchero, se volvió sobresaltada.

—¿Alejandro?

—Ni Alejandro ni hostias. Creía que anoche habíamos hecho las paces

—le dijo furioso, acercándose a ella—. Que podíamos ser amigos.

—Detente ahora mismo o te arrepentirás.

A Miranda le habían pasado demasiadas cosas en la vida como para que aquel matón pudiese intimidarla.

Él debió de ver que hablaba en serio, porque, aunque no se relajó ni desfrunció el cejo, se detuvo donde estaba.

—¿A qué viene el numerito del café? ¿No te bastó con lo de las espinacas? ¿Acaso eres una niña de ocho años?

Ella tardó unos segundos en entender lo que le estaba diciendo.

—¿Todo esto es por el café?

—No, no es por el café. —Ahora que se lo había oído decir en voz alta le parecía una estupidez y no estaba dispuesto a reconocérselo. Así que siguió en sus trece y dio un paso hacia ella. Miranda se limitó a enarcar una ceja y él volvió a detenerse—. Ayer por la mañana dije una estupidez, pero no iba en serio. Jamás me habría acostado contigo.

—Tranquilo, ya me ha quedado claro que no soy tu tipo y, para que conste, tú tampoco eres el mío.

Alejandro la miró atónito.

—Sí que lo soy.

—Ya, bueno, tienes un cuerpo de infarto, eso lo sabes de sobra. —

Miranda se cruzó de brazos y lo recorrió de arriba abajo con la mirada—.

Pero tengo una norma sagrada.

—¿No acostarte con pacientes? —le preguntó sarcástico.

—No, bueno, ésa también. Tengo dos normas sagradas: no acostarme con pacientes y no acostarme con adictos. Y tú, señor Cruz, eres las dos cosas.

—Yo no soy ningún adicto —replicó, apretando los dientes.

—Dime una cosa, ¿cuándo fue la última vez que bebiste? —Descruzó los brazos y se acercó a él—. ¿O que te tomaste una pastilla? —Se detuvo a su lado y Alejandro se mantuvo inmóvil—. ¿O esnifaste una raya?

Le tocó el hombro y él tuvo que apretar los pies en el suelo para no saltar. No iba a darle la razón. No iba a dársela.

Miranda siguió caminando y abrió un cajón de un mueble que estaba a la espalda de él. Volvió en pocos segundos y desplegó un expediente encima de la mesa.

A un lado colocó unos análisis y en el otro unas radiografías. En medio, una foto del accidente.

—Acércate.

Alejandro no se movió.

—Has entrado en mi consulta hecho una furia, prácticamente dispuesto a arrancarme la cabeza porque no te han servido café en el desayuno, así que ahora no te hagas el ofendido y acércate a mirar los papeles.

Sus pies avanzaron casi por voluntad propia y se detuvieron ante el escritorio de Miranda.

Ella retrocedió hasta la puerta.

—Lo de la derecha son tus análisis de sangre, tu número de glóbulos rojos es tan bajo que es un milagro que no hayas tenido un infarto. Si sigues así, probablemente dentro de poco empezará a costarte respirar —exageró un poco, pero todo eso eran síntomas reales de la anemia que él sufría—. Lo que hay a la izquierda es la radiografía de tu mano. Si no te recuperas pronto de la anemia, ni los huesos ni los cartílagos ni los músculos se regenerarán lo suficiente como para que vuelvas a tener la movilidad de antes. Y lo de en medio es una foto de alguien que iba tan colocado que intentó matarse estrellando su coche contra un escaparate.

Alejandro había visto las tres cosas antes, pero al oírla a ella explicándole lo que eran, insultándolo prácticamente con cada palabra, fue como si los viera por primera vez. Tensó la espalda para contener los temblores, pero no creyó poder disimularlos.

—Quédate aquí —dijo Miranda—, en seguida vuelvo.

No habría podido moverse aunque hubiese querido. Cogió los análisis de sangre y los leyó. Miranda tenía razón, igual que la habían tenido los médicos antes que ella: si no hacía algo rápidamente, su cuerpo empezaría

a fallar.

Los dejó encima de la mesa y levantó la radiografía. Parecía un rompecabezas con piezas imposibles de encajar. Ni toda la rehabilitación del mundo lograría que volviese a tener la misma mano de antes. La radiografía resbaló de sus dedos y cogió entonces la fotografía.

«...es una foto de alguien que iba tan colocado que intentó matarse estrellando su coche.»

¿De verdad había intentado matarse? Los recuerdos de esa noche eran confusos, igual que los de muchas otras. Alejandro recordaba haberse sentido perdido, confuso, agotado, pero... ¿había intentado suicidarse?

Miranda estaba convencida de ello.

—Toma.

No la había oído entrar de nuevo en el despacho; estaba de pie junto al escritorio y dejó encima de la mesa una taza y un vaso.

—¿Qué es esto? —preguntó él, confuso.

—Es tu versión particular de *Alicia en el País de las Maravillas*, señor Cruz. En esta taza hay un café solo recién hecho, con dos cucharadas de azúcar. En la cocina hay una chica que, al parecer, se ha leído todas las estúpidas entrevistas que te han hecho en la vida y sabe que lo tomas así.

En el vaso hay whisky.

Alejandro se lamió el labio inferior y dejó enfadado la fotografía.

—¿Qué diablos estás intentando hacer?

—El café es muy malo para la anemia, si hubieras venido a verme como una persona civilizada te lo habría explicado y hubiera hecho lo

posible por prepararte un menú para los desayunos con el que te sintieras más cómodo. Hay muchas infusiones y cereales con un sabor parecido al café y estoy convencida de que habría encontrado alguna que te gustase.

—No lo sabía.

—Ayer te negaste a escucharme y a responder mis preguntas, así que cuando confeccioné tu menú no tenía ni idea de si te gustaban los huevos o los cereales e improvisé. Yo no soy una *grupie* y no sé qué te gusta comer por las mañanas.

—Miranda, yo...

—Ni Miranda ni hostias —le repitió, modificada, la frase que él le había dicho antes—. Puedes beber lo que quieras, el café o el whisky. O puedes beberlos los dos. ¡Claro, genial! —Vació el contenido del vaso en la taza y se lo acercó a la nariz—. Huele bien, creo que lo llaman irlandés. Vamos, bebe.

—No.

Podía olerlo desde donde estaba y se le hacía la boca agua, sin embargo, el brillo que vio en los ojos de Miranda lo retuvo igual que unas cadenas. Ahora a ella le importaba y Alejandro sabía que si cogía aquella taza dejaría de importarle.

No se planteó por qué eso le retorció las entrañas.

—¿Sabes por qué has entrado en mi consulta como si fueras un animal? ¿Lo sabes, señor Cruz? —No esperó a que le contestase—. Porque tienes el mono, el síndrome de abstinencia y eres incapaz de controlar tu temperamento. Si te bebes esta taza, volverás a ser el imbécil que eras ayer

por la mañana, pero al menos estarás tratable.

—Se supone que esto es una clínica de desintoxicación.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie.

—Anoche —se humedeció los labios, que se notaba secos—, anoche creí que habíamos pactado una tregua, que podíamos ser amigos.

—Yo también —dijo ella, sincera—, pero ahora sé que cometí un error. Y es culpa mía. No tendría que haberme quedado en el gimnasio. Si anoche no hubiésemos charlado como dos amigos, hoy no te habrías atrevido a casi derribar la puerta de mi consulta.

La rabia que hasta entonces había mantenido a Miranda pareció abandonarla de repente.

—He perdido los nervios con lo del café, he reaccionado de un modo desproporcionado.

—Sí, pero yo tendría que habértelo explicado. No tendría que haberte enseñado esto —señaló el expediente—, y no tendría que haberte provocado con... —Levantó la taza y la dejó junto al teclado del ordenador, lejos de Alejandro.

Él pareció suspirar aliviado.

Tras esos minutos tan intensos, ambos se quedaron en silencio.

—Será mejor que te vayas —le dijo al fin Miranda—, y será mejor que no volvamos a vernos en el gimnasio.

—Si decido quedarme —repuso Alejandro cuando volvió a latirle el corazón—, necesitaré hablar con alguien o me volveré loco.

—Para eso está la terapia. El doctor Andrés no es completamente de

mi agrado, pero es el mejor. Habla con él y, si no te convence, habla con Barrios, él te recomendará otro psiquiatra.

Alejandro suspiró abatido. Apenas hacía un día que conocía a Miranda y ya sabía que no serviría de nada que siguiera insistiendo.

—De acuerdo.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. Con el picaporte sujeto en la mano derecha, se detuvo un instante.

—¿Miranda? —la llamó sin volverse.

—¿Sí?

—No iba a coger la taza. Tengo ganas de beber, pero no iba a cogerla.

Cerró sin esperar a que ella le respondiese.

Alejandro asistió a otra sesión de terapia de grupo y si alguien le hubiese preguntado de qué habían hablado sus participantes, habría sido completamente incapaz de contestarle. Se pasó la hora y media que duró la sesión pensando en el altercado que había tenido esa mañana con Miranda. ¿Cómo había sido capaz de perder así los nervios por una simple taza de café? Cerró los ojos y recordó distintas ocasiones en los últimos meses en las que había reaccionado igual.

Un pelea con unos paparazzi. Una guitarra rota en medio de un ensayo porque no sonaba como debía. Una discusión absurda con su hermano o con el resto del grupo.

En cambio, cuando salía de fiesta todo parecía ir sobre ruedas. El Jandro Cruz de la noche, de las fiestas, de los actos promocionales y de los conciertos era un seductor, un encanto, un ligón, el tío más divertido e

ingenioso del festejo.

Al salir de la terapia, le dijo al doctor Andrés que estaba listo para su sesión individual y se dirigió al comedor dispuesto a comer lo que le sirvieran. Era lo mínimo que podía hacer si quería demostrarle a Miranda que no era un psicópata.

Se sentó solo junto a la ventana, en la misma mesa que había ocupado esa mañana, y esperó. Y cuando el enfermero le puso delante un entrecot acompañado de guisantes, sonrió y lo devoró. Al terminar, se levantó de la mesa y vio que varios pacientes se iban a las distintas salas acondicionadas para que pudiesen recibir visitas.

Volvió a sentir aquella opresión en el pecho y respiró hondo para aliviarla. No iba a perder la calma. Iba a subir y se encerraría en su dormitorio a mirar por la ventana si hacía falta, pero no iba a perder los estribos.

Él no era como el resto de los pacientes que estaban en esa clínica. Su situación personal y familiar era complicada.

O eso se dijo a sí mismo.

Fingió no sentir envidia de lo que sucedía a su alrededor y subió lo más rápido que pudo a su cuarto. Se cambió, se puso ropa de deporte para su próxima sesión de rehabilitación y pensó que esa noche volvería a ir al gimnasio.

Correr le había hecho bien, por eso había podido dormir, no porque hubiese hablado con Miranda.

Cuando llegó la hora, se encaminó decidido hacia el gimnasio y, al

abrir la puerta, lo sorprendió encontrarse con Pablo y Miranda charlando animadamente.

Y le molestó.

Ella estaba riéndose de algo que Pablo acababa de decir y la carpeta que sujetaba entre los dedos temblaba al ritmo de su risa.

—Hola —los saludó y si cerró la puerta con demasiada fuerza fue pura casualidad.

—Ah, hola, Jandro. —Pablo se acercó a él y le cogió la mano enyesada—. ¿Has notado el hombro tirante?

—No.

—Mejor, señal que tienes el músculo fuerte. Hoy seguiremos con los ejercicios de ayer y después introduciremos unos pequeños cambios para que vayas ejercitando los dedos de la mano izquierda.

—¿Los dedos? —Por el extremo del yeso apenas sobresalían las puntas.

—Sí, sé que parece ridículo, pero hazme caso. Empezaremos por el hombro, mientras la doctora Porter te hace unas preguntas.

—¿Ah, sí? —La miró, enarcando una ceja.

Miranda parecía nerviosa.

—Sí, he pensado que si puedes contestarme aquí, no tendrás que pasarte por mi despacho mañana.

«Cobarde», pensó Alejandro y entrecerró los ojos para dejarle claro que sabía por qué estaba haciendo eso.

Pues bien, si ella no quería ser su amiga, él no iba a perder el tiempo.

Pablo parecía un buen tipo. O incluso la enfermera Ruiz. Y, además, siempre podía largarse de allí cuando quisiera.

—Usted dirá, doctora.

—Son sólo unas preguntas rutinarias acerca de sus hábitos alimenticios y sus gustos. Me ayudarán a prepararle un menú que lo ayude a superar la anemia, sin hacerle pasar más malos ratos de los necesarios.

—De acuerdo, dispere.

—¿A qué hora desayuna?

—Cuando me despierto.

—¿Qué suele comer?

—Depende.

—¿De qué?

—De si estoy solo o acompañado.

—Solo.

—Casi nunca estoy solo.

Pablo soltó una carcajada y tanto Miranda como él lo fulminaron con la mirada.

—¿Qué desayuna?

—Una taza de café con dos cucharadas de azúcar.

—¿Nada más?

—No tengo hambre por la mañana. Se me despiertan otra clase de apetitos.

Pablo le tiró del brazo sin querer.

—Perdón —masculló, colocándose detrás de él.

Y dado que su paciente no lo veía, le hizo señas a Miranda preguntándole qué diablos estaba haciendo. Su amiga y compañera lo ignoró.

—Sigamos. ¿A media mañana come algo?

—No.

—¿Y cuándo suele almorzar?

—Depende.

—¿De si está solo o acompañado?

—No, de si estoy de gira o en casa.

—¿Qué come cuando está de gira?

—Bocadillos, pizzas, comida china, lo que nos trae el asistente de turno.

—¿Y en casa?

—Nunca estoy en casa.

—¿Y por la noche?

—La noche no está hecha para comer, doctora.

Miranda apretó el bolígrafo tan furiosa que Pablo, que estaba mirándola, temió que fuera a rompérsele entre los dedos.

—Es un milagro que pese lo que pesa.

—Vaya doctora, gracias. —Le guiñó un ojo y ella movió de prisa el bolígrafo entre los dedos.

Aquello iba a terminar muy mal, pensó Pablo.

—Intentaré prepararle un régimen que sea de su agrado, señor Cruz.

—Cerró la carpeta—. No quiero que tengan que cambiar todas las puertas

de la clínica.

Alejandro retrocedió al oír ese último comentario, aunque supuso que se lo tenía merecido.

—Gracias por dejarme interrumpir, Pablo —le dijo entonces Miranda a su amigo—. Nos vemos más tarde. Adiós, señor Cruz, a usted lo veré al final de la semana.

Él asintió. No tenía la más mínima intención de acudir a esa cita. ¿Por qué diablos tenía que volver a verla, ella era la nutricionista?

Después de que Miranda desapareciese, pudo concentrarse en los ejercicios que el fisioterapeuta iba explicándole y haciéndole repetir metódicamente. Los dos trabajaron en silencio, ambos parecían preferirlo así, pero cuando faltaban diez minutos para que terminase la sesión, Pablo dijo:

—No deberías provocar a la doctora Porter.

—¿Por qué? ¿Qué puede hacerme, castigarme a comer lentejas durante un mes?

Pablo se rió.

—No, aunque después de lo que acabo de ver, te estaría bien empleado. —Se echó unas gotas de aceite en la palma de las manos y se las frotó—. No, no deberías provocar a Miranda porque, según tengo entendido, es quien debe firmar los informes para el fiscal.

—Mierda. —Alejandro apretó los dientes—. Creía que tenía que hacerlo un médico —añadió, al recordar que había leído en alguna parte que los nutricionistas no lo eran.

—Ella lo es, no la llamamos doctora porque sí.

Pablo parecía estar pasándoselo muy bien, pero se apiadó de él y, al terminar la sesión, le masajé los hombros igual que había hecho Roque la noche anterior.

—Supongo que por eso quiere reunirse contigo el viernes en su consulta, para repasar lo que sea que tenga que firmar.

—Estoy jodido.

—No, la doctora Porter no es vengativa.

Alejandro no estaba tan seguro. No tendría que haber sido tan maleducado, pero cuando vio que ella se escudaba en el fisioterapeuta para no tener que volver a hablar a solas con él, se puso furioso. Por una vez en la vida que le había pedido disculpas a alguien y no le había servido de nada.

«Tampoco le has pedido exactamente disculpas.»

No volvió a sacar el tema e intentó disfrutar del masaje. Tenía las cervicales destrozadas y le dolía el cuello de tanto girarlo de un lado a otro.

Pablo dio la sesión por terminada y los dos abandonaron el gimnasio;

Alejandro hacia su dormitorio, decidido a darse una ducha de agua caliente, y de fisioterapeuta en busca de su próxima víctima; así lo dijo él cuando se despidió.

Llegó la hora de la cena y Alejandro, que se había quedado dormido, tuvo que soportar la mirada de satisfacción de la enfermera Ruiz cuando lo vio entrar apresurado en el comedor.

Se sentó a su mesa de siempre (sólo llevaba allí dos días y ya tenía

una mesa, patético) y esperó, convencido de que le darían otro plato de acelgas.

Una enfermera se detuvo ante él y le sirvió un plato con una deliciosa tortilla acompañada de un panecillo de cereales, junto con un cuenco lleno de nueces y un par de mandarinas.

Alejandro se quedó perplejo mirando la comida.

—¿Sucede algo, señor Cruz?

—No —carraspeó—. Todo está perfecto.

Y lo estaba.

Lo que significaba que no tenía ninguna excusa para entrar en el despacho de la doctora Porter.

«Mejor —pensó comiendo el primer bocado—, así no tendré que volver a sentir esa extraña opresión en el pecho. Esa mujer no me gusta.»

Se terminó la cena sin dejar de felicitarle por lo bien que había sabido llevar su extraña reacción ante la doctora Porter (si ella había vuelto a llamarlo señor Cruz, él no iba a ser menos). ¿Qué clase de médico le ofrece un whisky a un adicto al alcohol y a las pastillas?

Se atragantó con la tortilla hasta tal extremo que casi acudió un enfermero a auxiliarlo.

¿Desde cuándo se consideraba a sí mismo un adicto?

Dejó el tenedor en el plato y se bebió toda el agua. Cogió las nueces y se levantó. Había captado el mensaje; la doctora le había preparado un menú comestible para que no volviese a meterse en su consulta sin cita previa. Captado y recibido.

El tampoco tenía ganas de volver a verla ni de hablar con ella. ¿Quién diablos se había creído que era?

Salió del comedor tan decidido que casi se dio de bruces con una enfermera.

—¿Puede decirme dónde está la biblioteca? Creo recordar que el doctor Barrios me dijo que había una.

—Por supuesto, señor Cruz —le contestó la joven, sonrojándose—.

Está en la otra ala del edificio, cerca de contabilidad.

Él iba a decirle que no tenía ni idea de dónde estaba contabilidad y que quería seguir sin saberlo, pero en ese instante levantó un poco la vista y vio a la doctora Porter bajando la escalera. Ella también lo miró y entrecerró los ojos.

Alejandro apartó la vista y se dio cuenta de que estaba muy cerca de la enfermera y de que la chica tenía una postura claramente provocativa.

«Y evidentemente es culpa mía.»

—¿Sabes qué? —le devolvió la sonrisa, pero volvió a buscar a

Miranda con la vista. Efectivamente, ella lo había juzgado y condenado—.

No sé dónde está contabilidad, ¿por qué no me acompañas? —Le tendió el brazo bueno y esperó a que se lo cogiese.

La enfermera tardó menos de un segundo.

Alejandro se dejó llevar hasta que oyó que la doctora Porter se despedía de la mujer de recepción.

—Has sido muy amable —le dijo a su acompañante, deteniéndose—,

pero me temo que he subestimado lo cansado que estoy. Creo que iré a

acostarme.

—Si quiere... también puedo acompañarlo.

«Di que sí, di que sí.»

—No, gracias. Eres muy amable, pero la verdad es que estoy muy cansado. Ni siquiera una belleza como tú conseguiría evitar que me quedase dormido —añadió, al sentir que se le encogía el estómago.

La chica sonrió satisfecha y se despidió muy seductoramente.

Una parte de él habría querido decirle que sí, había sentido incluso la «s» en la punta de la lengua. Pero otra parte, esa tan extraña que estaba aflorándole en esa clínica, le había dicho que no estaba bien que se acostase con aquella joven. Y no sólo porque fuese enfermera allí o porque apenas tuviese dieciocho años.

Al final se dijo que de verdad estaba cansado y que no podía correr el riesgo de hacer mal papel y empañar su reputación, pero incluso él sabía que eso era mentira.

Volvió a su dormitorio sin lectura y se tumbó en la cama tal como estaba, vestido con pantalones de deporte y camiseta.

A las doce salió al pasillo para ver si la doctora volvía para otra de sus sesiones nocturnas de ejercicio. Incluso subió al gimnasio por si ella había llegado sin hacer ruido y se le había escapado.

Ni rastro.

Alejandro subió a la cinta y corrió un rato. El cansancio le iría bien para dormir y así podría justificar su extraño comportamiento. Al menos parte.

A la una de la madrugada, regresó a su dormitorio. Se puso el pijama y se durmió, más confuso que antes, pero probablemente menos furioso.

10

Todavía no me puedo creer que le haya ofrecido un café y un vaso de whisky.

Pero ¿¡qué diablos me ha pasado por la cabeza!?

Me cuelgo el bolso del hombro y acelero el paso. He quedado con Tina dentro de una hora y quiero llegar a casa a tiempo de ducharme. No es que quiera arreglarme para ver a mi mejor amiga, es que tengo que encontrar el modo de tranquilizarme antes de que ella llegue.

Ayer por la noche todo fue muy bien. Sí, fue extraño y hasta cierto punto surrealista.

Tuve que pellizcarme un par de veces de vuelta a casa para asegurarme de que estaba despierta y que había sucedido de verdad.

Después de enterarme de lo de mi hermano Jack, y de correr como una posesa por las calles de la ciudad para no entrar en la farmacia más cercana y comprarme unos tranquilizantes, la curiosa conversación que tuve con Alejandro Cruz había sido lo único que había conseguido apaciguar la rabia que me quemaba por dentro.

Con la gran mayoría de la gente que me rodea me siento como si fuera un fraude. Como si los estuviese engañando, y supongo que en cierta medida es exactamente lo que estoy haciendo, porque en la clínica, excepto Barrios, nadie sabe que apenas cinco años atrás yo fui como el peor de los pacientes que han pasado por allí. Oh, sí, las adicciones también entienden

de clases sociales.

No quiero pensar en eso, en realidad intento no hacerlo para no derrumbarme. A menudo puede resultar abrumador haber sobrevivido a algo así, hace que valores sobremanera seguir vivo, tener gente que te quiere a tu alrededor.

Lo que me recuerda que esta noche tengo que llamar a la abuela para hablar con David y Diana. Seguro que se lo están pasando en grande. Les irá bien estar fuera de la ciudad y, a la abuela, a pesar de su carácter, le encanta malcriarlos. Y disfruta como una loca riñéndolos, ahora que están en plena edad del pavo.

Sonrío como una boba durante un segundo. Hasta ahora, las únicas personas con las que no me sentía como un fraude eran mis hermanos y la abuela.

Alejandro Cruz ha entrado también en esa categoría.

Por eso me he puesto tan furiosa cuando lo he visto irrumpir en la consulta de esa manera, porque me he asustado.

Oh, no me he asustado porque creyera que iba a hacerme daño. No sé por qué, pero no tengo ninguna duda de que, a pesar de su aspecto,

Alejandro Cruz es completamente incapaz de hacerle daño físico a nadie. Y menos a una mujer.

Me he asustado por él, porque he visto que le temblaban las manos y que tenía las pupilas dilatadas. Igual que alguien que echa de menos el alcohol o las drogas.

Ya debería estar acostumbrada.

Ya estoy acostumbrada, me corrijo, entonces, ¿por qué he reaccionado de esa manera?

Intento recordar exactamente qué he sentido al oírle decir que no pensaba seguir mi régimen. Me han entrado ganas de pegarle. De zarandearlo y hacerlo entrar en razón. De gritarle que si no me hace caso corre el riesgo de morir.

—Y, claro, por eso le has enseñado las fotos. Se supone que eres sensible, que has pasado por lo que está pasando él y que puedes ponerte en su lugar —digo en voz alta.

La mujer que está a mi lado en el semáforo me mira como si estuviese loca.

Genial. Lo que me faltaba.

La luz de los peatones se pone verde y cruzamos.

Supongo que tal como le he dicho a él, todo esto es culpa mía. Ayer no debería haberme quedado en el gimnasio. Barrios tiene razón cuando dice que la frontera entre el médico y el paciente existe por algún motivo.

Y sí, sé que colarme en la sesión de fisioterapia de Alejandro para preguntarle por sus hábitos alimenticios mientras estaba con Pablo no ha sido la decisión más inteligente que he tomado últimamente. Pero no quería volver a hablar con él a solas tan pronto.

Obviamente, Alejandro ha adivinado mis motivos y por eso me ha contestado todas esas estupideces. Oh, no tengo la menor duda de que no suele despertarse solo, y no me importa.

De verdad.

Me ha puesto furiosa porque hace apenas dos días que me conoce y ya ha sido capaz de interpretarme con tanta facilidad. Y cuando he visto que me provocaba con tanto descaro me han entrado ganas de sacarle la lengua o de insultarlo (ambas reacciones muy propias de una mujer madura).

He vuelto a la consulta decidida a hacerle comer acelgas y espinacas durante el resto de su estancia, pero en cuanto esa idea ha cruzado mi mente me he detenido a pensar.

Menos mal.

Si Alejandro vuelve a encontrarse un plato de acelgas para cenar, probablemente esta misma noche, volverá a entrar hecho una furia en mi despacho y volveremos a discutir.

Y él ahora no necesita eso.

Alejandro Cruz necesita calma y tranquilidad, recuperar fuerzas, hacer tanta rehabilitación como su mano y su brazo sean capaces de soportar e ir a terapia.

No necesita discutir conmigo a diario.

Por eso mismo he puesto en marcha mi ordenador y le he confeccionado un régimen tan variado como me ha sido posible y tan fiel a sus gustos como he podido. Por las pocas respuestas que he logrado arrancarle sé que le gusta la carne, los huevos, el zumo de naranja, algunos cereales y el café.

Bueno, menos es nada.

Cuando ha llegado la hora de la cena, he esperado en mi consulta por si aparecía hecho un basilisco.

Pero no ha aparecido y cuando ha bajado lo he visto flirteando con una de las nuevas enfermeras.

Evidentemente, la tortilla le ha sentado muy bien.

Y a mí no me molesta. En absoluto. Sin duda es mejor así.

—Claro que sí —me digo para animarme, tras asegurarme de que no tengo a nadie cerca—. Él ya te ha dicho dos veces que no le pareces atractiva. Y es un hombre que representa todo lo que odias.

Pero si todo eso es cierto, ¿por qué no me siento un fraude con él?

Sí, ya sé que es un criterio pésimo para elegir amigos, pero a mí me funciona. Y digo «amigos» porque ni loca me plantearía que Alejandro Cruz pudiese ser algo más.

Él se come a chicas como yo para desayunar.

Me suena el móvil y lo saco del bolso como si fuese una serpiente pitón.

Todavía no me he recuperado de la llamada del agente de policía.

Es la abuela.

—¡Abuela! —exclamo al descolgar—, ¿cómo estás? ¿Y los mellizos?

Iba a llamaros esta noche.

—Lo sé, Miranda, por eso te llamo yo ahora. Hemos decidido ir a la playa, los engreídos de tus hermanos creen que serán capaces de pescar algo.

—¡Por supuesto que vamos a pescar!

Oigo los gritos de David al fondo.

—En la playa no hay cobertura y no quería que te preocupases.

—Gracias.

Mi abuela es parca, pero muy detallista.

—Tú estás bien, ¿no?

Típica pregunta suya, dando por hecho que si no lo estuviese ya la habría llamado.

—Sí, perfectamente. ¿Te parece bien que telefonee mañana?

—Sí, aquí estaremos. Ya te contaré el ridículo que hacen tus hermanos. Buenas noches, Miranda.

—Buenas noches.

Antes de colgar, oigo las quejas de Diana y David y deseo con todas mis fuerzas estar con ellos.

Tal vez podría escaparme el fin de semana.

La conversación me ha cambiado el humor por completo y ahora ya no camino como una loca por la calle, sin mirar nada, sino que disfruto incluso de los escaparates. Llego a mi apartamento y me ducho, tal como tenía previsto, y al salir me pongo unos vaqueros y una camiseta.

Antes, durante la tarde, Tina y yo nos hemos mandado varios mensajes para concretar los planes de esta noche y al final, siendo como somos mujeres modernas y liberadas de treinta años, hemos decidido quedarnos en casa.

Eso sí, comeremos y beberemos como señoras.

Una hora más tarde, con veinte minutos de retraso, Tina llega a mi apartamento con dos botellas de vino tinto y una bandeja de un conocido y renombrado restaurante italiano.

—¡Ya estoy aquí!

Su felicidad es contagiosa, siempre lo ha sido, así que yo no tardo en reírme y relajarme.

Tina pregunta por mis hermanos y le cuento lo del arresto de Jack.

—Me siento fatal.

—No, has hecho lo correcto. Tienes que pensar en los mellizos. Y le dejaste muy claro a Jack cuáles eran las normas si quería vivir en tu casa.

—Supongo. —Me encojo de hombros—. En realidad, él no me ha pedido nada. Me llamó uno de los policías que lo detuvo, pero mi hermano no ha dado señales de vida.

—Mejor. Oh, vamos, no me mires así. ¿Acaso no te acuerdas de lo que hizo la última vez que estuvo aquí?

—Por supuesto que me acuerdo —afirmo, tras tragar saliva.

—Será mejor que cambiemos de tema... ¿Qué puedes contarme de Jandro Cruz? ¿Está tan bueno al natural como parece?

—Más.

—¡Miranda, me escandalizas! No es propio de ti ser tan descarada.

—No estoy ciega y sería una mentirosa si te dijese que no es muy atractivo. Pero a diferencia de ti, señorita Manos Largas, yo no voy a manosearlo.

—Oh, sólo fue una vez, y ese camarero llevaba toda la noche tirándome los tejos.

—Si tú lo dices...

—¡Miranda! —Me lanza un cojín—. No sé qué te ha pasado estos

días, pero me encanta.

Le sonrío y me dejo llevar. No me resulta fácil relajarme, en realidad, puedo afirmar con conocimiento de causa, que me es prácticamente imposible, por eso intento aprovechar al máximo los pocos instantes en los que al parecer soy capaz de hacerlo.

Sin duda Tina me es de gran ayuda.

—Pero tienes razón, Miranda —retoma la conversación, después de vaciar la copa de vino. Otra vez—. Si yo estuviese en tu lugar, seguro que lo manosearía un poco. Y seguro que a él no le importaría.

—¿Por qué estás tan segura?

—¿Acaso no lees las revistas o miras la tele? Jandro Cruz podría ser la imagen publicitaria de «sexo, drogas y rock and roll», es la prueba viviente de que los estereotipos a veces son ciertos.

Tengo en la punta de la lengua decirle que no, que *Alejandro* no es en absoluto un estereotipo, pero me detengo a tiempo. ¿Quién es en realidad Alejandro Cruz? Yo apenas lo conozco y si tuviera que juzgarlo por lo que ha sucedido hoy, tendría que darle toda la razón a Tina.

Entonces, ¿por qué estoy tan segura de que es mucho más de lo que aparenta?

¿Porque sus ojos me parecen mucho más tristes y profundos que los ojos de una estrella de rock malcriada? ¿O me estoy engañando porque ayer por la noche me sentí cómoda hablando con él?

Dios, ¿pensaría lo mismo si su canción prácticamente no me hubiese salvado la vida?

Sólo era una canción, unos acordes y unas palabras que rimaban, y no demasiado en ese caso. Y ese tono de voz que siempre me ha llegado al alma, la voz de Alejandro, probablemente no signifique nada especial para él y pueda adoptarlo siempre que quiera.

Se gana la vida tocando la guitarra y cantando. Y muy bien, por cierto.

—Esta misma semana —sigue Tina—, en una revista del grupo, publican una entrevista con la última modelo con la que estuvo, Crystal no sé qué. La buena de Crystal cuenta, a cambio de un generoso cheque, que Jandro Cruz se acostó con ella la noche del accidente. Al parecer, lo hicieron en el ascensor, en el suelo del dormitorio después de vaciar el minibar y un largo etcétera.

—No sería la primera vez que una modelo de esas miente. Tú misma me has dicho un montón de veces que la mitad de lo que publicas es mentira.

Tina me mira y no me gusta el modo en que me sonrío.

—¿Estás defendiendo a Jandro Cruz?

—¡No! —contesto demasiado rápido, sonrojándome—, sólo digo que tal vez Crystal se lo ha inventado. De una mujer que se pone ese nombre artístico no te puedes fiar.

—En eso tienes razón.

—Mira —me veo obligada a añadir—, sé perfectamente qué clase de hombre es Jandro Cruz, pero no me parece bien que se hable de una persona cuando ésta no puede defenderse.

—Te odio cuando te pones en plan niña buena, pero, en fin, supongo

que es verdad. —Suspira de nuevo haciéndose la mártir—. No tendré más remedio que pedirle una entrevista cuando salga de la clínica, para que pueda defenderse.

—Sí, ya veo que tendrás que sacrificarte.

Ella se ríe y cambiamos por completo de tema de conversación.

Una hora más tarde, cuando el reloj ya marca más de medianoche,

Tina se levanta para irse.

—¿Por qué no te quedas a dormir? —le ofrezco—. Los mellizos no están y puedes dormir en la cama de Diana.

—¿Dormir yo en una litera? Jamás. —Coge el bolso y se acerca a darme un beso en la mejilla—. Perdería el poco glamour que tengo. No te preocupes, cogeré un taxi en la esquina. Mañana tú tienes que madrugar y yo no, si me quedo aquí no me dejarás dormir.

—No me lo recuerdes. —Me froto la sien—. Mañana es miércoles, el día que tengo más consultas.

—Pensaré en ti desde la cama.

—Lárgate de una vez. —La acompaño a la puerta—. Mándame un mensaje cuando llegues.

—Está bien. Te llamo en unos días, Mindy.

—Yo también te quiero, Clementina.

La oigo reírse por la escalera y no vuelvo a entrar en casa hasta que la puerta del edificio se cierra con un sonoro clic.

Apago la luz del comedor y la de la cocina. Tina ha insistido en ayudarme a recoger, así que apenas tengo que guardar nada.

A pesar de que he defendido a Alejandro delante de mi amiga, lo que me ha contado me ha hecho reflexionar un poco más. Tanto si lo que dice la tal Crystal es cierto como si no, lo que sin duda es verdad es que Jandro Cruz es capaz de eso y de mucho más.

Así que lo mejor será que cumpla lo que he dicho antes y mantenga las distancias con él.

El miércoles y el jueves terminan siendo dos días muy complicados; el doctor Barrios se ha ido a una convención y el doctor Andrés se comporta como si fuese el dueño de la clínica. Yo procuro mantenerme al margen y atender a mis pacientes con normalidad, pero cada vez que veo a ese hombre comportándose como un cretino me entran ganas de estrangularlo. Por suerte para mí, Pablo me contiene y me recuerda que no ganaré nada enfrentándome a él.

No he vuelto a ver a Alejandro, bueno, nos hemos cruzado un par de veces en el pasillo y una en la escalera. Sé que está cumpliendo los requisitos del pacto que su representante firmó con el fiscal y que está asistiendo a las sesiones de terapia y de rehabilitación. Y que no ha vuelto a quejarse de los menús.

Supongo que me habría gustado preguntarle cómo está, pero aunque lo hubiera hecho él no parecía tener ningunas ganas de hablar conmigo, así que supongo que los dos hemos dejado atrás esa extraña conversación del gimnasio.

El miércoles llamé a la abuela y pude charlar tranquilamente con ella y con mis hermanos. Se lo están pasando en grande. Los envidio, aunque al

mismo tiempo sé que esos días que están pasando allí sin mí son muy importantes y necesarios para ellos.

El agente de policía que detuvo a Jack no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo y Jack tampoco ha dado señales de vida.

En resumen, todo es maravilloso y va como la seda.

Y yo de noche sigo sin poder dormir, a no ser que me pase dos horas corriendo.

Por fin es viernes y, como es de esperar, estoy agotada. Ha sido una semana muy intensa y también muy rara. El sábado y el domingo no tengo guardia y me había planteado la posibilidad de ir a casa de la abuela, pero al final he decidido quedarme en la ciudad; Tina me ha convencido para ir a cenar con unos amigos suyos del periódico y ha amenazado con cortarme la cabeza si le doy plantón.

Llego a la clínica un poco antes de lo habitual y la primera persona que me encuentro en el vestíbulo es Pablo.

—Buenos días, Miranda. Iba a ir a verte a tu consulta dentro de un rato.

—Buenos días, Pablo. ¿Necesitas algo?

Subimos la escalera y yo me paso la correa del bolso por la cabeza para quitármelo.

—Quería pedirte un favor.

Abre la puerta de mi consulta y me deja entrar primero.

—Tú dirás.

—Hoy voy a quitarle el yeso a Jandro Cruz, dejaré que haga unos

ejercicios relativamente suaves durante el fin de semana y el lunes

empezaré con la rehabilitación de la mano.

—Me parece muy bien pensado.

Pablo es el mejor fisioterapeuta que conozco y su criterio siempre me parece acertado, así que lo miro confusa. ¿Qué pinto yo en eso?

—¿Te importaría venir a ayudarme cuando se lo quite?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Él no me lo ha dicho, pero sé que está nervioso.

—¿No sería mejor que se lo pidieses al doctor Andrés? Él es el psiquiatra que lo lleva.

—Jandro no lo soporta. Y yo tampoco. Mira, si vienes tú, estaré más tranquilo y seguro que eso también le tranquilizará a él.

—¿Tienes miedo de lo que te vas a encontrar cuando se lo quites?

—No, las radiografías son muy claras y sé que será duro. Le hará falta mucha rehabilitación y le costará adaptarse. Y no creo que reaccione nada bien cuando se vea las cicatrices.

—¿A qué hora vas a hacerlo?

—A las seis de la tarde.

—Allí estaré.

11

Los dos últimos días, a diferencia de los dos primeros, habían sido realmente aburridos. El único motivo por el que Alejandro no se había largado todavía de la clínica era porque creía que Pablo, el fisioterapeuta, sabía lo que hacía.

Y porque quería acabar, o empezar, la canción que no paraba de sonar en su mente.

Las sesiones de terapia eran realmente absurdas o, mejor dicho, el doctor Andrés lo era. Le preguntaba un montón de tonterías y ni siquiera se molestaba en escucharlo cuando contestaba. Alejandro tenía la teoría de que el hombre estaba escribiendo un libro sobre su experiencia como «psiquiatra de los famosos» y que estaba allí simplemente recogiendo información.

Las únicas conversaciones que lo habían obligado a pensar desde su llegada a la clínica eran las que había tenido con Miranda Porter. Incluso discutir con ella lo había ayudado más que esas horas de terapia que ya nunca podría recuperar.

Pero el problema de esas conversaciones con Miranda era que también lo habían dejado muy confuso sobre sí mismo, así que había decidido olvidarlas. O al menos intentarlo.

Era viernes, un día importante. Por la mañana tenía que ir a la consulta de la doctora Porter y por la tarde iban a quitarle el yeso.

Alejandro no era ningún estúpido y en esos momentos que casi había desaparecido el efecto del alcohol y las drogas de su cuerpo, muy a su pesar recordaba perfectamente el aspecto que tenía su mano entre los cristales la noche del accidente.

Tenía que recuperar la movilidad, si no, ¿qué sería de él? Como compositor no estaba mal y tampoco como cantante, pero él era el guitarrista de MB. Sus fans iban a sus conciertos para verlo tocar, no para

verlo cantar. En las entrevistas siempre mencionaban que poseía unos dedos mágicos, que era lo mismo que le decían las mujeres.

Era lo único que se le daba bien, lo único para lo que servía.

Si no lograba volver a ser el de antes, más le valdría haber muerto en ese accidente.

O empezar a beber y a drogarse de nuevo.

Desayunó las tostadas de cereales, el zumo de naranja y aquella extraña infusión que, sorprendentemente, sabía un poco a café, y luego subió a la consulta de Miranda.

Sería la primera vez que volvían a hablar desde aquella tarde en que ella le hizo aquellas preguntas durante la sesión de rehabilitación, y

Alejandro sintió de nuevo aquella opresión en el pecho que había dado por desaparecida. Intentó ignorarla sin demasiado éxito.

Se plantó frente a la puerta y respiró hondo antes de llamar.

—Adelante.

—Soy yo, ¿puedo entrar? —preguntó desde el umbral después de abrir.

Ella lo miró confusa, como si no pudiese creer que tuviera modales.

—Claro, por supuesto, pasa. —Miranda reaccionó al fin.

Alejandro entró y se acercó al escritorio, desde donde ella seguía mirándolo de un modo tan extraño que se incomodó.

—¿No se suponía que tenía que venir a las diez?

—Sí, sí. Perdona. —Ordenó nerviosa los papeles y sacó una carpeta azul que contenía el expediente de Alejandro—. Siéntate, por favor.

Lo hizo y esperó.

—Veo que has asistido a todas las sesiones de terapia —dijo Miranda leyendo un papel—, a la de grupo y a las individuales. ¿Te están ayudando?

—Si digo que no, ¿voy a tener que repetirlas? —Se movió en la silla y estiró las piernas.

—No.

—Entonces no.

—Y que también estás haciendo todas las horas de rehabilitación establecidas —giró la hoja— y algunas más.

—Sí.

—Y la analítica de ayer ha dado muy buenos resultados, estás mejorando de la anemia.

—Genial. —Intentó apoyar los antebrazos en los muslos tanto como se lo permitió el yeso—. ¿Vas a firmar los papeles? —Sonó más agresivo de lo que pretendía, pero no se corrigió.

Miranda no dijo nada, sino que se limitó a coger un bolígrafo y a firmar en todas las páginas del informe que debían enviar a la fiscalía.

—Lo mandaré esta misma tarde, ¿quieres que te enseñe el comprobante de que lo han recibido?

—No, no será necesario.

Se miraron unos segundos y los dos tuvieron la sensación de que el otro quería decir algo.

Miranda quería preguntarle cómo había estado de verdad esos días, si se había sentido solo y si había habido momentos en los que había querido

arrancarse la piel de las ganas que tenía de beber o de tomarse algo.

Alejandro quería preguntarle si había salido a correr de noche para estar «lo bastante cansada» como para dormir y si había vuelto a escuchar una de sus canciones (días atrás había decidido que, sin duda, aquella vez estaba escuchando su segundo álbum).

Pero los dos habían decidido que era mejor mantener una relación profesional y no entablar amistad, por extraña que fuera, así que Alejandro se puso en pie y ella desvió la vista hacia sus papeles.

—Bueno, supongo que ya nos veremos, doctora. ¿La semana que viene a la misma hora?

Miranda levantó la cabeza y lo descubrió ya cerca de la puerta. En ese instante entendió dos cosas: la primera, Alejandro Cruz estaba nervioso, y la segunda, Pablo no le había dicho que ella estaría presente cuando le quitasen el yeso.

—Sí, la semana que viene a la misma hora.

Miranda se pasó el resto del día preguntándose si debía ir o no a ayudar a Pablo. Las discusiones consigo misma iban desde el «no» más absoluto al «sí» más rotundo. Al final, cuando dieron las seis, decidió ir a la consulta de su amigo, tal como habían acordado. Si Alejandro no quería que estuviese allí, siempre podía decírselo y ella se iría. O no. Dependía.

—Hola, buenas tardes —saludó al entrar, mirando sólo a Pablo.

—¿Qué hace ella aquí?

—Le he pedido a la doctora Porter que viniese a ayudarme —

respondió Pablo de inmediato—. Espero que no te importe.

Alejandro tardó unos segundos en responder, durante los cuales ponderó en su mente las consecuencias e implicaciones que tendría echar de allí a Miranda. Probablemente a Pablo le extrañaría y tendría que contestar a una serie de preguntas que de momento no estaba listo para afrontar (y tal vez no lo estaría nunca). Si decía que no quería que la doctora Porter se quedase, el fisioterapeuta creería que entre los dos pasaba algo, y no era así.

—No, no me importa —aceptó entre dientes.

A pesar de que Alejandro dio su consentimiento, Miranda optó por quedarse al lado de su amigo, en un discreto segundo plano.

—La mano izquierda quedó aplastada contra la puerta del coche — empezó Pablo, apoyando el antebrazo de Alejandro en la camilla que tenía en la consulta—, una de las barras de la carrocería se dobló alrededor de ella y prácticamente la estrujó. Cuando el metal se distendió por el calor, pudiste soltarla, pero entonces te cayeron unos cristales encima y sufriste graves laceraciones.

Mientras iba desgranando el escalofriante relato, cogió unas tijeras y empezó a cortar el yeso.

—Avísame si te hago daño —le dijo.

Él asintió sin hablar y apretó los dientes.

—El cirujano que te operó es de los mejores. —Desvió un segundo la vista hacia Miranda y ésta asintió dándole la razón— e hizo muy buen trabajo.

—No digas que he tenido mucha suerte —masculló Alejandro.

—Ya está —anunció Pablo al llegar al codo, ignorando el comentario de su estoico y malhumorado paciente—. Voy a quitártelo. Verás que tienes unas grapas, ésas voy a dejártelas —le avisó, antes de separar el yeso.

Miranda, que en un principio había decidido quedarse al lado de Pablo, descubrió que sus pies la habían ido acercando a Alejandro. Éste respiró hondo al oír la última advertencia del fisioterapeuta y ella, sin plantearse por qué ni si el universo se desmoronaría a su alrededor, le puso una mano en el hombro y se lo apretó.

Él se tensó un segundo, pero después soltó el aliento y levantó ligeramente, de un modo casi imperceptible, el hombro. No para quitarse la mano de Miranda de encima, sino para sentirla mejor.

El ruido del yeso al romperse, junto con el de las ruedas de la silla de Pablo al deslizarse por la consulta rompieron el silencio.

Alejandro volvió a respirar, se dejó de tonterías y poses y reconoció para sí mismo que si Miranda no estuviese allí con él, probablemente no se habría atrevido a volver la cabeza y mirarse la mano izquierda.

Fue como ver un alienígena. Aquella mano no era la suya. Ni hablar.

Debió de tener un escalofrío, porque notó que se le erizaba el vello y que Miranda deslizaba los dedos hacia su nuca.

Unos dedos perfectos.

No pudo soportarlo.

—Dejadme solo.

—No creo que sea lo mejor, Jandro. Me gustaría aplicarte un

ungüento y empezar a enseñarte...

—¡Dejadme solo! —gritó y se apartó bruscamente de Miranda.

—Es normal que te asustes, pero te aseguro que no tiene mal aspecto

—insistió Pablo—. La palidez es habitual, igual que la pérdida de masa muscular, pero la recuperarás. Y las cicatrices...

—Dejadme solo —repitió en voz baja y completamente gélida.

Miranda iba a decirle lo mismo que Pablo, que era normal que estuviese asustado y que tenía que confiar en ellos, pero cuando fue a abrir la boca, Alejandro la miró.

—Pablo, creo que será mejor que salgamos —le dijo a su compañero, sin dejar de mirarlo a él.

—¿Qué?

—Vamos, ven conmigo. —Lo cogió por la manga de la bata para tirar de él—. Hazme caso.

Éste por fin se levantó y la siguió hacia la puerta.

—Pablo volverá dentro de cinco minutos —añadió Miranda, de espaldas a Alejandro, justo antes de cerrar.

—¿Se puede saber por qué me has sacado casi a rastras de mi propia consulta? —le preguntó su amigo, airado en cuanto se vio en medio del pasillo.

—A veces me sorprende que seas tan bueno con los huesos y tan malo con los sentimientos —lo riñó Miranda—. Necesitaba estar solo. ¿Acaso no te has dado cuenta?

Él la miró como si estuviese loca.

—La mano no tiene tan mal aspecto.

—Eso lo sabemos tú y yo porque a diario vemos heridas similares o peores, pero él no. ¡Y es su mano! ¡Es guitarrista, Pablo, trata de entenderlo!

—Vale, de acuerdo. —Levantó las palmas en señal de rendición—.

Nunca te había visto así.

Miranda se cruzó de brazos y se apoyó en la pared del pasillo.

—Siempre he defendido a mis pacientes.

—Sí, es verdad, pero no me refería a eso.

Pablo se apoyó también en la pared de enfrente.

—¿A qué te referías entonces?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Tan afectada, como si fuera algo personal.

—No digas tonterías. —Se apartó de la pared y se metió las manos en los bolsillos—. Apenas he dormido durante toda la semana, echo de menos a mis hermanos, ¿te lo puedes creer? Y estoy muy cansada. Eso es todo. —

Dio un par de pasos—. Creo que será mejor que vuelva a mi consulta, quiero dejar unos temas zanjados antes de irme.

—¿No vas a volver a entrar?

—No, ya no hace falta. Seguro que ahora estará bien. Dale un par de minutos más y entra tranquilo.

Pablo asintió y se la quedó observando mientras se dirigía al rellano.

—¿Cómo lo sabes? —le gritó.

Pero ella no le contestó.

Miranda bajó corriendo la escalera hacia su consulta, entró y se puso a trabajar como una autómatas, a toda velocidad. Tenía que salir de allí cuanto antes o terminaría por ir en busca de Alejandro y volvería a discutir con él.

¿Por qué le costaba tanto aceptar la ayuda y el cariño de los demás?

«Mira quién fue a hablar.»

Aunque si era sincera consigo misma, si ese día volvía a ver a Alejandro Cruz, lo más probable sería que terminase abrazándolo.

Nunca lograría olvidar el modo en que la había mirado al pedirles que lo dejaran solo. Era una mirada que ella conocía a la perfección, llena de miedo y de inseguridad. Y que hubiese bajado la guardia lo suficiente como para dejar esos sentimientos al descubierto sólo era una prueba más del dolor que estaba sintiendo.

Sí, tenía que irse de allí cuanto antes.

Apagó el ordenador, grabando los archivos en los que había estado trabajando casi de milagro, y tras coger el bolso abandonó la clínica prácticamente sin despedirse de nadie.

Al llegar a la calle, respiró un poco más aliviada e intentó pasear tranquilamente de camino a su casa. Entró en un pequeño supermercado y compró los ingredientes para prepararse otro plato de pasta que a sus hermanos no les gustaba y que no cocinaba nunca cuando ellos estaban, y al salir de la tienda se dijo que no tenía motivos de qué preocuparse.

Al día siguiente, sábado, había quedado con Tina y sus amigos y el domingo lo pasaría leyendo e intentando poner al día la casa.

Y el lunes ya no se acordaría de la mirada de Alejandro.

—¡Miranda, Miranda, qué suerte encontrarte aquí! —La estridente voz de su vecina, la señora Márquez, la pilló desprevenida.

—Buenas tardes, señora Márquez —la saludó, al comprobar que no tenía escapatoria.

—He visto que los niños no están.

—No, están en casa de nuestra abuela.

—Oh, vaya, qué lástima. Iba a pedirles un favor.

Esa frase sí que no se la esperaba.

—¿Por qué lo dice, señora Márquez? ¿Le sucede algo?

—Mi hermana está en la ciudad y Antonia, mi hermana se llama

Antonia. —¿por qué habría preguntado?—, es alérgica a los perros. O eso dice. La verdad es que creo que está buscando una excusa para no venir a cenar a mi casa, pero yo el año pasado me aguanté y fui a la suya. Y eso que nos sirvió pescado congelado y un vino horrible. Hasta ahora nunca había sido alérgica a los perros. ¿Me entiendes?

«No, la verdad es que no.»

—No voy a permitir que se escaquee de la cena —siguió la mujer, sin dejar que Miranda interviniese— y por eso había pensado que podía dejar a *Edward* con tus hermanos.

—¿Quién es *Edward*? —Ahora sí que estaba completamente perdida.

—Mi perro, quién va a ser.

—¿Su perro salchicha se llama *Edward*?

—Se lo puso mi hija, después de leer *Crepúsculo* —se explicó la

vecina—. Es un perro adorable.

No lo era, era un perro malcriado y con sobrepeso.

—No me cabe la menor duda —señaló Miranda, sarcástica, aunque la señora Márquez no se dio cuenta o decidió ignorarlo.

—Me alegro de que opines así, ¿te importaría quedártelo esta noche?

Por favor. Vendría a buscarlo mañana por la mañana.

Ella quería decirle que no, pero aquella mujer, por insoportable que pareciese, le había hecho el favor de vigilar a sus hermanos mellizos en un par de imprevistos, así que no tuvo más remedio que aceptar.

—De acuerdo. No se preocupe. Iré a casa a dejar mis cosas y pasaré a buscar a *Edward* ¿dentro de dos horas?

—Fantástico, Miranda. —Le sujetó la cara con las manos y le dio un beso en cada mejilla—. Eres un tesoro.

Genial, esa noche no iba a poder salir a correr. Era imposible que un perro salchicha pudiese seguir su ritmo.

Eran las tres de la madrugada cuando el timbre del teléfono fijo despertó a Miranda. Tardó varios segundos en reaccionar y en salir de la cama en busca del aparato; apenas nadie conocía ese número. Sólo lo utilizaba ella cuando quería llamar a casa para hablar con sus hermanos durante las guardias.

Fue al comedor y miró confusa la pantalla al ver el número de la centralita de la clínica.

—¿Diga?

—¿Miranda?

—¿Alejandro?

12

—¿Alejandro? —repito.

—Sí, soy yo.

Tengo que parpadear varias veces, pero tras apoyar la mano en el resto de babas que *Edward* ha dejado en el sofá, sé que, efectivamente, estoy despierta.

—¿Cómo has conseguido este número? —Me siento, soy completamente incapaz de enfrentarme a esta situación de pie—. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde tu consulta. He apretado la tecla que pone «casa».

Sí, lo había grabado para no tener que marcarlo cada vez.

—A ver si lo he entendido. —Tomo aire y lo suelto—. Son las tres de la madrugada. Has salido de tu dormitorio y te has metido en mi consulta sin mi permiso. Y has decidido llamarme.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—No sé, Alejandro, elige tú. ¿Por qué no puedes dormir? ¿Por qué te has colado en mi despacho? ¿Por qué estamos hablando por teléfono a las tres de la madrugada?

—Mi hermano no me ha llamado. Y tampoco Héctor o Christian.

—¿Tus amigos?

—Sí, son los otros componentes del grupo.

—Sé quiénes son, es imposible no saber los nombres de los componentes de MB. Y que no se te suba a la cabeza.

—Vaya, hasta ahora ni siquiera estaba seguro de que supieras el nombre de mi grupo. ¿Tienes alguno de nuestros álbumes?

—No cambies de tema, Alejandro —le digo—. Sé que estás nervioso y me preocupa que me hayas llamado a estas horas, pero no puedo permitir que evadas la pregunta. Es importante.

—Sí, Miguel, Héctor y Christian son mis amigos. Y también Lola, supongo. Ella es nuestra agente.

—¿Es la mujer que firmó el acuerdo con el fiscal?

—Sí.

En su voz oigo lo mucho que le molestó que su amiga hiciera eso.

—Y me llamas para expresar tu enfado porque ellos no te han llamado.

—Podría haber muerto, haberme fugado de la clínica. Haberme pasado los últimos días bebiendo.

—¿Es eso lo que quieres hacer?

—¡No! ¡Sí! ¡No lo sé! Joder.

—Si tantas ganas tienes de hablar con ellos —dirijo la conversación hacia sus amigos—, ¿por qué no los llamas tú? No sé si lo sabes, pero lo que tienes en la mano es un teléfono.

—Muy graciosa, doctora.

—Eh, no te quejes, me has sacado de la cama.

Alejandro se ríe y me doy cuenta de que él mismo se ha sorprendido.

—Eres la única persona con la que puedo hablar —confiesa

inesperadamente.

—A mí también me resulta fácil hablar contigo —le respondo con la misma sinceridad y nos quedamos unos segundos en silencio—. ¿Por qué no llamas a Miguel? Seguro que está preocupado por ti.

—Si lo está, ¿por qué no me ha llamado él? ¿O por qué no ha venido a verme? En ningún punto del acuerdo con el fiscal dice que no pueda recibir visitas.

Al oír su voz sé que nunca me habría dicho eso estando cara a cara, jamás se habría mostrado tan vulnerable.

—No, no lo dice, pero tal vez Miguel tenga miedo de ir a verte.

—¿Miedo? Mi hermano no le tiene miedo a nada.

—No sé, Alejandro, tal vez deberías hablar de todo esto con el doctor Andrés.

—¿Con ese imbécil?

Sonrío, aprovechando que no me ve.

—A veces, la gente que menos miedo aparenta es la que más tiene.

¿Tú le tienes miedo a algo?

—No, a nada.

—Bueno, supongo que entonces no puedes entenderlo. Tal vez a tu hermano le duela verte, o tal vez esté esperando a que tú le hagas alguna señal para saber si puede acercarse.

—Últimamente sólo discutíamos.

—¿Lo ves? Seguro que Miguel sólo está esperando a que lo llames tú.

—No has vuelto a venir al gimnasio de noche —me dice y comprendo que no llamará a su hermano, aunque al mismo tiempo tengo la sensación de que ahora se siente mejor al respecto.

—No.

—¿Crees de verdad que recuperaré la movilidad de la mano?

—Creo que Pablo es el mejor fisioterapeuta que conozco y que tú tienes la fuerza de voluntad y la mala leche necesaria para conseguirlo.

—Vaya, Miranda, ese comentario no es nada propio de una chica como tú.

—Lo sé, tengo sueño y *Edward* no deja de tirarme de la pernera del pijama.

—Oh, vaya. Yo también estoy cansado.

—Vuelve a tu dormitorio y no curiosees por mi escritorio.

Estoy a la espera de que suelte algún comentario gracioso relativo a mi obsesión por el orden o algo por el estilo, pero él vuelve a sorprenderme.

—¿Puedo volver a llamarte?

Debo decirle que no.

—Sí.

—Y la semana que viene, ¿volverás a pasarte por el gimnasio?

A esto sí que voy a decirle que no.

Su siguiente frase me lo impide.

—Así puedes ayudarme con los ejercicios de rehabilitación, y hablar contigo me ayuda mucho más que las terapias del doctor Andrés.

¿Cómo puedo negarme a eso?

—De acuerdo, pero tú tienes que prometerme que no volverás a pensar en abandonar la clínica.

—Hecho —accede sin dudar—. Buenas noches, Miranda.

—Buenas noches, Alejandro.

Cuelgo todavía alucinada y me tapo la cara con las manos.

¿Qué he hecho?

Será mejor que me levante del sofá y vuelva a la cama, no creo que pueda dormir, pero supongo que vale la pena intentarlo.

—Tú quédate aquí, *Edward*.

El perro me mira con ojos de cordero degollado.

—Oh, no me mires así. Está bien, de acuerdo —me rindo con pasmosa facilidad. Sigo aturdida por la llamada—. Ven conmigo, pero no se lo digas a nadie.

El perro menea la cola y me sigue hasta el dormitorio. Salta encima de la cama y me resigno a dejar que se tumbe allí.

—No puedo creer que el primer miembro del sexo opuesto que entra en este dormitorio seas tú, *Edward*.

El animal me mira confuso —no me extraña— y al final termina por esconder el morro entre las patas delanteras y dormir.

Mi cabeza descansa de nuevo sobre la almohada, apenas ha pasado media hora desde que me he levantado, pero lo que ha sucedido durante estos últimos treinta minutos ha sido muy intenso. La luz está apagada, mis hermanos están con la abuela y, dejando a un lado a *Edward*, estoy sola en

casa. Sin embargo, hace mucho tiempo que no me siento sola. Unos años.

Todavía recuerdo esa sensación de soledad que me invadía cuando estaba en el hospital, después de trabajar varios turnos seguidos. O la que sentía al principio de dejar de tomar las pastillas. Pero yo tenía a la abuela, o incluso a Barrios.

Alejandro Cruz probablemente tiene millones de seguidores, ejércitos enteros de fans, de asistentes, de agentes, de lo que sea. Y me ha llamado a mí.

Cuando Pablo le ha quitado la escayola y se ha visto la mano, se ha asustado. Seguro que necesitaba a su hermano y a sus amigos. Seguro que los echa de menos.

Oh, si pudiera, los llamaría y les exigiría que fuesen a verlo. No sé qué puede haber pasado entre ellos, pero a pesar de lo que le he dicho a Alejandro, me parecer horrible que ninguno lo haya visitado o llamado en todo este tiempo.

Absolutamente vergonzoso.

El lunes buscaré el número de su hermano, seguro que estará en alguna parte del expediente, y lo llamaré para decirle lo que pienso.

¡¡¡Oh!!! No puedo hacerlo. Eso sería traicionar a Alejandro, por no mencionar que profesionalmente sería un desastre.

Tal vez debería contarle al doctor Andrés que me ha llamado y que está ¿triste?, preocupado porque su hermano no lo ha llamado. O como mínimo tendría que contárselo a Barrios. Eso sería lo correcto. Yo no soy psiquiatra y es evidente que Alejandro está pasando por un momento

difícil.

¿A quién estoy intentando engañar? No voy a decírselo a nadie, hablaré con él e intentaré convencerlo para que le cuente a Barrios lo que me ha contado a mí.

Me muevo y cambio de postura. Aprieto los párpados como si así pudiera alejar los pensamientos de mi mente. No sé por qué me acuerdo del día que dieron la noticia de su accidente en la tele.

Recuerdo que vi a su hermano, Miguel, cuando unos periodistas lo asaltaban antes de entrar en el hospital. Y recuerdo uno de los reportajes que emitieron una noche, mientras cenaba en casa, sobre el misterioso y escandaloso Jandro Cruz.

El rostro de Miguel al entrar en el hospital era el de alguien muerto de preocupación. ¿Por qué diablos no lo ha llamado? Tiene que haber algún motivo.

Y en cuanto a Alejandro, si de verdad fuera como lo pintaban en ese reportaje (y en los cientos que se han emitido sobre él), no se habría escabullido de su dormitorio para llamarme, sino que se habría largado de la clínica sin más.

Mierda.

Estoy perdida.

No me siento atraída por Alejandro, me pasa algo mucho peor, siento curiosidad por él y empieza a caerme bien.

Muy bien.

Nunca he podido resistirme a los rompecabezas y este hombre es peor

que mil jeroglíficos al mismo tiempo.

Por suerte, *Edward* se pone a ladrar.

—Sí —suspiro—, ya me voy a dormir.

La señora Márquez viene a buscar a su perro con una sonrisa radiante y una bandeja de galletas recién hechas. A mí no me gustan los animales, pero tengo que confesar que *Edward* tiene una cara simpática y que anoche me hizo mucha compañía; el pobre ha tenido que soportarme divagando el resto de la noche sobre la llamada de Alejandro.

—No tenía que traerme nada, señora Márquez.

—Tonterías. ¿Cómo ha estado mi pequeño? —La pregunta se la dirige a *Edward*.

—Bien —respondo yo por si acaso.

Ella coge a su mascota en brazos y me mira con una sonrisa.

—Gracias, Miranda, cuando vuelvan tus hermanos me avisas y me los quedo una noche para que salgas —se ofrece.

—Lo tendré en cuenta.

—Bueno, *Edward* y yo nos vamos, tenemos hora en la peluquería.

Me da miedo preguntar cuál de los dos y me limito a despedirme.

Cada vez que paso por delante del teléfono, me detengo un segundo a mirarlo. He intentado negármelo, pero es evidente que lo estoy haciendo, lo que confirma que mi curiosidad por Alejandro Cruz es peor de lo que temía.

Tengo que salir de casa.

Él no tiene mi número del móvil. ¿Debería dárselo?

¡No!

Me pongo ropa de deporte y salgo a correr. El sábado por la mañana suele pasear bastante gente por mi barrio, Gracia, pero ya estoy acostumbrada a esquivar a los turistas. Cojo los auriculares y mis dedos eligen la música por mí, mientras yo bajo la escalera.

Sin miedo a nada.

Mi subconsciente tiene un sentido del humor muy macabro.

Llego hasta el parque Güell y vuelvo a casa destrozada. Una ducha de agua caliente y, por fin, me quedo dormida.

Cuando me despierto horas más tarde, me levanto con torpeza de la cama y lo primero que hago es mirar si tengo alguna llamada perdida o algún mensaje en el contestador. Me digo que sólo quiero asegurarme de que no me han llamado David y Diana, o Tina, pero sé que no es así.

Tina, para variar, es puntual y me ayuda a elegir la ropa para la cena de esta noche. En realidad, cuando ha llegado y me ha visto casi le ha dado un ataque, así que ahora estamos en mi dormitorio, saqueando mi armario.

—No puedo creerme que no tengas nada más atrevido.

—¿Y cuándo quieres que me lo ponga, para ir a la clínica o para ir al cine con mis hermanos?

—Sí, sí, ya me sé de memoria tus excusas, pero sabes perfectamente que podrías salir más.

—Y tú sabes perfectamente por qué no salgo.

De repente se pone seria y deja encima de la cama la camisa que estaba sujetando.

—Salir de vez en cuando no te hará daño, Miranda. Ya no eres la misma de antes.

A Tina le cuesta tanto como yo hablar de ese par de años de mi vida.

Ella no me lo ha dicho nunca, pero tengo la sensación de que se siente culpable. Y yo también, así que supongo que las dos hemos optado por evitar el tema por completo.

Lo que demuestra una vez más que la psicología no es lo mío.

—¿De verdad no te gusta este vestido? —Cojo el primero que encuentro, sólo para cambiar de tema.

Tina parpadea confusa durante un segundo, pero luego me sonrío.

—Sí, éste está bien.

Y ya está, las dos hemos vuelto a esquivar la bala.

Me lo paso bien durante la cena, sus amigos periodistas son muy agradables, pero cuando salimos del restaurante, aprovecho para volver a casa. Tina me fulmina con la mirada, pero no insiste; supongo que le parece una auténtica hazaña que haya aguantado hasta tan tarde.

Es domingo, me he pasado la mañana ordenando la habitación de

Diana y David y después he decidido organizar los armarios de la cocina.

Estoy planteándome qué criterio seguir para colocar las tazas, películas de dibujos o regalos de propaganda, cuando suena el teléfono de casa.

No corro a buscarlo, aún me queda algo de dignidad y autocontrol,

sólo voy un poquito más de prisa de lo habitual. Sonrío al ver reflejado el número de la clínica en la pantalla.

—¿Diga? —contesto con cautela, por si la llamada no es de quien yo

creo.

—¿Por qué tienes dos ejemplares de *Jane Eyre*?

—¿Qué estás haciendo en mi consulta?

—Me aburría.

—Devuelve los libros a mi estantería y deja de curiosear.

—¿Por qué tienes dos ejemplares iguales?

—Me los regalaron.

—¿*Edward*?

—¿Quién?

—*Edward*. Espero que no se enfadase por lo de anoche.

—¿Quién? —repito confusa.

—*Edward* —pronuncia exasperado.

—*Edward* es el perro de mi vecina —respondo yo sin pensar.

—¿Tu vecina tiene un perro que se llama *Edward*?

—Sí. ¿Qué estás haciendo en mi consulta, Alejandro?

—Ya te lo he dicho, me aburría.

—Tienes que salir cuanto antes, son las cinco de la tarde, puede pillarte cualquier enfermera.

—He tenido cuidado, no te preocupes, sólo quiero charlar un rato. He tenido un día muy aburrido.

—¿Hoy no tenías terapia?

—Sí, y repito, ha sido muy aburrido.

—Tal vez deberías hablar con Barrios...

—No quiero hablar de eso ahora, Miranda.

—¿Qué tal va la rehabilitación?

—Va.

—¿Eres diestro o zurdo?

Alejandro se ríe suavemente.

—Diestro —suspira—, pero para tocar la guitarra necesito las dos manos.

—¿Lo echas de menos?

—El qué, ¿tocar?

—Sí.

Tarda unos segundos en contestarme.

—No lo sé. Echo de menos lo que sentía antes al tocar.

—¿Antes?

Carraspea y adivino que va a cambiar de tema de conversación.

—¿Qué estabas haciendo antes de que llamase?

—Ordenando tazas, ¿crees que una taza con Spiderman tiene que ir delante o detrás de otra con los teleñecos?

—Definitivamente detrás.

Y tenemos la conversación más ridícula y divertida que he tenido en mucho tiempo.

—Tienes que colgar —le digo, al ver la hora en el reloj de la cocina—, son casi las seis y seguro que alguien empezará a buscarte.

—Está bien, supongo que tengo que ir a prepararme para la maravillosa cena que me espera. ¿Nos vemos mañana?

—Claro, nos vemos mañana y, tranquilo, hoy tampoco tienes acelgas.

Él se ríe levemente de nuevo.

—Eso espero. Hasta mañana, Miranda.

—Hasta mañana.

13

Tras casi una semana de llamadas nocturnas, Alejandro era auténtico experto en escabullirse de su dormitorio a cualquier hora de la madrugada y en colarse en la consulta de Miranda. Por culpa de la lluvia, ella no había vuelto a salir a correr de noche y tampoco había podido volver al gimnasio de la clínica.

El lunes, cuando los dos se vieron cara a cara por primera vez después de las llamadas del fin de semana habría podido resultar muy extraño. Pero no lo fue. Se cruzaron en la escalera, Miranda subía hacia su consulta y Alejandro bajaba rumbo al comedor. A ella le sudaron las manos y si no hubiese llevado el pelo recogido probablemente se lo habría tocado, nerviosa, y él sintió la ya conocida opresión en el pecho y se le encogió el estómago.

Y entonces llegaron al mismo escalón.

Él le sonrió y le guiñó un ojo. No fue un guiño artificial, estudiado, sencillamente le guiñó un ojo como si fuese un chaval de quince años y estuviesen todavía en el instituto. Y, evidentemente, Miranda reaccionó como una adolescente y le devolvió la sonrisa.

Durante todo el día, Alejandro tuvo la sensación de que la mano le dolía menos, de que las cicatrices no se le veían tanto como antes y de que no le hacía tanto daño que su hermano lo ignorase.

Miranda soportó de mejor humor los comentarios engréidos del doctor Andrés durante la reunión y le pareció que los expedientes que tenía atrasados no eran tantos. Eso era lo único que había necesitado, una sonrisa. Y así, a partir de entonces, cada vez que se cruzaban por un pasillo o por la escalera, se sonreían y seguían su camino, convencidos de que gracias a esa nueva amistad que se estaba forjando entre ellos, el día iba a irles mejor.

La lluvia había tenido la culpa de que no pudiesen verse en el gimnasio y volviesen a hablar en persona; a Alejandro lo sorprendía que en Barcelona lloviese tantos días seguidos y Miranda tenía la teoría de que esas tormentas le estaban proporcionando el tiempo y la distancia necesarios para poder afrontar el cambio en su relación con él.

Alejandro Cruz ya no era un paciente, en realidad nunca lo había considerado sólo como tal, pero ¿qué era? ¿Un amigo?

¿De verdad podían hacerse amigos un guitarrista mundialmente famoso y una chica normal como ella? ¿Qué tenían en común? Muchas cosas. ¿Qué los separaba? Muchas más.

El viernes no llovió. Durante todo el día hizo un sol radiante y tanto Alejandro como Miranda estuvieron de muy buen humor. A pesar de que hablaban cada noche, nunca habían fijado una cita en concreto; él llamaba y ella contestaba, así que tampoco habían quedado en que el primer día, o la primera noche, que el tiempo lo permitiese, Miranda volvería al gimnasio.

Pero los dos lo daban por hecho.

Alejandro estaba contento. Aquella melodía escurridiza que iba y venía de su mente estaba perdiendo la vergüenza y pronto terminaría por quedarse. Ese día incluso la silbó.

Era viernes. Por fin era viernes. Por la mañana iría a la consulta de Miranda para comentar que había acudido a todas las sesiones de terapia y de rehabilitación pertinentes y por la noche se verían en el gimnasio y podrían hablar de nuevo.

Las conversaciones que había tenido con ella a lo largo de la semana habían sido de lo más variopintas. El lunes estuvieron hablando de Escocia, él había ido un par de veces a dar conciertos y Miranda no había ido nunca, pero estaba obsesionada con ir. Según ella, era sin duda el lugar más bonito del mundo. El martes hablaron de los teleñecos, Miranda tenía una leve

adicción a los mismos y era una superfan del chef sueco. Alejandro apenas los había visto. El miércoles, él le contó que le dolía la mano y Miranda intentó distraerlo explicándole algunas anécdotas de la clínica. Y el jueves se lo pasaron criticando un programa malísimo de la televisión al que Alejandro había tenido el dudoso placer de asistir.

Y llegó el viernes.

Miranda entró a la clínica un poco antes de lo habitual, porque estaba más nerviosa de lo que quería reconocer y deseaba tener unos minutos de soledad en su consulta para prepararse para la visita de Alejandro.

Justo acababa de sentarse cuando se abrió la puerta y el estómago le dio un par de volteretas.

—Buenos días, Miranda —la saludó Pablo—. ¿Puedo pasar un momento?

Dado que no tenía ninguna excusa para decirle que no (no iba a confesarle que todos los síntomas apuntaban a que volvía a estar en la edad del pavo), accedió.

—Claro, por supuesto.

—¿Has tenido ocasión de mirarte los casos que te pasé el otro día? No terminan de avanzar como esperaba y pensé que tal vez a ti se te ocurriría algo.

—Sí, ayer mismo los miré. Tienes motivos para estar preocupado...

—Hola, Miranda, he pensado que... —La voz de Alejandro los interrumpió y él se quedó callado a media frase al encontrarse inesperadamente con Pablo en la consulta—. Lo siento, no sabía que estaba

ocupada, doctora —rectificó de inmediato.

Fue rápido, pero no lo bastante como para que Pablo no se diese cuenta, aunque éste no dijo nada.

—Hola, Jandro —lo saludó efusivamente el fisioterapeuta—. No te preocupes, en realidad me alegra coincidir contigo, quería preguntarte si has mirado lo de la guitarra.

Miranda vio que Alejandro se tensaba y dejaba de sonreír de inmediato.

—No, se me había olvidado —mintió.

—Le he sugerido a Jandro que haga ejercicios con una guitarra —le explicó Pablo a Miranda—, los movimientos de los dedos al tocar los acordes son similares a muchos ejercicios de rehabilitación.

—Ah, me parece muy buena idea —lo secundó ella.

—El problema es que aquí en la clínica no hay ninguna guitarra.

Jandro me dijo que se encargaría de hablar con Barrios para que le trajesen una —prosiguió Pablo—. Esta semana ha progresado mucho. ¿Qué te trae por la consulta de la doctora Porter?

Miranda recordó la conversación del miércoles acerca del dolor que Alejandro sentía en los dedos y de un modo automático miró la mano de éste. Él se la metió en el bolsillo de los vaqueros.

—El acuerdo con el fiscal —contestó Alejandro, apartando la mirada de ella—. La doctora tiene que firmar mi certificado de buena conducta y mandárselo.

—Es cierto. Bueno, Miranda —dijo Pablo, poniéndose en pie—,

búscame cuando termines. Me irá muy bien conocer tu opinión acerca de esos casos de los que hablábamos antes.

—De acuerdo.

El fisioterapeuta se acercó a la puerta y saludó de nuevo a Alejandro antes de despedirse y dejarlo a solas con Miranda.

—¿Del uno al diez cuánto te duele la mano? —le preguntó ella, en cuanto se cerró la puerta.

Alejandro se acercó y se sentó en la silla antes de contestar.

—¿Vas a venir esta noche al gimnasio?

—Del uno al diez —repitió, enarcando una ceja.

—Siete.

—Eso significa que en realidad es un once. ¿Por qué no se lo has dicho a Pablo?

—¿De qué serviría?

—Podría recetarte algo. —Buscó su bloc de recetas y cogió un bolígrafo.

—No. No quiero tomarme nada. —Su tono la hizo detenerse y hacerle levantar la cabeza en busca de su mirada—. Te prometo que no estoy tan mal. Puedo soportarlo.

Miranda no sabía si creérselo, pero decidió darle un voto de confianza.

—De acuerdo. Ya he preparado el informe para el fiscal. —Cogió unas hojas de papel—. Veo que has asistido a todas las sesiones del doctor Andrés, ¿siguen sin ayudarte?

—Me ayudan a dormir —contestó en broma—. Te juro que ese tipo

no tiene ni idea de nada, sólo se escucha a sí mismo.

—No voy a repetirte que deberías pedirle a Barrios que te asigne otro psiquiatra.

—No importa, tampoco creo demasiado en eso de las terapias.

—Pues deberías.

—No quiero discutir, Miranda. Hoy no.

—Está bien. —Firmó el informe—. Ya está, firmado. Ahora mismo se lo mando a la fiscalía.

—Genial. —Alejandro se puso en pie; parecía un niño impaciente por ir a un parque de atracciones—. ¿Vendrás al gimnasio más tarde?

—Tendrías que dormir más. Estás mucho mejor de la anemia, pero sigues teniendo ojeras.

—Menos mal que mi ego es descomunal, porque si dependiera de ti...

¿Vendrás o no?

Ella suspiró resignada y sonrió. Una extraña combinación, pero

Alejandro Cruz le causaba ese efecto.

—Iré.

Miranda salió un poco más temprano de lo habitual, porque quería detenerse en una tienda muy concreta antes de ir a su casa. Buscó la información pertinente en Internet y, con ella, se adentró en el fascinante y complicado mundo de los instrumentos musicales.

Sabía perfectamente que Alejandro no tenía ninguna intención de hablar con Barrios y pedirle que se pusiera en contacto con la discográfica

o con su hermano para que le hiciesen llegar una guitarra. La duda que tenía Miranda era si dicha reticencia se debía a que no quería pedirle nada a esa gente que lo había encerrado allí y se habían olvidado de él, o si no quería tocar.

Decidió apostar por la primera opción y confiar en el criterio de Pablo. Si su compañero decía que a Alejandro le haría bien practicar con una guitarra para ejercitar la mano, pues una guitarra iba a tener.

Tras pasarse casi una hora consultando la página oficial del grupo MB y varias páginas relativamente profesionales acerca de Jandro Cruz, lo único que le había quedado claro era que él tocaba todas las guitarras o instrumentos de cuerda habidos y por haber, aunque al parecer su preferida era una Fender acústica Sundburst, una guitarra muy sencilla, teniendo en cuenta que podía comprarse la más cara del mundo.

Compró una a muy buen precio y al pagar se dijo que no tenía nada de raro que le estuviese comprando una guitarra al que muchos consideraban uno de los tres mejores guitarristas del mundo.

Más contenta de lo que probablemente se había sentido en años, fue hacia su casa y, tras cenar y descansar un rato, se puso ropa de deporte y salió guitarra en mano rumbo a la clínica.

En el camino pensó que habría podido ir vestida normal, pero después se dijo que no habría tenido sentido. Y que la recepcionista la habría mirado raro si hubiese aparecido vestida de calle a las doce de la noche sin más.

«¿Y no te mirará raro cuando te vea llegar con una guitarra?»

Le diría que Pablo le había pedido que se la llevara a Alejandro. Sí, eso haría, en caso de que se lo preguntasen. Si no, no diría nada.

Tuvo suerte, cuando cruzó el vestíbulo la enfermera que se encontraba en recepción estaba hablando por teléfono y no pareció reparar en lo que Miranda llevaba colgando del hombro. Terminó de subir la escalera. Cada peldaño la hacía sentirse más insegura, dudar más de lo que iba a hacer. Quizá debería dar marcha atrás y esconder la guitarra en su consulta. Tal vez lo mejor sería hablarlo antes con...

—Estás aquí.

La puerta del gimnasio se abrió y apareció Alejandro con camiseta y pantalón negros y sonrisa devastadora.

—Hola.

—Te estaba esperando. He pensado que una noche de éstas podrías pedirle a la nutricionista, ya sabes, esa arpía que me hizo comer acelgas hace dos semanas, que me dejase comer unas... —Se detuvo de golpe—

¿Qué llevas ahí?

Señaló la funda de guitarra.

—Tranquilo, no es una metralleta —bromeó, nerviosa.

—Preferiría que lo fuese —masculló él en voz baja.

Miranda dejó la guitarra encima de uno de los bancos de madera y empezó a abrir la cremallera.

—He leído que es tu preferida.

—¿De dónde la has sacado?

—De una tienda.

—¿Me has comprado una guitarra? —preguntó, entre atónito, furioso y emocionado.

—Sí, bueno, es la más barata, pero seguro que te servirá para practicar.

La sacó de la funda y se la tendió.

Y él no la cogió.

Ni siquiera se acercó a ella.

—Ya puedes volver a guardarla —dijo entre dientes—. No pienso tocarla.

—Pero... ¿por qué?

Los ojos de Alejandro se iban oscureciendo por segundos y sus facciones se iban demudando. Cada segundo que pasaba observando el instrumento se iba distanciando más de Miranda.

—No tienes que tocar como antes —insistió ella—, basta con que empieces a practicar. Seguro que te irá bien. Si Pablo ha...

—No pienso tocarla.

—¿Por qué? No tienes que tener miedo de nada, Alejandro. Yo...

—No tengo miedo, Miranda —replicó—. Sencillamente, no quiero tocar y no pienso hacerlo. —Se acercó a ella, furioso, y le arrancó la guitarra de las manos para dejarla con un golpe seco de nuevo encima del banco—. ¿Cómo diablos te has atrevido a comprarme una guitarra? ¿A traérmela?

Miranda dudó de sí misma y se odió por ello. No había hecho nada malo.

—Porque te conozco, Alejandro, y sé que lo que más temes en este mundo es no volver a tocar.

—¡Ja! Ni mucho menos. ¿En serio crees que me conoces?

—Sí.

Se pegó a ella, que retrocedió. Un paso. Dos. Tres. Chocó contra la espaldera del gimnasio. Alejandro le colocó ambas manos al lado de la cabeza y se inclinó. Su aliento le acariciaba la cara y Miranda podía sentir lo furioso que estaba, el fuego que desprendía su respiración, la rabia que teñía su mirada.

Por un instante se planteó empujarlo. A pesar de que Alejandro era mucho más alto y fuerte que ella, no le costaría demasiado quitárselo de encima. Cerró los puños, decidida a hacerlo, a poner en práctica lo que había aprendido en uno de aquellos cursos de autodefensa a los que se había apuntado años atrás, pero de repente vio que a él le temblaba la mandíbula y que una gota de sudor se deslizaba por su sien. Sí que estaba asustado y lo peor de todo era que tenía miedo de reconocerlo, ante sí mismo y ante ella.

—Apártate, Alejandro.

—No.

—Apártate.

—¿No dices que me conoces? —Se pegó completamente a ella. Su torso presionaba el suyo y se oían sus respiraciones entrecortadas—. Pues bien, voy a demostrarte lo equivocada que estás. No quiero tocar. No quiero coger esa maldita guitarra.

—¿Ah, no? Pues yo estoy segura de que notas un hormigueo en los dedos de las ganas que tienes de cogerla. Sólo la has tenido un segundo en la mano, pero me juego algo a que quieres sujetarla de nuevo. Deslizar los dedos por las cuerdas, probar cómo suena.

—Oh, no, no. Estás muy equivocada. ¿Sabes por dónde quiero deslizar los dedos? —Soltó la mano derecha de la espaldera y la acercó al rostro de Miranda, sin tocarla. Ella casi podía sentirlo. Entonces, él cerró el puño, luchando contra sí mismo—. ¿Sabes lo que quiero probar de verdad?

Agachó la cabeza despacio, acercando los labios a los de ella. Un mechón de pelo le cayó sobre la frente y su nariz rozó la de Miranda.

Y si en sus ojos hubiese visto algo más que vacío, o una chispa de sentimiento que no se pareciese tanto a la rabia o al odio, ella lo habría besado.

Pero Alejandro apartó la cara justo antes de rozarle los labios, confundiéndola de nuevo, y dirigió su boca hacia el hueco del cuello de Miranda. Se detuvo de nuevo. No la besó, dejó el rostro, los labios, el aliento, la piel, a escasos milímetros de los suyos.

—Apártate, Alejandro.

—¿Por qué? —Levantó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados

—. ¿No dices que me conoces tanto? Ya deberías saber, pues, que yo soy así.

—No, no lo eres. —Tomó aire y lo fue soltando despacio—. No me obligues a cambiar de opinión. Apártate, por favor.

Él soltó la espaldera y se apartó de golpe. Dio un par de pasos hacia

atrás y se pasó la mano derecha por el pelo, para retirárselo de la frente.

Luego le dio la espalda a Miranda y se acercó a la puerta.

—Siento haber traído la guitarra sin consultártelo —le concedió ella,
al ver lo tensos que tenía los hombros.

Él se detuvo, sujetando el picaporte.

—Y yo lamento... —suspiró exhausto— esto.

Iba a irse y Miranda tuvo el horrible presentimiento de que si no
arreglaba las cosas entre ellos, el lunes, cuando volviese a la clínica, él ya
no estaría.

—Alejandro, espera.

Se detuvo, pero tenía la espalda tan rígida que ella temió que fuera a
romperse.

—¿Qué quieres?

Miranda se apartó de la espaldera y caminó hacia él. Se le detuvo
delante, prácticamente en el pasillo y, aunque Alejandro esquivó su
mirada, al final sus ojos se detuvieron en ella.

—¿Me llamarás mañana?

—¿Por qué? —le preguntó atónito y realmente confuso—. Después de
lo que acaba de pasar, ¿cómo es posible que no me estés gritando?

—Somos amigos, ¿no? —preguntó ella, con el corazón latiéndole de
un modo que no encajaba para nada con esa pregunta.

Alejandro se tomó su tiempo para contestar.

—Sí, supongo que sí —accedió al fin, algo inseguro.

—Entonces, ¿me llamarás mañana?

—Miranda... —empezó, de nuevo furioso.

—Si me llamas, te diré si tengo algún disco tuyo.

No sabía muy bien qué estaba haciendo, lo único que sabía era que tenía que conseguir que Alejandro se quedase en la clínica.

—Está bien, de acuerdo. Te llamaré mañana, y ahora, ¿crees que puedo ir a acostarme?

—Por supuesto.

Miranda se apartó de su camino y él se fue sin despedirse y sin volver a vista. Bueno, al menos había accedido a llamarla, lo que en cierto modo implicaba que iba a seguir en la clínica. Respiró hondo y volvió a entrar en el gimnasio.

Por un segundo, su mirada se detuvo en la espaldera, en lo a punto que había estado Alejandro de besarla. Se le detuvo el corazón al reconocerse a sí misma lo mucho que había deseado aquel beso. Y lo aturdida y dolida que se había sentido cuando él, y no ella, esquivó sus labios.

¿Por qué? Ya estaba decidida a quitárselo de encima, ¿no?

Negó con la cabeza y se dijo que tenía que dejar que imaginarse cosas que no existían. Lo único que había sucedido allí era que Alejandro se había asustado y había reaccionado del único modo que sabía para intentar que fuese ella, y no él, quien tuviese miedo.

Y había funcionado.

Oh, Miranda no tenía miedo de que él fuese a besarla, tenía miedo de que lo hiciese por los motivos equivocados.

«¿Y cuáles son los correctos?»

No lo sabía. Su historial sentimental dejaba mucho que desear y por eso mismo decidió que lo mejor sería dejar de pensar en esas cosas y guardar la guitarra. La metió en la funda y cerró la cremallera. El hombre de la tienda le había dicho que tenía quince días para devolverla. Se la colgó del hombro y bajó en silencio la escalera. Sí, eso sería lo más lógico, devolver la guitarra y recuperar el dinero. Sin embargo, se fue directa a su consulta y la guardó en un armario. Tenía quince días para convencer a Alejandro.

14

Las dos semanas restantes pasaron en un abrir y cerrar de ojos.

Volando.

Lo que dura un suspiro.

Alejandro siguió llamando a Miranda cuando ella no podía ir al gimnasio y ninguno de los dos sacó el incidente de la espaldera y la guitarra a colación. Era como si nunca hubiese sucedido.

Cuando ella salía a correr y terminaba en el gimnasio de la clínica, ayudaba a Alejandro con los ejercicios de rehabilitación, o sencillamente hablaban de cualquier cosa mientras los dos corrían en la cinta o hacían algún otro ejercicio.

Si Miranda faltaba a su cita, él se colaba en su consulta para llamarla y contarle cómo le había ido el día, las tonterías que le había dicho el doctor Andrés o lo mucho que lo había torturado Pablo.

Alejandro no había vuelto a acercarse físicamente a ella. Y en las ocasiones en que se tocaban, como por ejemplo una noche en que Miranda

tropezó y él la sujetó por la cintura, se apartaban al instante y desviaban la vista.

Dos ciegos que se niegan a mirar, porque saben que el sol les hará daño en los ojos.

Y llegó el último día.

El doctor Barrios, como director del centro, fue a despedirse de Alejandro a la habitación de éste a primera hora de la mañana.

—Me han dicho que nos deja, Jandro —le dijo el médico, tendiéndole la mano—. Espero que su estancia aquí le haya resultado provechosa.

Él le estrechó la mano y sonrió.

—Es una manera de verlo —contestó—, pero espero que no se lo tome a mal si le digo que no pienso volver.

—No, por supuesto que no. Veo que la rehabilitación está funcionando —señaló.

—Poco a poco. Todavía falta mucho para que mi mano vuelva a ser la de antes. —Movi6 levemente los dedos de la mano izquierda.

—Confio en que seguirá haciendo rehabilitación y yendo a terapia.

—Lo intentaré —respondió Alejandro, negándose a mentirle a aquel hombre tan agradable—. Es lo máximo que puedo prometer.

—Bueno, supongo que no está mal.

—Doctor, lo están esperando —los interrumpió la enfermera Ruiz desde la puerta.

—Sí, en seguida voy. Si algún día necesita algo, Jandro, no espere a estrellar un coche contra un escaparate y llámeme antes, ¿de acuerdo?

Él se rió.

—De acuerdo.

—Me voy, si no, Sonia me matará.

—Le he oído doctor —dijo la enfermera todavía en la puerta.

—¿Qué está haciendo ahí parada?

—Yo también quiero despedirme de Jandro.

El director sonrió y salió al pasillo, mientras la enfermera Ruiz se acercaba a Alejandro y parecía sonreír.

—Vaya, cualquiera diría que va a echarme de menos.

—Ni lo sueñe —replicó ella.

Él se encogió de hombros y sonrió también. No sabía qué otra cosa hacer.

—Es usted un caso. Iré a avisar a la doctora Porter y no se olvide de que tiene un coche esperándolo.

—Gracias, Sonia.

La enfermera se fue de allí negando con la cabeza, pero él juraría que la había visto sonreír.

Un par de minutos más tarde llegó Miranda.

Alejandro se puso en pie y le sonrió nervioso. ¿Qué diablos le estaba pasando? Por fin se iba de aquella clínica. Por fin podía volver a su vida normal.

Todavía faltaban varios meses antes de que tuvieran que empezar a trabajar en el nuevo álbum. Podía irse de vacaciones. Podía quedarse en la ciudad. Podía hacer absolutamente lo que le diese la gana.

—Hola —lo saludó Miranda.

—Hola.

—Te he traído un regalo —confesó sonrojada—. Dos, en realidad.

Alejandro la miró incómodo y más nervioso que antes. Él no había salido de allí en un mes, pero aunque lo hubiese hecho, no se le habría ocurrido comprarle un regalo. No porque no quisiera, sino porque era algo que sonaba mucho a despedida.

¿Era eso lo que quería Miranda? ¿Despedirse de él y no volver a verlo nunca más?

—Éste es el primero. —Le entregó un pedazo de papel.

Alejandro lo cogió y soltó el aliento que había empezado a contener sin darse cuenta.

—¿Qué es? —preguntó, mientras lo desdoblaba.

—Mi número de móvil.

Abrió el papel y, efectivamente, encontró anotado un número junto al nombre de Miranda.

—Supongo que ahora estarás muy ocupado con todos tus amigos —dijo ella—, pero he pensado que tal vez te gustaría tenerlo. Si no, siempre puedes tirar el papel y ya está.

Alejandro la miró a los ojos y, sin apartar la vista, se guardó el papel en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Bueno, ahora viene el segundo regalo. El más difícil. Espera aquí.

Él no se movió y vio que ella salía de nuevo al pasillo para volver con la guitarra que había intentado darle hacía dos semanas. La noche en que

casi se abalanzó encima de ella.

Esa noche, cuando volvió a su dormitorio, intentó convencerse de que sólo había reaccionado de aquel modo para hacerla enfadar, para que Miranda dejase de decirle que cogiese la guitarra, pero al final no había tenido más remedio que reconocer la verdad. Lo había hecho porque quería, porque esa noche fue la primera en que la miró de verdad, y le pareció la mujer más irresistible del mundo. Y la más inalcanzable.

Y fue eso, y no la guitarra, lo que lo puso furioso.

—Toma, es para ti. —Volvió a tenderle la guitarra igual que entonces, pero esa vez Alejandro la cogió.

—No puedo aceptarla.

—No tienes más remedio, ya no puedo devolverla. Además, la compré para ti. Puedes hacer con ella lo que quieras, igual que con el número.

—Gracias. —Le costó pronunciar esa palabra.

—Lo harás muy bien, ya lo verás.

Se acercó y se detuvo delante de él, sonriéndole.

—No sé cómo despedirme de ti, Miranda.

Ella levantó la mano derecha y se la pasó por el pelo para apartárselo de la cara. Alejandro se estremeció, pero intentó ocultarlo y no se apartó.

—Lo llevas demasiado largo.

Entonces hizo algo impensable: lo rodeó por la cintura y lo abrazó. Su gesto duró sólo un segundo, en el que él ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar, sólo de respirar.

—Tengo que irme —masculló—. Hay un coche esperándome.

—Claro.

Miranda le sonrió otra vez y se hizo a un lado para que Alejandro pudiese salir del dormitorio. Luego lo acompañó en silencio hasta la entrada de la clínica y vio que el chófer se acercaba y cogía la maleta y la guitarra.

—Adiós, Alejandro.

La opresión que éste sentía en el pecho amenazaba con asfixiarlo.

Tenía que hacer algo para aflojarla. El corazón le latía tan rápido que temía que le rompiese una costilla y las manos le habían empezado a temblar.

Ella se estaba dando media vuelta para volver a entrar en la clínica.

—¿Miranda?

—¿Sí?

—El sábado después de lo del gimnasio, cuando te llamé a tu casa, ¿te acuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo —contestó ella desde donde estaba.

Alejandro estaba de pie junto a la puerta abierta del coche y Miranda en el segundo escalón de la entrada de la clínica. Los separaban un par de metros, para ella equivalían a dos mundos, el suyo y el de él, para Alejandro eran todo un abismo, pero tenía que encontrar el modo de hacer desaparecer esa distancia. De volver a respirar.

—No llegaste a decirme si tenías alguno de mis discos.

Él tenía razón, ésa era la estratagema que había utilizado para que la llamase y tuviese que quedarse en la clínica, pero cuando telefoneó, se pusieron a hablar de otra cosa.

—Es cierto.

—¿Y cuál es la respuesta? —Se metió las manos en los bolsillos y si alguien lo hubiese visto entonces, no habría adivinado que era un músico de fama mundial—. ¿Tienes alguno?

—Todos.

Por fin podía volver a respirar, pensó Alejandro, y su corazón frenó un poco.

—¿Tienes una canción preferida?

¿Miranda acababa de sonrojarse?

—¿La tienes? —insistió.

En ese momento sonó el móvil de él. El mismo móvil que llevaba un mes sin utilizar y que acababan de devolverle al salir. Miró la pantalla y, cuando volvió a levantarla, Miranda ya no estaba allí.

Alejandro no llegó a contestar esa llamada. Reconoció el número, pertenecía a uno de sus amigos de fiesta, un aspirante a actor que solía frecuentar los mismos locales que él y con el que coincidía en muchas juergas, y lo ignoró. No quería hablar con él. No sabía exactamente el motivo, primero se dijo que estaba cansado, después que no tenía ganas y, por último, que no sabía qué decirle.

Antes, una llamada de teléfono no le parecía tan complicada.

Joder, un mes en esa clínica lo había convertido en un inútil.

Iba a tener que remediarlo cuanto antes.

—Buenos días, señor Cruz, me alegro de volver a verlo —lo saludó

Bruno sentado al volante—. ¿Adónde quiere que lo lleve?

—Buenos días, Bruno. —¿Adónde quería ir?—. Estoy seguro de que

Lola te ha dado instrucciones sobre lo que puedo o no puedo hacer después de salir de la clínica.

—La verdad es que no, señor, la señorita Lola sólo me ha dicho que viniera a buscarlo. Nada más.

Alejandro se apoyó en el respaldo del asiento y respiró con calma. Su agente era muy retorcida, no dejaba nada al azar.

—¿De verdad no tienes instrucciones de llevarme a un balneario o a la cárcel?

Bruno se rió levemente.

—De verdad, señor, puedo llevarlo a donde usted quiera. ¿Adónde quiere ir?

Alejandro intentó decidirse. Imágenes de distintas discotecas aparecieron en su mente, de distintos y lujosos clubes, de habitaciones de hotel, y notó un sudor frío.

—A casa —dijo al fin—. Quiero ir a casa.

Bruno enarcó una ceja, pero tuvo el buen tino de no decir nada más.

Alejandro no habría podido hablar de lo rápido que le latía el corazón.

A diferencia del día que ingresó en la clínica, el día de su salida no tuvo que soportar la presencia de ningún periodista. Al parecer, Lola había conseguido mantener la fecha de su «liberación» en secreto y no había ningún paparazzo al acecho. Eso, o estaban todos ocupados con alguna noticia bomba.

El trayecto era idéntico al de ida, sin embargo, Alejandro lo vivió

como una experiencia radicalmente opuesta.

Dos caras de la misma moneda.

El día de su ingreso creía saber quién era y qué estaba haciendo con su vida. Ese otro día, durante el trayecto de regreso a su apartamento, dudaba incluso de su nombre.

No le había cogido el teléfono a uno de sus secuaces porque no sabía cómo hablar con él.

Alejandro era dolorosamente consciente de los cambios que estaba experimentando y el problema era que no sabía si esos cambios iban a encajar con su vida y con lo que el mundo esperaba de él. Tampoco sabía si podría adaptarse a esos cambios.

Quizá lo mejor sería que se olvidase de todo lo que había pasado ese último mes y que volviera a ser el de antes.

Eso sí que sería fácil. Bastaría con que le devolviese la llamada a ese actor y, en menos de una hora, estaría en una fiesta con la gente de siempre. Haciendo lo de siempre.

—¿Bruno?

—¿Sí, señor?

El chófer lo miró a través del retrovisor. Alejandro tenía el teléfono en la mano, el dedo índice encima de la tecla de rellamada. Si la apretaba, todo volvería a ser como antes. Volvería a estar rodeado de gente, a saber exactamente qué hacer y qué decir en cualquier momento. A tenerlo todo bajo control. Volvería a ser la estrella, el amo del mundo.

¿Y Miguel? ¿Llegaría a hacer las paces con él? ¿Y Héctor y Christian,

o Lola?... ¿Y Miranda?

—¿Señor?

—Llévame a casa, Bruno.

El hombre asintió y siguió conduciendo.

Con el apartamento le sucedió lo mismo que con el trayecto en coche, pero en esta ocasión Alejandro estaba preparado y reaccionó mucho mejor.

¿Por qué se había comprado ese apartamento? Era enorme, totalmente desmesurado para una sola persona, incluso para dos. O tres. O cuatro. Era todo blanco y beige (un color que odiaba) y, exceptuando los aparatos de sonido y aquella foto de MB de cuando el grupo empezó a tocar, no había nada allí que hiciese pensar en él.

Bruno le subió la maleta y la guitarra y se despidió diciéndole que podía llamarlo cuando quisiera.

Alejandro probablemente tendría que haberle dicho algo, como mínimo darle las gracias, pero cuando comprendió que se iba a ir y que él iba a quedarse allí solo, volvió a sentir que se ahogaba, pero, evidentemente, no se lo dijo al otro hombre. Jandro Cruz no pedía ayuda.

Tras oír que la puerta se cerraba y anunciaba así su soledad, se sentó en el sofá (beige) y apoyó la cara entre las manos. Tenía que calmarse. No le sucedía nada malo. Se había pasado un mes en aquella dichosa clínica de rehabilitación y ahora estaba confuso, sólo eso.

Se levantó del sofá y fue al dormitorio para deshacer el poco equipaje que tenía. Estar ocupado lo ayudaría y tal vez luego podría salir a correr.

Cuando volviese haría unos cuantos ejercicios de rehabilitación de los que

le había enseñado Pablo y comería algo.

Después, antes de acostarse, llamaría a su hermano y le diría exactamente lo que pensaba. Le demostraría que se había equivocado con él y que, en caso de que hubiese tenido algún problema con la droga o el alcohol, ahora ya lo había superado.

Más tranquilo, se puso en pie y fue repitiendo en su mente el plan que se había trazado.

Deshizo la maleta y se vistió con ropa de deporte. Salió a correr por la ciudad; se había puesto la capucha de la sudadera ocultándole la cara, aunque probablemente nadie lo reconocería con ese aspecto. Llevaba una hora corriendo cuando se detuvo de repente en medio de una calle.

La melodía misteriosa había desaparecido de su cabeza. Ya no podía oír nada, ni una sola nota. Giró sobre sus talones y regresó a su apartamento. Corrió más rápido que antes, más desesperado, forzando más los músculos. No podía perder esa melodía.

Entró en su edificio y oyó que el portero le decía que le había subido la compra. No le hizo caso y se metió en el ascensor en cuanto se abrieron las puertas.

Consiguió meter la llave al segundo intento, un auténtico milagro, teniendo en cuenta lo mucho que temblaba, y se dirigió directamente a la guitarra que le había regalado Miranda.

Todavía estaba en su funda y la levantó con cuidado del suelo. Cogió la cremallera con dos dedos... y no pudo tirar de ella. Volvió a apoyarla en la pared fingiendo que no le temblaban las manos y corrió a una habitación

donde había un escritorio, en busca de lápiz y papel. Tal vez no pudiese tocar, pero seguro que podía escribir unas notas o unos versos.

No pudo.

Rompió el lápiz entre los dedos.

15

Hace seis días que Alejandro Cruz se fue de la clínica y no he vuelto a saber de él. La buena noticia, si es que la hay, es que no ha salido en ningún periódico ni en ningún programa de cotilleos, así que supongo que está portándose bien. O que se ha ido al extranjero.

La mala noticia es que no puedo dejar de pensar en él.

Sí, lo sé, soy una estúpida. Al fin y al cabo, sólo somos, o fuimos, amigos. Supongo que me encariñé demasiado con él. Esos ojos suyos consiguieron metérseme en el alma y su voz... No la que utiliza cuando quiere conseguir algo (esa voz tendría que patentarla y declararla peligrosa), sino la voz de cuando habla de su hermano, o cuando se olvida de que es una estrella del rock. Esa voz me hace tener ganas de conocerlo mejor, de ayudarlo a ser el hombre que estaba destinado a ser.

Menuda tontería. Él ya es el hombre que estaba destinado a ser, es Jandro Cruz, el guitarrista de MB, el niño malo del rock español, el segundo hombre vivo más atractivo del mundo, según *Vanity Fair*.

Claro que no me ha llamado.

Mi vida, a pesar de que Alejandro ya no esté en ella, sigue como siempre. Bueno, como siempre no, David y Diana han vuelto de sus vacaciones con la abuela y volvemos a estar los tres juntos. A ellos dos no

les he contado lo de Jack, no les hará ningún bien saber que su hermano mayor está en la cárcel y que probablemente no saldrá en mucho tiempo. A la abuela sí se lo he explicado y me ha dicho que me cortará las manos si se me ocurre llamar a ese policía que me telefoneó.

Y lo dice en serio.

Es la madre de papá. De joven trabajaba en un hotel y se enamoró de un inglés, mi abuelo, que se marchó, y que es el responsable de que tengamos un apellido tan parecido al del famoso mago.

Cuando yo era pequeña, no la conocía, pues papá y ella habían discutido y estaban enfadados, pero Lourdes (que es como se llama mi abuela) intentaba seguirnos la pista. Tardó un poco en enterarse de que papá también nos había abandonado, porque en esa época estuvo bastante enferma, pero cuando lo averiguó vino en seguida a ayudarnos.

Si no hubiese tardado tanto, tal vez yo...

No, no voy a pensar eso. Lo que me sucedió fue culpa mía.

He tenido una semana ajetreada, han llegado varios pacientes nuevos a la clínica y Barrios me ha pedido que lo ayude con un par de casos un poco más conflictivos de lo habitual.

Ayer, viernes, me quedé dormida en cuanto David y Diana pusieron la película. Ahora tienen catorce años y sus gustos cinematográficos, o la ausencia de ellos, acabará conmigo.

Pero hoy lo hemos pasado muy bien. Hemos ido a pasear por la playa y hemos comido en un restaurante italiano que a mis hermanos les encanta.

Por la tarde, hemos hecho unas cuantas compras, David fingía estar muy

enfadado conmigo por obligarlo a acompañarnos a Diana y a mí, aunque yo prefiero creer que le ha encantado. Y después hemos vuelto a casa justo a tiempo para cenar.

Esta noche les toca cocinar a ellos y yo los estoy torturando desde el sofá.

—Esta tradición es una estupidez.

—No sé por qué nos obligas a hacer esto, Miranda.

—Oh, no seáis lloricas, yo os preparo la cena cada noche.

Suena el teléfono de casa y David suelta la espátula al oír el primer timbrado.

—¡Ya voy yo! —se ofrece. Cualquier excusa es buena para alejarse de los fogones—. ¿Diga? Sí, un momento. Es para ti, Miranda —me dice, tapando el teléfono—, un tal Alejandro.

Parpadeo confusa y tardo varios segundos en reaccionar. Debo de haber oído mal.

Cojo el inalámbrico que me tiende mi hermano, todavía incrédula.

—¿Diga?

—¿Quién me ha contestado?

Sí, es la voz de Alejandro y parece enfadado, lo que significa que está nervioso e intenta ocultarlo.

Le contesto, como si fuese lo más normal del mundo que me llamase un sábado a las nueve de la noche.

—Mi hermano David.

—¿Tienes un hermano?

—Tengo tres.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Suena casi tan confuso como yo, y eso que al menos él sabe por qué me ha llamado, y también un poco dolido. No entiendo nada.

—Hola, Alejandro, yo también me alegro de hablar contigo. ¿Cómo estás?

Lo oigo refunfuñar.

—Mal. —Toma aire—. No tendría que haberte llamado.

Va a colgar.

—¡No, espera!

Se queda en silencio, pero lo oigo respirar, así que no ha cortado la comunicación.

—¿Puedes venir a mi casa? —me pregunta, tras unos segundos.

—¿Ahora? —Sí, eso es lo único que se me ocurre preguntarle.

—Sí.

Me lo imagino con los ojos entrecerrados y sujetando el teléfono con fuerza.

¿Por qué me lo imagino así?

—¿Ha sucedido algo?

—¿Puedes venir o no?

—Ni siquiera sé dónde vives.

Me da la dirección al instante.

—Le diré al portero del edificio que te deje entrar —añade.

—Todavía no he accedido a ir. Son casi las diez de la noche, ¿no crees

que sería mejor dejarlo para mañana? Podríamos quedar en...

—No, necesito que vengas ahora.

Se me para el corazón un segundo.

—¿Te ha sucedido algo? ¿Estás bien?

—Necesito que vengas.

Aunque no puedo verlo, sé que le ha costado pronunciar esa frase. Si lo rechazo ahora, nunca más volverá a llamarme. Nunca más volveré a saber de él. Tal vez sería lo mejor para mí, y puede que también para él, pero no voy a negarme.

—Estaré ahí en seguida.

Cuelga sin decir nada más y creo que es porque no podía seguir hablando.

—¿Quién es Alejandro? —me preguntan Diana y David en cuanto cuelgo.

Son como dos viejas cotillas.

—Un amigo.

—¿Qué clase de amigo?

—De la clase que no os importa. Iré a decirle a la señora Márquez que venga a echaros un vistazo —les digo, poniéndome en pie.

—¡No, la señora Márquez no! —me suplica Diana.

—Tenemos catorce años, Miranda, podemos quedarnos solos perfectamente.

—No sé...

—Mira, no es que hayamos estado escuchando ni nada, pero me ha

parecido entender que este amigo tuyo al que tienes que ir a ver vive aquí en Barcelona, ¿no es así? —pregunta Diana.

—Sí.

—Si nos pasa algo, te llamamos al móvil —sigue David.

—Además, no te quedarás a dormir con él, ¿no? —quiere saber Diana.

—Por supuesto que no —afirmo rotunda, con un sonrojo—, pero tal vez llegue tarde. No sé qué me encontraré cuando llegue a casa de Alejandro.

—Confía en nosotros, Miranda. Ya somos mayores.

Los dos me miran con ojos de cordero degollado y sé que estoy perdida.

—Oh, de acuerdo, está bien —acepto resignada.

Me pongo en pie y busco las llaves de casa y el móvil con la mirada.

Están en el mueble de la entrada.

—¿Vas a ir así? —La pregunta, por supuesto, proviene de Diana.

Agacho la cabeza y miro si tengo alguna mancha. Llevo los pantalones negros que suelo ponerme para hacer deporte, una camiseta con el dibujo de un conejo con gafas de pasta negra estampado y una chaqueta gris de algodón.

—Sí.

Alejandro me ha visto vestida de deporte muchas veces y si cruzo la raya de arreglarme para ir a verlo, ya no habrá marcha atrás para mi salud mental.

—Tú sabrás. —Diana acompaña la frase con un encogimiento de

hombros.

—No os acostéis tarde —les digo desde la puerta— y llamadme si sucede algo.

Básicamente me ignoran y se sientan a ver la tele.

Bajo a la calle y detengo el primer taxi que pasa. Alejandro, como no podía ser de otra manera, vive en uno de los barrios más lujosos de la ciudad. Llevo el pelo recogido en la nuca, y lo único que me concedo es rehacerme el nudo. Me tiro de las mangas de la chaqueta, nerviosa, al ver que el taxi se detiene y un portero uniformado viene a abrirme. Le pago al conductor y salgo agachando la cabeza para no darme un golpe. Sólo me faltaría ponerme en ridículo.

—Buenas noches, doctora —me saluda el portero al abrirme la puerta del edificio.

—Buenas noches.

—El piso del señor Cruz es el ático. La está esperando.

Asiento y me meto en el ascensor. No hay nadie más allí conmigo e intento no pensar demasiado en lo surrealista que es la situación. Una campanilla me indica que he llegado y se abren las puertas de acero.

Tal vez tendría que haberme cambiado, pienso, al ver la moqueta beige y los acabados de caoba. La única puerta que hay en el rellano está abierta, así que me dirijo hacia allá.

—¿Alejandro?

Él aparece al instante. Está más delgado y tiene ojeras, pero no veo ni rastro de que haya bebido, sencillamente parece cansado. Va mal afeitado y

viste todo de negro. Y no se ha cortado el pelo.

—Has tardado mucho.

Sí, ése es su recibimiento.

—Puedo irme.

—No —reacciona de inmediato y me coge por la muñeca—, quédate.

Por favor.

Tira levemente de mí hacia el interior del apartamento y cuando se siente satisfecho de donde estamos me suelta y cierra la puerta, empujándola con la palma de la mano derecha. Entonces se aparta, camina hasta un sofá de piel que hay en medio del comedor y se sienta.

—¿Vas a contarme qué te pasa? Tienes muy mal aspecto.

—No sé qué me pasa —contesta exasperado, pasándose las dos manos por el pelo—. Ése es el problema. Ahora todo es distinto. Joder.

Se levanta y camina nervioso.

Me lo quedo mirando y tengo la sensación de que empiezo a entenderlo.

Alejandro no ha recaído —suspiro aliviada— y le está costando adaptarse a su vida sin «la perspectiva» que le daban el alcohol o las drogas.

—No te pasa nada malo —me atrevo a decirle al acercarme a él—.

¿Por qué no me cuentas qué has hecho esta semana?

—Oh, eso es fácil, no he hecho nada —se burla de sí mismo—. ¿Y sabes por qué? —Se da media vuelta y vuelve a acercarse a mí—. Porque no sé qué quiero hacer o, mejor dicho, no sé si lo que quiero hacer acabará

matándome. O si seré capaz de hacerlo. Podría haberme ido de vacaciones, pero no soy capaz de comprar un maldito billete de avión porque no sé si conseguiré resistir la tentación de pedirle a la azafata que me sirva un whisky. Podría ir al gimnasio, pero no voy porque no quiero encontrarme con los que se supone que son mis colegas. Podría llamar a mi hermano o a mis amigos y no...

—Eh, eh, tranquilo —lo interrumpo, porque veo que cada vez tiene la respiración más entrecortada. Le pongo una mano en el pecho y se calla al instante—. No hace falta que me lo cuentes todo ahora y tampoco tienes que decidir nada.

Alejandro aprieta la mandíbula y baja la vista hacia mi mano. La aparto, pero no me alejo de él.

—¿Has cenado? —opto por preguntarle.

—No.

—¿Qué te parece si preparo algo y vemos la tele un rato?

Me mira como si estuviese loca. Creo que si me hubiese desnudado delante de él no lo habría sorprendido tanto.

—Tienes comida en esa cocina enorme que veo al fondo, ¿no? —bromeo, a ver si logro hacerlo reaccionar.

—Sí —carraspea—, al parecer, mi agente se encargó de hacerme la compra.

—Pues vamos, ¿me acompañas? —Camino hacia la cocina y él tarda unos segundos en seguirme, pero al final lo hace y se sienta en una de las sillas blancas con patas de acero que hay allí.

Abro los armarios e investigo a mis anchas.

—¿Qué has comido estos días?

—Ya no eres mi médico.

—No —pongo los pies en el suelo, porque estaba de puntillas, y me vuelvo hacia él—, no lo soy. Pero si soy tu amiga —pongo el condicional porque no acabo de tenerlo claro—, puedo preocuparme por ti.

—Pizzas, cereales y café.

—Seguro que te has saltado varias comidas y te aviso que voy a confiscarte la cafetera.

No se queja y lo veo sonreír.

—¿Sabes cocinar? —me pregunta.

—Sí, qué remedio, aunque no esperes nada del otro mundo. Sólo voy a hacer unos espaguetis a la carbonara.

Saco el paquete de pasta de un armario y pongo agua a hervir en una olla que nunca antes ha sido usada. Busco el resto de los ingredientes y empiezo a cocinar. Estamos en silencio y, sorprendentemente, no me resulta incómodo; tengo la sensación de que Alejandro se va relajando.

—Esta noche iba a salir —dice, pasados varios minutos—. Tengo unos conocidos en la ciudad, un grupo de actores, modelos, hijos de famosos con los que suelo ir de fiesta siempre que paso por aquí — prosigue. Suena enfadado, consigo mismo y con el resto del mundo—.

Llevan días insistiendo.

—¿Por qué no has ido?

La pasta ya casi está hervida y la salsa terminada. Le estoy dando la

espalda en busca de los platos y los cubiertos.

—No lo sé —dice entre dientes—. Estaba en la puerta y no he podido hacerlo. He empezado a sudar y a notar una opresión en el pecho. Y las manos no dejaban de temblarme.

Un ataque de pánico en toda regla, pero no voy a decírselo. En el fondo ya lo sabe.

—¿Es entonces cuando me has llamado?

—Sí.

He encontrado los platos y sirvo la pasta.

—¿Quieres comer aquí o en ese supercomedor?

—Aquí está bien. —Se pone en pie y me sorprende ver que abre un armario y saca una botella de agua, que coloca en medio de los dos platos.

Después se vuelve y de otro cajón coge dos servilletas blancas—. El apartamento no lo decoré yo.

—Se nota —contesto con una sonrisa—, no hay nada negro.

Alejandro enarca una ceja.

—No siempre voy de negro.

—Ya. Come.

Lo hace, enrosca los espaguetis en el tenedor con suma maestría y se los lleva a la boca.

—Hum, no está mal —sentencia.

—¿No está mal? El día que tú me cocines algo, te dejaré opinar. Pero hasta entonces te digo lo mismo que les digo a mis hermanos: come y calla.

Me sonrío y me mira a los ojos.

—¿Por qué no me habías dicho que tenías hermanos?

—Hasta ahora eras un paciente de la clínica y yo nunca hablo de mi vida personal con ellos.

—¿Ahora ya no lo soy?

—Acabo de cocinar espaguetis en tu casa, así que no, ya no lo eres.

Otra sonrisa.

—Entonces, qué, ¿somos amigos?

A juzgar por las volteretas de mi estómago y lo que se me ha encogido el corazón, es más complicado que eso, pero voy a optar por el camino seguro.

—Sí, somos amigos. O vamos a serlo.

Alejandro asiente y carga otro tenedor de espaguetis.

—Háblame de tus hermanos —dice, después de tragar.

—Son mellizos, David y Diana, tienen catorce años y viven conmigo.

Acaban de pasar un mes en casa de mi abuela, pero volvieron hace unos días.

—Vaya. —Bebe un poco de agua—. Antes has dicho que tenías tres, ¿o lo he entendido mal?

—Sí, bueno, también está Jack, pero a él hace años que no lo veo.

—¿Eres la mayor?

—¿Me estás preguntando cuántos años tengo?

—No, pero ahora que lo dices, ¿cuántos años tienes, Miranda?

—Treinta.

—Creo que nunca he tenido una amiga tan mayor —se burla.

—Cállate, tú tienes treinta y dos, así que no critiques, aunque supongo que algo de verdad hay en lo que dices. Supongo que las «amigas» que sueles tener son mucho más jóvenes que yo, y más adadoras.

Alejandro se encoge de hombros y sigue comiendo.

—¿Eres la mayor o no?

—Sí, Jack tiene veintidós.

—Ahora entiendo muchas cosas, tienes el mismo complejo de Dios que Miguel.

—No es cierto.

—Sí lo es.

—¿Has hablado ya con tu hermano? —le pregunto.

—No —responde escueto—. Él tampoco me ha llamado.

—Tendríais que hablar.

—¿Y tus padres, no viven con vosotros?

—No, pero esa historia es para otro día. —Me levanto para dejar mi plato en la encimera—. Antes he visto que tienes helado de chocolate.

¿Quieres más pasta o te parece bien que me coma el helado mientras miramos algo en esa tele enorme que tienes en el salón?

—¿Vas a comértelo tú sola, no piensas darme? —También se pone en pie y se acerca a mí, que estoy frente a la nevera y me cuesta respirar.

—Tienes dos tarrinas. Si quieres, coge una para ti. Ésta es para mí.

—¿Me estás diciendo que la señora nutricionista piensa comerse una tarrina entera de helado de chocolate?

—Sí y si se lo dices a alguien, tendré que matarte.

Alejandro coge la otra tarrina con la mano derecha y la izquierda la desliza detrás de mí... para abrir un cajón y sacar dos cucharas.

Vamos al salón y él se sienta en medio del sofá, yo a su lado, pero con más de medio metro de distancia. Cambia de canales hasta detenerse en una película de superhéroes que creo haber visto.

—¿Te parece bien?

—Sí, no me importa, tú déjame con el helado.

La película termina al cabo de una hora, cuando ya hace media que yo me he terminado el helado, y mientras los títulos de crédito se deslizan por la pantalla, me pongo en pie y vuelvo a la cocina para dejar la cuchara en el fregadero y lanzar la tarrina vacía a la basura.

Alejandro me sigue y veo que él también se ha terminado su helado.

—Tengo que irme, mis hermanos me están esperando.

—Claro.

Abro el grifo para lavar los platos y él lo cierra al instante.

—No, no te preocupes.

Me aparto, porque si le tengo tan cerca no puedo pensar. Y cenar con él no me ha ayudado demasiado.

—De acuerdo.

Me dirijo a la puerta y me vuelvo al llegar allí. Alejandro está a dos pasos.

—Sabes que tienes que contarle a tu psiquiatra lo que te ha pasado, ¿no? No puedes contármelo sólo a mí.

—No pienso contárselo a nadie más.

—Alejandro, es obvio que sigues con los ejercicios de recuperación de la mano —señalo.

—Sí, Pablo me recomendó un fisioterapeuta y viene aquí a diario.

—Entonces, ¿por qué no haces lo mismo con tu cabeza? Has pasado por algo muy difícil y tienes que adaptarte a tu nueva vida. Es normal que necesites ayuda.

He metido la pata. No tendría que haberlo presionado tanto.

—Lo pensaré —concede—, siempre que pueda seguir hablando contigo.

—Claro —sonríó aliviada—. Llámame siempre que quieras y también podemos quedar para...

—¿Puedes venir a cenar el lunes? —me interrumpe.

—No, lo siento. No puedo dejar a los mellizos solos entre semana, pero si quieres —añado, al ver que ha fruncido el cejo—, puedes venir a casa.

—A tu casa.

—Sí.

—¿Con tus hermanos?

—No te harán nada, te lo prometo.

Va a decir que no, lógico. Todavía no puedo creerme que lo haya invitado a casa.

—De acuerdo, dame la dirección. —Se vuelve y coge el móvil de encima de una mesa para anotarla—. ¿A qué hora quieres que vaya?

Va a venir, no me lo puedo creer.

—Yo llegaré a casa a las ocho. Cenamos a las nueve y media. Ven cuando quieras. —Abro la puerta y salgo al rellano—. Y si lo piensas mejor y no te apetece, no pasa nada, pero llámame para decírmelo. No quiero pasarme la noche del lunes imaginándote tirado en un callejón.

—Iré.

—Está bien, me voy. Pórtate bien, Alejandro.

Echo a andar hacia el ascensor y lo oigo reírse suavemente.

—Tú también, Miranda.

16

Miranda pasó el domingo con sus hermanos y Alejandro solo en su apartamento, dándole vueltas a lo que le había dicho ella. Él no creía demasiado en eso de la terapia, pero era innegable que su vida había cambiado mucho en las últimas semanas y tal vez le iría bien hablar con alguien.

Hablar con Miranda lo ayudaba, pero no quería que ella lo viese eternamente como a un enfermo. No sabía cómo quería que lo viese, pero estaba seguro de que no quería llevar la etiqueta de paciente más tiempo.

Cuando el sábado se quedó petrificado en la puerta, lo único que consiguió calmar los latidos de su corazón fue recordar la voz de ella.

Si la hubiese conocido antes, tal vez no habría tenido el accidente de coche.

«¿Tenido?, dirás mejor provocado», lo corrigió la voz de su conciencia, que desde que estaba sobria y centrada no le daba tregua.

¿Cuál había sido la reacción de Alejandro? No pensar en el accidente.

Antes de enfrentarse a esa noche, tenía que resolver muchas otras cuestiones. Como por ejemplo su música. O su hermano. O por qué se sentía fascinado por una chica en la que antes apenas se habría fijado. Eso mismo lo hacía sentirse frívolo, estúpido. ¿De verdad no se habría fijado en Miranda si la hubiese conocido antes del accidente?

Llegó el lunes y se dijo que no estaba nervioso. Por la mañana, el fisioterapeuta había acudido al apartamento para su sesión diaria de dos horas y, cuando se fue, Alejandro siguió con los ejercicios un rato más. Todavía no se había atrevido a coger la guitarra, pero cada vez se le encogía menos el estómago si la miraba.

Después de ducharse, se sentó en el sofá con un cuaderno y un lápiz y anotó algunas de las ideas que se le habían empezado a ocurrir para nuevas canciones. Eran muy distintas a las últimas que había compuesto y quería estar muy seguro de ellas antes de enseñárselas a su hermano y al resto del grupo.

Arrancó varias páginas, guardó algunas frases que pensó que quizá valían la pena y, cuando llegó el momento, fue a vestirse.

Él nunca había tenido una cita.

Oh, sí, había ido a cenar cientos, miles de veces con alguna modelo, actriz, cantante, celebridad, pero siempre era algo preparado y que solía responder a una petición de la discográfica o de alguna agencia de publicidad.

Y a las mujeres con las que se acostaba cuando salía, o después de un

concierto, no las invitaba, ni antes ni después, a cenar.

Y antes de ser famoso nadie se había fijado nunca en él. Y viceversa.

A pesar de las apariencias, de pequeño, Alejandro era bastante tímido.

Menos mal que ir a casa de Miranda no era una cita, si lo hubiese sido, no habría sabido cómo comportarse.

«Pues claro que es una cita y por eso vas a cambiarte.»

Odiaba a su conciencia.

Se puso unos vaqueros azul oscuro y una camiseta gris con un jersey de pico negro muy agradable al tacto. Se calzó las botas y cogió la cazadora.

La cara del portero del edificio cuando lo vio salir habría sido cómica de no ser porque ponía en evidencia lo poco que Alejandro abandonaba su casa, o que sólo lo hacía vestido de deporte para salir a correr.

Le habría gustado ir a casa de Miranda a pie, y estaba convencido de que nadie, o casi nadie, lo reconocería, pero como no tenía ganas de arriesgarse, cogió un taxi y le dio la dirección.

El taxista no lo reconoció, lo que alegró y preocupó a Alejandro al mismo tiempo. ¿Tanto había cambiado?

Sí, él era el primero en reconocer que en sus últimas apariciones públicas tenía muy mal aspecto, pero ¿eso era lo único que la gente recordaba de él?

El vehículo se detuvo al cabo de unos diez minutos, delante de un portal del barrio de Gracia. Alejandro bajó y pagó al taxista, que se despidió de él aún sin caer quién había sido su pasajero.

Alejandro respiró hondo y llamó al timbre.

—¿Quién es? —preguntó una voz que no era la de Miranda.

—Soy yo, Alejandro.

Subió la escalera y en la puerta lo recibió una adolescente que no se parecía en nada a Miranda, con los brazos cruzados.

—¿No traes nada?

Mierda.

—Yo... no. —Tendría que haber llevado algo. Aquello tal vez no fuera una cita, pero Miranda lo había invitado a cenar y él no era tan maleducado como aparentaba—. Lo siento.

—¡Diana! Déjale pasar. —Miranda lo salvó desde el interior de la vivienda.

—Gracias —le dijo Alejandro a la niña, cuando ésta se apartó para dejarlo entrar.

—Hola, Alejandro. Estoy en la cocina.

Él entró y siguió la dirección de su voz.

—Hola —la saludó al verla—, no he traído nada. Lo siento.

—No tiene importancia. —Se volvió y él vio que llevaba medio delantal—. Esto ya está, ahora sólo tenemos que esperar.

—Huele muy bien.

—Para ti he preparado espinacas con acelgas —le dijo muy seria.

Él parpadeó unos segundos antes de reaccionar.

—Muy graciosa.

—Ven, te presentaré a mis hermanos.

La siguió hasta el comedor, donde ya estaba puesta la mesa y donde había un sofá en el que estaban la chica de antes y un chico de la misma edad.

—Diana, David, él es Alejandro. Ahora fingen que no saben quién eres, pero cuando les he dicho que vendrías se han puesto a gritar como histéricos.

—No es verdad —se defendió Diana, furiosa—, sólo me ha sorprendido.

—Y a mí —secundó David, sin soltar el mando del videojuego.

—¿A qué estáis jugando? —les preguntó Alejandro.

Y de repente se encontró sentado en medio de los dos chicos, conduciendo un coche de carreras por el desierto de Arizona.

La cena fue muy divertida. A Alejandro le pareció sumamente surrealista y, aunque en su infancia nunca se había reído tanto, sirvió para que echase mucho de menos a su hermano. Cuando terminaron de comer, los cuatro llevaron los platos a la cocina, pero fueron Alejandro y David los que se quedaron para vaciarlos y ponerlos en remojo y, mientras lo hacían, el chaval no paró de hablar del partido de fútbol que tenía la semana siguiente.

En ningún momento le preguntó nada sobre sus conciertos o su vida.

Era, pensó Alejandro, como si aquellas tres personas de verdad se hubiesen olvidado de quién era él.

Al terminar, fueron al comedor y Alejandro vio que Miranda y Diana ya estaban sentadas en el sofá, listas para ver la tele.

—Bueno, creo que será mejor que me vaya —dijo, de pie.

Miranda se volvió hacia él, lo miró a los ojos y le sonrió, y Alejandro notó una extraña sensación en el estómago.

—Si quieres, puedes quedarte un poco más. Diana y David sólo tienen permiso para ver un capítulo.

—¿De qué?

—De la serie que elijan los dos, pero tienen que ponerse de acuerdo.

—Sí, tío, ni te cuento la de veces que he tenido que tragarme series de chicas —se quejó David.

—Y nosotras ¿qué? —atacó Diana—. ¿Acaso crees que nos gusta esa cosa tan sangrienta que miras?

Alejandro sonrió y se dio cuenta de que en realidad no tenía ganas de irse.

—Pues me quedaré un rato —decidió.

Esquivó una mesilla y se acercó al sofá. Entonces vio que David estaba sentado en la única butaca individual que había, Diana se había aposentado en el suelo, encima de un montón de cojines, y Miranda en el sofá de dos plazas.

—Quédate tú en el sofá, yo me sentaré en el suelo —le ofreció entonces a Diana.

—No pierdas el tiempo, Jandro —le dijo David (Alejandro le había dicho que lo llamase así)—, siempre está en el suelo.

Vio que la chica asentía sonriendo, el único rasgo que hacía que se pareciese a su hermana mayor, y él levantó una pierna para saltarla y llegar

al sofá.

La serie que resultó vencedora para Alejandro era desconocida, pero a David y a Diana parecía tenerlos fascinados, así que se dejó llevar. Al principio se sentó con la espalda muy recta y con cuidado de no tocar a Miranda, pero poco a poco se fue relajando. Hasta que notó que ella apoyaba la cabeza en su hombro.

Se le aceleró el corazón y se tensó, pero empezó a bajar despacio la cabeza para mirarla. Se había dormido.

Intentó no hacer nada, pero debió de moverse, porque ella abrió los ojos de golpe.

—Lo siento —farfulló, sonrojándose.

—No importa —contestó en voz baja—. Ven.

Levantó el brazo derecho y lo extendió en el respaldo del sofá para que pudiera acurrucarse a su lado y estuviese más cómoda.

¿Qué diablos estaba haciendo?

Miranda lo miró extrañada un segundo y Alejandro temió que fuese a apartarse ofendida. O que se riese de él. Pero le sonrió brevemente y se apoyó en su costado con los ojos cerrados.

Él volvió a respirar.

La serie terminó con el protagonista, un joven vestido con ropa verde y que disparaba flechas, prisionero de sus enemigos, y David se puso en pie y se acercó a Alejandro.

Antes de que éste pudiese reaccionar, el chico se llevó un dedo a los labios para indicarle que no dijese nada y le entregó el mando del televisor.

—Buenas noches.

Alejandro miró a Miranda, completamente dormida.

—Buenas noches —contestó.

Diana también se levantó del suelo y se acercó a él.

—Buenas noches.

—Buenas noches —repitió Alejandro.

—La próxima vez trae algo —añadió la niña, ya de camino a su dormitorio.

¿Iban a dejarlo allí sólo con su hermana? ¿Acaso se habían vuelto locos?

Alejandro se quedó de nuevo completamente inmóvil. No se atrevía ni a respirar.

Miranda tenía la cara apoyada en su pecho y él la podía notar en la piel cada vez que respiraba. La mano derecha de ella descansaba en la cintura de él, cerca de la cadera. Y el pelo, que Miranda siempre llevaba recogido, se le había aflojado un poco y un par de mechones acariciaban el brazo que Alejandro seguía teniendo extendido encima del respaldo del sofá.

No fue consciente de haber tomado la decisión, pero cuando notó el sedoso mechón de pelo entre los dedos, decidió que era una de las mejores que había tomado en toda la vida. Deslizó la mano hacia la nuca de Miranda y después hasta su espalda. Ella se movió un poco y se acurrucó todavía más contra él.

Alejandro esperó a ver si se despertaba, pero al comprobar que seguía

durmiendo, inclinó un poco la cabeza e inspiró hondo, impregnándose de su perfume.

Se le erizó el vello de la nuca y movió la mano izquierda, que hasta entonces había tenido inmóvil. La levantó del sofá muy despacio, dándose tiempo para cambiar de opinión y detenerse.

No lo hizo y, con los dedos, recorrió los que ella tenía en su cintura.

Los deslizó luego por su antebrazo y fue subiendo muy despacio. El cuerpo de Miranda reaccionó levemente y Alejandro supo que estaba despierta.

Notó cómo le cambiaba la respiración y movía la cara para acariciarle mejor el torso con la mejilla. La mano derecha de ella también empezó a moverse, en busca de un mejor punto de apoyo.

Miranda tardó varios segundos en comprender que Alejandro le estaba acariciando el pelo, incluso creyó, por un instante, que se lo había imaginado, pero cuando él respiró hondo y le cogió un mechón entre los dedos, supo que era verdad. Y se le aceleró el corazón.

Por primera vez en mucho tiempo, se sintió viva, bonita. La ilusión y los nervios corrían desbocados por sus venas y el deseo empezó a arder lentamente en el centro de su estómago. Volvió la cara hacia el torso de Alejandro e inhaló aquel olor que había echado de menos desde que él abandonó la clínica.

Él tomó aire y a ella se le olvidó respirar. Levantó la mano de la cintura de Alejandro para apoyarla en su pecho y así poder incorporarse un poco.

Tenía que verlo, quería mirarlo a los ojos y averiguar si para él

aquello significaba tanto como para ella. Quería ver los ojos de Alejandro y aquella sonrisa que sólo se le escapaba de vez en cuando. Quería que él viese que para ella era especial de verdad.

Apoyó la mano justo encima del corazón de él y notó cómo se aceleraba bajo su palma. Lo miró a los ojos, los tenía abiertos y completamente negros, la miraba como si no se pudiera creer lo que estaba pasando entre los dos. O como si le pareciera asombroso.

Y lo era, pensó Miranda, era asombroso que se hubiesen conocido en esas circunstancias, que hubiesen pasado prácticamente de no soportarse a hacerse amigos... y que ahora fueran a besarse.

Alejandro soltó el aliento, el corazón iba a romperle las costillas.

Miranda lo miró a los ojos y se humedeció los labios. Él la imitó sin darse cuenta. Ella levantó un poco la cabeza. Un poco más. Sus labios casi podían tocarse. Miranda alzó la mano que tenía en el torso de Alejandro y la acercó a su cara.

Y él la detuvo.

Atrapó la mano de Miranda, sujetándola por la muñeca, y dijo:

—No.

Ella lo miró confusa y esperó. ¿Lo había malinterpretado? Había empezado él. Él le había ofrecido que se acurrucase a su lado —después de que ella se pusiera en ridículo quedándose dormida—. Él había empezado a tocarle el pelo. Él había inhalado su perfume como si lo necesitase para respirar.

A ella no se le daban bien esa clase de cosas. Por culpa de sus

queridos padres, apenas había tenido adolescencia. Había estudiado la carrera de medicina con una beca, mientras tenía dos trabajos, así que con los chicos había tonteado lo mínimo. Y apenas recordaba nada de lo que sucedió durante aquel maldito año.

No, Miranda no sabía interpretar las señales de los hombres, pero era imposible que se hubiese equivocado con Alejandro. Además, él no la había soltado y tampoco había intentado apartarse de debajo de ella. Todo era demasiado confuso y sólo se le ocurrió una manera de aclararlo.

—¿No? —le preguntó, tras tragar saliva.

—Nunca beso.

—¿Qué dices? —A Miranda empezó a helársele la sangre.

—Nunca beso —repitió Alejandro, con los ojos sin el fuego de antes

—. Todo lo demás me va. Me apunto a lo que te apetezca, excepto a besar en los labios.

Miranda deseó que se la tragase la tierra. Allí estaba ella, convencida de que entre los dos existía una relación especial, que aquellas conversaciones nocturnas habían terminado creando una magia única, que esa noche había significado algo. Y él le soltaba el mismo discurso que probablemente les soltaba a todos sus ligues. Y seguro que ellas se excitaban más al oírlo y soñaban con curarlo, como en *Pretty Woman* o en una mala novela romántica.

—Suéltame —le ordenó furiosa.

Ahora le tocó a él mirarla confuso, aunque la confusión sólo le duró un instante, porque Miranda le permitió que viese en sus ojos el daño que

le había hecho con su rechazo.

En cuanto lo comprendió, los ojos de Alejandro volvieron a llenarse de emoción; remordimiento y, oh, Dios, pensó Miranda, lástima.

—Suéltame —repitió, poniéndose en pie.

Sin mirarlo, se pasó las manos por el pelo y se dirigió de inmediato a la cocina. Allí abrió el grifo de agua caliente y cogió el detergente para lavar los platos, que estaban todavía en remojo.

Oyó el preciso instante en que Alejandro se levantaba y atravesaba el pequeño comedor del piso. Debió de detenerse en el umbral de la puerta de la cocina, porque ella notó su mirada recorriéndole la espalda. Le resbaló una lágrima por la mejilla y luego le siguió otra, pero Miranda siguió fregando los platos sin decir nada.

Él tampoco habló.

Se quedó plantado en la puerta de la cocina, apretando los puños con fuerza, reprimiendo las ganas que tenía de tocar a Miranda. Y clavando los pies en el suelo para contener el instinto de salir de allí corriendo.

Debería acercarse a ella y pedirle perdón.

«¿Y qué harás luego? ¿Te convertirás en otro hombre?»

Como mínimo, tendría que darle una explicación.

«Ella no va a seguirte el juego. Es demasiado lista.»

Lo que quería hacer, no se atrevía a hacerlo. Lo que debería hacer, no podía hacerlo.

Maldiciéndose a sí mismo, giró sobre sus talones.

—¿Alejandro?

Oír su nombre lo detuvo y se dio media vuelta. Miranda seguía

dándole la espalda y fregando los platos.

—¿Sí?

—Si te vas así sin más, no vuelvas a llamarme.

Siguió con las manos metidas en la espuma. Ya no le quedaban platos

por lavar, pero quería darle unos segundos más para que se decidiese. Y sí,

tal vez era una cobarde, pero no quería darse media vuelta y verlo marchar.

Así que esperó mientras el agua se enfriaba.

Hasta que oyó que se abría y cerraba la puerta tras los pasos de

Alejandro.

17

Alejandro bajó la escalera absolutamente convencido de que había hecho lo

correcto. Él no quería cenas en familia y besos de despedida, ni de ningún

otro tipo. No quería que nadie dependiese de él. No quería depender de

nadie. En realidad, había estado a punto de cometer un grave error, pero

por fortuna había sabido evitarlo a tiempo.

Él no quería besar a Miranda.

Se detuvo en el rellano porque notó una horrible opresión en el pecho.

Se obligó a respirar hondo y a seguir caminando.

No quería que Miranda le sonriese, ni que se quedase dormida

abrazada a él, ni que al despertarse le gustase estar a su lado.

No, no quería nada de todo eso.

«¿Por qué no? ¿Por qué no, Alejandro?», insistió a gritos una voz en

su cabeza.

Avanzó unos metros más y la opresión del pecho se intensificó tanto que tuvo que sujetarse a un árbol.

Tenía que irse de allí, si se quedaba, o peor aún, si retrocedía, nunca más volvería a ser el de antes.

«Da igual, aunque ahora vuelva, ella no querrá abrirme. Ha sido muy clara.»

Dio un paso y el siguiente fue un poco más fácil, sin embargo, se detuvo en un banco que había en un pequeño parque y sacó el móvil del bolsillo. Ni siquiera se planteó qué hora era o si iba a molestar, sencillamente, marcó el número.

Sonó un par de veces. Tres. Cuatro. Miró el reloj de la pantalla y vio que era casi la una de la madrugada.

Oyó una voz en el auricular.

—¿Sabes qué hora es?

—La una, siento llamar tan tarde, Miguel, pero tienes que ayudarme.

Silencio.

—¿Acabas de disculparte por llamar tarde?

—Sí. ¿Vas a ayudarme o no?

—Un momento. —Se oyó el distintivo roce de unas sábanas y

Alejandro dedujo que su hermano estaba sentándose en la cama—. Ya está, dime.

—¿Dime? ¿No vas a preguntarme dónde estoy? ¿O cómo tengo la mano? ¿O si me he fugado de la clínica de rehabilitación?

No lo había llamado por eso, en realidad, al principio ni siquiera se

acordaba, pero al oír la voz de Miguel después de tanto tiempo, recordó que su hermano lo había abandonado.

—Sé que no te has fugado de la clínica, el fiscal me habría cosido a llamadas si lo hubieras hecho —puntualizó—. Por supuesto que quiero preguntarte por la mano, imbécil —en realidad, el insulto sonó cariñoso—, pero es la primera vez en meses que hablo con mi hermano y no quiero echar a perder la conversación. No tengo ni idea de dónde estás, pero me imagino que no importa. Lo único que importa es que necesitas que te ayude. —Le tembló la voz.

Alejandro tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder decir nada.

—Hablamos cuando me desperté en el hospital.

—Lo dicho, llevo meses sin hablar con mi hermano.

—¿Dónde diablos estás? —le preguntó Alejandro en otro tono, para ver si así conseguía respirar.

—En Londres.

—¿Qué estás haciendo?

—Creía que me llamabas para hablar de ti, no de mí. Si no piensas contarme nada interesante —lo provocó—, me vuelvo a la cama.

—He metido la pata, Miguel. Hasta el fondo. Ahora no querrá verme más y yo... yo... —apretó la mandíbula con fuerza—, no puedo dar un paso más. ¡Joder! Estoy sentado en un banco en mitad de la calle, porque tengo miedo de irme de aquí y no poder volver.

Otro silencio.

—Miguel, ¿me estás escuchando? —insistió Alejandro, algo furioso y a la defensiva por si su hermano se burlaba de él.

—Sí, sí, es que creía que nunca llegaría el día en que te unirías al resto de los mortales y dejarías de ser un zombi sin sentimientos. Jamás pensé que te vería preocupado por lo que otra persona pudiese pensar de ti.

—Eso no es verdad, me preocupa lo que tú pienses de mí. —No podía creerse que hubiese dicho eso.

—Gracias, pero yo no cuento. Dime, ¿cómo se llama?

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? La chica que ha conseguido convertirme en humano.

—Miranda, pero no es lo que tú imaginas —se apresuró a añadir.

—Oh, te aseguro que a estas horas soy incapaz de imaginarme nada.

¿Por qué dices que has metido la pata?

—Porque estábamos juntos, Miranda, yo, sus hermanos, y hemos cenado y visto la tele un rato y después —le contó a toda prisa y sin demasiado sentido—, después ella iba a besarme para despedirme y yo le he dicho que no y...

—Y te has comportado como siempre —terminó Miguel.

Alejandro soltó el aliento.

—Sí, supongo que sí. Me ha echado de su casa y me ha dicho que no quiere verme más. Tienes que ayudarme, Miguel.

—Joder, Alejandro. —Su hermano suspiró y él se lo imaginó pasándose una mano por el pelo—. Típico de ti tener una conversación

como ésta a miles de kilómetros de distancia. No sé qué decirte, a mí

tampoco se me dan demasiado bien las relaciones.

—Yo no tengo ninguna relación con Miranda.

—Llámalo como quieras, pero hace apenas unos segundos me has dicho que has cenado con ella y *sus hermanos* en su casa y has visto la tele.

—¿Qué hago, Miguel? —insistió, negándose a reconocerlo.

—Y yo qué sé. Si hace unas horas alguien me hubiese dicho que me telefonarías para pedirme consejo sobre una chica, me habría reído en su cara.

—Es lo que estás haciendo ahora. No tendría que haberte llamado.

—¡No, espera, no cuelgues! —se apresuró a pedirle Miguel, adivinando sus intenciones—. Lo siento. Mira, Alejandro, es obvio que algo has hecho bien con Miranda, si no, no te habría invitado a cenar a su casa, ni te habría presentado a sus hermanos, así que lo único que puedo decirte es que sigas haciéndolo.

—¿El qué?

—Lo que sea que hayas hecho para gustarle.

—¡No lo sé! ¡No sé por qué diablos le gusto!

—Porque cuando no te estás comportando como un idiota eres un gran tipo.

—Claro, por eso estoy sentado en medio de la calle, como un loco, sin dejar de mirar el bar que tengo enfrente.

—No has entrado, Alejandro. Y no vas a entrar. Y ya sabes qué es lo que tienes que hacer para recuperar a Miranda.

—¿Lo sé?

—Claro. Vamos, cuelga y ve a por ella.

Alejandro sonrió, convencido de que su hermano podía verlo a través del teléfono.

—Y llámame mañana —se despidió Miguel antes de colgar.

Sí, sí que lo sabía.

Se puso en pie y se guardó el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

Subió calle arriba rumbo al edificio donde vivía Miranda, sin dejar que la hora o las dudas se entrometiesen en su camino. Se detuvo frente al portal y respiró hondo. Antes se había fijado en que no cerraba bien y se había preocupado, ahora estaba agradecido por el detalle.

Subió los peldaños de dos en dos y llamó a la puerta con los nudillos.

No muy fuerte, pero con insistencia.

No oyó nada.

Volvió a llamar un poco más fuerte, sin obtener respuesta. No podía ser. Apoyó la frente en la hoja de madera y soltó el aliento. No podía ser.

Respiró hondo y estaba a punto de volver a llamar, cuando de repente tuvo la certeza de que Miranda estaba al otro lado, igual que él, con la frente apoyada en la puerta y las manos en la madera.

Podía sentirla.

Dios mío, ¿de verdad había creído que sus estúpidas reglas de supervivencia iban a protegerlo de ella?

—Abre, Miranda. Por favor.

Un segundo de silencio. Dos. Tres.

El cerrojo se deslizó suavemente y Alejandro se apartó para no derribar la puerta. Cuando ésta se abrió y vio a Miranda con los ojos rojos y el gesto firme, entendió lo que había querido decir su hermano al aseverar que ella lo había convertido en un ser humano... porque nunca se había sentido tan vivo como en aquel instante.

—¿Qué quie...?

No la dejó terminar. Le sujetó la cara con ambas manos y la besó. No le dio la posibilidad de rechazarlo. Miranda era muy capaz de quitárselo de encima si quería y al sentir los labios de ella debajo de los suyos, Alejandro se preguntó cómo había podido pasar todos esos días a su lado sin besarla.

Deslizó la lengua despacio hacia el interior de su boca, saboreando cada uno de los temblores de sus labios, descubriendo su sabor. La lengua de Miranda se metió en la boca de él también, decidida a dominarlo, a poseerlo, a recordarle que no era como ninguna de las mujeres con las que había estado antes.

Alejandro siempre lo había sabido.

Miranda levantó las manos y se cogió de su cazadora. Alejandro se acercó más y decidió dar unos pasos y obligarse a entrar en el piso. No cerró la puerta. Era incapaz de apartar las manos de la cara de ella. Siguió avanzando con paso firme... y no se detuvo hasta que la espalda de Miranda topó con la pared.

Se pegó a ella tanto como pudo. El deseo corría tan desesperado por sus venas que le hacía arder la piel y temblar el pulso. La ropa le molestaba

y se la habría arrancado allí mismo si hubiese encontrado la manera de hacerlo sin soltar a Miranda.

¿De verdad había creído que no le gustaba besar?

Besarla a ella era lo más sensual que había hecho nunca. Su sabor, los gemidos que escapaban de sus labios y se perdían en los de él. El roce de sus dientes en sus labios o en su lengua. El tacto de sus mejillas bajo la yema de sus dedos. El modo en que flexionaba las manos encima de su cazadora.

Alejandro tenía que saber más. Necesitaba saber más.

Necesitaba saber si Miranda tenía la piel igual de suave por todo el cuerpo. Si tenía pecas. Si temblaba cuando se la tocaba detrás de la rodilla.

Si gemía con el mismo abandono con que besaba... Le apartó una mano de la cara, odiando el instante en que dejó de sentirla y la llevó a sus pechos.

La posó despacio encima de uno, acariciándose primero con los dedos por encima de la camiseta.

Él se quedó sin aliento y ella apretó los dedos, que seguían

sujetándolo por la cazadora. Arqueó la espalda y Alejandro cerró la mano e intensificó la caricia.

Los dos se besaron con todo el cuerpo. Los labios de uno buscaban los del otro, negándose a alejarse. Él movió la cintura y pegó las caderas al cuerpo de ella, negándose a ocultar lo excitado que estaba, incapaz de recordar si alguna vez lo había estado tanto.

A Miranda le tembló el labio inferior al notar el deseo de él y aflojó

los dedos muy despacio para dirigirlos hacia el rostro de Alejandro. Le

acarició las mejillas y después siguió hasta pasárselos por el pelo, justo por encima de las orejas, al tiempo que suavizaba el beso buscando ternura.

Alejandro la entendió y también empezó a besarla más despacio, besos que probablemente habrían tenido que darse antes de ése, tan desgarrador. Sus bocas fueron alejándose y, cuando dejaron de tocarse, él apoyó la frente en la de ella y le sujetó la cabeza con las manos.

—Lo siento —susurró con los ojos cerrados.

—Está bien.

—Lo siento —repitió Alejandro.

—Lo sé.

—Es la primera vez que beso a una chica de verdad.

—¿Qué has dicho? —Era imposible que lo hubiese entendido bien.

—Eres la primera chica a la que beso de verdad —dijo Alejandro, abriendo los ojos por primera vez después del beso.

Miranda los miró y vio la verdad en ellos. No sabía qué decir. No podía decir nada, así que levantó la mano derecha, que había dejado caer inerte al costado, y le acarició la cara. Él apretó la mandíbula.

—¿Quieres venir mañana a cenar a mi casa?

Ella le sonrió levemente, aturdida por el beso, la confesión y la invitación.

—No puedo —dijo—, pero salgo de la clínica a las cuatro. Si quieres, puedo ir entonces y quedarme hasta las ocho. David y Diana...

Él la interrumpió con otro beso. Rápido, dulce, con los labios entreabiertos lo justo para que notase su aliento.

—De acuerdo —accedió al separarse—, ven cuando quieras. —Se apartó a regañadientes—. Estaré esperándote.

Se volvió y caminó hasta la puerta. Le temblaron los dedos al coger el picaporte y se fue sin decir nada más.

Miranda se llevó unos dedos igual de inseguros a los labios y notó (o así quiso creerlo) que todavía desprendían el calor de los de Alejandro.

Entendía perfectamente que él se hubiese ido sin mediar palabra, ella tampoco encontraba la voz.

Tal como Miranda le había dicho a Alejandro, el martes salía a las cuatro. Terminaba a esa hora porque empezaba a las seis de la madrugada, lo que significaba que apenas habría dormido. Claro que aquella noche tampoco hubiese pegado ojo aunque hubiese podido pasársela entera en la cama.

No podía dejar de ver el rostro de Alejandro al rechazar su beso, la frialdad y el vacío que habían reflejado sus ojos en ese instante. No podía dejar de oír su voz pidiéndole que le abriese la puerta, ni el tacto de sus manos firmes y temblorosas al mismo tiempo, acariciándola.

Y el beso. No podía, ni quería, olvidar ese beso. Había sido desgarrador, fiero, sincero, incluso animal, y al terminar se había convertido en el más tierno e inocente de toda su vida.

Pero lo que Miranda de verdad no podía quitarse de la cabeza era esa frase: «Eres la primera chica a la que beso de verdad». Antes de abrir los ojos, creía que era una frase que Alejandro había dicho para adularla, para seducirla, a pesar de que ya la tenía entre sus brazos... sin embargo, en

cuanto vio su mirada se le hizo un nudo en el alma y dejó de dudar de su sinceridad.

Esa tarde le preguntaría qué había querido decir con eso.

Se pasó toda la mañana nerviosa, comprobando el móvil cada dos por tres, temerosa de que él fuese a mandarle algún mensaje cancelando la cita, y la tarde esquivando a Barrios y a sus compañeros, para que nadie le pidiese que se quedase unas horas para ayudarlo en algo. Estaba dispuesta a salir puntual.

Lo logró. A las cuatro ya estaba en la calle. Caminó durante un rato para serenarse, pero tras un paseo de cinco minutos, detuvo un taxi y le dio la dirección del apartamento de Alejandro. En esta ocasión, el portero no salió a recibirla, algo que Miranda agradeció, y se limitó a saludarla educadamente desde su puesto cuando ella pasó por delante.

Miranda iba vestida con un pantalón pitillo negro y una camisa vintage de un suave color amarillo. No se había puesto joyas y llevaba unos zapatos de tacón también negros. De un hombro le colgaba el bolso y en la otra mano sostenía una bolsa con un regalo para Alejandro.

«Espero que le guste.»

Subió en el ascensor y, durante el trayecto, entraron y salieron varias personas que la saludaron con educación, pero en el último tramo subió sola, pues el apartamento de Alejandro era el único del ático.

Las puertas de metal se abrieron y en cuanto Miranda puso un pie en el pasillo apareció él.

—El portero me ha avisado de que subías —le explicó, al ver su

sorpresa.

Miranda lo miró y cuando vio que estaba nervioso (y que intentaba ocultarlo) le sonrió.

—¿Puedo darte un beso? —se atrevió a preguntar ella, al ver que los dos miraban los labios del otro.

—Claro.

Se puso de puntillas, le cogió el cuello de la camiseta con la mano derecha y lo besó en los labios. Su intención había sido darle sólo un beso suave, pero al parecer Alejandro tenía otros planes y, cuando sus labios se tocaron, la sujetó por la cintura y la pegó a él al mismo tiempo que la devoraba con un beso que parecía no tener fin.

—Hola —carraspeó él al separarse.

—Hola.

—¿Quieres pasar?

Miranda sólo pudo asentir.

Alejandro le dejó el bolso encima de una mesa que había en la entrada y después fue a cogerle la bolsa.

—Es un regalo para ti —le dijo Miranda, reaccionando al fin.

¿Alejandro se sonrojó?

—No tenías que traer nada.

Miró la bolsa como si fuese una trampa mortal.

—Es que tanto blanco a tu alrededor es perturbador, es como si no encajases aquí —se justificó ella, mientras él abría el paquete.

—Un cojín negro —dijo, al arrancar el último trozo de papel.

—Así te hará compañía cuando te sientes en el sofá.

Alejandro desvió la vista del cojín a Miranda y viceversa. Luego se rió, antes de lanzarlo encima del sofá blanco, inundado de cojines asimismo blancos, y besarla de nuevo.

Después de ese beso, durante el cual los labios de él temblaron y a ella se le encogió el corazón, Miranda se apartó y lo miró de nuevo a los ojos.

—¿Por qué dijiste que yo era la primera chica a la que besabas?

18

—Porque lo eres.

Alejandro tardó varios segundos en pronunciar esa frase y, cuando lo hizo, fue después de soltar el aliento y apretar la mandíbula varias veces.

—¿No pretenderás que me crea que el gran Jandro Cruz no había besado nunca a nadie? —Enarcó una ceja y se cruzó de brazos un poco a la defensiva—. Si quieres que tengamos una oportunidad... —le tembló un poco la voz y se obligó a humedecerse los labios antes de continuar— si quieres que esto funcione, tienes que decirme la verdad. Siempre.

—Ven.— La cogió de la mano y entrelazó los dedos con los suyos—, sentémonos en el sofá. Ahora que tengo tu cojín negro, me gusta un poco más.

Miranda lo siguió y ambos se aposentaron. No estaban tan lejos como el primer día, pero tampoco el uno encima del otro. Alejandro le soltó la mano antes de empezar a hablar y se tocó el pelo, despeinándose. Después cogió el cojín negro y lo apretó varias veces.

—Empieza por alguna parte, Alejandro —le sugirió ella.

—Mi hermano y yo tuvimos una infancia difícil.

—Lo sé, he leído la biografía que aparece en la página oficial del grupo. —No quería hacerse la tonta.

Alejandro suspiró.

—Ojalá lo que dice ahí fuese lo único que nos pasó. —En la biografía oficial de Miguel y Jandro Cruz se decía que se habían criado en un pequeño pueblo de España, en el seno de una familia humilde. Aflojó los dedos con los que sujetaba el cojín y la miró—. Nadie abusó de nosotros, aunque a veces he pensado que quizá lo habría preferido —le explicó, al ver cómo lo miraba—. Lo único que puedo decirte ahora es que en el instituto nadie se peleaba por salir conmigo y que a mí ni se me pasaba por la cabeza pedírselo a ninguna chica.

Miranda no le preguntó qué le había pasado de pequeño, ni tampoco le dijo que debería contárselo a su psiquiatra, porque probablemente tenía mucho que ver con el accidente del Porsche y su romance con las drogas y el alcohol, sino que se quedó en silencio y esperó a que continuase.

—Conocimos a Héctor y a Christian cuando yo tenía dieciséis años, y formamos el grupo prácticamente en seguida. A pesar de las apariencias, nos pasábamos el día y la noche componiendo y tocando. —Volvió a suspirar—. Pero cuando tuvimos éxito, todo estalló de repente.

—Sigo sin entender que no hubieras besado nunca a nadie —le dijo ella, pasándole una mano por el pelo.

—Cuando tienes la clase de éxito que tuvimos nosotros, se te insinúa todo el mundo. Hombres, mujeres, chicas jóvenes y solteras, mujeres

mayores ya casadas. Puedes elegir lo que quieras y cuando quieras. Y hacer lo que quieras. Y para esas mujeres tú sólo eres un triunfo, una medalla, un objeto que quieren poseer durante un rato.

—Tiene que ser horrible.

—¿Horrible? No. Vacío, tal vez. Adictivo, seguro. Pero ¿horrible? No puedo mirarte a la cara y decirte que me ha parecido horrible acostarme con un sinfín de mujeres. No soy ningún hipócrita y no pretendo darte lástima —afirmó, apretando los dientes—. Lo único que quiero que entiendas es que, hasta ahora, los besos no formaban parte de mí o de mis «relaciones».

—¿Nunca?

—¿Tanto te cuesta entenderlo? ¿Nunca has estado con un hombre sólo por no estar sola, por sentir el calor de otro cuerpo a tu lado?

La miró a los ojos y se quedó en silencio.

—Sí, he sentido esa clase de soledad —confesó ella y Alejandro levantó las cejas sorprendido.

Y algo celoso. ¿Desde cuándo sentía celos? ¿Desde cuándo sabía lo que eran?

—Entonces sabes de lo que te hablo —se obligó a seguir—. No me da cuenta de que no besaba hasta que una noche oí a dos chicas hablar en el pasillo de una discoteca. Me había acostado con las dos. Por separado —añadió, al ver que Miranda abría unos ojos como platos—. Una le preguntó a la otra si a ella tampoco la había besado y ésta contestó que no, pero que ella no lo había intentado. Esbozaron una sonrisa de complicidad y una dijo

que «tampoco hacía falta». Y no la hace.

—Entonces, lo que me estás diciendo es que prácticamente pasaste de ser un adolescente inocente a un seductor experto y que, aunque te has acostado con un «sinfin» de mujeres, hasta ahora nunca habías besado a ninguna, ¿es eso?

Alejandro lo pensó un instante.

—Sí, es eso.

—A mí me has besado.

—Y quiero volver a hacerlo. ¿Puedo?

—Claro.

Él sonrió y se acercó despacio, levantando una ceja, como si fuese un depredador a punto de seducir letalmente a su presa. Se detuvo frente a ella e inclinó la cabeza milímetro a milímetro. Le rozó la nariz con la suya y, al bajar la vista, vio que Miranda se humedecía los labios.

Le pasó un dedo por el labio inferior, porque necesitaba comprobar si era tan suave como recordaba. La sintió temblar.

La besó.

Abrió la boca encima de la de ella y sus respiraciones se abrazaron. Le deslizó la palma de la mano por la mejilla y no la detuvo hasta llegar a su nuca y acariciarle el pelo, que, como siempre, llevaba recogido.

La sedujo con la lengua y no paró de atormentarla hasta que Miranda cedió y le entregó sus labios. La besó despacio, aunque pronto la intensidad del beso escapó incluso a su control y los dos se lanzaron a la pasión que aparecía siempre que estaban juntos.

El cuerpo de Alejandro, sin querer y sin poder evitarlo, fue colocándose encima del de Miranda, hasta que ella le colocó ambas manos en el torso y lo detuvo.

—Espera —susurró, con los labios húmedos de sus besos—. Será mejor que nos detengamos un segundo —dijo casi para sí misma.

En aquel instante, y por primera vez en su vida, Alejandro se sintió lo suficientemente conectado con alguien como para entender lo que le estaba diciendo sin palabras.

—Tienes razón. —Se apartó un poco, lo justo para colocar unos centímetros de distancia entre los dos, pero dejó una mano en la cintura de ella—. No quiero convertir esto, nosotros, en lo que hacía antes. —Cogió aire y terminó de alejarse, como si no pudiese tocarla para continuar—. No sé qué estoy haciendo, Miranda. Y no me refiero sólo a ti.

—Lo sé. —Se movió y le cogió la mano. La notó fría y entrelazó los dedos con los de él—. Pero creo que vale la pena que te arriesgues a averiguarlo.

Si Alejandro hubiese sido su paciente, le habría dicho que era normal que sintiese que su vida estaba cambiando ahora que ni el alcohol ni las drogas desempeñaban ningún papel en ella, pero como no lo era, no se lo dijo. Él le había contado todo eso como amigo, y tal vez como algo más, y Miranda quería responderle del mismo modo.

—De acuerdo, me arriesgaré. —Le sonrió y apretó los dedos encima de los suyos.

Ella se acercó y le dio un beso en los labios.

—Y ahora, puesto que estás tan atrevido, ¿qué te parece si vienes conmigo a la cocina y me ayudas a preparar algo de comer? Tengo hambre y me juego lo que quieras a que tú tampoco has comido.

—Sí he comido.

—¿Algo que aprobaría un nutricionista?

—Está bien, te acompaño a la cocina.

Se pusieron en pie y Miranda volvió a entrar en aquella estancia de revista de decoración para preparar unos sencillos sándwiches con un poco de ensalada. Alejandro contribuyó cortando la lechuga y el tomate y preparando la mayonesa, y al terminar los comieron sentados a la mesa de la cocina, mientras hablaban igual que habían hecho antes por teléfono; de todo y de nada.

—Tengo que irme —dijo Miranda sin ganas, al ver que el reloj del horno (que Alejandro no había utilizado nunca) marcaba las ocho menos diez.

—¿Te veré mañana?

—Claro, yo no soy una estrella de rock, mi vida es muy simple.

—No sé por qué, doctora. —La rodeó por la cintura y la pegó a él—.

No me lo creo. Tú también tendrás que contarme tu historia, Miranda.

—Quiero contártela —respondió, apoyándose en su pecho—, pero de momento será mejor que lidiemos con la tuya.

—Hecho. —Aflojó los brazos e inclinó un poco la cabeza para mirarla a los ojos—. ¿Cuándo puedo verte mañana?

—No terminaré hasta las seis y a las ocho tengo que estar en casa. Te

invitaría a cenar, pero Diana y David tienen un examen pasado mañana y no quiero que se distraigan.

—Ven a las seis.

—¿De verdad no te importa?

—Quiero verte, Miranda —confesó, como si a él mismo le costase creerlo—. Ven cuando quieras.

—Vendré a las seis.

Alejandro la acompañó hasta la puerta y volvió a besarla antes de despedirla. Una parte de él, la que representaba al Jandro de los últimos años, el que conocía todo el mundo, quería desnudar a Miranda allí mismo y poseerla en el sofá, en la mesa de la cocina. De pie, sentados, en el suelo. Esa parte insistía en que eso solucionaría todos sus problemas; seguro que después de acostarse con ella dejaría de sentir aquella opresión en el pecho y que no tardaría en olvidarla y en volver a fijarse en las mujeres de siempre. Pero sus manos no podían acercarse a su blusa para arrancársela, sus labios no querían morderle el cuello y su erección no quería poseerla con ella de espaldas, como hacía habitualmente.

Era como con su música, Alejandro cogía el lápiz para escribir, decidido a componer una de las partituras de siempre, una canción que se pareciese a su último gran éxito, o al antepenúltimo, y le salía algo completamente distinto.

La guitarra seguía sin atreverse a tocarla.

Esperó a que Miranda entrase en el ascensor y volvió a entrar en su apartamento.

Después del accidente, había decidido vender el Porsche y no había pensado en comprarse otro coche. Él apenas estaba en la ciudad y, cuando iba, los de la discográfica se encargaban de todo y, si no, siempre podía coger un taxi. Pero si hubiese tenido coche, habría acompañado a Miranda a su casa.

«No te lo crees ni tú.»

—Sí, la habría acompañado —insistió en voz alta.

«Entonces, ¿por qué no lo has hecho? Podrías haberte ofrecido a ir en taxi con ella, o en metro, o en bus, o andando.»

Alejandro se puso furioso consigo mismo.

Intentó calmarse, pero lo único que consiguió fue tener más dudas.

—¿Qué estoy haciendo?

Al cabo de unas semanas tenía que volver a reunirse con el resto del grupo para empezar a preparar el nuevo disco de MB. Entonces sus horarios se complicarían y no podría ver a Miranda.

Volvería a la vida de antes.

¿Y Miranda?

Ella no encajaba en esa vida. Lo más probable sería que no quisiera saber nada de eso.

¿Y él? ¿Querría que se viesen cuando estaba de gira, de promoción?

Eran demasiadas preguntas y las respuestas no le gustaban.

Las odiaba.

Y sabía que al final todas iban a ser ciertas.

El miércoles, Miranda fue a ver a Alejandro con otra sorpresa que, en

un principio, a él no le hizo tanta gracia: era un DVD con varios capítulos de los teleñecos y lo obligó a mirar todos aquellos en los que aparecía el chiflado chef sueco que a ella tanto le gustaba.

Alejandro se resistió, aunque a decir verdad lo hizo porque le encantaba la cara de exasperación que ponía Miranda cada vez que él se negaba a ver un capítulo más. Esa tarde ella no pudo quedarse demasiado rato, pero eso no impidió que se besasen. Y el beso de despedida fue tan largo e intenso que Alejandro estuvo a punto de cogerla en brazos y llevársela a la cama.

Miranda no lo habría rechazado.

Sus manos le habían recorrido la espalda hasta prácticamente clavarle las uñas en los hombros y se había lamido el labio inferior al apartarse.

Dado que apenas pudo quedarse, ese día, por suerte para Alejandro, no tuvieron ninguna conversación profunda, sino que se limitaron a besarse y a reírse el uno del otro.

Alejandro pensó que cuando Miranda se fuese no lo asaltarían los conflictos del día anterior, al fin y al cabo, no había tenido que confesarle nada y sólo habían visto la tele, como si fuesen unos adolescentes.

Se equivocaba. Bastó con que la puerta se cerrase, para que volviese a sentir aquella opresión en el pecho.

¿De verdad se había pasado dos horas viendo títeres de los setenta con una chica a la que sólo había besado? Ella se había ido y aquel apartamento que apenas unos días atrás parecía un mausoleo, ahora tenía rincones que desprendían vida. Como la cocina, donde Miranda, había insistido en

dejarle una ridícula bandeja con pollo al horno. O el sofá, con aquel cojín negro. O su dormitorio, donde la guitarra seguía apoyada en la pared.

Habían quedado en que el jueves Alejandro volvería a ir a cenar al piso de ella. Los mellizos habían preguntado por él, le explicó Miranda y Alejandro tuvo que tragar varias veces para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Quería negarse, inventarse una excusa (a él eso solía dársele muy bien), pero fue incapaz.

Fue absolutamente incapaz de mentirle a Miranda.

Por eso, cuando esa noche le sonó el móvil alrededor de las doce, contestó en busca de una verdad.

—¡¡Hombre, ya era hora, Jandro!! Creía que en esa clínica te habían secuestrado o te habían lavado el cerebro.

—Hola, Tom.

—¿Dónde te has metido, cabrón? Hace días que saliste de la cárcel, quiero decir de la clínica.

—Por ahí.

—Ah, bueno —se rió el otro hombre. Un pijo catalán que se llamaba Tomás, pero que se hacía llamar Tom, y que aspiraba a ser representante de jugadores de fútbol—. No me lo cuentes. Te espero mañana por la noche en el Hotel W.

—¿Cuál es el plan? —Las palabras fluyeron de su boca sin ningún esfuerzo.

—El de siempre. Tú ven, ya sabes que te va a encantar, tengo un par de amigas que te han echado mucho menos.

—Y yo a ellas —se rió Alejandro, siguiéndole la broma.

«¿Por qué dices eso?»

—Ven cuando quieras, ya sabes el camino y te estaremos esperando.

—Nos vemos mañana.

Colgó y se durmió con la sensación de que por fin había recuperado la normalidad y volvía a ser el de siempre.

El único problema era que no podía soportarse.

El jueves discutió con el fisioterapeuta durante la rehabilitación.

Forzó la mano izquierda en los ejercicios de después y prácticamente echó de su casa al botones que le subió el almuerzo. Y todo porque no sabía cómo llamar a Miranda y decirle que esa noche no podía ir a cenar con ella y sus hermanos.

Al final se le ocurrió cómo y la solución le confirmó que el auténtico Jandro Cruz había vuelto. Esperó a que fuesen las cinco, porque Miranda le había dicho que esa hora la tenía libre y la iba a dedicar a poner ciertos informes al día, y la llamó a la clínica.

—¿Diga?

—Hola, Miranda, soy yo.

¿Desde cuándo tenía a alguien en su vida que pudiese reconocerlo con un simple «soy yo»?

—¿Por qué me llamas al teléfono de la clínica?

—Le tengo cariño a ese aparato, además, me sé el número de memoria, después de las horas que me pasé mirándolo.

Ella desvió la vista hacia los números que había anotados en la base

del aparato y los acarició con un dedo de la mano que tenía libre.

—Te llamo para decirte que esta noche no voy a poder ir a tu casa —

dijo Alejandro casi sin tomar el aliento—. Lo siento.

—¿Ha sucedido algo?

—No, nada. Me han llamado de la discográfica y tengo que pasarme por una fiesta.

Le mintió sólo a medias, pues los de la discográfica no habían llamado, pero siempre agradecían la publicidad y esa fiesta del W seguro que iba a tener cobertura mediática.

—Oh, ¿te apetece ir? —le preguntó ella, interesada de verdad, haciendo que él se sintiese como una rata rastrera.

—No demasiado.

—¿Quieres que te acompañe? —le ofreció sin ningún subterfugio, sencillamente porque no quería que él pasase un mal trago.

Alejandro sintió asco de sí mismo, pero siguió adelante.

—No, no hace falta. Tú tienes que estar con tus hermanos y será un aburrimento. Yo no iría, pero supongo que después del escándalo del coche no puedo negarme.

—No, supongo que no.

—Tengo una idea, ¿crees que mañana podrías conseguir canguro para tus hermanos?

—Sí, supongo que sí. Mi vecina, la señora Márquez, me debe un favor.

—Fantástico —dijo él mucho más animado—, pasaré a buscarte a las

nueve e iremos a cenar a un sitio increíble. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, hace mucho que no salgo así que te resultará muy fácil impresionarme.

—Lo intentaré de todos modos. —Notó que sonreía y casi se atragantó

—. Bueno, será mejor que cuelgue y te deje trabajar.

—Sí, supongo.

—Hasta mañana, Miranda.

—Hasta mañana, cariño.

Alejandro apretó tan fuerte el teléfono que pensó que lo iba a romper.

19

Dado que Alejandro ha anulado nuestra cita, me quedo en la clínica hasta un poco más tarde. David y Diana me esperan para cenar, pero con ellos puedo ponerme un poco más cómoda y no tengo que preocuparme por si su habitación parece un campo de batalla.

La voz de Alejandro sonaba un poco rara al principio de la llamada, me ha parecido que estaba algo tenso, aunque tal vez sean imaginaciones mías. Es normal que tenga cosas que hacer, lugares adonde ir.

Me preocupa un poco que esté rodeado de gente bebiendo tan pronto.

Él no era un alcohólico en el sentido estricto de la palabra, ni tampoco un adicto, pero el alcohol y las drogas lo convertían en otra persona y no sé si el Alejandro de ahora es lo bastante fuerte como para resistir la tentación.

Entonces pienso en las horas de rehabilitación que hace, en que durante el mes que estuvo aquí, en la clínica, no recayó ni una sola vez y en el modo en que me besa, y pienso que es el hombre más fuerte y valiente

que he conocido nunca.

El problema es que él no lo sabe. No me lo ha dicho nunca, pero sé que tiene muy mala opinión de sí mismo y está absolutamente convencido de que el resto del mundo también. Alejandro es su peor enemigo.

Si él pudiera verse como yo lo veo, si pudiese escuchar su voz cuando canta una de sus canciones, o ver sus ojos cuando habla de los inicios de MB, o el modo en que mueve los dedos, casi sin darse cuenta, cuando está pensando en una composición.

Y cuando me besa... se me encoge el estómago al recordar sus besos.

Siempre me sujeta la cara como si tuviese que asegurarse de que estoy allí con él.

Todavía no hemos hablado de mí, Alejandro siente curiosidad por mi pasado, y yo no se lo estoy ocultando adrede. Lo que le dije el otro día es cierto, ya tendremos tiempo de hablar de mí más adelante.

Voy andando a casa y de camino me pongo los cascos para escuchar música. La primera canción que elijo es *Sin miedo a nada*. Alejandro no sabe la debilidad que siento por esa canción y no pienso decírselo. Aunque ahora ya no es el engreído que entró casi dos meses atrás en mi consulta, no quiero avivar su ego. Y, además, es mi secreto.

—Ya estoy en casa. —Dejo las llaves al lado de la puerta y me tropiezo con un petate marrón muy raído—. ¿De quién es esto?

—Mío.

Se me hielan la sangre y me doy media vuelta despacio.

—Jack.

—Hola, Mindy.

Mi hermano tiene muy mal aspecto, tanto que si se quedase dormido en un callejón, probablemente creerían que estaba muerto.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No puedo pasar a saludar a mis hermanos?

—Miranda, Jack estaba esperándonos en casa de la señora Márquez — empieza a explicarme Diana y me basta con verla para adivinar que está nerviosa y preocupada.

—Sí, ha dicho que tú lo sabías —sigue David.

—Y lo sabías, ¿no es así, Mindy? Tú sabías que me habían arrestado

—me provoca Jack.

—Sí, lo sabía —confirmo, mirándolo a los ojos—. David, Diana, id a casa de la señora Márquez.

—Yo me quedo contigo —afirma David, hinchando el pecho, dispuesto a defenderme.

Si no fuera porque sé que él no lo aceptaría, le daría un abrazo.

—Gracias, David, pero prefiero que acompañes a Diana a casa de la señora Márquez. —Miro a mi hermana para que entienda por qué he formulado mi petición de ese modo.

—De acuerdo —accede—, pero si dentro de media hora no has venido a buscarnos, volveré.

—Eh, no te pongas así, David —se burla Jack.

Mis dos hermanos pequeños me miran por última vez y salen del piso con las llaves y el móvil en la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí? Creía que iban a juzgarte —me dirijo a

Jack en cuanto se cierra la puerta, porque quiero acabar con la situación cuanto antes.

Por un segundo deseo que Alejandro estuviese aquí, pero al instante cambio de opinión. No quiero que conozca a Jack así.

—Así es. —Se dirige a la cocina, donde coge una manzana—. Creo que lo han llamado error de forma. Algún abogado de tres al cuarto metió la pata y han tenido que anular el juicio.

—¿Y te han soltado?

—No lo digas con esa cara, no han tenido más remedio.

—¿Y a qué has venido?

—Ya te lo he dicho, quería ver a mis hermanos.

—A mí no me engañas, Jack. ¡¿A qué has venido?!

—Dinero. Necesito dinero.

—¿Cuánto?

—Cuanto más mejor. Desaparecer es muy caro.

—Tengo seis mil euros.

—Hecho.

Jack me sigue con la vista mientras abro un armario del comedor y abro la pequeña caja fuerte que colocamos allí hace unos años. No he intentado engañarlo, sé que no serviría de nada y lo único que quiero es que se largue de casa cuanto antes.

—Toma.

—¿No vas a intentar convencerme para que me desintoxique... como

tú?

—No. Tú no eres como yo.

—¿Lo dices porque tú tomabas pastillas que robabas del hospital y yo soy más «clásico»?

Aprieto los dientes antes de contestar.

—No, lo digo porque yo quería dejarlo. Tú no.

—Oh, sí —se ríe—, ya me acuerdo de cómo intentaste dejarlo.

¿Cómo puede ser que esa criatura tan cruel jugase conmigo en el parque de pequeños? ¿O que juntos pasásemos una de las pocas Navidades que recuerdo con cariño de mi infancia?

—Vete de aquí, Jack, y no vuelvas. —Le abro la puerta y espero junto a ella.

—Tranquila, Mindy, tengo unos colegas que dicen que en...

—No quiero saberlo.

Así si algún día viene a interrogarme la policía no tendré que mentir.

Se sube el cuello de la cazadora tejana y se guarda el dinero en el bolsillo interior. Lo miro a los ojos y me entran ganas de llorar al encontrar en ellos atisbos de mi hermano, aunque son tan ínfimos que no tardarán en desaparecer.

Me quedo mirándolo mientras él se va sin decirme nada y sigo allí plantada cuando David y Diana salen del piso de la señora Márquez.

—¿Estás bien, Miranda? —me pregunta Diana.

—¿Jack se ha ido? —quiere saber David.

—Sí, Jack se ha ido.

Y esta vez tengo el presentimiento de que es para siempre.

Le doy un beso a Diana en la mejilla y a David lo abrazo hasta que él me aparta sonrojado.

Ojalá estuviese aquí Alejandro.

Sí, ojalá estuviese. Me siento como una tonta por haberle ocultado esa parte de mi vida y siento la imperiosa necesidad de verlo, de oír su voz. De besarlo.

—¿Señora Márquez? —llamo a la mujer, al ver que va a entrar en su casa.

—¿Sí, Miranda?

—¿Está libre mañana por la noche? —le pregunto—. Tengo una cita y necesitaría que alguien se quedase con mis hermanos.

Tras concretar los planes con mi vecina, vuelvo a casa y mis hermanos y yo cenamos. Hablamos de Jack, entre los tres recordamos momentos de nuestro pasado en los que Jack todavía era él y no el espectro que hemos visto antes. Es triste y bonito al mismo tiempo y me siento muy orgullosa de David y de Diana al ver que son capaces de distinguirlo.

Cuando ellos dos ya se han acostado, me quedo un rato sola en la cocina, recogiendo cosas, mientras echo de menos a Alejandro.

Lo llamo al móvil para oír su voz. Seguro que me bastará con eso para poder acostarme sin tener pesadillas... pero no me contesta.

No es tan raro. Me ha dicho que iba a una fiesta, seguro que no habrá oído la llamada.

No es tan raro.

Apago la luz y voy a acostarme.

Me paso el viernes entero conteniéndome para no llamar a Alejandro.

Necesito contarle a alguien lo que sucedió anoche con Jack, pero en el trabajo nadie está al corriente de la existencia de mi hermano. El doctor Barrios, para variar, es la excepción, pero a él no puedo decírselo.

Fuera del trabajo lo saben Tina y mi abuela. Si se lo cuento a ésta tendré que soportar un sermón. Y si se lo cuento a Tina, también.

Y hoy no estoy de humor para sermones.

Por extraño que parezca, tengo ganas de explicarle a Alejandro quién es Jack y cuál es la peor parte de mi pasado. El nudo que he sentido en las entrañas desde que lo conocí me dice que sabrá reaccionar, que me dirá justo la palabra exacta.

No podemos basar nuestra relación en medias verdades, decido, y de repente tengo unas ganas enormes de verlo, abrazarlo, besarlo y explicarle mi historia.

Sin embargo, los minutos parecen arrastrarse y el final del día tarda en llegar. Alejandro no me ha llamado. Intento convencerme de que es normal, pero esa parte negativa que siempre habita en mí me susurra que pasa algo malo.

—No pasa nada malo —digo en voz alta, mientras bajo la escalera, abandonando por fin la clínica por la tarde.

Voy en metro hasta la parada que queda más cerca de casa; normalmente prefiero caminar o el autobús, pero hoy no me importa no pasear, quiero llegar cuanto antes.

Diana y David no están, hemos decidido que se quedarán los dos en el entrenamiento de fútbol de él; David entrenando y Diana haciendo deberes en las gradas. La señora Márquez irá a recogerlos acompañada de *Edward* y los cuatro se pararán a comer algo de camino a casa.

Tengo que reconocer que mi vecina se está portando muy bien conmigo y, aunque probablemente es una de las mujeres más peculiares que conozco, parece tener una especie de sexto sentido para mis hermanos.

Pienso qué voy a ponerme. A mí nunca se me ha dado especialmente bien elegir ropa, no como a Tina. A ella todavía no le he dicho que Alejandro y yo somos amigos. Me gustaría contárselo aunque sé que no lo he hecho para no tener que enfrentarme a sus preguntas. Las mismas que me hago yo prácticamente cada día.

¿Qué estoy haciendo con él?

¿Estoy segura de que no está conmigo porque se siente solo?

¿Cómo sé que no está simplemente pasando el rato?

¿Creo que es lo mejor para mí?

¿Qué pasará cuando él tenga que volver a su vida «normal»?

Y un largo etcétera igual de horrible y desesperanzador.

Elijo un vestido negro que siempre me ha gustado como me queda, porque recuerdo que leí una vez en alguna parte que es un color que siempre resulta adecuado... y además es el preferido de Alejandro.

Él no me ha dicho adónde vamos, así que opto por algo elegante pero a la vez informal.

Espero haber acertado. No me lo imagino con traje, ni entrando en uno

de esos restaurantes de la ciudad que exigen que sus clientes lleven chaqueta, y tampoco me lo imagino llevándome a un sitio cualquiera.

Hacia una eternidad que no estaba tan nerviosa por una cita.

Mi historia se parece muchísimo a la de Alejandro, con la diferencia de que, en la adolescencia, yo sí salí un par de veces con algún chico.

Después, cuando me fui a estudiar medicina, me centré en la carrera. Me obsesioné con ella, lo que me llevó a tomar pastillas y a cometer esa otra estupidez.

Suena el timbre.

Me pongo en pie y voy despacio hacia la puerta, alisándome la falda del vestido y pasándome una mano, que no deja de temblarme, por el pelo.

Suelto la respiración y abro la puerta.

—Alejandro.

Él me recorre con la vista lentamente: empieza por mis ojos, me sonrío y luego va descendiendo por mi cara y el resto del cuerpo. Es igual que una caricia. Mejor, porque quema más y porque él no oculta el fuego de su mirada ni la reacción que provoco en todo su cuerpo. Cierra el puño derecho, el torso le sube y le baja despacio y aprieta la mandíbula.

—Estás preciosa —dice al fin.

Y se inclina para darme un beso suave. Tengo que ponerme de puntillas para poder alcanzarlo y acariciarle la mejilla. Parece mentira lo mucho que le he echado de menos, y eso que sólo he estado un día sin verlo.

Alejandro se aparta despacio y se humedece los labios. Me gusta

pensar que lo hace para retener mi sabor. Pongo los pies en el suelo y al notar el frío me sonrojo.

—Voy por los zapatos.

—¿Y tus hermanos? —me pregunta desde la puerta.

—Con la señora Márquez, mi vecina. Se los llevará a cenar y se quedarán a dormir en su casa.

Llevo rato pensando en cómo decirle a Alejandro que David y Diana dormirán fuera. No quiero que piense que estoy dando por hecho que pasaremos la noche juntos.

Al principio, me resistí a la idea de que se quedasen a dormir en el piso de la señora Márquez, pero los tres insistieron en que lo pasarían muy bien y en que yo merecía salir a cenar y disfrutar de una noche sin preocupaciones, y al final cedí.

Por mucho que les diga a David y a Diana que no tienen motivos para ello, se sienten culpables de que tenga que cuidarlos. Los muy bobos no se creen que me salvaron la vida.

Alejandro no hace ningún comentario sobre la ausencia de mis hermanos y cuando salgo de mi habitación veo que está leyendo un mensaje en el móvil.

—¿Sucede algo?

—No, nada —contesta, guardándose—. Vamos, el coche nos está esperando.

Me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

El gesto me reconforta, no sé por qué, pero hoy está distinto. Si no

fuera por el beso, diría que estoy ante el Alejandro que entró en la clínica y no ante el que salió.

Enfrente del portal hay un coche negro aparcado, con los cuatro intermitentes en marcha. Alejandro me abre la puerta y se sienta detrás conmigo.

—Buenas noches, doctora —me saluda el chófer.

—Buenas noches —contesto yo, algo aturdida.

—Todavía no estoy bien para conducir —me explica Alejandro, levantando un poco la mano izquierda, aunque yo no se lo he preguntado

—. Y es más práctico.

—¿Adónde vamos?

Me empiezo a sentir como en una película y no sé si termina de gustarme. Me parece postizo, como si Alejandro estuviese intentando compensarme por algo.

—A mi casa.

—¿A tu casa? Creía que saldríamos a cenar —añado confusa.

A mí no me importa quedarme en casa, en realidad, normalmente lo prefiero, pero aquí está pasando algo raro y el nudo de mi garganta empieza a ahogarme.

—He encargado una cena muy especial. Ya lo verás. Tú relájate, princesa.

¿Princesa? ¿Me ha llamado princesa?

Alejandro nunca me llama así, en las pocas ocasiones en las que no utiliza mi nombre, me llama «doctora», y lo prefiero mil veces a este

estúpido y vacuo «princesa».

Recorremos la distancia de mi casa a la suya en silencio. Alejandro incluso saca el móvil para teclear un breve mensaje y yo respiro hondo e intento darle tiempo y espacio para que me cuente qué está pasando.

Me niego a creer que pretenda tratarme como a uno de sus ligues de antes. El coche entra en el parking de su lujoso edificio y el chófer nos abre la puerta.

Subimos solos en el ascensor. Alejandro me pone una mano en la espalda, pero excepto por ese detalle, no me vuelve a tocar.

Sé que es absurdo, y probablemente estoy sacando las cosas de quicio, pero me preocupa que no intente besarme; y su sonrisa es distinta, idéntica a la que aparece en las revistas.

Llegamos a su apartamento y un camarero uniformado nos recibe en la puerta. La mesa del comedor está impecable; mantel, servilletas, velas, una botella de vino y una de champán nos están esperando. Veo a otro camarero al fondo, tras un carrito lleno de bandejas de plata.

Suena una música de fondo. No entiendo demasiado, pero diría que es jazz, una melodía hecha para seducir.

¿Qué diablos está pasando aquí?

Alejandro me coge la mano y me da un beso en los nudillos. Tira de mí hasta la mesa y yo lo sigo confusa.

—¿De qué va esto, Alejandro? —Siempre he sido directa con él y no voy a cambiar ahora.

—Quería compensarte por el plantón de anoche.

Trago saliva para deshacerme el nudo de la garganta.

—¿Compensar?

—Anulé nuestra cita.

Me retira la silla para que me siente y se dirige después a la suya.

—No tienes que compensarme. Es tu trabajo y lo entiendo.

Él se remueve incómodo.

¿Me mintió?

—La cena te encantará, es del mejor restaurante de Barcelona.

Me mintió.

Lo observo con atención y él esquivo mi mirada.

—¿Cómo fue anoche? ¿Coincidiste con alguien del grupo?

—He pensado que tal vez podríamos irnos de fin de semana a París.

¿Está intentando comprarme?

¿Piensa ignorar mis preguntas y desviar la conversación todo el rato?

—¿Qué tal la rehabilitación? ¿Has empezado a hacer ejercicios con la guitarra? —Intento recuperar el tono en que solemos hablar.

—La rehabilitación bien, la semana que viene tengo revisión con Pablo.

Bueno, algo es algo.

—¿Empiezo a servir la cena, señor? —le pregunta uno de los camareros en voz baja.

—Sí, adelante.

Veo que le sirven vino y que él coge la copa.

—No deberías —le digo yo, mirándolo a los ojos.

Alejandro me sostiene la mirada y sigue adelante. El vino se desliza por sus labios y veo subir la nuez de su garganta al tragar.

—Conozco un hotel precioso en París, te encantará.

—¿Qué diablos está pasando, Alejandro? ¿Qué sucedió anoche?

Él deja la copa y entrecierra los ojos.

—Nada, anoche no sucedió nada. Coincidí con unos amigos que hacía mucho tiempo que no veía y me lo pasé en grande. —Aprieta el labio y le tiembla un músculo de la mandíbula—. ¿Por qué siempre tienes que controlarlo todo, doctora? Relájate un poco. He preparado todo esto por ti.

—Lo has encargado, y estoy relajada. Lo único que pasa es que no me gusta que intentes comprarme, Alejandro.

—¿Comprarte? —se burla—. ¿Por qué?

Me siento tan insultada que estoy a punto de ponerme en pie para marcharme, pero en ese instante el camarero me coloca un plato delante y a Alejandro le suena el móvil, así que espero.

Tal vez él está nervioso. Tal vez los dos lo estamos. Respiro hondo y me digo que debo intentar reconducir la situación.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —saluda efusivamente Alejandro a la persona que lo ha llamado—. No, no estoy ocupado. Estoy aquí solo, cenando.

Mi orgullo recibe un duro golpe.

—¿A las tres? Sí, por supuesto que habré terminado.

Y otro.

—¿Olga, esa modelo rusa con la que salí en Nueva York? No, no he vuelto a verla. Sí, libre como un pájaro.

Y el último. Un golpe mortal.

Dejo la servilleta encima de la mesa y echo la silla hacia atrás con cuidado.

Los dos camareros me miran con respeto y a ninguno de los dos parece sorprenderle mi reacción.

—Tengo que colgar. Nos vemos luego.

Alejandro levanta los ojos y busca los míos.

Me mira y no puedo disimular el daño que me ha hecho oírlo decir eso.

Deja el teléfono encima de la mesa.

—Sólo tengo una pregunta —le digo, conteniendo las lágrimas—.

¿Por qué me has hecho venir aquí? Podrías haberme llamado y decirme que

no querías verme.

—Quería verte. Quiero verte —se corrige.

Abro los ojos como platos.

—¿Y a qué ha venido esa llamada?

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Tardo varios segundos en reaccionar.

—¿En serio crees que puedes mantener dos vidas ? —No hace falta

que me conteste—. No puedes, Alejandro. Nadie puede ser dos personas a

la vez. Tienes que decidirte por una —le digo, con una lágrima

resbalándome por la mejilla.

—No sabes de lo que hablas. Sé perfectamente quién soy y la vida que

tengo y quiero llevar.

—Me alegro por ti. —Cojo el bolso y la chaqueta, que me ofrece uno

de los camareros—. Espero que seas feliz.

—Lo soy.

Tengo que salir de aquí.

—No tenías que hacerme daño, Alejandro. Habría bastado con que me

dijeras que ya no querías seguir viéndome. No tenías que humillarme.

No me pide perdón y tampoco intenta detenerme. Mi único consuelo

es que al menos salgo del apartamento sin romper nada y sin echarme a

llorar.

20

Alejandro se sujetó a la mesa para no levantarse y salir corriendo detrás de

Miranda.

¿Qué había hecho? ¿Por qué se había comportado como un cretino?

Peor aún, como un auténtico hijo de puta. Miranda tenía toda la razón, no se merecía que la humillase y que la tratase de esa manera. No se merecía que intentase comprarla, ni tampoco que fingiese que no existía. Y menos en una conversación con el estúpido y prescindible Tom.

¿Por qué lo había hecho?

¿Por qué?

Al cabo de unos minutos, se levantó y les ordenó a los camareros que lo recogiesen todo y se fuesen cuanto antes. Los dos hombres se pusieron manos a la obra y en menos de media hora no quedaba ni rastro de aquel desastre.

Era como si no hubiese sucedido.

Alejandro se quedó sentado en el sofá, con la mirada fija en el televisor apagado. Había echado a Miranda de su vida. Para siempre. No tenía ninguna duda de que si algún día volvía a ir a la clínica, ni siquiera se cruzaría con ella por el pasillo.

Miranda era así, seguro que lo evitaría y que nunca volvería a verlo.

Jamás.

No pudo respirar.

Empezó a sudar y el corazón amenazó con estallarle dentro del pecho.

No volvería a oír nunca más su voz. No volvería a sentir el tacto de su piel ni de su pelo. No la vería con la melena suelta.

Jamás volvería a besarla.

—¿Qué he hecho?

Cogió las llaves del apartamento y salió corriendo.

Llegó al piso de Miranda y empezó a golpear la puerta, sin importarle si despertaba a todo el edificio. Le daba absolutamente igual.

Tenía que hablar con ella.

Tenía que...

—¿Qué quieres?

La estrechó entre sus brazos y la besó.

Ella lo abofeteó con todas sus fuerzas.

—Vete de aquí.

—No.

—He dicho que te vayas —insistió, cruzándose de brazos para contener los temblores.

Tenía los ojos rojos y un poco hinchados, igual que los labios, después de su beso.

—Lo siento —balbuceó Alejandro, aterrorizado, al ver que la estaba perdiendo de verdad. Y todo por su culpa. Sólo por su culpa—. Lo siento.

—Es la segunda vez que me haces daño, Alejandro. La segunda —repitió trémula—. No puedo seguir así.

—Dame otra oportunidad, Miranda, por favor.

—Dime qué pasó anoche.

—Me llamó Tom para invitarme a una fiesta.

—Una fiesta que no tenía nada que ver con la discográfica —aclaró ella.

—No, te mentí —confesó él.

—¿Por qué?

—No lo sé —dijo entre dientes—. ¿Me dejas pasar?

Estaban todavía en la puerta.

Miranda se apartó y lo dejó pasar, pero no lo invitó a entrar en la casa.

Se quedaron de pie frente a la puerta, que cerraron para que no pudieran oírlos los vecinos.

—Desde que te conozco noto una opresión aquí —se llevó una mano al pecho— y la mitad del tiempo no puedo hacer nada, porque estoy pensando en ti. Y la otra mitad estoy pensando en si lo que estoy haciendo es lo que tú harías.

—Yo siento lo mismo —dijo ella.

—Y no me gusta. No, espera —añadió, al ver que Miranda retrocedía

—. No me gusta porque no lo entiendo. Ayer por la noche, todo el mundo me trató como siempre, como si fuese Jandro Cruz, y me gustó. Me gustó no tener que pensar y poder dejarme llevar. Pero la sensación desapareció pasados diez minutos.

—¿Qué sucedió?

Él la miró a los ojos.

—No pude beber y rechacé a dos chicas que querían irse conmigo a la cama. Al final les dije que probablemente había pillado algo y me fui. Y me puse furioso.

—¿A qué ha venido lo de la cena de esta noche?

Miranda todavía no estaba dispuesta a ceder.

Alejandro se pasó nervioso las manos por el pelo.

—Quería compensarte por lo de anoche, eso es verdad, pero está claro que no sé cómo. No sé qué me pasa contigo, Miranda. Y cuando Tom me ha llamado para quedar más tarde —suspiró—, no tendría que haber contestado.

—¿Por qué le has dicho que estabas solo?

—Tom no es nadie, Miranda. —Dio un paso hacia ella—. Es obvio que no sé qué estoy haciendo, pero cuando he visto que te habías ido y que no ibas a volver —le sujetó la cara entre las manos y ella no se apartó— he venido corriendo a buscarte. Dame otra oportunidad. Por favor. No puedo vivir sin volver a besarte.

Se inclinó y le dio un beso.

Durante un segundo, Miranda se mantuvo inmóvil, pero de repente separó los labios y el beso prendió fuego en los dos. Alejandro no pudo contenerse más. La devoró. Le sujetó levemente el mentón para que ella abriese más la boca y poder poseerla por completo. Movi6 la lengua frenético, buscando todos y cada uno de los recovecos de su boca. Con los dientes, le raspó sin querer el labio inferior y el sabor de la sangre estuvo a punto de enloquecerlo.

Dio un paso, y otro, y clavó a Miranda contra la pared. Movi6 las caderas hacia ella, que por fin lo tocó.

Miranda pensó que debía abofetearlo, echarlo de su casa y decirle que no volviese a jugar con sus sentimientos. Eso sería lo sensato. Pero estaba harta de ser sensata. Por una vez quería sentir y nadie la hacía sentir como Alejandro.

Llevó las manos hasta la espalda de él y empezó a tirar hacia arriba de su camiseta negra. Alejandro no dejó de besarla hasta que notó que la tela se levantaba y entonces se apartó un segundo para quitársela por la cabeza y deshacerse de la prenda. La lanzó al suelo y volvió a dominar los labios de Miranda.

Ella le recorrió la espalda ahora desnuda con las manos y cada vez que él se estremecía, a Miranda se le escapaba un suave gemido. Necesitaba más y Alejandro seguía besándola con aquella pasión incendiaria y presionando las caderas contra las suyas lentamente.

Su mano derecha se apartó de su mejilla y medio segundo más tarde la sintió encima de su pecho. Acariciándolo, apretándolo. Abandonándolo.

Cuando se lo soltó, Miranda arqueó la espalda en busca de más, pero la mano de él siguió hacia abajo, hasta encontrar el extremo de la camiseta del pijama. Se deslizó por debajo y se detuvo un segundo encima de la cadera de ella, presionándola contra la pared. Manteniéndola inmóvil.

Interrumpió el beso y le capturó el labio inferior al apartarse. Apretó levemente los dientes y luego pasó la lengua por encima de la marca.

Al parecer, Miranda no sólo lo confundía y le causaba una opresión en el pecho, sino que también despertaba sus instintos posesivos y la necesidad de dominarla y marcarla como suya. No podía decírselo. En ese momento no y tal vez nunca. Antes tenía que entenderlo él y lo único que sabía Alejandro era que si no entraba dentro de ella de alguna manera en los próximos dos segundos, enloquecería.

Inclinó la cabeza, le mordió el cuello sobre la clavícula y metió la

mano por debajo del pantalón de algodón que Miranda llevaba.

Se estremeció al notarla desnuda y a ella le fallaron un segundo las piernas.

Tenía que verla, olerla, besarla... más tarde. En ese momento tenía que sentirla, poseerla de un modo que sólo podía explicar como una necesidad animal. Básica. Movi6 la mano y, con los dedos, acarici6 los labios de su sexo. Estaba húmeda, podía sentir su deseo deslizándose por sus yemas.

Alejandro respir6 hondo por la nariz y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no correrse en aquel preciso instante.

Mordió a Miranda, succion6 levemente y el sabor de su piel lo excit6 todavía más, pero también logró tranquilizarlo. Apart6 los labios tras unos segundos y le dio un suave beso en la marca que acababa de dejarle. No abri6 los ojos. Si veía sus dientes marcados en su piel, eyacularía.

Sigui6 dándole besos y subiendo en busca de sus labios. La oía gemir y era el sonido más erótico que había oído nunca.

Detuvo la boca encima de la suya. Miranda se humedeci6 el labio inferior y, al hacerlo, le acarici6 los suyos con la lengua de lo cerca que estaban.

No pudo más. Volvi6 a besarla y la penetr6 con un dedo en el mismo instante en que desliz6 la lengua por sus labios. La bes6 siguiendo el ritmo que imprimía con la mano. Con la lengua y con el dedo reproducía los movimientos que quería hacer con otra parte del cuerpo. Su erección lo sabía y se apretaba furiosa contra los vaqueros. Alejandro podía notar unas gotas de semen resbalando por su piel y se tortur6 sabiendo que no iba a

permitirse terminar.

Miranda le devolvió el beso con la misma furia y la misma pasión con que él la estaba besando. Le clavó las uñas en los hombros y le dejó claro que aquello no era una rendición.

Alejandro gimió al notar la leve punzada de dolor y movió frenético la mano con que la estaba acariciando. Ella lo soltó y llevó una mano a la cara de él para acariciarle la mejilla; un gesto muy tierno, que resultó tan demoledor como el otro, más carnal, que llevó a cabo con la otra mano: apretar su erección.

Dios, Alejandro nunca había estado tan excitado. Nunca había estado a punto de perder el control sólo por darle placer a una mujer.

«Es Miranda. Es su sexo lo que está apretando tu dedo en su interior.

Son sus gemidos los que se deslizan por tu garganta. Sus labios los que te están besando.»

Apartó la mano izquierda de la pared, donde la había apoyado tras alejarla del rostro de Miranda, y le acarició el pelo.

Ella se estremeció y le mordió el labio. Alejandro se apartó despacio y se atrevió a abrir los ojos.

—Miranda —susurró.

Ella también los abrió y él pensó que no había nada más erótico que ver el placer en su mirada.

El sexo de Miranda tembló y se apretó alrededor de su dedo, negándose a soltarlo. Alejandro podía quedarse allí para siempre. Su gemido acarició el rostro de él, que no dejó de mirarla ni de acariciarla.

Apoyó la frente en la suya y se juró que nunca olvidaría aquel momento ni aquella sensación.

Alejandro esperó a que ella dejase de temblar y entonces, incapaz de seguir conteniéndose por más tiempo, volvió a besarla.

A devorarla.

Movió frenético los labios encima de los suyos y no se esforzó en ocultar su desesperación por poseerla de otra manera. Apartó la mano con cuidado del interior de su cuerpo y la cogió en brazos.

—¿Tu dormitorio? —preguntó con voz ronca.

—Allí —señaló ella, rodeándole el cuello con los brazos.

Alejandro volvió a besarla y no dejó de hacerlo mientras recorría el pasillo. Se dio un par de golpes, pero se aseguró de que ella no recibiese ninguno y él ni los notó. Lo único que podía sentir era a Miranda entre sus brazos, el olor de su deseo, el sabor del placer que acababa de darle. Abrió la puerta de un puntapié y la dejó a ella en la cama.

Se apartó un solo segundo para quitarse las botas, los vaqueros y los calzoncillos. Ella se quedó mirándolo y Alejandro masculló:

—No me mires o me correré.

Miranda entrecerró los ojos y se quedó sin aliento. No estaba preparada para un hombre con la sensualidad de Alejandro, sin embargo, no estaba dispuesta a renunciar a él. Ya no.

Alejandro debió de sentirlo, porque se abalanzó encima de ella y le quitó la camiseta con un único movimiento. Miró fascinado sus pechos, que acarició un segundo con reverencia, y apartó la mano con pulso

inseguro para buscar los pantalones del pijama y eliminarlos también de su camino.

Desnudos por primera vez, ninguno de los dos parecía saber qué tocar primero, qué besar. Alejandro se decidió y le dio un beso en el ombligo, mientras le sujetaba las caderas con las manos. Su lengua siguió bajando y, durante un segundo, se deslizó sobre el sexo de ella, buscando el rastro del placer que le había dado antes. En cuanto lo encontró, se apartó y Miranda vio que apretaba los dientes y soltaba la respiración despacio.

Conteniéndose.

Alejandro cerró los ojos un segundo. Estaba sentado sobre los talones, encima de la cama, y Miranda, que seguía tumbada, levantó una mano para tocar su erección y acariciarla un instante.

Él entreabrió los párpados al sentir su tacto y la miró hambriento.

—Ven aquí —dijo, con aquella voz tan profunda que a Miranda le derretía las neuronas.

Ella no se movió.

Alejandro la cogió por los brazos y la levantó como si no pesara nada.

—Ven aquí —repitió.

La sentó encima de él y, sujetando su erección con una mano, la penetró.

Miranda se apoyó en los hombros de Alejandro y gimió de placer.

Él no le dio tregua y, tras soltarle las caderas, le sujetó la cara. La miró a los ojos un momento, durante el cual dejó que ella viese sus emociones al desnudo; el deseo inesperado e incontenible, la pasión, el

miedo y el amor. Tras ese segundo, la besó.

Deslizó la lengua hacia el interior de su boca con la misma determinación y la misma desesperación con que la había penetrado con su erección. Le tembló el labio inferior y Alejandro no lo disimuló y siguió besándola, lamiéndola, rozándola con los dientes. Sujetándole la cara con las manos en todo momento.

Y sin mover las caderas.

Miranda comprendió lo que le estaba pidiendo, lo que le estaba dando: el control. Alejandro quería que fuese ella la que se moviese. Que marcara el ritmo de esa primera vez.

Gimió de placer y, apoyando las manos en los hombros de él, se levantó un poco y volvió a descender.

Alejandro apretó los dedos en su cara y un gemido gutural escapó de su garganta.

Miranda volvió a moverse, una y otra vez. Despacio. Rápido. Notando en lo más profundo de su cuerpo hasta la menor reacción del cuerpo de Alejandro. Notó el instante exacto en que él alcanzaba el orgasmo y empezaba a eyacular y le bastó con notar ese primer temblor suyo para seguirlo. Pensó que dejaría de besarla, pero no lo hizo.

Alejandro la sujetó con fuerza y la besó durante todos los agonizantes y maravillosos minutos que duró su orgasmo. Su lengua imitó la pasión y el fuego que desprendía su erección y siguió besándola mientras eyaculaba y la poseía como nunca antes la había poseído nadie.

No salió de dentro de ella al terminar, pero relajó los muslos y dejó

que Miranda se apoyase en ellos. Le apartó despacio las manos de la cara y se las deslizó por la espalda hasta posarlas en su cintura y abrazarla.

Y sólo entonces dejó de besarla. Apartó los labios con lentitud, añorando cada centímetro que perdía, y apoyó la frente en la suya.

—Miranda —susurró, igual que antes.

—No vuelvas a hacerme daño, Alejandro —le pidió ella, recordando la conversación que estaban manteniendo antes de que sus cuerpos enloquecieran.

—No lo haré.

Miranda abrió los ojos y se apartó un poco para poder mirarlo. Él ya los tenía abiertos y aguantó sincero la prueba.

—¿Quieres quedarte a dormir?

21

Alejandro se quedó a dormir, pero se despertó temprano y se fue del piso de Miranda antes de que volviesen los hermanos de ella. Le habría gustado volver a hacerle el amor por la mañana, pero cuando abrieron los ojos empezaron a besarse y él se dio cuenta de que no le bastaría con eso.

Quería pasarse el día entero en la cama con Miranda. Recorrer su cuerpo. Besarla. Lamerlo. Poseerlo. No le bastaba con la media hora que tenía y si empezaba no iba a poder parar, llegara quien llegase.

Y se fue.

Miranda lo acompañó a la puerta y volvió a tentarlo con un beso y una sonrisa, y Alejandro tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para resistirla. Quedaron en que ella pasaría el día con sus hermanos y él haría

su rehabilitación y trabajaría un poco en sus canciones. Después de la noche tan intensa que habían pasado, sabían que las cosas habían cambiado entre ellos y, sin decírselo, coincidieron en que les iría bien estar el resto del día sin verse.

Pero Alejandro la llamó por la noche y Miranda se acostó con el corazón más ligero.

Empezó la semana y los dos volvieron a la rutina que al parecer habían establecido sin darse cuenta: ella iba a verlo a su apartamento y estaban juntos hasta que Miranda volvía a su casa con sus hermanos. Con la diferencia de que Alejandro y ella ahora casi siempre terminaban desnudos en la cama. O en la cocina. O en el salón.

Ese jueves podía quedarse hasta más tarde; David tenía entrenamiento de fútbol y Diana estaba haciendo un trabajo en casa de una amiga.

Miranda estaba sentada en el sofá blanco de casa de Alejandro, repasando unos expedientes de la clínica, mientras él escribía música sentado en el suelo, con los papeles encima de la mesita de café. Lo miró y se quedó embobada.

Meses atrás, cuando Alejandro entró en la clínica, le pareció guapo, pero ahora había recuperado peso y casi no tenía ojeras. Aunque no era eso lo que hacía que fuese tan devastador y peligroso para su corazón. Era la seguridad en sí mismo que desprendía, la calma.

Llevaba el pelo demasiado largo y un mechón negro le caía sobre la frente cada dos por tres. Iba con unos vaqueros negros y una camiseta también negra, por supuesto. Y estaba descalzo. Acababa de escribir algo,

pero no debió de gustarle, porque lo tachó al instante.

—Deja de mirarme.

—¿No te iría bien probar la melodía con la guitarra?

—Sí, la verdad es que sí —contestó él, prácticamente sin pensar.

—Pues ve a buscarla.

Esa frase consiguió que Alejandro dejase el lápiz y levantase la cabeza.

—No sé si podré tocar.

A Miranda le dio un vuelco el corazón al ver que por primera vez parecía dispuesto a hablar del tema.

—No lo sabrás nunca si no lo intentas.

Él pareció pensarlo.

—Oh, vamos, si quieres fingiré que no te escucho —sugirió ella, rezando para que su tono informal le diese ánimos para intentarlo.

—Está bien —concedió Alejandro poniéndose en pie—. Con una condición.

—La que quieras.

—Dime cuál es tu canción preferida.

— *Sin miedo a nada*.

Él se quedó sin aliento durante un segundo.

—No hace falta que sea mía —se obligó a decir.

— *Sin miedo a nada* es mi canción preferida.

—¿Por qué?

Era imposible que la primera canción que él había escrito y

compuesto fuese la que más le gustaba a Miranda. No sólo eso, *Sin miedo a nada*, era lo más personal que había escrito nunca. Probablemente la única canción con la que se identificaba de toda su carrera.

—Hubo una época de mi vida en que me sentí muy sola, perdida, y cometí una gran estupidez. Y un día, de repente, escuché esa canción.

Estaba en el hospital y la oí sonar en una radio que tenían unas enfermeras en la sala de descanso y no pude dar un paso más. Cuando terminó mi turno, busqué la canción y me compré el álbum. Durante semanas la escuché una y otra vez. Y dejé de sentirme sola.

—Voy a besarte.

Alejandro se sentó en el sofá y besó a Miranda con la misma emoción que ella había puesto en su breve relato. Nunca había oído a nadie hablar así de su música y que fuese precisamente Miranda la primera persona que lo hiciera, fue más de lo que el recién descubierto corazón de Alejandro podía resistir.

Necesitaba besarla, sentirla, decirle que desde que la había conocido ya no se sentía solo.

La besó y sintió que aquel beso era distinto a los demás. Más sincero, más importante que los que se habían dado hasta entonces, cargados de pasión y de deseo. Y se asustó.

Miranda deslizó entonces los dedos por su pelo y siguió besándolo cuando él se habría apartado. No porque no quisiera besarla, sino porque se dio cuenta de que no quería parar.

Nunca.

Se excitó tanto y tan rápido que pensó que eyacularía con la siguiente caricia de la lengua de ella.

Él entendía el deseo, incluso el que sentía por Miranda y que no había sentido antes, pero el amor, los sentimientos, lo asustaban. No confiaba en ellos. En su duración, en su resistencia.

Alejandro sabía que su corazón y su alma estaban despertando por Miranda y que ambos se morían por ella, pero de momento prefería rendirse sólo al deseo y la pasión. Su cuerpo se recuperaría de las heridas, su alma no.

«Pero Miranda ya tiene tu alma, idiota.»

Le sujetó el mentón y volvió a besarla. Se tumbó encima de ella y movió las caderas, dejando que ambos enloqueciesen todavía más de deseo. Podía sentir el calor que ella desprendía.

Miranda notaba su erección, presionando insistente.

Llevaba una blusa y Alejandro se la desabrochó con la mano derecha y luego la movió para bajarle también la cremallera de los pantalones.

Ella lo ayudó levantando las caderas, mientras le soltaba a él el cinturón y le desabrochaba los botones de los vaqueros.

Dios, ¿siempre sería así con ellos?

Alejandro tenía el peso apoyado en la mano izquierda y con la derecha sujetó su erección y penetró a Miranda. Ella arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás en el sofá. Él apartó la mano y le acarició un pecho por encima del sujetador.

No iba a resistir. Imposible. En su mente no paraba de oír la voz de

Miranda diciéndole que su canción preferida era *Sin miedo a nada*. Los gemidos que escapaban ahora de sus labios le acariciaban los oídos y volvió a sentir aquella imperiosa necesidad de retenerla a su lado para siempre. Aquel instinto animal que se despertaba siempre que entraba dentro de ella.

Apoyó ambas manos en el sofá y movió las caderas frenético, desesperado por correrse y convertir aquello en algo puramente sexual.

Pero Miranda no se lo permitió.

Levantó la mano derecha y le acarició el pelo. Pasó los dedos por sus mechones empapados de sudor y los detuvo en la nuca, donde jugaron como si el miembro de él no estuviese entrando y saliendo de su cuerpo a una velocidad brutal.

Le deslizó la mano izquierda por debajo de la camiseta y le recorrió la columna vertebral con las uñas.

Alejandro arqueó la espalda y apretó los dientes.

—Me estás matando, Miranda.

Movió las caderas con más fuerza y ella lo sintió excitarse todavía más en su interior. Apartó la mano que tenía debajo de su camiseta y se apoyó en el sofá para incorporarse un poco. Cuando lo consiguió, le lamió la garganta y él se estremeció.

—A mí me haces lo mismo —le susurró sin apartarse.

—¿Te gusta que te posea así?

Miranda le mordió el pecho por encima de la camiseta. No iba a permitirle que la asustara ni que utilizase el sexo para apartarla de su lado.

—Sí. Me gusta sentirte dentro de mí. —Levantó las caderas un poco, pero él reaccionó y movió las suyas con fuerza. Miranda gimió y se lamió el labio inferior, consciente de que Alejandro seguiría el gesto con la mirada—. Me gusta sentirte dentro de mí incluso cuando ya no estás.

—Dios —farfulló—. ¿De verdad?

—De verdad —gimió de nuevo.

—Dios, Miranda. —Le sujetó las caderas con ambas manos y empujó dentro de ella.

—Hazlo, Alejandro. —Levantó la mirada buscando la suya—. No te contengas. Deja que te sienta.

Él gimió desde lo más profundo de su garganta y abandonó el poco control que le quedaba. Tenía la frente empapada de sudor cuando la apoyó en la de ella y los labios húmedos cuando la besó. Movié las caderas frenético, sin ápice de censura, y Miranda alcanzó el clímax al comprender que ninguna mujer lo había visto nunca así.

—No —se quejó él furioso—, todavía no.

Empezó a eyacular. Se estremeció de pies a cabeza y tensó los brazos y la espalda. Gritó el nombre de ella una y otra vez hasta que su garganta se quejó, y entonces se conformó con susurrarlo. Al terminar se quedó tumbado encima de Miranda, mientras ella le acariciaba suavemente el pelo y la espalda. Hasta que dijo en voz muy baja, como si estuviese hablando solo y no quisiera que ella lo oyese:

—A la mierda.

Y, acto seguido, salió del cuerpo de Miranda y la cogió en brazos para

llevarla a su dormitorio. Allí la desnudó en absoluto silencio y con reverencia. Besó cada centímetro de su cuerpo y la acarició con las manos y con la mirada. Y cuando por fin se tumbó a su lado, fue para hacerle el amor despacio.

Miranda se despertó oyéndole tocar, y cantar, *Sin miedo a nada*.

Alejandro siguió trabajando en la nueva partitura y practicando con la guitarra. Tocar delante de Miranda había resultado más difícil de lo que había creído en un principio y se sintió como si se estuviese desnudando delante de ella una vez más. Y de un modo más íntimo e irremediable.

Cogió la guitarra mientras Miranda seguía dormida y se sentó en la cama, dándole la espalda. Ésa fue la única debilidad que se permitió.

Tocó los primeros acordes y notó que los dedos le dolían como mil demonios y entonces recordó que Pablo le había dicho que tenía que olvidarse de cómo los movía antes y concentrarse en su movimiento de ahora.

Tomó aire y volvió a intentarlo. Sí, era distinto, pero podía tocar. Y si había logrado convertirse en uno de los mejores guitarristas del mundo una vez, podía volver a hacerlo. Se le quebró la voz y se dio cuenta de que también estaba cantando.

En ese instante notó la mano de Miranda acariciándole la espalda y terminó de tocar la canción. Ninguna actuación lo había afectado nunca tanto.

Era sábado y Alejandro estaba en casa de Miranda jugando con David y Diana a un nuevo videojuego mientras ella terminaba de repasar unos

informes del trabajo. Al parecer, desde que estaban juntos iba más retrasada en la clínica. Alejandro acababa de perder una partida cuando le sonó el móvil y contestó de inmediato al ver el número que reflejaba la pantalla.

—Miguel —lo saludó al descolgar.

—¿Dónde diablos estás? —le preguntó su hermano, al oír las explosiones provenientes del videojuego.

—En casa de Miranda, David y Diana está haciendo trampas y siguen la partida sin mí. ¿Miguel?

—Perdona —se disculpó éste por los segundos de silencio—, todavía no me he acostumbrado a tu humanidad.

—Muy gracioso. ¿Y, tú, dónde estás?

—Sigo en Londres, pero por poco tiempo. Vuelvo el viernes que viene. Quiero pasarme por casa antes de empezar a trabajar en el nuevo álbum.

A diferencia de Alejandro, que siempre había dicho que estaba de paso, Miguel se había comprado una casa frente al mar, cerca de Barcelona, con la intención de convertirla en su residencia fija.

—¿Sabes algo de Héctor y Christian?

—Sí, los dos volverán a España dentro de dos semanas. Y entonces tendremos que decidir dónde grabamos el próximo álbum, ¿lo sabes, no?

No hacía falta que se lo recordase. Alejandro prácticamente no podía pensar en otra cosa. El grupo MB había trabajado siempre con dos estudios de grabación. Los mejores del mundo. Uno estaba en Inglaterra y el otro en

Estados Unidos.

Ninguno en España.

—Lo sé —afirmó entre dientes, sin decir nada más.

—Como te digo, llegaré el viernes —prosiguió Miguel, dándole una pequeña tregua— y había pensado que quizá el sábado Miranda y tú podríais venir a casa. ¿Qué te parece?

—Bien —contestó sin pensar.

—Perfecto. Te llamaré el viernes para que sepas que no me he estrellado.

—Idiota. ¿Quieres que vaya a buscarte al aeropuerto?

—Cuando vea a Miranda le daré un beso —exclamó su hermano tras reírse—, incluso ha conseguido inculcarte modales.

—Ni se te ocurra.

—No hace falta que vengas a buscarme. Vendrá alguien de la discográfica para darme la agenda de la semana que viene. Odio empezar de nuevo con la promoción. El nuevo álbum ni siquiera existe y ya quieren que lo vendamos.

—Y que lo digas.

—Bueno, nos vemos el sábado y procura hacer un papel digno con los hermanos de Miranda.

Colgó antes de que Alejandro pudiese decirle que se había dejado matar adrede. O eso creía él.

—¿Quién era? —le preguntó Miranda, dejando la última carpeta, gracias a Dios, encima del escritorio.

—Miguel. Vuelve a Barcelona el viernes que viene y me ha

preguntado si podemos ir a cenar a su casa el sábado.

—¿Tú y yo?

—Sí, tiene una casa cerca de la playa. ¿Tienes guardia?

—No —contestó ella, acercándose más—. Le pediré a la abuela que se quede con David y Diana el fin de semana.

—Tal vez... —empezó Alejandro, pero tuvo que detenerse a tragar saliva y a humedecerse los labios—... tal vez la próxima vez podríamos ir los cuatro.

Miranda le dio un beso.

—Tal vez.

Esa noche, Alejandro no se quedó a dormir. Miranda le explicó que había hablado con David y Diana y que ambos estaban de acuerdo en que se quedase, pero él se moría de vergüenza sólo de pensar en ver a esos dos mocosos por la mañana.

Se besaron en la puerta. Ninguno de los dos tenía ganas de despedirse del otro.

—Vuelve mañana —le pidió ella.

—David tiene partido de fútbol y has prometido llevarle —le recordó él.

—Es verdad.

Miranda todavía no le había pedido que los acompañase a cosas así.

Por un lado, no sabía si ella estaba preparada para tener allí a Alejandro; si después lo perdía, le dolería demasiado tener que borrar esa clase de

recuerdos. Y por otro sabía que él aún no se sentía cómodo en público.

—Supongo que tendré que resignarme y esperar al lunes —dijo

Alejandro tras darle otro beso.

Miranda le sonrió, a pesar de que le dio un vuelco el corazón. No le hacía falta ser adivina para saber que la situación en que estaban no podía ni iba a durar para siempre.

Los dos fingían no saberlo, pero a ella cada vez le resultaba más difícil obviar lo evidente. No obstante, esa noche consiguió volver a hacerlo.

—Te llamaré mañana por la noche y el lunes iré a verte cuando salga de la clínica.

—De acuerdo. —Un beso más—. Te estaré esperando.

El lunes, en cuanto Miranda pisó el apartamento de Alejandro, éste la besó y con un movimiento que parecía llevar horas, toda una eternidad, conteniendo, le sujetó los brazos por encima de la cabeza y le levantó la falda para tocarla.

Le bajó la ropa interior sin dejar de besarla y sin soltarla. Sin dejar que ella se moviese o lo tocara. Si sentía sus manos sobre la piel enloquecería de verdad.

Notó que Miranda temblaba de deseo y dio gracias al destino por haber puesto a aquella mujer tan increíble en su camino. Se desabrochó los vaqueros y la penetró allí mismo.

De pie contra la pared, sujetándole los brazos por encima de la cabeza.

Había pasado casi dos días sin verla. Una ridiculez y, sin embargo, la

había echado de menos. Mucho de menos, a tal punto que en su mente empezó a elaborar un plan para que aquella situación no volviera a producirse.

Dicho plan consistía en darle una llave del apartamento a Miranda, así ella podría entrar y salir cuando quisiera y tal vez podría dejar allí una muda para cuando se quedase a dormir. Lo tenía todo pensado, la besaría y la llevaría al sofá. Le preguntaría cómo le había ido el día y luego le diría lo que tenía pensado.

Pero no hizo nada de eso.

La vio, la besó y la poseyó contra la pared como si su vida dependiese de ello.

Y no podía parar. Ni siquiera podía cerrar los ojos y dejar de mirarla.

Su cuerpo ansiaba cualquier contacto que pudiese sentir con el de ella. La mirada, el tacto, el sabor. Todo, lo quería todo.

—Miranda —gimió, inclinándose de nuevo hacia ella para besarla.

Atesorando esas caricias para cuando ella se volviese a ir a su casa.

Miranda gimió y lo besó con el mismo fervor.

—Oh, Dios, Alejandro —susurró cuando él se apartó y le besó el cuello, sin dejar de torturarla con el resto de su cuerpo.

Alejandro la había levantado del suelo y ahora ella le rodeaba la cintura con las piernas. Sentía el roce de los vaqueros de él en la parte interior de sus muslos y le clavó los talones en la espalda.

Su miembro entraba y salía dentro de ella, marcándola con cada caricia, haciéndola irremediabilmente suya con cada temblor.

—Alejandro, por favor.

Él se apartó y la miró a los ojos. Los suyos se veían muy negros y el sudor le había pegado un mechón a la frente, dándole un aspecto peligroso.

—Por favor ¿qué? —le preguntó.

—Por favor —sollozó ella, apretando las piernas al mismo tiempo que intentaba apartar la cabeza de la pared para besarla.

Alejandro no se lo permitió.

—Por favor ¿qué? —repitió—. Dime qué necesitas.

—A ti.

Él la recompensó con un beso.

—¿Y ya está? —Se apartó tras lamerle el labio inferior.

—No —susurró, cerrando los ojos.

—¿Qué más? ¿Qué necesitas?

—Córrete. —Abrió los ojos—. Necesito sentirte dentro de mí.

Alejandro jamás se había creído eso de que alguien pudiese controlar el orgasmo de otra persona, pero cuando Miranda le pidió que se corriera, su cuerpo obedeció al instante. Sintió cómo el orgasmo se extendía por todo su cuerpo hasta llegar al de ella y arrancarle el suyo.

Alejandro eyaculó y se pegó a Miranda, temblando los dos. Ella hundió la cara en el hueco del cuello de él, que apoyó la frente y las manos en la pared para sujetarlos a ambos.

Cuando terminaron, Alejandro no la dejó que se apartase y caminó con ella en brazos hasta su dormitorio. Allí la tumbó en la cama y salió despacio de su cuerpo para recorrerlo a besos mientras la desnudaba.

Se despertaron media hora más tarde y ella lo encontró sentado en la cama, igual que el día que volvió a tocar la guitarra por primera vez. Le acarició la espalda desnuda y él se dio la vuelta.

—Toma. —Alejandro le cogió la palma de la mano y depositó en ella una llave—. Es para ti.

Miranda lo miró a los ojos con mil preguntas en los labios, pero no hizo ninguna, porque él la besó y se olvidó de todas.

22

El sábado, Alejandro fue a buscarla con el mismo coche negro que había utilizado la noche de aquella horrible cena. El chófer, Bruno, se presentó y los llevó a casa de Miguel, a una media hora de la ciudad. Cuando se despidieron de él, Miranda oyó que Alejandro le decía que no hacía falta que fuese a buscarlos, que Miguel los acompañaría de vuelta a Barcelona.

—¿De verdad crees que le gustará el helado? —le preguntó Miranda a Alejandro, de camino a la puerta de la casa.

—Por supuesto, a Miguel le encanta el helado de menta. Es así de raro.

—Tal vez tendría que haberle comprado otra cosa.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—Es uno de los músicos más famosos del mundo —contestó ella, tras llamar al timbre.

—Yo también soy uno de los músicos más famosos del mundo y no parece que te impresione tanto —se quejó celoso.

—Oh, te aseguro que me impresionas mucho —respondió, poniéndose

de puntillas para besarlo—. Mucho.

Alejandro se olvidó de la puerta, del timbre y de que estaban en medio de la calle y separó los labios y la besó como le gustaba besarla.

—Vaya, vaya, tú debes de ser Miranda.

Ella se apartó al oír la voz y se sonrojó. Alejandro le rodeó posesivamente la cintura y fulminó a su hermano con la mirada.

—Podrías haber hecho más ruido —bromeó.

—Lo he hecho, pero me temo que estabais tan distraídos que ni un choque de trenes os habría separado. Hola, soy Miguel —se presentó.

—Lo sé, me alegro de conocerte —dijo ella tras carraspear.

—Te daría dos besos, pero tengo miedo de que el señor neandertal me tumbe —se burló de su hermano descaradamente—. Vamos, pasad.

Miranda y Alejandro entraron y ella se acercó a observar el mar desde la ventana, para que los dos hermanos pudieran saludarse a solas. De reojo, antes de alejarse, vio que se abrazaban y que Alejandro, tras tensarse durante unos segundos, le devolvía el abrazo a Miguel.

Se quedaron hablando unos minutos, que ella aprovechó para tranquilizarse. Había intentado ocultarle a Alejandro lo nerviosa que estaba y casi lo había conseguido, pero en la puerta él la había descubierto, aunque no había acertado con el motivo.

Sí, estaba nerviosa porque iba a conocer a Miguel, pero no porque fuese famoso, sino porque era el hermano de Alejandro, la única familia que le quedaba.

Miranda nunca había tenido una relación en la que llegase a conocer a

los padres. Alejandro siempre se comportaba como si ella fuese toda una experta en esos temas, pero en realidad estaba tan perdida, o más, que él. La única diferencia era que Alejandro había tenido el valor de reconocerlo. Se metió la mano en el bolsillo y tocó la llave que tenía allí guardada; la copia que había hecho de la de su casa, después de hablar con David y Diana. Sus hermanos adoraban a Alejandro; de hecho, Miranda estaba convencida de que si algún día rompían, se pondrían de parte de él.

—Ya estamos aquí —anunció Miguel al acercarse.

—¿Estás bien? —le preguntó Alejandro, rodeándola por la cintura.

—Sí, muy bien.

—Vamos —dijo Miguel—, quiero enseñarle el jardín a Miranda y tú mientras puedes ir preparando la barbacoa.

—Eres un cretino.

—Lo sé.

Los tres caminaron hasta la parte trasera de la casa, donde se extendía un jardín espectacular. Miranda charló con Miguel y pasados unos minutos se olvidó por completo de que era un músico famoso y lo vio sólo como el increíble hermano mayor del hombre que amaba. Óh, Dios, amaba a Alejandro.

Se volvió un segundo y lo vio detrás de una barbacoa, batallando con unas pinzas. Él le sonrió y siguió con lo que hacía.

—Jamás pensé que vería a mi hermano enamorado —le dijo entonces Miguel, cambiando por completo de tema de conversación.

—¿Disculpa?

—Mi hermano, Alejandro, está loco por ti.

—Hace poco que estamos juntos.

—No importa. Veo que tú sientes lo mismo por él y me basta con eso.

Miranda se quedó sin habla. No podía confesarle a aquel hombre que estaba enamorada de su hermano pero que tenía miedo de que le rompiera el corazón. No podía.

—Será mejor que vaya a ayudarlo con la barbacoa —se excusó

Miguel, al comprender que ella necesitaba estar sola.

Unos segundos más tarde, apareció Alejandro a su lado y la besó.

—Me alegro de haber venido —le dijo, después del beso—. Echaba de menos a mi hermano.

—¿Por qué discutisteis? —le preguntó entonces Miranda, al percatarse de que nunca había llegado a contárselo.

Alejandro desvió la vista un segundo hacia Miguel, antes de volver a fijarla en ella.

—Te lo contaré esta noche en casa. —Le cogió la muñeca derecha y se la acercó a los labios—. Cuando tú me cuentes qué es esto. —Besó la cicatriz que tenía allí y que hacía semanas que se había olvidado de ocultarle—. ¿De acuerdo?

Miranda tragó saliva.

—De acuerdo.

Pasaron el resto del día riendo y comiendo. El helado fue un éxito y

Miguel declaró que Miranda era su persona preferida de todo el mundo. A ella le gustó descubrir esa nueva faceta de Alejandro, que se ponía de manifiesto estando con su hermano y, cuando decidieron que había llegado

el momento de irse, Miguel se la llevó a un lado y la abrazó para darle las gracias.

Alejandro fue por las llaves del coche y, cuando volvió y lo vio emocionado, le preguntó a Miguel qué le pasaba. Su hermano le contestó que sólo estaba cansado del viaje.

Miguel insistió en llevarlos, aunque le exigió a Alejandro que se sentase a su lado delante, para no sentirse como un chófer.

—La semana que viene vuelven Héctor y Christian. Y Lola —añadió—. Supongo que nos reuniremos aquí, en mi casa, y te advierto que no te dejaré entrar si no traes a Miranda. Vendrás, ¿no? —le preguntó a ella, mirándola por el retrovisor.

—No quiero molestar.

—No molestarás —afirmó Miguel—, tenemos que empezar a hablar del nuevo álbum y decidir a qué actos de promoción asistimos. No comenzaremos a trabajar en las canciones hasta que tengamos claro qué estudio vamos a utilizar.

—Alejandro ha estado componiendo.

—No es nada —se apresuró a puntualizar éste.

—No, claro, no es nada. Las mejores canciones de MB siempre las has escrito tú, pero no es nada.

—Son distintas de las anteriores.

—De eso no tengo ninguna duda —afirmó Miguel, rotundo—. Y me alegro. Así qué, Miranda, ¿vendrás o no?

—Si no tengo guardia, sí, por supuesto. Gracias —contestó, tras mirar

a Alejandro y ver que él también estaba pendiente de su respuesta.

—Me alegro. El lunes te llamaré, tal vez podríamos empezar a trabajar en tus nuevas canciones —le dijo Miguel a Alejandro.

—Ya veremos.

Miranda se mantuvo en silencio y escuchó cómo los dos hermanos empezaban a hablar de distintos temas relacionados con la discográfica y su nuevo álbum. Al oír a Alejandro hablar de su vida, de su trabajo, no pudo seguir ocultándose lo diferentes que eran sus vidas. Ella sabía que si se amaban de verdad y si los dos estaban dispuestos a ceder, podían encontrar el modo de estar juntos. Sería difícil, sin duda, y ella lo echaría mucho de menos durante sus ausencias, pero era factible.

Pero ¿qué opinaba él?

Hasta el momento, Alejandro prácticamente había conseguido mantener los dos mundos separados, y eso que ella le había dicho que era imposible. Para él era como si ella formase parte de un universo y su música y su trabajo de otro. Dos universos que hasta entonces nunca habían coincidido.

Miguel detuvo el todoterreno frente a la puerta del edificio y se despidió de ambos. Alejandro y Miranda entraron y subieron en el ascensor en silencio, ambos sumidos en sus pensamientos. Llegaron al piso y, al salir al pasillo, Alejandro la sorprendió cogiéndole la mano y entrelazando sus dedos. Abrió la puerta con la mano que tenía libre y después de cerrarla tras ellos le sujetó la cara como hacía siempre y la besó.

—Ven —le dijo al apartarse—, vamos a la cama.

Llegaron hasta la habitación sin encender las luces y empezaron a besarse.

—¿Por qué nunca tengo bastante? —preguntó él, excitado y un poco furioso, mientras le mordía el cuello.

—Yo tampoco, Alejandro.

Miranda tiró de la camiseta de él y la lanzó al suelo. Hasta el momento había intentado mantener alguna barrera entre los dos, como por ejemplo no contarle cómo se había hecho aquella cicatriz, pero esa noche iba a derribarlas todas. Si quería pedirle a Alejandro que confiase en ellos, ella también tenía que hacerlo.

En cuanto el torso de él quedó desnudo, le pasó las manos por el pecho y siguió descendiendo hasta llegar a los pantalones. Se los desabrochó mientras Alejandro hacía lo mismo con su falda.

Él tembló al sentir que ella deslizaba los dedos por su erección y terminó de desnudarse con movimientos rápidos y certeros. No estaba dispuesto a perder ni un segundo más. Se acercó de nuevo y le levantó la cara para besarla. Le temblaron las piernas al ver la intensidad de las emociones que reflejaban los ojos de Miranda.

Bajó la vista, si la miraba un segundo más, la poseería con la poca delicadeza de siempre, y sus ojos fueron a parar a la marca que le había dejado con los labios en las costillas. Tuvo que sujetarse la erección y apretarla unos segundos para no eyacular.

Miranda le pasó un dedo por encima de los suyos y lo acarició despacio.

Alejandro cayó de rodillas y la rodeó por la cintura. Le besó el ombligo y después hundió el rostro en el sexo de ella para también besarlo y perderse en su deseo.

Miranda se aferró a sus hombros para no caerse y, cuando notó que le temblaban las piernas, él se levantó del suelo y la cogió en brazos para tumbarla en la cama. A Alejandro lo volvía loco darle placer con la boca, embriagarse de su sabor, saturar sus sentidos con los gemidos y suspiros de placer que lograba arrancarle, pero esa noche necesitaba una conexión más íntima. La más íntima de todas.

Se tumbó encima de ella y la penetró sin dejar de mirarla a los ojos.

Apoyó las manos a ambos lados de Miranda y se perdió en la curva de sus mejillas, en el modo en que ella se mordía el labio inferior cuando él se movía, en sus iris, que se oscurecían cuando estaba a punto de llegar al orgasmo.

Miranda gimió y echó la cabeza hacia atrás, clavándole las uñas en la espalda. Él no era el único que se sentía posesivo. Luego le rodeó las caderas con las piernas y se incorporó un poco sobre el colchón para atraer poco a poco su miembro. Cerró los ojos y se concentró en notar la maravillosa sensación de tener a Alejandro haciéndole el amor.

—¿Prefieres que me mueva despacio? —le preguntó él con un suspiro ahogado, con los brazos temblándole mientras se hundía en su interior—.

Dime lo que te gusta.

—Sí... Despacio... —La voz de ella era sólo un gemido.

Le clavó de nuevo las uñas en la espalda. Miranda tenía el

presentimiento de que con Alejandro le gustaría de todas las maneras, pero estaba perdiendo la capacidad de razonar a una velocidad trepidante.

Volvió a desplomarse en el colchón y él tomó el control; apretó las nalgas y fue entrando y saliendo de su cuerpo muy despacio. Y cada vez se hundía más y más hondo.

El sudor cubría la frente y el torso de Alejandro y sus gotas caían en el cuello y en el pecho de Miranda.

—Dios, estás muy apretada —farfulló.

Ella tensó los músculos de las paredes internas de su sexo sólo para incrementar el tormento de Alejandro, algo que con sus otros amantes ni siquiera sabía que podía hacer.

—Vuelve a provocarme y lo lamentarás —le advirtió él, serio.

Ella volvió a hacerlo.

—No pararé —masculló Alejandro—. Separa más las piernas. —Sus labios le rozaron la oreja—. Deja que entre del todo.

Miranda estaba tan llena de él que incluso le costaba respirar, pero se movió un poco y notó que el miembro de Alejandro la penetraba hasta el final.

—Me vuelves loco —confesó él, pasando su mejilla empapada de sudor por encima de la de ella—. Ahora podemos ir tan despacio como quieras.

Alejandro empezó a moverse y le hizo el amor con suma lentitud, con movimientos deliberados que incluían todo su cuerpo; flexionó el torso encima del de ella, con los muslos le apretó los suyos y colocó los dedos

sobre sus hombros para mantenerla inmóvil.

Miranda libró una batalla contra sí misma para contener los sonidos que amenazaban con salir de su garganta —ella no hacía esa clase de cosas—, hasta que perdió y echó la cabeza hacia atrás para gemir.

—Eso es —la animó él, con la voz tensa del control que estaba ejerciendo—. Déjame oír lo mucho que te gusta. —Movi6 las caderas y la acarici6 por dentro. Miranda se excit6 todavía m6s y grit6 de placer.

Alejandro empuj6, decidido a arrancarle m6s gritos como 6se—. Dios mío, Miranda...

Ella abri6 los ojos y vio que 6l apretaba los dientes para controlarse.

Dese6 tener m6s experiencia, pero su cuerpo le dijo que no le hacía falta, que lo 6nico que tenía que hacer era entregarse a Alejandro. Acompas6 el ritmo a sus movimientos, levantaba las caderas cada vez que 6l las bajaba y, con la punta del miembro, Alejandro encontr6 un lugar en su interior que ella ni siquiera sabía que existía.

Miranda gimi6 y se retorci6 de placer, desesperada por la firme cadencia de los movimientos de 6l.

—M6s... m6s.

Alejandro los tumb6 a los dos de lado. No quería estar encima, porque temía no poder contenerse m6s y perder el control. Todos sus instintos le decían que la hiciese suya, que se la follase. Pero ahora quería hacerle el amor.

Si colocaba a Miranda encima, tampoco podría controlarse, seguro que la sujetaría por las caderas y empezaría a levantar las suyas a toda

velocidad. Dios, probablemente sólo podría hacerlo una vez antes de correrse.

No, la única opción era estar tumbados de lado. Era una postura muy íntima, sus cuerpos estaban completamente pegados, sus rostros se encontraban a escasos centímetros el uno del otro. Y no podía dejar de mirarla a los ojos. Sus respiraciones entrecortadas se mezclaron y los dos se movieron al unísono.

Un brazo de él descansaba bajo la cabeza de ella y, con la otra mano, le sujetaba las nalgas para mantenerla inmóvil.

La mirada de Miranda se fijó en la suya, ella tenía los labios entreabiertos y levantó levemente la cara para poder besarlos en los labios.

Alejandro aceptó el beso durante un segundo y respiró por la nariz para aguantar un poco más.

—No puedo más —confesó entre dientes—. Necesito correrme.

La petición implícita, la intimidad que desprendía, lanzó a Miranda por el precipicio. Gimió de placer y gritó de tan poderoso como fue el orgasmo que la sacudió espasmo tras espasmo.

Alejandro apretó los dedos que tenía en las nalgas de ella y clavó su erección aún más.

Miranda seguía temblando y cuando notó que él pegaba los labios entreabiertos en su frente, lo abrazó con el brazo que tenía libre y hundió el rostro en su pecho para darle un beso encima del corazón.

—Te amo, Alejandro.

El grito de él al alcanzar el orgasmo se quedó grabado en el alma de

los dos.

—Miranda —susurró con voz ronca por los gemidos y el cuerpo cubierto de sudor.

Se tumbó a su lado y los cubrió a los dos con la sábana, que había ido a parar al suelo. Permanecieron en silencio unos minutos, temerosos de romper la intimidad que acababan de crear con su declaración de amor, pero Alejandro fue el primero en atreverse a hablar. Sabía que era importante.

—Miguel y yo nos peleamos porque él me acusó de estar desperdiciando mi vida con las drogas y el alcohol. —Soltó el aliento y notó que Miranda lo acariciaba—. Le dije cosas horribles, le dije que desde pequeños me había obligado a seguirlo y que por su culpa nunca había podido elegir. Nunca había podido divertirme. Le dije que cuando me colocaba, al menos no tenía que seguir escuchándolo.

—Alejandro... —susurró ella.

—Miguel me dijo que si seguía así terminaría muerto y que él no estaba dispuesto a enterrarme, que los dos habíamos luchado demasiado como para echarlo todo a perder por algo tan vacío y estúpido como las drogas y el alcohol. Le di un puñetazo y me fui de allí. Me pasé el fin de semana en un hotel, bebiendo y acostándome con una desconocida. Y cuando volví a reunirme con mi hermano y el resto del grupo, prácticamente no me hablaban.

—Y tú empeoraste —adivinó Miranda sin reproches—. Hasta que un día chocaste adrede contra aquel escaparate.

Alejandro levantó un poco la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—Tú siempre has sabido que no fue un accidente —declaró—.

¿Cómo?

Ella respiró hondo y se humedeció los labios. Antes de hablar, le dio un beso en el pecho.

—Porque yo también sé lo que es estar tan perdida y tan sola que crees que la muerte no está tan mal. —Notó que a él se le aceleraba el pulso, pero siguió. Apoyó la mejilla en su torso para poder sentir el calor de su piel y también para no tener que enfrentarse a su mirada—. Yo acababa de terminar la carrera de medicina y me estaba especializando en cirugía. Estudié con una beca, porque, a pesar de la ayuda económica de la abuela, nunca habría podido costearme la universidad. Era una beca muy estricta, pero a mí no me importaba, podía estudiar y estar con David y Diana. Y mantener a Jack alejado de ellos. —Notó el instante exacto en que Alejandro se tensó—. Jack es mi otro hermano, es ocho años menor que yo y adicto desde los diecisiete. Se fue de casa un año más tarde, cuando tenía dieciocho, ahora tiene veintidós, y a mí se me vino el mundo encima.

»Empecé a tomar pastillas para mantenerme despierta, luego para dormir, luego para estudiar, luego para estar contenta. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, me las tomaba para todo. Un día, metí la pata en el hospital y el médico encargado de esa planta me echó y me dijo que no se me ocurriese volver si no estaba dispuesta a pedir ayuda. Ese médico era Barrios.

»Evidentemente, me fui, convencida de que yo no necesitaba que nadie me ayudase; lancé todas las pastillas por el retrete y me dije que no me hacían falta. Días más tarde, estaba en casa y recuerdo que pensé que no podía soportar ni una pelea más entre Diana y David, que si mis padres y Jack se habían largado, yo también tenía derecho a hacerlo. No recuerdo nada más, excepto los gritos de Diana y los de los enfermeros de la ambulancia. —Levantó la muñeca y se la acercó a Alejandro—. Me corté esta vena. Lo hice en vertical y con fuerza, fue un corte muy profundo, tanto que me desmayé antes de poder cortarme la otra.

—Gracias a Dios —dijo él, cogiéndole la mano para darle un beso.

—El problema es que me corté los nervios y perdí el pulso necesario para ser cirujana. —Respiró de nuevo y reprimió las lágrimas—. Entonces apareció la abuela y me riñó, no por esto —movió la mano—, sino por no haberle pedido ayuda antes. Entonces vi a David y a Diana de pie detrás de ella y comprendí que había sido una estúpida. Ése fue el día que oí tu canción.

—Miranda...

—Cuando me dieron el alta, fui a buscar a Barrios. Él me ayudó a superar mi adicción a las pastillas y a recomponer mi vida. Eché a Jack para siempre y acepté el trabajo en la clínica. Han pasado cinco años desde entonces y, aunque evidentemente me arrepiento de lo que hice, no lo cambiaría por nada del mundo, porque ahora soy exactamente quien quiero ser.

—Ven aquí.

Ella levantó la cabeza y vio que por la mejilla de él resbalaba una lágrima. Alejandro sin embargo no le dio tiempo de decirle nada, porque la estrechó entre sus brazos y la acercó a él para besarla.

—Te amo, Alejandro —susurró ella cuando se apartaron de nuevo, después de hacer el amor.

23

Alejandro, Miguel, Christian y Héctor decidieron que grabarían el nuevo álbum de MB en los estudios de Londres. El resto del grupo, Lola incluida, habían conocido a Miranda y todos coincidieron en que había obrado un milagro con Alejandro, así que todos coincidieron también en elegir Londres y facilitarles la vida.

No lo decidieron sólo porque fueran unos románticos, a pesar de su aspecto, sino porque ninguno de ellos quería volver a tratar con el Alejandro irascible, engreído y malhumorado de antes. Por no mencionar que las canciones que éste había compuesto desde que estaba con Miranda eran sin duda las mejores de su carrera.

El nuevo álbum iba a dejar a los fans de todo el mundo con la boca abierta. Lola ya había anotado las fechas de todas las entregas de premios en su agenda.

Presuntuoso, probablemente, pero la agente de MB no tenía la menor duda de que iban a hacerse con todos.

Llegó el día de la partida, Alejandro iba a coger el primer vuelo de la mañana y pasaría en Londres toda la semana. Volvería el viernes por la noche, y Miranda y él podrían pasar juntos el sábado y el domingo.

Así lo habían decidido los dos; era la única opción que tenía sentido.

Miranda lo sabía, pero en su cabeza y en su corazón no podía dejar de sentir que aquello era el principio del fin.

Ahora Alejandro se iba a Londres, pero después tendría que irse de gira, y después...

—No pienses tanto —le pidió él, abrazándola.

Estaban desnudos en la cama y habían hecho el amor durante horas con desesperación.

—Te echaré mucho de menos —confesó ella, a pesar de que se había prometido no torturarlos a ambos con la despedida.

—Y yo a ti.

Miranda se incorporó y lo besó.

—Llegaré el viernes por la noche y podremos estar juntos todo el fin de semana. Sólo será durante unos meses.

—Lo sé. ¿Y qué pasará después?

Él soltó despacio el aliento y enredó los dedos en el pelo de ella.

Todavía recordaba lo mucho que lo había obsesionado que siempre lo llevase recogido.

—No lo sé, Miranda —contestó sincero—. Supongo que tendré que irme de gira. Ya te dije que nunca había tenido una relación estable.

—Yo tampoco. Ahora estamos bien —siguió ella—, somos felices, pero ¿y si no podemos soportarlo? ¿Y si la distancia nos resulta demasiado difícil y nos perdemos el uno al otro?

—No sucederá, Miranda. —La cogió por la cintura y la tumbó encima

de él para poder mirarla a los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

Alejandro le acarició la mejilla y le dio un beso en los labios.

—¿Cuál es nuestra canción?

Miranda tardó unos segundos en contestar, ellos dos nunca habían

bailado ni se habían besado al ritmo de una música. Qué tonta. Se sonrojó al adivinar la respuesta.

— *Sin miedo a nada.*

Lo que esa canción significaba para los dos era mucho más que un baile o un beso.

—Exacto. —Alejandro levantó levemente la cabeza en busca de sus labios. La besó al mismo tiempo que deslizaba una mano entre sus cuerpos para volver a penetrarla y hacerle el amor. Empezó a moverse al mismo tiempo que recitaba los versos de la canción—: Sin miedo a nada puedo con todo. Sin miedo a nada puedo perder o ganar. Sin miedo a nada porque te tengo a ti. Sin miedo a nada porque me tengo a mí.

Miranda no recordaba haber llorado nunca al alcanzar el orgasmo, pero el instante en que sintió que Alejandro eyaculaba al decirle que la amaba, no pudo evitarlo. Se quedaron dormidos abrazados y, cuando se despertaron, ella no lo acompañó al aeropuerto; él iba a irse con el resto del grupo y Lola se había encargado de todo. Incluso de dar esquinazo a la prensa.

Se despidieron en casa y Alejandro le pidió que confiase en ellos.

El viernes, Alejandro no volvió a España. Habían tenido problemas

con uno de los aparatos del estudio de grabación y cuando por fin los hubieron solucionado tenían que aprovecharlo.

Miranda lo entendió, o casi, porque notó que él estaba igual de frustrado y tenso que ella y se resignó a no verlo hasta la semana siguiente.

Y esa semana Alejandro tampoco volvió.

La grabación iba tan bien que se había olvidado de reservar a tiempo el billete y cuando quiso hacerlo sólo quedaban vuelos para el sábado por la tarde y el domingo por la mañana. Y no valía la pena.

Miranda no lo vio así y discutieron. Mucho. Pero al día siguiente

Alejandro le mandó un impresionante ramo de flores y la llamó cada diez minutos cantándole su canción, hasta conseguir que ella lo perdonase.

A las dudas y las preocupaciones de Miranda no las ayudó que empezasen a aparecer fotos de Alejandro en todas las revistas. La prensa entera se preguntaba a qué se debía el espectacular cambio físico de Jandro Cruz y todas hablaban de lo atractivo que estaba después de su reaparición. Y en todas se especulaba sobre su situación sentimental. En unas se decía que estaba soltero. En otras que tenía un par de amantes en Inglaterra (esas revistas terminaron en la basura de Miranda). En otras más, que se había reconciliado con la última modelo con la que se lo había relacionado antes del accidente (ésa la rompió en mil pedazos).

—Sabes perfectamente que nada de eso es cierto —le dijo él esa noche por teléfono.

—Lo sé, pero no me resulta agradable ver en letras de cuerpo catorce que mi novio se está acostando con una de las mujeres más guapas del

mundo.

—No es tan guapa, tú lo eres más.

Miranda se limitó a refunfuñar.

—Lo que tendrías que hacer es no leerlas —le sugirió Alejandro—.

No sé qué más quieres que haga por ti.

Esa frase habría podido sonar bien, pero en realidad sonó como si se lo estuviese echando en cara.

—¿Qué has hecho exactamente *por mí*?

—¿Cómo que qué he hecho por ti? Todo.

Aquella conversación no iba bien, lo mejor sería que uno de los dos colgase antes de que empeorase.

—¿Todo?

—No bebo porque sé que te defraudaría, no me acerco a otras mujeres y deja que te diga que mi hermano y mis amigos follan con una distinta cada noche.

—Ah, gracias, no sabía que te costaba tanto sacrificarte.

Alejandro suspiró cansado.

—No es eso, Miranda.

—Entonces, ¿qué es?

—Nada. —Se frotó la sien—. Será mejor que los dos vayamos a acostarnos.

—Sí, tienes razón. Te llamaré mañana.

—Mañana por la noche tenemos un acto promocional de la discográfica. Volveremos tarde. Te llamo yo pasado mañana y

organizamos el fin de semana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Colgó antes de que ella pudiese decirle que lo amaba y que lo echaba de menos. Y antes de decirlo él. En realidad, pensó Miranda, no había sonado como si Alejandro tuviese intención de decírselo, sino como si tuviese prisa por colgar.

Rompió a llorar. Sí, la conversación había sido una estupidez, pero había tenido un día horrible en la clínica y llevaba dos semanas sin verlo y hablando apenas diez minutos con él. Podía sentir cómo Alejandro estaba alejándose, cómo volvía a levantar aquellos muros de separación que a ella tanto le había costado derribar.

Alejandro colgó porque estaba enfadado. Y muy, muy cansado. Hacía dos semanas que no veía a Miranda y la echaba mucho de menos. Volvía a sentir aquella horrible opresión en el pecho y sus dos universos estaban a punto de colisionar y aplastarlo a él en medio.

La discográfica estaba pletórica con la noticia del nuevo álbum y habían empezado a promocionarlo. Y ahora ya le resultaba prácticamente imposible esconderse de la prensa. Y sí, una pequeña parte de él disfrutaba al oír los halagos, al ser de nuevo el centro de atención.

—¿Era Miranda? —le preguntó Miguel al entrar en el salón.

—Sí.

—¿Le has dicho lo de mañana?

—No.

—¿Por qué? Probablemente pueda verlo en España.

Una importante cadena de televisión especializada en videoclips musicales celebraba su entrega de premios en Londres y los habían invitado. Los componentes de MB iban a entregar un premio y después darían una pequeña rueda de prensa para los medios de comunicación más selectos.

—Será tarde. Además, a ella no le interesan estas cosas.

—¡Miranda, Miranda! —la llamó Diana, apareciendo por el pasillo—.

He visto un anuncio en la tele diciendo que esta noche iban a entrevistar a MB en uno de sus programas.

—¿Ah, sí? —«Qué raro que Alejandro no se lo hubiese dicho», pensó.

—Sí, a las nueve.

—¿Por qué no vamos a ver el programa a casa de Alejandro? —

sugirió David, que estaba completamente obsesionado con la consola de videojuegos que Alejandro tenía en su casa—. Así tal vez a ti se te pase el mal humor —la miró— y yo podré jugar un rato.

Miranda se quedó pensándolo un segundo. Su hermano tenía razón, quién iba a decirlo de un niño de catorce años. Seguro que le iría bien estar un rato en el apartamento de Alejandro; allí siempre se sentía un poquito más cerca de él.

Diana y ella podrían ver la entrevista en aquel enorme televisor y

David jugar un rato. Además, el mismo Alejandro había insistido en que se pasasen siempre que quisieran.

—Está bien, de acuerdo. Iremos a casa de Alejandro.

El portero del lujoso edificio los saludó efusivamente al entrar y

Miranda se detuvo un segundo para darle recuerdos de parte de Alejandro.

Subieron y después de prepararse palomitas en el microondas se sentaron en el sofá. Faltaban cinco minutos para las nueve.

Las ceremonias de entrega de premios siempre habían aburrido soberanamente a Alejandro, pero sin ayuda del alcohol eran realmente insoportables. Entregaron el premio a la mejor cantante revelación femenina, una chica menuda con voz de pito, y después los encerraron en un falso salón, donde iban a ofrecer la rueda de prensa.

Estaba cansado, llevaba horas oyendo lo milagrosa que había sido su recuperación, y rechazando copas... y otras cosas. ¿Por qué no se limitaban a tratarlo como antes y a reírle sencillamente las gracias?

Se sentaron y tras tres o cuatro preguntas en inglés, le tocó el turno a una de las periodistas españolas. Primero se dirigió a Miguel y le preguntó por el último rumor que circulaba sobre él. Su hermano la esquivó con maestría y, acto seguido, le tocó el turno a Alejandro.

—Jandro, ¿a qué se debe este cambio? —Le sonrió seductora—. Mi madre siempre decía que los hombres peligrosos —lo desnudó con la mirada— sólo cambian por una mujer. ¿Es cierto? ¿Alguien ha logrado domar al indomable Jandro Cruz?

Él se rió.

—¿Domarme a mí? No, nunca. —Le devolvió la sonrisa—. No existe la mujer que pueda hacerlo. Lamento decirte, preciosa, que tu madre se equivoca. Los hombres peligrosos no cambian nunca. Y a vosotras os gustamos así, ¿no es cierto?

Todas las mujeres de la sala se pusieron a babear y el moderador le dio la palabra a otro periodista.

Alejandro sintió arcadas y notó que Miguel le daba un puntapié.

La rueda de prensa terminó cinco minutos más tarde. Christian salió corriendo detrás de Lola y Héctor aprovechó también para escabullirse y dejar solos a los dos hermanos.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —le preguntó Miguel, furioso

—. ¿Has vuelto a beber, estás colocado?

—¡No, por supuesto que no! —replicó Alejandro.

—Entonces, ¿por qué diablos has dicho esa tontería?

—Porque es lo que se espera de mí.

—No digas estupideces.

—Yo soy el seductor del grupo. —Dicho en voz alta le parecía en verdad ridículo.

—Pues deja de serlo. Lo que eres es el compositor, y uno de los mejores del mundo, y el guitarrista. El resto de las etiquetas que quieran colgarnos no son más que estupideces y no deberías hacerles caso.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Lo que he hecho yo, decir que no hablas de tu vida privada. O que estás con una mujer maravillosa, pero que no forma parte de este mundo y que tienen que respetarla. Podrías haber dicho muchas cosas, pero has negado a Miranda delante de millones de personas. ¿Cómo te sentirías tú si ella hiciera lo mismo? ¿Cómo crees que se habrá sentido ella? Dime una cosa, Alejandro, ¿la amas?

El apretó los dientes y apartó la vista. Sí, la amaba, pero no se lo había dicho nunca. Ni siquiera la noche antes de irse de Barcelona rumbo a Londres, y no iba a confesárselo ahora a su hermano en mitad de una pelea. —Miranda no ha visto la entrevista —afirmó, suplicando que fuese verdad.

—Por tu bien espero que así sea, porque después de lo que esa chica ha tenido que soportar por estar a tu lado, ésta podría ser la gota que colma el vaso.

Y lo fue.

24

Alejandro llamó a Miranda desde el coche, de vuelta a casa. El grupo había alquilado una vivienda cerca de los estudios de grabación, que compartían los cuatro. El acuerdo a menudo generaba discusiones, pero resultaba muy práctico cuando se ponían a trabajar en una canción.

Ahora sólo sirvió para que Miguel le dejase claro con la mirada lo que pensaba de él y para que Christian y Héctor le dijese que era un completo idiota. Menos mal que Lola no estaba, porque su agente seguro que lo insultaría y le tiraría de las orejas, como a un niño pequeño.

Alejandro volvió a llamar a Miranda en cuanto se encerró en su dormitorio, pero ella no le contestó. Colgó al salirle el contestador y se dijo que probablemente estaría con sus hermanos, o poniéndose al día con el trabajo y no habría oído el teléfono. Seguro que le devolvería la llamada al cabo de unos minutos.

Volvió a llamarla media hora después, preocupado por si le había

sucedido algo y ofendido y dolido de que no lo llamase.

Sostuvo el aparato, convencido de que volvería a oír la grabación del contestador.

—Alejandro. —La voz de ella lo sobresaltó.

—Miranda —susurró él, respirando al fin. Todo iba a salir bien.

—No quiero hablar contigo, he visto el programa. —Sorbió por la nariz y él adivinó que estaba llorando—. Sólo te he cogido el teléfono para decirte que dejes de llamarme. Hemos terminado.

A él se le revolvieron las tripas.

—¿Terminado? ¿Así, sin más?

—Adiós, Alejandro.

—No, Miranda, te amo —confesó al fin, pero sólo recibió la respuesta de la línea telefónica.

La primera vez que decía esas palabras y no las había oído nadie.

Había llegado demasiado tarde. ¿Y qué clase de idiota se declara por teléfono? Sí, eso era, tenía que disculparse con Miranda cara a cara. Si le explicaba lo que le había pasado mirándola a los ojos, seguro que lo entendería. Entonces le confesaría que la amaba, que llevaba semanas enamorado de ella, desde esa noche en que fue al gimnasio de la clínica con la guitarra, y volverían a estar juntos.

Compró el billete y se puso en marcha.

Volvió a llamar a Miranda mientras preparaba la maleta y después, de camino al aeropuerto, la llamó también. Y mientras recogía la tarjeta de embarque.

Ella no le contestó ninguna de las veces.

Horas más tarde, empezó a perder la esperanza de volver a oír su voz, pero no se planteó la posibilidad de alterar sus planes.

¿Cómo había sido tan estúpido?

Llegó a Barcelona a las nueve y media de la mañana. Habría ido directamente a casa de Miranda, pero pensó que si quería ganarse su perdón sería mejor que se duchase antes.

Había salido de Londres directamente después de la entrega de premios y de la maldita entrevista. Aquella periodista lo había presionado, lo había hecho sentir en el punto de mira y él había reaccionado como hacía antes: convirtiéndose en un seductor y un crápula.

El portero de su edificio no pareció sorprenderse demasiado al verlo, pero lo miró como si fuese un individuo de la peor calaña. No estaba equivocado, pero ¿qué le había hecho a ese hombre para ganarse esa mirada?

Se metió en el ascensor sin detenerse y abrió la puerta de su apartamento. Y entonces la vio allí, encima de la mesa blanca: la llave que le había dado a Miranda.

No podía creer que hubiese sido tan estúpida. Había tenido las pruebas delante de sus narices: las llamadas cada vez más cortas, los viajes anulados, las discusiones. Sí, Alejandro se había sentido a gusto con ella, pero eso había sido antes de volver a su vida, cuando sólo la tenía a ella.

Ahora él estaba en Londres con su hermano y sus amigos, volvía a tocar y a componer y a salir con la gente de su entorno.

Ella no encajaba allí y había cometido un gran error al creer que lo lograría.

Sonó el teléfono de la consulta y lo cogió sin mirar.

—¿Diga?

—No me cuelgues.

—Alejandro.

—Lo siento, Miranda. Perdóname. Dame otra oportunidad, por favor.

Ella apretó furioso el auricular. Las mismas palabras de siempre, la misma excusa de siempre, pero esta vez, aunque le doliese, no iba a creerlas.

—No, Alejandro, según tú, no hay nada que perdonar. Según tú, yo ni siquiera existo. No quiero volver a verte nunca.

—No me cuelgues. Miranda, te amo.

—¿Y ahora me lo dices? Cuando ya no puedo creerte...

Le colgó y se echó a llorar, diciéndose que era la última vez que derramaba una lágrima por Alejandro Cruz.

«Cuando ya no puedo creerte.»

La frase de Miranda le estaba carcomiendo las entrañas. Él había podido decirle que la amaba infinidad de veces: después de hacer el amor, antes de besarla, una noche despidiéndose en su casa, una mañana después de desayunar. Y no lo había hecho.

Había esperado a confesárselo el día siguiente de salir en la tele proclamando a los cuatro vientos que estaba soltero. Por supuesto que Miranda no podía creerlo.

Se metió la llave en el bolsillo del pantalón y paseó de un lado a otro de la cocina. Todavía olía las palomitas que seguramente se habían preparado Miranda y sus hermanos la noche anterior.

Se le retorcieron las tripas al imaginársela viendo aquella maldita entrevista junto con David y Diana. Se tenía bien merecida su reacción. Se merecía eso y mucho más, y ella se merecía que la dejase en paz, que respetase su decisión.

No pensaba hacerlo.

Se duchó y se vistió, furioso consigo mismo, sin dejar de trazar mentalmente un plan para recuperar a Miranda. Tenía que recuperarla. Iba a recuperarla, porque bastaba con que pensase en que jamás lo lograría para que se le parase el corazón y le temblase todo el cuerpo.

No podía ir a la clínica, allí ella se pondría a la defensiva y sólo conseguiría que se enfadase aún más con él. Se obligó a esperar, a tener paciencia y, para no enloquecer con lo lentos que pasaban los minutos, cogió su cuaderno y un lápiz y empezó a escribir la melodía que tenía en la cabeza.

Nota a nota, y verso a verso plasmó en el papel lo que era completamente incapaz de expresar con palabras.

Por fin levantó la vista y vio que el reloj del móvil marcaba las ocho de la noche. Se puso la cazadora y abandonó con paso firme el apartamento. En el trayecto en el ascensor, no pudo evitar recordar cuando la voz de Miranda fue lo único que consiguió obligarlo a salir de aquellas cuatro paredes.

Paró un taxi y le dio la dirección del piso de ella. El conductor lo miró y le preguntó:

—¿Usted no es ese cantante famoso?

Alejandro se quedó mirándolo. Estaba tan preocupado por perder a Miranda que se había olvidado por completo de su supuesta fama. Dios, cómo había sido tan estúpido. Había puesto por delante del amor de su vida lo que los demás pudiesen pensar de él. Gente a la que no conocía. Gente a la que no le importaba.

—No, no soy yo.

—Ah, pues se le parece.

Qué diablos importaba si lo paraban cien o mil personas por la calle. O si las mujeres del mundo entero dejaban de creer que era atractivo o peligroso. Él era un compositor, un músico. Nada más. Y lo único que necesitaba era a Miranda.

El taxi llegó a su destino y Alejandro bajó tras pagar la carrera. Subió los peldaños de dos en dos, igual que había hecho aquella otra noche, y llamó a la puerta.

Se abrió al instante.

—Vete de aquí —le ordenó David, furioso.

Alejandro miró al chico a los ojos y sintió un enorme respeto por él.

Lo que no impidió que le contestase:

—No pienso irme.

—Miranda no quiere verte. —Esa vez fue Diana, que apareció por el pasillo.

—No me iré hasta que hable con vuestra hermana.

—No pasa nada, David, Diana, dejadle entrar —dijo Miranda desde el sofá—. ¿Por qué no vais a casa de la señora Márquez? Iré a buscaros dentro de cinco minutos.

«¿Cinco minutos? Ni hablar.»

Diana salió y pasó junto a Alejandro, fulminándolo con la mirada.

David, típico de un chico, lo empujó en el pecho para apartarlo de su camino.

Alejandro esperó a que los dos hermanos desapareciesen por la escalera antes de entrar.

—Hola, Miranda.

—Tal vez a ti esto te parezca un gesto romántico —lo atacó ella, poniéndose en pie—, pero no lo es. Sólo es una prueba más de que únicamente piensas en ti y de que eres un egoísta incapaz de anteponer las necesidades de nadie a las tuyas propias.

—Tenía que venir. Tenía que verte.

—¿Por qué?

—Metí la pata en esa entrevista. —Vio que ella se cruzaba de brazos y siguió—: Llevábamos dos semanas sin vernos y estaba muy cansado. Y habíamos discutido.

—¿Ya está? ¿Crees que eso lo justifica todo? Ah, vale, de acuerdo, ya me siento mucho mejor. ¿Quieres echar un polvo en el sofá o prefieres la cama?

—No hables así.

—¿Por qué no? Al menos yo no finjo que no existimos.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Y te creo, pero no puedo volver a perdonarte, Alejandro. —Se le escapó una lágrima y él sintió que se le desgarraban las entrañas—. No puedo perdonarte porque sé que volverás a hacerme daño y la próxima vez no podré soportarlo.

—No volveré a hacerte daño. Te amo.

Miranda ignoró esa última parte, pero él vio que le temblaba el labio inferior antes de volver a hablar.

—Te vi, Alejandro. Te vi —repitió—. Esa periodista te sonrió y te desnudó con la mirada y te preguntó si estabas con alguien. No te amenazó con una pistola. Sencillamente te insinuó que echaba de menos al niño malo del rock and roll y tú volviste a convertirte en él. No sólo negaste que estuvieses con alguien sino que dejaste entrever, sin ningún disimulo, que estabas dispuesto a acostarte con todas las mujeres del mundo para demostrarlo.

—Emitiré un comunicado de prensa diciendo que estamos juntos.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y qué pasará la próxima vez que un periodista te insinúe que no eres el de antes? ¿O la próxima vez que los de la discográfica te digan que tienes que salir a cenar y a fotografiarte con una modelo? ¿Volverás a echarme en cara todo lo que «has hecho por mí»?

—No. Dame otra oportunidad. Por favor.

—No, Alejandro. Ahora lo entiendo todo; siempre nos veíamos en tu

casa o en la mía.

—Por tus horarios y sí, porque no quería que me viesen —puntualizó

él de inmediato.

—No querías que te viesen conmigo.

—No es verdad.

—No te creo.

—Yo te amo, Miranda.

Ella lo miró a los ojos, furiosa, con los suyos llenos de lágrimas.

—Al parecer, no lo suficiente como para decirle a una estúpida periodista que no tú no hablas de tu vida privada y que hiciese el maldito favor de preguntarte por tu música. Vete de aquí, Alejandro. Por favor. Y no vuelvas.

Miranda se encaminó a su dormitorio y cerró la puerta con un silencioso clic. Él se quedó allí plantado, incapaz de dar un paso que fuese a alejarlo de ella. Incapaz de dar ninguno tampoco hacia aquel dormitorio.

—Creo que deberías irte, Alejandro.

Se volvió al oír la voz de David a su derecha.

—Sí, tienes razón. —Se metió las manos en los bolsillos—. Lamento lo sucedido, chicos —les dijo a los dos hermanos, al ver que la niña también estaba allí.

La frase le resultó vacía y estúpida, pero estaba tan dolido, tan furioso consigo mismo, que fue la única que se le ocurrió.

Ni David ni Diana dijeron nada y Alejandro se fue de allí consciente de que si no encontraba el modo de llegar de nuevo al corazón de Miranda,

perdería la única oportunidad que tenía de ser feliz.

Esa noche, Alejandro llamó a Miguel y le contó lo que había sucedido.

Su hermano le dijo que no se rindiese y entre los dos consiguieron reorganizar la agenda del grupo para que él pudiese quedarse más días en Barcelona.

Alejandro podía componer en cualquier parte, así que les mandaría las partituras y las letras a medida que fuese sintiéndose satisfecho con ellas.

Cuando completasen las diez que formarían el álbum, tendrían que ensayar juntos, pero en Barcelona también había muy buenos estudios donde hacerlo.

Y cuando llegase el momento de grabar el álbum... Si para entonces

Miranda y él estaban juntos, Alejandro construiría el mejor estudio de grabación del mundo en pleno barrio de Gracia si hacía falta.

Tenía dinero de sobra para ello y se maldijo mil veces por no haberlo pensado antes. De los dos, él era el que tenía la vida fácil. El éxito del grupo les concedía el privilegio de poder elegir cuándo y dónde querían tocar.

Christian, sin ir más lejos, tenía su residencia en Londres y siempre que podía volvía a su casa, aunque nadie sabía exactamente por qué. Héctor era, según sus palabras, un ciudadano del mundo, pero recientemente se había comprado una finca en Canadá y tenía intención de establecerse allí.

Y Miguel tenía su casa de la playa.

Lo único que había hecho él era comprarse aquel apartamento y ni siquiera se había tomado la molestia de decorarlo, porque estaba seguro de

que lo vendería al cabo de pocos años.

Ahora lo haría, pero para comprar una casa que le gustase a Miranda y a sus hermanos.

No se imaginaba viviendo sin ellos. No podía. No quería.

¿Y si Miranda no lo perdonaba?

25

Yo nunca le había dicho a nadie que lo amaba.

Sí, a David y a Diana les digo constantemente que los quiero e incluso recuerdo un par de ocasiones en que se lo dije a Jack. Y a la abuela también se lo digo.

Pero Alejandro es el primer hombre al que le he dicho que lo amo.

Se lo dije después de hacer el amor, la noche en que conocí a su hermano Miguel. Y volví a decírselo la noche antes de que se fuese de Barcelona.

Él no me contestó en ninguna de las dos ocasiones. Oh, sí, susurró mi nombre con voz rota y me besó como si su vida dependiese de ello, con tanta pasión que me convencí de que sentía lo mismo por mí. Me dije que no lo decía porque no podía, porque seguía sintiéndose inseguro en una relación. Me dije que me lo diría cuando estuviese preparado.

Y me lo ha dicho cuando ha creído que iba a perderme.

Me lo ha dicho después de anunciarle al mundo entero que está soltero y sin compromiso. Que es «indomable».

Lo peor de todo es que cuando le he oído decirme que me amaba, por un instante me he permitido creerle.

Alejandro no me ama, no de verdad, sólo me lo ha dicho porque no es idiota y sabe que ha metido la pata. Sabe que tiene que hacer méritos para que lo perdone y ha pensado que confesarme «su amor» bastaría para conseguirlo.

Dios mío, creo que si ahora mismo lo tuviese delante sería capaz de pegarle.

Yo no le había dicho nunca a nadie que lo amaba y nadie me lo había dicho a mí. Estaba convencida de que cuando sucediese sería maravilloso, en cambio ha sido uno de los peores momentos de mi vida, y eso que de éstos tengo unos cuantos.

¿Por qué ha tenido que arrebatarme también eso?

Me obligo a dejar de llorar y decido dejarme llevar por la rutina. Me pondré el pijama y dormiré un rato, aunque tenga que darme un puñetazo yo misma para dejarme KO. Abro el cajón donde guardo los pijamas y el primero que veo es el que llevaba puesto la noche que Alejandro y yo hicimos el amor por primera vez.

Lo saco furiosa y lo escondo debajo de la cama. Muy maduro, lo sé.

Tendría que haberlo sabido entonces; Alejandro está demasiado convencido de que tiene que representar el papel de Jandro Cruz si quiere que los demás lo acepten. El problema es que a Jandro Cruz lo idolatran, le hacen la pelota, le sigue la corriente un montón de gente sin importancia.

En cambio a Alejandro Cruz lo quiere y lucha por él gente de verdad.

Pero Alejandro prefiere al primer grupo. Lo ha dejado claro siempre, soy yo la que hasta ahora se ha negado a verlo.

Me pongo otro pijama y me meto bajo las sábanas. Aunque no huelen a él, puedo sentir su piel pegada a la mía, su cuerpo moviéndose detrás de mí. Cierro los ojos con fuerza, pero va a peor. Todo esto es ridículo. Oigo el móvil y, antes de contestar, miro la hora: son casi las tres de la madrugada.

—Te he dicho que no vuelvas a llamarme.

Alejandro tarda unos segundos en recuperarse de la sorpresa.

—Creía que saltaría el contestador.

—¿Y por qué llamabas?

—Para oír tu voz.

Esa frase no tendría que afectarme, no tendría que detenerme el corazón ni hacerme desear con todas mis fuerzas que estuviese a mi lado para poder abrazarlo.

Suelto el aliento y respiro despacio. Parecerá ridículo pero puedo sentir lo fuerte que él está sujetando el teléfono y la rabia, y el dolor que está reprimiendo.

—No tendrías que haberme llamado, Alejandro. —Suspiro y trago saliva—. Tienes que dejar de hacerlo.

—No puedo. No me lo pidas, por favor. Formas parte de mí.

Dios, ¿por qué tiene que dolerme tanto?

—He estado pensando y he llegado a la conclusión de que tarde o temprano nos habríamos separado. Lo nuestro no habría funcionado.

—Te he dicho que si vuelves a darme una oportunidad, no volveré a meter la pata. Ahora sé lo que tengo que hacer para hacerlo bien.

—No, no es eso. Tú y yo, nuestras vidas, no encajan. Es mejor así, créeme.

—No.

—¿No? Ayer mismo le aseguraste a esa periodista de tres al cuarto que eras «indomable».

—Ayer me comporté como un imbécil.

—Dentro de una semana, o un mes, o tal vez un año, volverás a hacerlo.

—No —dice entre dientes.

—No quiero quedarme a averiguarlo. Puedes destruirme, Alejandro.

—Tú a mí me has construido. Sin ti yo no existiría. La noche que me contaste la historia que se esconde detrás de tu cicatriz, me dijiste que a pesar de todo no lamentabas tu pasado, porque te había convertido en la mujer que eres hoy y te había llevado a donde querías estar. A mí me sucede lo mismo, por más que lo intento no puedo decir que me arrepienta de mis excesos, o de haber estrellado un Porsche contra el escaparate de Chanel, porque todo eso me ha llevado hasta ti. Y no me imagino la vida sin ti.

—Ahora que has dejado atrás todo eso, no tardarás en olvidarme.

—¿Cómo quieres que te olvide si estás dentro de mí? Te siento en mis pulmones cuando respiro, en mis labios cuando bebo agua, en mi piel cuando me roza el aire. Y no quiero sacarte de mí, Miranda.

—Vas a tener que hacerlo, Alejandro.

—No.

—Voy a colgar. No vuelvas a llamarme, no quiero tener que cambiarme el número.

Cuelgo y el móvil no vuelve a sonar.

Cada vez que pongo la radio, espero que llegue la sección de cotilleos del programa para ver si hablan de Alejandro y cuando compro el periódico, busco las páginas de sociedad con la misma intención. Ni rastro, es como si ni siquiera supieran que está de vuelta en el país.

Tal vez se ha ido.

Llevo tres días sin saber de él. Yo le pedí que desapareciese de mi vida y, por lo visto, me ha hecho caso.

Suena el teléfono y me recuerda que estoy en el trabajo.

—¿Diga?

—Miranda, te traen un paquete —me dice la recepcionista—. Tienes que bajar a firmar.

—Voy en seguida.

No tengo ni idea de qué puede ser. No he comprado nada y yo no suelo recibir envíos. Estoy en mitad de la escalera cuando creo oír su voz.

Reconocería el tono grave de Alejandro en cualquier parte, pero es imposible. Seguro que estoy imaginádomelo.

Llego al último peldaño. Se me para el corazón y sé que es él.

Alejandro es el único que me causa ese efecto.

Está de pie frente a la recepción, sujetando un ramo de flores silvestres. Tiene ojeras, pero está guapísimo, más que la última vez que lo vi. Está hablando con la recepcionista y tiene una sonrisa en los labios. Se

queda callado al notar que lo estoy mirando. Igual que yo, él también

detecta el instante exacto en que mis ojos se posan en él.

Se vuelve hacia mí y me sonrío. Yo no puedo dar un paso más.

Él los da por mí.

Camina hasta donde yo me he quedado petrificada y me entrega el ramo.

—Toma, es para ti.

Yo no levanto la mano para cogerlo. Cierro los puños a los costados para contenerme. Si levanto la mano lo tocaré, mis dedos rozarán los suyos al entregarme el ramo y estaré perdida de nuevo... Hasta que vuelva a romperme el corazón.

Alejandro traga y saliva y aparta el ramo de delante de mí. Está nervioso, lo sé por cómo me mira.

—Es la primera vez que vengo a verte a la clínica, sin ser tu paciente, claro. Y te he traído flores. Y si ahora te beso, todo el mundo sabrá que estamos juntos.

—¿Por esto has venido? ¿Crees que si me besas delante de mis compañeros de trabajo y de algún paciente te perdonaré?

—Quiero demostrarte que no voy a volver a negarnos.

—Oh, vamos, Alejandro, la mitad de mis compañeros ya se imaginan que entre tú y yo pasó algo. Y si algún paciente nos ha visto y llama a algún periódico, sólo será un rumor. Podrás negarlo en seguida.

—No lo negaré.

—Bueno, me imagino que en el currículum de Jandro Cruz siempre

quedará bien que haya tenido una aventura en la clínica de rehabilitación.

—Yo no he tenido ninguna aventura contigo —insistió—. Yo te amo.

Siento haberme portado como un imbécil en esa entrevista. —Deja el ramo en el suelo, apoyado con cuidado contra la barandilla de la escalera, y me sujeta la cara entre las manos. Quiero apartarlo, pero yo misma me lo impido—. Siento no haber encontrado antes el modo de estar a tu lado. Y siento no haber sabido decirte «te amo» cuando lo necesitabas, pero ya lo sentía. Igual que lo siento ahora. Te amo, Miranda.

—Suéltame. —Estoy temblando de pies a cabeza. La rabia y la furia que llevo sintiendo desde que vi esa maldita entrevista se mezclan con el dolor que me provoca oírle decir eso precisamente ahora—. Suéltame y vete de aquí.

Me mira a los ojos y no sé qué ve en ellos, pero afloja los dedos despacio y los aparta de mi cara. Da un paso atrás y se mete las manos en los bolsillos. Gira sobre sus talones y con paso algo inseguro al principio, pero firme después, se va.

Yo me quedo allí unos segundos para dominar las lágrimas y recuperar la compostura. Cuando creo que puedo subir la escalera con cierto semblante de normalidad, cometo el error de bajar la cabeza y mirar el ramo que él ha dejado en el suelo.

Me agacho y acaricio las flores con la yema de los dedos. Es precioso.

Lo levanto del suelo y lo subo conmigo hasta mi consulta. Me gustaría ponerlo en un jarrón con agua, oler las flores y ver cómo se abren los pétalos de las que todavía están cerradas. Pero sería una tortura, no dejaría

de pensar en Alejandro y en lo bien que suena su voz cuando me dice que me quiere.

Llego a mi piso y paso de largo la puerta de mi consulta. Sigo caminando hasta llegar a la parte donde empiezan los dormitorios de algunos pacientes.

—Buenos días, señora Valls, le traigo flores.

La señora Valls, una de nuestras nuevas pacientes, una mujer encantadora de casi sesenta años, me sonrío.

—Son preciosas, doctora, ¿de dónde han salido?

—Las han entregado en la clínica por error —miento.

—Vaya —sonrío de nuevo—, no me importaría ser la clase de error que hace que un hombre te mande esta clase de flores.

Le devuelvo la sonrisa a pesar de que el corazón se me rompe en más pedazos que antes. Yo soy esa clase de error y es lo más doloroso que me ha sucedido en la vida.

Esa tarde, el móvil me vuelve a sonar y veo el número de Alejandro reflejado en la pantalla. No le contesto y él vuelve a intentarlo más tarde, pero termina por darse por vencido cuando yo ignoro todas sus llamadas.

Es mejor así.

26

—¿Has vuelto a ver a Miranda? —le preguntó Miguel a su hermano en cuanto se quedaron a solas en el apartamento de Alejandro.

—No, después de lo mal que me fue la última vez decidí darle un poco de tiempo. —No podría soportar que Miranda volviese a mirarlo con

tanto dolor en los ojos.

—No te rindas. Ella te ama, ya verás que termina perdonándote.

Alejandro se encogió de hombros, quería ser optimista y no perder la esperanza, pero hacía más de tres semanas que Miranda ignoraba sus llamadas.

—No sé qué hacer para que me escuche. —Se pasó las manos por el pelo—. La amo —declaró mirando a su hermano—, por fin se lo he dicho.

—¿Y?

—No me cree —se burló de sí mismo.

—Yo sí.

—No te ofendas, Miguel, pero eso no me sirve de nada.

—Por supuesto que no. —Sacó el portátil de la funda y lo colocó encima de la mesa del comedor de Alejandro—. Tienes que convencerla de que eres sincero.

—¿Cómo? No quiere hablar conmigo, no quiere verme. Ni siquiera contesta mis llamadas.

—Encontraremos la manera, ya lo verás.

El grupo MB ya había elegido las diez canciones que iban a formar parte del nuevo álbum y los cuatro componentes de la banda habían volado a Barcelona para ultimar los detalles previos a la grabación. Esa tarde tenían una reunión en el apartamento de Alejandro. Él estaba sentado en una silla y jugueteaba nervioso con la llave que le había dado en su día a Miranda y que llevaba encima desde que ella se la había devuelto.

Miguel conectó el ordenador y puso en marcha la cafetera.

—¿Quieres uno? —le ofreció un café.

—No, gracias. —Ahora Alejandro limitaba los cafés a uno por la mañana.

Llamaron al timbre y fue a abrir.

—Vaya, veo que Miranda todavía no te ha perdonado —comentó

Christian, tras mirarlo a la cara un segundo para darle luego un abrazo—.

Tienes que hacer algo, tío.

—Lo estoy intentando.

Héctor entró detrás y también lo saludó afectuosamente.

—¿Al menos has conseguido hablar con ella? —le preguntó.

—Sí, pero no ha servido de nada.

—Tienes que hacer algo más dramático —sugirió Lola—, si mi pareja hubiese salido en un programa de éxito mundial y hubiese tenido la cara de decir que está dispuesto a acostarse con todas las mujeres que se le acerquen... —Levantó las manos al ver que los cuatro hombres la miraban intrigados—. ¿Qué? No sé lo que haría, pero dudo que llegase a perdonarlo.

—Por suerte para Alejandro —dijo Christian, mirándola de un modo extraño—, Miranda no es como tú.

Lola se apretó el labio inferior y durante un segundo le tembló la mano, pero consiguió disimularlo.

—Esto no es un consultorio sentimental, señoritas —les dijo a los cuatro—, tenemos mucha tarea por delante, así que manos a la obra.

El trabajo y la compañía de sus amigos animó a Alejandro, y horas más tarde, cuando volvió a quedarse a solas con su hermano mayor, no se

sentía tan desesperado como antes.

—Tengo que hablar con Miranda cuanto antes —retomó el tema, serio, sentado en el suelo y rodeado de partituras.

—Sí —convino Miguel.

—Creo que tengo una idea, pero necesito tu ayuda.

—Cuenta conmigo.

—Gracias.

—¿Sabes qué, Alejandro?

—¿Qué?

—Esa chica no tiene la menor oportunidad.

Un par de días más tarde, Alejandro estaba frente a un lugar sumamente peligroso para una estrella del rock de fama mundial: un instituto.

Llevaba vaqueros y camiseta negros, una gorra de béisbol que se ponía en ocasiones y las gafas de sol. Pasaba muy desapercibido, pero si en el mundo había una especie capaz de detectar a un famoso, éstos eran los adolescentes.

Se apoyó en el portal de la casa que había delante de la entrada del instituto y esperó. Allí quedaba más o menos oculto y sería prácticamente imposible que alguien lo viese. No recordaba bien los horarios de Diana y David, así que se plantó en ese portal a las doce del mediodía y esperó mientras veía entrar y salir a los distintos grupos de jóvenes. Por fin, a las dos de la tarde, reconoció a los hermanos en medio de la manada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó David, furioso, en cuanto

lo vio.

—Necesito hablar con vosotros.

—Nosotros no queremos hablar contigo —le espetó Diana.

—Soy un imbécil. Metí la pata y sé que le hice mucho daño a vuestra hermana, pero la amo y necesito recuperarla. —Los miró a los ojos. Era increíble lo fácil que le resultaba ahora reconocer sus sentimientos—. Lo único que os pido es que me escuchéis.

—De acuerdo —accedió Diana.

—Diez minutos —decretó David, dirigiéndose a la esquina para tener un poco de intimidad—. ¿Qué quieres?

—Quiero arreglar las cosas, pero Miranda se niega a escucharme.

—¿Y la culpas?

—No, no la culpo. —Se tragó de nuevo el orgullo—. Tiene motivos de sobra para estar enfadada conmigo. Mirad chicos, sé que cometí un grave error y tal vez no logre nunca que ella me perdone, pero tengo que intentarlo. Tengo que intentarlo de verdad.

—¿Qué quieres decir?

Ahora venía la parte más difícil.

—Tengo que pedirle perdón y decirle que la amo una última vez. Si no me cree, o si insiste en no perdonarme, me iré de su vida para siempre.

—¿Por qué nos lo cuentas a nosotros?

—Porque necesito vuestra ayuda.

—¿Y qué te hace pensar que vamos a dártela? Miranda es nuestra hermana, estábamos con ella cuando vio esa entrevista.

Alejandro apretó los dientes y le tembló un músculo de la mandíbula.

—Miranda está mejor sin ti.

—No, eso no es verdad. Yo la amo y ella también a mí.

—Tal vez ya no.

—No, eso es imposible. Vosotros la conocéis, ¿os parece la clase de persona que deja de amar a alguien en unas semanas? —David y Diana se miraron—. Mirad, si de verdad creéis que puede ser feliz sin mí, no me ayudéis. —Se lo jugó todo a una carta—. Pero si pensáis que todavía me ama y que necesita verme, aunque sea una última vez, aseguraos que el próximo viernes no falte a este lugar. —Les dio un sobre—. Aquí dentro encontraréis todas las instrucciones. Gracias por haberme escuchado, espero veros el viernes.

Giró sobre sus talones y se fue de allí antes de ceder a la tentación de abrazar a los dos chicos por el mero hecho de que eran hermanos de Miranda y porque los había echado mucho de menos.

Por fin era viernes, pensó Miranda, mientras apagaba el ordenador y recogía los últimos papeles que quedaban esparcidos sobre su escritorio. Había sido una semana horrible; de noche seguía sin poder dormir por culpa de los recuerdos de Alejandro y de día aún era peor. No lo veía desde aquella mañana que le llevó flores.

Levantó la mano y tocó los pétalos de una rosa anaranjada. La paciente a la que le había dado el ramo para no tener que verlo había insistido en que se quedase al menos con una flor. Y Miranda no había sido capaz de resistir la tentación.

Se fue de la clínica muy puntual, pues sus hermanos la estaban esperando en casa para ir a una representación en un antiguo teatro de Barcelona.

Los alumnos del último curso del instituto al que asistían habían organizado el acto para recaudar dinero para el viaje de fin de curso. David y Diana no solían interesarse demasiado por ese tipo de cosas, al fin y al cabo no eran de su clase, pero Miranda se alegró de tener una distracción. Llegó a casa con tiempo de sobra para ducharse y cambiarse y se puso unos vaqueros y una camiseta, con un pañuelo alrededor del cuello. Se recogió el pelo y fue en busca de David y Diana.

—Ya estoy lista, chicos, podemos irnos cuando queráis.

—¿Vas a ir así? —le preguntó David.

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada.

—Estás muy guapa, Miranda —afirmó decidida Diana—. No le hagas caso.

Los tres cogieron sus chaquetas y salieron de casa. Habían decidido ir andando y, mientras caminaban, Miranda les preguntó cómo les había ido el día.

David parecía nervioso.

—¿Le pasa algo? —le preguntó a Diana.

—No, nada —contestó ésta al instante.

Siguieron andando y Miranda pensó que tal vez a David le gustaba alguna chica de la clase y por eso se comportaba de ese modo tan extraño.

—Es aquí —gritó su hermano, que se había adelantado unos metros.

—¿Estás seguro? Esto parece la entrada de los actores —le dijo

Miranda, al ver la puerta trasera.

David repasó la hoja de instrucciones y afirmó convencido.

—Sí, es aquí. Vamos.

La abrió y los tres se metieron en un pasillo bastante mal iluminado.

La única luz provenía del fondo, donde se veía la figura de alguien. Un hombre.

Caminaron unos metros más y Miranda se detuvo de golpe al reconocerlo.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Adónde me habéis traído? No me esperaba esto de vosotros, David y Diana, y de ti tampoco, Miguel.

—Oh, vamos, Miranda, tienes que hablar con Alejandro —le dijo su hermano, muy serio—. Llevas semanas llorando cada noche y ya casi no sonríes.

—Tienes que hablar con él —insistió Diana—. Siempre nos has dicho que tenemos que afrontar los problemas aunque nos resulte difícil. Y tú ahora no lo estás haciendo, sólo estás huyendo y fingiendo que puedes olvidarte de Alejandro sin más.

Miranda se cruzó de brazos.

—Puedo olvidarme de él.

—¿Y de amarlo, también puedes olvidarte de amarlo? —le preguntó

Miguel—. Gracias, chicos, por ayudar a mi hermano —les dijo a Diana y a

David—. Ese señor os acompañará a un lugar más cómodo. —Apareció un

guardia de seguridad y los saludó—. Yo me encargo de Miranda.

David y Diana la miraron una última vez y siguieron al guardia por otro pasillo.

—Tienes que hablar con él, Miranda. O al menos escucharlo.

—Me hizo mucho daño, Miguel.

—Lo sé, yo estaba con él y vi el instante exacto en que comprendió lo que había hecho. Alejandro y yo, nuestro pasado —suspiró—, no se nos da demasiado bien esto del amor, pero créeme cuando te digo que ahora que ha aprendido a amar, lo hará durante el resto de su vida. Sólo tienes que escucharlo, Miranda. ¿Qué puedes perder?

Todo.

Ella se volvió y vio que detrás estaban Héctor y Christian. La miraron a los ojos y tuvo la sensación de que intentarían detenerla si se le ocurría marcharse de allí.

—¿Dónde está?

Miguel le sonrió y le tendió la mano.

—Ven conmigo.

Caminaron hasta el final del pasillo y aparecieron en la parte lateral de un escenario. Estaba iluminado como un teatro antiguo, con luces situadas en el suelo, y había unas cuantas velas esparcidas por la tarima. En el centro estaba Alejandro, sentado con su guitarra y un micrófono. La platea del teatro estaba completamente llena.

Miranda deslizó la vista por el público y vio que todos eran periodistas, armados con cámaras fotográficas, de vídeo y teléfonos

móviles.

Alejandro apretó las llaves de la guitarra y tocó unos sencillos
acordes. Un silencio absoluto se hizo en la sala y sólo se oyeron los clics
de las cámaras al ponerse en marcha. Él levantó entonces la vista y miró
directamente a Miranda.

Cualquiera del público podía ver perfectamente que estaba mirando a
alguien, pero el rostro de ella seguía oculto tras las cortinas. Miranda tragó
saliva. Alejandro iba a llevar aquello adelante, fuera lo que fuese, tanto si
ella se quedaba como si no.

—Hace unos meses —empezó él—, cometí la mayor estupidez de mi
vida. Podría haber muerto, pero terminé ingresado en una clínica de
desintoxicación. Allí conocí a alguien muy especial, alguien que me ha
recordado lo que significa vivir *Sin miedo a nada*.

Tocó los primeros acordes de la canción y empezó a cantarla. Igual
que había hecho aquel día en su cama.

Los periodistas lo grabaron atónitos. Alejandro Cruz cantando un
acústico.

Entonces Miranda notó que había cambiado la letra:

*Un vacío me quema por dentro,
no sé qué hacer para salir de él.*

Siento que no puedo...

Me devora.

Me destruye.

Y de repente encuentro una razón para enfrentarme a él.

Una razón para vivir e incluso morir.

Una razón.

Y esa razón eres tú:

nosotros.

Sin miedo a nada puedo con todo.

Sin miedo a nada puedo perder o ganar.

Sin miedo a nada porque te tengo a ti.

Sin miedo a nada porque te amo.

No volveré a dejarme vencer.

No volveré a sentirme derrotado.

No volveré a perderme.

Sin miedo a nada puedo con todo.

Sin miedo a nada puedo perder o ganar.

Sin miedo a nada porque te tengo a ti.

Sin miedo a nada porque te amo.

Nadie aplaudió. No podían. La voz de Alejandro, la emoción que

había puesto en cada nota los había dejado petrificados. A todos excepto a

Miranda, que dio un paso hacia adelante.

—Sé que en un programa de televisión dije que estaba solo, sin pareja.

Mentí. —Los periodistas reaccionaron y se fijaron entonces en la presencia

de Miranda. Las cámaras volvieron a enloquecer—. Mentí y lo siento. No

estoy solo. No quiero estarlo. Quiero pertenecerte a ti. Y te perteneceré

aunque me rechaces, Miranda. —Carraspeó—. Ésta es la primera canción

del nuevo álbum, se titula, *Pertenecerte*.

*Te siento en mis pulmones cuando respiro,
en mis labios cuando te beso,
en mis sueños cuando me duermo.*

Te siento en mi alma y no quiero perderte.

*Siempre creí que me bastaba con existir,
con estar dentro de ti,
con que tú estuvieras dentro de mí.*

Pero no me basta con eso.

Necesito pertenecerte.

*Te siento en mis pulmones cuando respiro,
en mis labios cuando te beso,
en mis sueños cuando me duermo.*

Te siento en mi alma y no quiero perderte.

Pero no me basta con eso.

Necesito pertenecerte.

Se produjo el mismo silencio de antes, pero cuando Alejandro dejó la guitarra en el suelo y se puso en pie, los periodistas se inquietaron y empezaron a hacer preguntas, temerosos de que se fuese de allí sin contestarles.

Él levantó una mano y se callaron de golpe. Entonces dio los pasos que lo separaban de Miranda y se detuvo frente a ella, cogiéndole una mano. Se la llevó a los labios y la besó. Los dos temblaban.

—Te amo. Miranda Porter.

Probablemente les hicieron un millar de fotografías.

—Te amo —repitió—. Me porté como un imbécil, le mentí a todo el mundo y durante un segundo a mí mismo. Y no sabes cuánto me arrepiento. —Apretó la mandíbula y le brillaron los ojos.

Ella levantó una mano para tocarle la mejilla y casi la cegaron los flashes.

—Alejandro...

—Perdóname, Miranda. Por favor.

No contestó, sino que hizo lo que él siempre hacía: le sujetó la cara entre las manos y lo besó.

Alejandro tardó un segundo en reaccionar, pero cuando lo hizo la rodeó por la cintura y la acercó a él para poder besarla con todo su ser.

Los periodistas aplaudieron —y rápidamente empezaron a mandar las fotos de aquel momento a sus revistas—, y Miguel y el resto del grupo salieron para despedirlos oficialmente.

Alejandro y Miranda siguieron besándose.

—Te amo —le dijo ella cuando se separaron.

Él sonrió y volvió a besarla. Una y otra vez.

—Lamento interrumpir —se disculpó Miguel tras carraspear—, pero tenemos que irnos. Los de la prensa están como locos. Mi consejo es que os escabulláis por la parte de atrás, Bruno tiene el coche en marcha.

Nosotros nos encargamos de distraer a las fieras.

—Gracias, Miguel. —Alejandro lo abrazó efusivamente.

—De nada. —Le dio unas palmadas en la espalda—. Tal vez algún día puedas devolverme el favor.

—Gracias, Miguel. —Miranda le dio un beso en la mejilla—. ¿Sabes

por casualidad dónde están David y Diana?

—No te preocupes por ellos, se los ha llevado Héctor. Llamadme dentro de una hora. Dos —se corrigió al ver a Alejandro— y os digo dónde encontrarnos. ¿De acuerdo?

Alejandro le dio otro abrazo y tiró de Miranda hacia el coche.

En cuanto se hubieron aposentado en la parte de atrás, Alejandro volvió a besarla.

—Toma —le colocó la llave en la palma de la mano—, quédatela para siempre. Es tuya. Aunque me comporte como un cretino, aunque quieras matarme, aunque quieras pasarte varios días sin verme, no me la devuelvas. Por favor. Intentaré no volver a hacerte daño nunca más, pero si lo hago, quiero creer que existe la posibilidad de que vuelvas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió ella, dándole otro beso—. Yo también intentaré no volver a hacerte daño.

Volvieron a besarse, esta vez más despacio, conscientes de que habían estado a punto de perderse. Bruno condujo en silencio hasta el aparcamiento del edificio de Alejandro y, tras detener el motor, les abrió la puerta.

Miranda y Alejandro subieron en silencio hasta el apartamento y, una vez allí, ella abrió la puerta con su llave y se la guardó en el bolsillo.

—Quiero que vengáis a vivir conmigo, tus hermanos y tú. Aquí.

Bueno —se frotó la nuca—, al menos hasta que encontremos una casa que

nos guste a todos.

A ella le dio un vuelco el corazón al comprobar, de nuevo, lo increíble que era aquel hombre.

—¿Estás seguro? ¿No tienes que vivir en Londres?

—Lo único que tengo que hacer es estar contigo. Amarte. El resto tendrá que adaptarse.

La besó de nuevo y notó que ella tenía el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Miranda siempre era muy apasionada con él, pero en aquel instante parecía estar desesperada, demasiado alterada.

—Tranquila. —Le sujetó la cara entre las manos—. Tenemos todo el tiempo del mundo, toda la vida. ¿De acuerdo?

Ella se puso de puntillas y devoró sus labios. Aquel hombre era maravilloso y lo que sentían el uno por el otro no podía describirse con palabras, ni con canciones. A pesar de que él se había acercado bastante.

Se estremeció al recordar la canción y al comprender que si no lo hubiese perdonado en aquel escenario, Alejandro habría salido de su vida para no volver. Y ella siempre le habría echado de menos.

Siguieron besándose y abrazándose, mientras caminaban con torpeza.

Cuando Miranda abrió los ojos, vio que estaban en la cocina. Alejandro también los abrió y le sonrió. Y volvieron a besarse, incapaces de estar ni siquiera unos segundos sin sentir los labios del otro.

Ella notó que el deseo ardía en su cuerpo, desesperado, avivado por el alivio que sentía al volver a tener a Alejandro a su lado y, sin poder evitarlo, lo empujó despacio hacia la encimera.

Él se dejó guiar y caminó de espaldas hasta chocar contra el mueble.

—Miranda —masculló—, necesito hacerte el amor.

—Pon las manos aquí —le ordenó ella con voz desconocida.

Alejandro obedeció y posó las manos en la encimera.

Miranda se apartó un poco, cogió la camiseta con las dos manos y se la quitó por la cabeza con un único movimiento. Él levantó una ceja y no dijo nada. No podía, ella había empezado a desabrocharle el cinturón y ahora le estaba bajando los pantalones. Después, y sin dejar de mirarlo a los ojos, le bajó los calzoncillos y subió la mano despacio, pasándole las uñas por las piernas.

—Oh, Dios —susurró Alejandro con la poca respiración que le quedaba.

Miranda le recorrió el torso a besos y fue descendiendo por su abdomen hasta quedar de rodillas delante de él. Separó los labios y le pasó la lengua por el miembro erecto; sonrió al ver que Alejandro tenía los nudillos blancos de lo fuerte que se sujetaba a la encimera.

Alejandro solía llevar las riendas siempre que hacían el amor y

Miranda empezaba a descubrir que de vez en cuando le gustaba tener el control a ella y hacérselo perder a él.

Era un hombre impresionante, tenía el cuerpo de una estatua de mármol y un corazón herido que había aprendido a amar por ella y que le había entregado sin ninguna reserva ni condición.

Y le había escrito una canción.

Nunca se había sentido tan abrumada por otro ser humano. Cuando

Alejandro estaba con ella quería besarlo, tocarlo, meterse dentro de su mente y compartir sus pensamientos. ¿Por qué diablos había tenido miedo de decirle que lo amaba? Tenía que decírselo, ahora mismo, para siempre. Y tenía que demostrárselo.

Se levantó del suelo y se desnudó delante de él, sin apartar la mirada ni un segundo de sus ojos. No se lo ordenó, pero Alejandro no apartó las manos del mueble de la cocina.

Cuando ella estuvo desnuda, se puso de puntillas y lo sujetó por la nuca para tirar de él y besarlo en los labios. Lo besó profundamente y con todo el sentimiento que fue capaz de encontrar en su interior.

Alejandro se derritió en sus brazos, se quedó sin aliento y gimió de un modo que le arrebató la capacidad de pensar.

—Ven —le pidió Miranda cuando se separó para tomar aire.

Él asintió y la siguió hasta el dormitorio. Una vez allí, ella lo tumbó en la cama y se le colocó encima.

—Te amo, Alejandro —susurró, aturdida por la intensidad de sus propios sentimientos—. Quiero ser todo lo que necesites.

—Dios mío, Miranda, lo eres. —Se apoyó en los antebrazos—. Lo eres. Yo también te amo. Te juro que nunca te abandonaré, pase lo que pase.

Ella lo miró y de repente le sonrió.

—Lo sé —dijo, como si en aquel preciso instante lo comprendiese—.

Lo sé. Yo tampoco te abandonaré nunca, Alejandro. Te amo.

Se inclinó y le dio otro beso, mientras deslizaba una mano en busca de

su miembro para guiarlo hasta su interior.

La diferencia entre esa vez y las anteriores que habían hecho el amor fue evidente; cada beso, cada caricia era una promesa que se hicieron. Se prometieron que se amarían a pesar de las circunstancias, que se olvidarían de todas las personas que antes habían estado con ellos, que sólo se preocuparían el uno del otro y que estarían juntos toda la vida.

Riéndose, hablando, compartiendo los grandes y los pequeños momentos, discutiendo a veces, haciendo las paces con besos siempre.

Alejandro recostó la cabeza en la almohada y observó el rostro de Miranda mientras le hacía el amor. Los gemidos de ella llenaban el aire y lograron que se excitase hasta tal punto que temió correrse. La sujetó de la cintura y se aferró a ella.

Miranda movió la cabeza de un lado al otro y le clavó las uñas en los brazos. La melena le caía suelta por la espalda y la piel sudada de Alejandro desprendía aquel olor a tierra húmeda que a ella tanto le gustaba. Adoraba hacer el amor con él, estaba segura de que nunca se cansaría de ver su rostro indefenso de deseo, o de sentir su miembro moviéndose en su interior.

—Miranda —le dijo, sin la desesperación que había marcado sus primeros encuentros.

—Alejandro.

Él gimió de placer. Cuando ella decía su nombre con aquella voz tan sensual, sentía como si lo acariciase. Se apoyó en los codos y buscó sus labios para besarla; se bebió sus gemidos mientras levantaba las caderas

del modo que sabía que a Miranda le gustaba, con embestidas largas, profundas y lentas.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella y las paredes de su sexo se cerraron alrededor de él al alcanzar el clímax—. Te amo, Alejandro.

—Yo también te amo, Miranda —susurró él. Tenía la boca pegada a su oreja, el torso a sus pechos y no ocultó que se estremecía—. Te amo.

Se quedaron dormidos abrazados, sin hablar de todo lo que iban a hacer cuando se despertasen. Lo único que les importaba era que por fin volvían a estar juntos. Y esta vez iban a hacerlo bien.

Miranda se despertó unas horas más tarde y al abrir los ojos vio a Alejandro sentado en la cama, con su guitarra en el suelo y un bloc en el regazo: estaba escribiendo otra canción.



Anna T. Casanovas nació en 1975 en Calella (Barcelona) y es la mayor de una familia de seis hermanos que, junto con su marido y sus hijas son su mayor fuente de inspiración. Tras estudiar la carrera de Derecho, trabajó en una entidad financiera hasta que se publicó su primera novela, *Nadie como tú*.

En la actualidad trabaja de traductora y continúa escribiendo. *Sin miedo a nada* es la primera novela de «Malditos Bastardos». Además de seguir con la línea de romántica contemporánea, ha publicado «La Hermandad del Halcón», una saga histórica, y «Los guardianes de Alejandría», una serie protagonizada por seres extraordinarios, bajo el pseudónimo de Emma Cadwell.

Un beso a oscuras (Zafiro, 2012) ganó el premio Rosa Romántica's 2012.

Sin miedo a nada

Anna Casanovas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Shutterstock

© de la fotografía de la autora, Teresa Belmonte Vila

© Anna Turró i Casanovas, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2013

ISBN: 978-84-08-11953-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

Document Outline

- [Portada](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Una pequeña explicación sobre la nueva novela](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Créditos](#)